



16

FANTASIA

VARIOS
CUENTOS
FANTASTICOS
CUBANOS



Selección, prólogo y notas:

José Martínez Matos



EDITORIAL
LETRAS CUBANAS
CIUDAD DE
LA HABANA, 1979

VARIOS

**CUENTOS
FANTASTICOS
CUBANOS**

En este volumen, cuya selección, prólogo y notas estuvieron a cargo de José Martínez Matos, se han incluido narraciones de más de una veintena de autores, que aunque en su mayoría no son escritores del llamado género fantástico, en algún momento se han sentido tentados a incursionar en él. La fantasía, que se manifiesta desde las primeras etapas del hombre primitivo, es dirigida por el hombre moderno hacia la conquista de otros mundos, la llegada de otras civilizaciones a la tierra o a la conquista del tiempo como una manera de escapar a la destrucción de su identidad personal. Estos cuentos han sido ordenados de manera cronológica y no temática, como se acostumbra hacer, pero todos ellos son una muestra fidedigna de que, tanto la ciencia-ficción como lo fantástico puro, no son más que proyecciones de la eterna sed de conocimientos y de poder del ser humano.

COLECCIÓN: RADAR 16



Varios autores

CUENTOS FANTÁSTICOS CUBANOS



ePub r1.0
ePub2.0

Edición: Pilar Fuentes
Cubierta: Roberto Artemio

© Todos los derechos reservados
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1979

Impreso en la Empresa Gráfica “Alfredo López”, del Ministerio de Cultura, en el mes de febrero de 1980, “Año del Segundo Congreso”

EDITORIAL LETRAS CUBANAS

Calle G No. 505, El Vedado
Ciudad de La Habana, Cuba

Editor digital: WeaR&WaZ
ePub base r2.1





—ewya_#040(24)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos, fundamentalmente; pero también de obras literarias de autores extranjeros, publicadas por editoriales cubanas...

WeaR&WaZ®
©RiverDry 17.04.2022

Prólogo

En este volumen hemos incluido a más de una veintena de autores, que aunque en su mayoría no son escritores del llamado género fantástico, en algún momento se han sentido tentados a incursionar en él.

Aquí quisiéramos detenernos para señalar algunas cuestiones que a veces no están suficientemente claras, no sólo para el público lector, sino entre los mismos escritores. ¿Qué es la ciencia-ficción, qué es lo fantástico? ¿Es lo fantástico una evasión de la realidad o un afán de conocimiento, de penetración en los espacios infinitos y en el tiempo? La fantasía se manifiesta desde las primeras etapas del hombre primitivo por medio del totemismo y del animismo. En la Edad Media predominan las concepciones referentes a la forma de la tierra y la alquimia. El hombre moderno dirige su fantasía hacia la conquista de otros mundos, la llegada de otras civilizaciones a la tierra o a la conquista del tiempo como una manera de escapar de la destrucción de su identidad corporal. (Podemos pues, afirmar que Julio Verne es el primer gran escritor moderno de este género.)

Hay dos campos dentro de la literatura, dos géneros muy cercanos que persiguen un mismo fin; la ciencia-ficción y lo fantástico. En el primer género, el autor es dueño de los conocimientos científicos y, apoyándose en ellos, deja fluir su imaginación para tratar de desentrañar los misterios que lo obsesionan. Las obras donde el autor se apoya, casi totalmente, en la imaginación, sin utilizar los conocimientos científicos, podemos llamarlas

fantásticas. En ambos casos encontramos muchas veces una atmósfera angustiada, una cerrazón que nos oprime, pero que a su vez nos libera.

Definidos los dos campos, queremos adentrarnos en la otra cuestión planteada. ¿Esta huida de la realidad es una manera de eludir los problemas de la sociedad contemporánea? Esta pregunta formulada tantas veces unos años atrás, ahora carece de consistencia. La ciencia-ficción o lo fantástico puro no son más que manifestaciones de la eterna sed de conocimientos y de poder del ser humano.

Pero la literatura no es ciencia, el cuento o la novela de estas dos manifestaciones entretiene, angustia, libera al hombre de su angustia, lo saca de la realidad cotidiana para situarlo en el futuro.

Después de analizar brevemente este tema que pudiera llenar las páginas de varios libros, queremos «clasificar», en pocas palabras, los cuentos que integran esta selección. Hemos situado a los autores de una manera cronológica y no temática, como se acostumbra hacer. También queremos aclarar que estos cuentos son fantásticos. Sólo «El planeta negro», de Ángel Arango y «Los mundos que amó», de Daína Chaviano podemos ubicarlos dentro de la ciencia-ficción. (En Cuba han incursionado en este género el autor citado, Miguel Collazo y algunos de los escritores más jóvenes, egresados de las facultades de Ciencias de nuestras universidades.)

En «Viaje a la semilla» el autor quiere atrapar el tiempo, haciendo retroceder al hombre hasta su claustro materno. Ángel Arango en «La bala en el aire» detiene el tiempo y lo prolonga como si la bala se moviera en otra dimensión, en la velocidad, donde el tiempo transcurre con más lentitud.

El otro cuento de Alejo Carpentier, «Los advertidos», y «Peregrinaje», de César Loante, nos remontan a las edades primitivas y a sus hombres en una perenne búsqueda.

Los dos cuentos de Félix Pita Rodríguez nos sumergen en una atmósfera medieval donde todo queda como entre velos o nieblas.

Onelio Jorge Cardoso, en «Francisca y la muerte», Samuel Feijóo en «Un negro tenía un violín» y Noel Navarro en «La revelación» nos dan, cada uno a su manera, la visión de la muerte.

El mar está presente con sus peculiares sucesos «El caballo de coral», de Onelio Jorge Cardoso y en «Cayo Muerto» de Enrique Cirules.

Carballido Rey nos cuenta la lucha entre un huracán y un caballo y su jinete. Queremos destacar que todavía persisten en nuestra sociedad, camino del desarrollo, manifestaciones de la fantasía campesina, que en nuestra lucha por conquistar la ciudad aún está presente el campo. Esta rememoración de la tierra y sus mitos y leyendas, que en nosotros es aún nostalgia de una dimensión que dejamos escapar, se ha convertido en otros países de más desarrollo en un hecho. No se ansía volver con el pensamiento, sino huir a toda costa del humo y del ruido de las tensiones de las grandes urbes modernas.

Cardi, con «El día que llovió dinero», nos da mediante un suceso fantástico, la miseria de nuestros pueblos pequeños en la república mediatizada.

En «Menos veinte», de Dora Alonso, la dimensión fantástica está dada por el final inesperado, digno de los mejores cuentos de este tipo.

Gustavo Eguren y José Martínez Matos plantean una cuestión ética: no debe hacerse el mal, porque después es muy difícil extirparlo.

Sergio Hernández Rivera supera el mito de la descendencia vegetal con la insurrección de las plantas en las lejanas selvas del Amazonas.

En «La iguana», Guillermo Prieto nos angustia con estratos profundos, con regiones oscuras de nuestra mente. Miguel Collazo, con su «Historia de Gavarte y los pájaros», nos muestra la historia de un hombre que, incapaz de amar, se refugia en los pájaros para restituir los fragmentos de la naturaleza que él destruía.

Eliseo Diego con «El Hombre de los Dientes de oro», nos hace vivir, a través del relato, los misterios de la canción popular.

«La tierra y el cielo», de Antonio Benítez Rojo, nos sumerge en los residuos de la cultura haitiana en Cuba.

Con el «Museo» de Imeldo Álvarez nos adentramos en el mundo de la inconciencia, donde yacen los símbolos que no podemos iluminar del todo.

El cuento de Ángel Arango «El planeta negro» puede catalogarse dentro de la ciencia-ficción. Lo hemos incluido, aparte de su indudable calidad, para que sirva de contraste con las demás narraciones.

Hay tres cuentos que hemos dejado para el final de este análisis, que ilustran con gran claridad, el servicio directo que presta el género a la

dimensión social.

En «Los guayacones», Juan Leyva nos narra un episodio de la lucha contra el tirano Batista. Nos da, asimismo, la atmósfera terrible de aquellos años en Santiago de Cuba.

Con «El polvo a la mitad», Jesús Díaz muestra cómo se desmorona aquel sistema, cómo se reduce a polvo.

Benítez Rojo con «Estatuas sepultadas» nos presenta a un grupo de seres «atrapados», que pronto van a desaparecer entre el vocerío de una sociedad nueva.

Con esta breve introducción hemos expuesto las distintas posibilidades que ofrece el cuento fantástico en Cuba, rico y lleno de conocimientos, instrumento y fuente de sabiduría y perfección.

JOSÉ MARTÍNEZ MATOS

Viaje a la semilla

I

—¿Qué quieres, viejo...?

Varias veces cayó la pregunta de lo alto de los andamios. Pero el viejo no respondía. Andaba de un lugar a otro, figoneando, sacándose de la garganta un largo monólogo de frases incomprensibles. Ya habían descendido las tejas, cubriendo los canteros muertos con su mosaico de barro cocido. Arriba, los picos desprendían piedras de mampostería, haciéndolas rodar por canales de madera, con gran revuelo de cales y de yesos. Y por las almenas sucesivas, que iban desdentando las murallas, aparecían —despojados de su secreto— cielos rasos ovales o cuadrados, cornisas, guirnaldas, dentículos, astrágalos, y papeles encolados que colgaban de los testers como viejas pieles de serpiente en muda. Presenciando la demolición, una Ceres con la nariz rota y el peplo desvaído, vetado de negro el tocado de mieses, se erguía en el traspatio, sobre su fuente de mascarones borrosos. Visitados por el sol en horas de sombra, los peces grises del estanque bostezaban en agua musgosa y tibia, mirando con el ojo redondo, aquellos obreros, negros sobre claro de cielo, que iban rebajando la altura secular de la casa. El viejo se había sentado, con el cayado apuntalándole la barba, al pie de la estatua. Miraba el subir y bajar de cubos en que viajaban restos apreciables. Oíanse, en sordina, los rumores de la calle, mientras, arriba, las poleas concertaban, sobre ritmos de hierro con piedra, sus gorjeos de aves desagradables y pechugonas.

Dieron las cinco. Las cornisas y entablamentos se despoblaron. Sólo quedaron escaleras de mano, preparando el salto del día siguiente. El aire se hizo más fresco, aligerado de sudores, blasfemias, chirridos de cuerdas, ejes que pendían alcuzas y palmadas en torsos pringosos, Para la casa mondada, el crepúsculo llegaba más pronto. Se vestía de sombras en horas en que su ya caída balaustrada superior solía regalar a las fachadas algún relumbre de sol. La Ceres apretaba los labios. Por primera vez las habitaciones dormirían sin persianas, abiertas sobre un paisaje de escombros.

Contrariando sus apetencias, varios capiteles yacían entre las hierbas. Las hojas de acanto descubrían su condición vegetal. Una enredadera aventuró sus tentáculos hacia la voluta jónica, atraída por un aire de familia. Cuando cayó la noche, la casa estaba más cerca de la tierra. Un marco de puerta se erguía aún, en lo alto, con tablas de sombra suspendidas de sus bisagras desorientadas.

II

Entonces el negro viejo, que no se había movido, hizo gestos extraños, volteando su cayado sobre un cementerio de baldosas.

Los cuadrados de mármol, blancos y negros, volaron a los pisos, vistiendo la tierra. Las piedras, con saltos certeros, fueron a cerrar los boquetes de las murallas. Hojas de nogal claveteadas se encajaron en sus marcos, mientras los tornillos de las charnelas volvían a hundirse en sus hoyos, con rápida rotación. En los canteros muertos, levantadas por el esfuerzo de las flores, las tejas juntaron sus fragmentos, alzando un sonoro torbellino de barro, para caer en lluvia sobre la armadura del techo. La casa creció, traída nuevamente a sus proporciones habituales, pudorosa y vestida. La Ceres fue menos gris. Hubo más peces en la fuente. Y el murmullo del agua llamó begonias olvidadas.

El viejo introdujo una llave en la cerradura de la puerta principal, y comenzó a abrir ventanas. Sus tacones sonaban a hueco. Cuando encendió los velones, un estremecimiento amarillo corrió por el óleo de los retratos de familia, y gentes vestidas de negro murmuraron en todas las galerías, al compás de cucharas movidas en jícaras de chocolate.

Don Marcial, marqués de Capellanía, yacía en su lecho de muerte, el pecho acorazado de medallas, escoltado por cuatro cirios con largas barbas de cera derretida.

III

Los cirios crecieron lentamente, perdiendo sudores. Cuando recobraron su tamaño, los apagó la monja apartando una lumbre. Las mechas blanquearon, arrojando el pabilo. La casa se vació de visitantes y los carruajes partieron en la noche. Don Marcial pulsó un teclado invisible y abrió los ojos.

Confusas y revueltas, las vigas del techo se iban colocando en su lugar. Los pomos de medicina, las borlas de damasco, el escapulario de la cabecera, los daguerrotipos, las palmas de la reja, salieron de sus nieblas. Cuando el medico movió la cabeza con desconsuelo profesional, el enfermo se sintió mejor. Durmió algunas horas y despertó bajo la mirada negra y cejuda del padre Anastasio. De franca, detallada, poblada de pecados, la confesión se hizo reticente, penosa, llena de escondrijos. ¿Y qué derecho tenía, en el fondo, aquel carmelita, a entrometerse en su vida? Don Marcial se encontró, de pronto, tirado en medio del aposento. Aligerado de un peso en las sienes, se levantó con sorprendente celeridad. La mujer desnuda que se desperezaba sobre el brocado del lecho buscó enaguas y corpiño, llevándose, poco después, sus rumores de seda estrujada y su perfume. Abajo, en el coche cerrado, cubriendo tachuelas del asiento, había un sobre con monedas de oro.

Don Marcial no se sentía bien. Al arreglarse la corbata frente a la lima de la consola, se vio congestionado. Bajó al despacho donde lo esperaban hombres de justicia, abogados y escribientes, para disponer la venta pública de la casa. Todo había sido inútil. Sus pertenencias se irían a manos del mejor postor, al compás de martillo golpeando una tabla. Saludó y le dejaron solo. Pensaba en los misterios de la letra escrita, en esas hebras negras que se enlazaban y desenlazaban sobre anchas hojas afiligranadas de balanzas, enlazando y desenlazando compromisos, juramentos, alianzas, testimonios, declaraciones, apellidos, títulos, fechas, tierras, árboles y piedras; maraña de hilos, sacada del tintero, en que se enredaban las piernas del hombre, vedándole caminos desestimados por la Ley; cordón al cuello, que apretaba

su sordina al percibir el sonido temible de las palabras en libertad. Su firma lo había traicionado, yendo a complicarse en nudo y enredos de legajos. Atado por ella, el hombre de carne se hacía hombre de papel.

Era el amanecer. El reloj del comedor acaba de dar las seis de la tarde.

IV

Transcurrieron meses de luto, ensombrecidos por un remordimiento cada vez mayor. Al principio, la idea de traer una mujer a aquel aposento se le hacía casi razonable. Pero, poco a poco, las apetencias de un cuerpo nuevo fueron desplazadas por escrúpulos crecientes, que llegaron al flagelo. Cierta noche, don Marcial se ensangrentó las carnes con una correa, sintiendo luego un deseo mayor, pero de corta duración. Fue entonces cuando la marquesa volvió, una tarde, de su paseo a las orillas del Almendares. Los caballos de la calesa no traían en las crines más humedad que la del propio sudor. Pero, durante todo el resto del día, dispararon coces a las tablas de la cuadra, irritados, al parecer, por la inmovilidad de nubes bajas.

Al crepúsculo, una tinaja llena de agua se rompió en el baño de la marquesa. Luego, las lluvias de mayo rebosaron el estanque. Y aquella negra vieja, con tacha de cimarrona y palomas debajo de la cama, que andaba por el patio murmurando: «¡Desconfía de los ríos, niña; desconfía de lo verde que corre!» No había día en que el agua no revelara su presencia. Pero esa presencia acabó por no ser más que una jícara derramada sobre vestido traído de París, al regreso del baile aniversario dado por el capitán general de la Colonia.

Reaparecieron muchos parientes. Volvieron muchos amigos. Ya brillaban, muy claras, las arañas del gran salón. Las grietas de la fachada se iban cerrando. El piano regresó al clavicordio. Las palmas perdían anillos. Las enredaderas soltaban la primera cornisa. Blanquearon las ojeras de la Ceres y los capiteles parecieron recién tallados. Más fogoso, Marcial solía pasarse tardes enteras abrazando a la marquesa. Borrábanse patas de gallina, ceños y papadas, y las carnes tornaban a su dureza. Un día, un olor de pintura fresca llenó la casa.

V

Los rubores eran sinceros. Cada noche se abrían un poco más las hojas de los biombos, las faldas caían en rincones menos alumbrados y eran nuevas barreras de encajes. Al fin, la marquesa sopló las lámparas. Sólo él habló en la oscuridad.

Partieron para el ingenio, en gran tren de calesas —relumbrante de grupas alazanas, bocados de plata y charoles al sol. Pero, a la sombra de las flores de Pascuas que enrojecían el soportal interior de la vivienda, advirtieron que se conocían apenas. Marcial autorizó danzas y tambores de nación, para distraerse un poco en aquellos días olientes a perfumes de colonia, baños de benjuí, cabelleras esparcidas, y sábanas sacadas de armarios que, al abrirse, dejaban caer sobre las losas un mazo de vetiver. El vaho a guarapo giraba en la brisa con el toque de oración. Volando bajo, las auras anunciaban lluvias reticentes, cuyas primeras gotas, anchas y sonoras, eran sorbidas por tejas tan secas que tenían diapasón de cobre. Después de un amanecer alargado por un abrazo deslucido, aliviados de desconciertos y cerrada la herida, ambos regresaron a la ciudad. La marquesa trocó su vestido de viaje por un traje de novia, y, como era costumbre, los esposos fueron a la iglesia para recobrar su libertad. Se devolvieron presentes a parientes y amigos, y, con revuelo de bronces y alardes de jaeces, cada cual tomó la calle de su morada. Marcial siguió visitando a María de las Mercedes por algún tiempo, hasta el día en que los anillos fueron llevados al taller del orfebre para ser desgrabados. Comenzaba, para Marcial, una vida nueva. En la casa de altas rejas, la Ceres fue sustituida por una Venus italiana, y los mascarones de la fuente adelantaron casi imperceptiblemente el relieve al ver todavía encendidas, pintada ya el alba, las luces de los velones.

VI

Una noche, después de mucho beber y marearse con tufos de tabaco frío, dejados por sus amigos, Marcial tuvo la sensación extraña de que los relojes de la casa daban las cinco, luego las cuatro y media, luego las cuatro, luego las tres y media... Era como la percepción remota de otras posibilidades.

Como cuando se piensa en enervamiento de vigilia, que puede andarse sobre el cielo raso con el piso por cielo raso, entre muebles firmemente asentados entre las vigas del techo. Fue una impresión fugaz, que no dejó la menor huella en su espíritu, poco llevado, ahora, a la meditación.

Y hubo un gran sarao, en el salón de música, el día en que alcanzó la minoría de edad. Estaba alegre, al pensar que su firma había dejado de tener un valor legal, y que los registros y escribanías, con sus polillas, se borraban de su mundo. Llegaba al punto en que los tribunales dejan de ser temibles para quienes tienen una carne desestimada por los códigos. Luego de achisparse con vinos generosos, los jóvenes descolgaron de la pared una guitarra incrustada de nácar, un salterio y un serpentón. Alguien dio cuerda al reloj que tocaba la **Tirolesa de las Vacas** y la **Balada de los Lagos de Escocia**. Otro embocó un cuerno de caza que dormía, enroscado en su cobre, sobre los fieltros encarnados de la vitrina, al lado de la flauta travesera traída de Aranjuez. Marcial, que estaba requebrando atrevidamente a la de Campoflorido, se sumó al guirigay, buscando en el teclado, sobre bajos falsos, la melodía del **Trípili-Trápala**. Y subieron todos al desván, de pronto, recordando que allá, bajo vigas que iban recobrando el repello, se guardaban los trajes y libreas de la Casa de Capellanía. En entrepaños escarchados de alcanfor descansaban los vestidos de corte, un espadín de embajador, varias guerreras emplastradas, el manto de un príncipe de la Iglesia, y largas casacas, con botones de damasco y difuminos de humedad en los pliegues. Matizáronse las penumbras con cintas de amaranto, miriñaques amarillos, túnicas marchitas y flores de terciopelo. Un traje de chispero con redecilla de borlas, nacido en una mascarada de carnaval, levantó aplausos. La de Campoflorido redondeó los hombros empolvados bajo un rebozo de color de carne criolla, que sirviera a cierta abuela, en noche de grandes decisiones familiares, para avivar los amansados fuegos de un rico Síndico de Clarisas.

Disfrazados regresaron los jóvenes al salón de música. Tocado con un tricornio de regidor, Marcial pegó tres bastonazos en el piso, y se dio comienzo a la danza de la valse, que las madres hallaban terriblemente impropio de señoritas, con eso de dejarse enlazar por la cintura, recibiendo manos de hombre sobre las ballenas del corset que tedas se habían hecho según el reciente patrón de **El Jardín da las Modas**. Las puertas se

oscurecieron de fámulas, cuadrerizos, sirvientes, que venían de sus lejanas dependencias y de los entresuelos sofocantes, para admirarse ante fiesta de tanto alboroto. Luego, se jugó a la gallina ciega y al escondite. Marcial, oculto con la de Campoflorido detrás de un biombo chino, le estampó un beso en la nuca, recibiendo en respuesta un pañuelo perfumado, cuyos encajes de Bruselas guardaban suaves tibiezas de escote. Y cuando las muchachas se alejaron en las luces del crepúsculo, hacia las atalayas y torreones que se pintaban en grisnegro sobre el mar, los mozos fueron a la Casa de Baile, dónde tan sabrosamente se contoneaban las mulatas de grandes ajorcas, sin perder nunca —así fuera de movida una guaracha— sus zapatillas de alto tacón. Y como se estaba en carnavales, los del cabildo Arará Tres Ojos levantaban un trueno de tambores tras de la pared medianera, en un patio sembrado de granados. Subidos en mesas y taburetes, Marcial y sus amigos alabaron el garbo de una negra de pasas entrecanas, que volvía a ser hermosa, casi deseable, cuando miraba por sobre el hombro, bailando, con altivo mohín de reto.

VII

Las visitas de don Abundio, notario y albacea de la familia, eran más frecuentes. Se sentaba gravemente a la cabecera de la cama de Marcial, dejando caer al suelo su bastón de ácana para despertarlo antes de tiempo. Al abrirse los ojos tropezaban con una levita de alpaca, cubierta de caspa, cuyas mangas lustrosas recogían títulos y rentas. Al fin, sólo quedó una pensión razonable, calculada para poner coto a toda locura. Fue entonces cuando Marcial quiso ingresar en el Real Seminario de San Carlos.

Después de mediocres exámenes, frecuentó los claustros, comprendiendo cada vez menos las explicaciones de los dómines. El mundo de las ideas se iba despoblando. Lo que había sido, al principio, una ecuménica asamblea de peplos, jubones, golas y pelucas, controversistas y ergotantes, cobraba la inmovilidad de un museo de figuras de cera. Marcial se contentaba ahora con una exposición escolástica de los sistemas, aceptando por bueno lo que se dijera en cualquier texto: «León», «Avestruz», «Ballena», «Jaguar», leíase sobre los grabados en cobre de la Historia Natural. Del mismo modo,

«Aristóteles», «Santo Tomás», «Bacon», «Descartes», encabezaban páginas negras, en que se catalogaban aburridamente las interpretaciones del universo, al margen de una capitular espesa. Poco a poco, Marcial dejó de estudiarlas, encontrándose librado de un gran peso. Su mente se hizo alegre y ligera, admitiendo tan sólo un concepto instintivo de las cosas. ¿Para qué pensar en el prisma, cuando la luz clara de invierno daba mayores detalles a las fortalezas del puerto? Una manzana que cae del árbol sólo es incitación para los dientes. Un pie en una bañera no pasa de ser un pie en una bañera. El día que abandonó el Seminario, olvidó los libros. El gnomon recobró su categoría de duende; el espectro fue sinónimo de fantasma; el octandro era bicho acorazado, con púas en el lomo.

Varias veces, andando pronto, inquieto el corazón había ido a visitar a las mujeres que cuchicheaban, detrás de puertas azules, al pie de las murallas. El recuerdo de la que llevaba zapatillas bordas y hojas de albahaca en la oreja lo perseguía, en tardes de calor, como un dolor de muelas. Pero, un día, la cólera y las amenazas de un confesor le hicieron llorar de espanto. Cayó por última vez en las sábanas del infierno, renunciando para siempre a sus rodeos por calles poco concurridas, a sus cobardías de última hora que le hacían regresar con rabia a su casa, luego de dejar a sus espaldas cierta acera rajada —señal, cuando andaba con la vista baja, de la media vuelta que debía darse para hollar el umbral de los perfumes.

Ahora vivía su crisis mística, poblada de detentes, corderos pascuales, palomas de porcelana, vírgenes de manto azul celeste, estrellas de papel dorado, Reyes Magos, ángeles con alas de cisne, el asno, el buey, y un terrible San Dionisio que se le aparecía en sueños, con un gran vacío entre los hombros y el andar vacilante de quien busca un objeto perdido. Tropezaba con la cama y Marcial despertaba sobresaltado, echando mano al rosario de cuentas sordas. Las mechas, en sus pocillos de aceite, daban luz triste a imágenes que recobraban su color primero.

VIII

Los muebles crecían. Se hacía más difícil sostener los antebrazos sobre el borde de la mesa del comedor. Los armarios de cornisas labradas

ensanchaban el frontis. Alargando el torso, los moros de la escalera acercaban sus antorchas a los balaustres del rellano. Las butacas eran más hondas y los sillones de mecedora tenían tendencia a irse para atrás. No había ya que doblar las piernas al recostarse en el fondo de la bañera con anillas de mármol.

Una mañana en que leía un libro licencioso, Marcial tuvo ganas, súbitamente, de jugar con los soldados de plomo que dormían en sus cajas de madera. Volvió a ocultar el tomo bajo la jofaina del lavabo, y abrió una gaveta sellada por las telarañas. La mesa de estudio era demasiado exigua para dar cabida a tanta gente. Por ello, Marcial se sentó en el piso. Dispuso los granaderos por filas de ocho. Luego, los oficiales a caballo, rodeando al abanderado. Detrás, los artilleros, con sus cañones, escobillones y botafuegos. Cerrando la marcha, pífanos y timbales, con escolta de redoblantes. Los morteros estaban dotados de un resorte que permitía lanzar bolas de vidrio a más de un metro de distancia.

—¡Pum...! ¡Pum...! ¡Pum...!

Caían caballos, caían abanderados, caían tambores. Hubo de ser llamado tres veces por el negro Eligio, para decidirse a lavarse las manos y bajar al comedor.

Desde ese día, Marcial conservó el hábito de sentarse en el enlosado. Cuando percibió las ventajas de esa costumbre, se sorprendió por no haberlo pensado antes. Afectas al terciopelo de los cojines, las personas mayores sudan demasiado. Algunas huelen a notario —como don Abundio— por no conocer, con el cuerpo echado, la frialdad del mármol en todo tiempo. Sólo desde el suelo pueden abarcarse totalmente los ángulos y perspectivas de una habitación. Hay bellezas de la madera, misteriosos caminos de insectos, rincones de sombra, que se ignoran a altura de hombre. Cuando llovía, Marcial se ocultaba debajo del clavicordio. Cada trueno hacía temblar la caja de resonancia, poniendo todas las notas a cantar. Del cielo caían los rayos para construir aquella bóveda de calderones —órgano, pinar al viento, mandolina de grillos.

IX

Aquella mañana lo encerraron en su cuarto. Oyó murmullos en toda la casa y el almuerzo que le sirvieron fue demasiado succulento para un día de semana. Había seis pasteles de la confitería de la Alameda —cuando sólo dos podían comerse, los domingos, después de misa. Se entretuvo mirando estampas de viaje, hasta que el abejeo creciente, entrando por debajo de las puertas, le hizo mirar entre persianas. Llegaban hombres vestidos de negro, portando una caja con agarraderas de bronce. Tuvo ganas de llorar, pero en ese momento apareció el calesero Melchor, luciendo sonrisa de dientes en lo alto de sus botas sonoras. Comenzaron a jugar al ajedrez. Melchor era caballo. Él era Rey. Tomando las losas del piso por tablero, podía avanzar de una en una, mientras Melchor debía saltar una de frente y dos de lado, o viceversa. El juego se prolongó hasta más allá del crepúsculo, cuando pasaron los Bomberos del Comercio.

Al levantarse, fue a besar la mano de su padre que yacía en su cama de enfermo. El marqués se sentía mejor, y habló a su hijo con el empaque y los ejemplos usuales. Los «sí, padre», y los «no, padre», se encajaban entre cuenta y cuenta del rosario de preguntas, como las respuestas del ayudante en una misa. Marcial respetaba al marqués, pero era por razones que nadie hubiera acertado a suponer. Lo respetaba porque era de elevada estatura y salía, en noches de baile, con el pecho rutilante de condecoraciones; porque le envidiaba el sable y los entorchados de oficial de milicias; porque, en Pascuas, había comido un pavo entero, relleno de almendras y pasas, ganando una apuesta; porque, cierta vez, sin duda con el ánimo de azotarla, agarró a una de las mulatas que barrían la rotonda, llevándola en brazos a su habitación. Marcial, oculto detrás de una cortina la vio salir poco después, llorosa y desabrochada, alegrándose del castigo, pues era la que siempre vaciaba las fuentes de compota devueltas a la alacena.

El padre era un ser terrible y magnánimo al que debía amarse después de Dios. Para Marcial era más Dios que Dios, porque sus dones eran cotidianos y tangibles. Pero prefería el Dios del cielo, porque fastidiaba menos.

Cuando los muebles crecieron un poco más y Marcial supo como nadie lo que había debajo de las camas, armarios y bargueños, ocultó a todos un gran secreto: la vida no tenía encanto fuera de la presencia del calesero Melchor. Ni Dios, ni su padre, ni el obispo dorado de las procesiones del Corpus, eran tan importantes como Melchor.

Melchor venía de muy lejos. Era nieto de príncipes vencidos. En su reino había elefantes, hipopótamos, tigres y jirafas. Ahí los hombres no trabajaban, como don Abundio, en habitaciones oscuras, llenas de legajos. Vivían de ser más astutos que los animales. Uno de ellos sacó el gran cocodrilo del lago azul, ensartándolo con una pica oculta en los cuerpos apretados de doce ocas asadas. Melchor sabía canciones fáciles de aprender, porque las palabras no tenían significado y se repetían mucho. Robaba dulces en las cocinas; se escapaba, de noche, por la puerta de los cuadrerizos, y, cierta vez, había apedreado a los de la guardia civil, desapareciendo luego en las sombras de la calle de la Amargura.

En días de lluvia, sus botas se ponían a secar junto al fogón de la cocina. Marcial hubiese querido tener pies que llenaran tales botas. La derecha se llamaba **Calambín**. La izquierda, **Calambán**. Aquel hombre que dominaba los caballos cerreros con sólo encajarles dos dedos en los belfos; aquel señor de terciopelos y espuelas, que lucía chisteras tan altas, sabía también lo fresco que era un suelo de mármol en verano, y ocultaba debajo de los muebles una fruta o un pastel arrebatados a las bandejas destinadas al Gran Salón. Marcial y Melchor tenían en común un depósito secreto de grageas y almendras, que llamaban el «Urí, urí, urá», con entendidas carcajadas. Ambos habían explorado la casa de arriba abajo, siendo los únicos en saber que existía un pequeño sótano lleno de frascos holandeses, debajo de las cuadras, y que en desván inútil, encima de los cuartos de criadas, doce mariposas polvorientas acababan de perder las alas en caja de Cristales rotos.

XI

Cuando Marcial adquirió el hábito de romper cosas, olvidó a Melchor para acercarse a los perros. Había varios en la casa. El atigrado grande; el podenco que arrastraba las tetas; el galgo, demasiado viejo para jugar; el lanudo que

los demás perseguían en épocas determinadas, y que las camareras tenían que encerrar.

Marcial prefería a Canelo porque sacaba zapatos de las habitaciones y desenterraba los rosales del patio. Siempre negro de carbón o cubierto de tierra roja, devoraba la comida de los demás, chillaba sin motivo, y ocultaba huesos robados al pie de la fuente. De vez en cuando, también, vaciaba un huevo acabado de poner, arrojando la gallina al aire con brusco palancazo del hocico. Todos daban de patadas al Canelo. Pero Marcial se enfermaba cuando se lo llevaban. Y el perro volvía triunfante, moviendo la cola, después de haber sido abandonado más allá de la Casa de Beneficiencia, recobrando un puesto que los demás, con sus habilidades en la caza o desvelos en la guardia, nunca ocuparían.

Canelo y Marcial orinaban juntos. A veces escogían la alfombra persa del salón, para dibujar en su lana formas de nubes pardas que se ensanchaban lentamente. Eso costaba castigo de cintarazos. Pero los cintarazos no dolían tanto como creían las personas mayores. Resultaban en cambio, pretexto admirable para armar concertantes de aullidos, y provocar la compasión de los vecinos. Cuando la bizca del tejadillo calificaba a su padre de «bárbaro», Marcial miraba a Canelo, riendo con los ojos. Lloraban un poco más, para ganarse un bizcocho, y todo quedaba olvidado. Ambos comían tierra, se revolcaban al sol, bebían en la fuente de los peces, buscaban sombra y perfume al pie de las albahacas. En horas de calor los canteros húmedos se llenaban de gente. Ahí estaba la gansa gris, con bolsa colgante entre las patas zambas; el gallo viejo del culo pelado; la lagartija que decía «urí, urá», sacándose del cuello una corbata rosada; el triste jubo, nacido en ciudad sin hembras; el ratón que tapiaba su agujero con una semilla de carey. Un día, señalaron el perro a Marcial.

—¡Guau, guau! —dijo.

Hablaba su propio idioma. Había logrado la suprema libertad. Ya quería alcanzar, con sus manos, objetos que estaban fuera del alcance de sus manos.

XII

Hambre, sed, calor, dolor, frío. Apenas Marcial redujo su percepción a la de estas realidades esenciales, renunció a la luz que ya le era accesoria. Ignoraba su nombre. Retirado el bautismo, con su sal desagradable, no quiso ya el olfato, ni el oído, ni siquiera la vista. Sus manos rozaban formas placenteras. Era un ser totalmente sensible y táctil. El universo le entraba por todos los poros. Entonces cerró los ojos que sólo divisaban gigantes nebulosos y penetró en un cuerpo caliente, húmedo, lleno de tinieblas, que moría. El cuerpo, al sentirlo arrebozado en su propia sustancia, resbaló hacia la vida.

Pero ahora el tiempo corrió más pronto, adelgazando sus últimas horas. Los minutos sonaban a **glissando** de naipes bajo el pulgar de un jugador.

Las aves volvieron al huevo en torbellino de plumas. Los peces cuajaron la hueva, dejando una nevada de escamas en el fondo del estanque. Las palmas doblaron las pencas, desapareciendo en la tierra como abanicos cerrados. Los tallos sorbían sus hojas y el suelo tiraba de todo lo que le perteneciera. El trueno retumbaba en los corredores. Crecían pelos en la gamuza de los guantes. Las mantas de lana se destejían redondeando el vellón de carneros distantes. Los armarios, los bargueños, las camas, los crucifijos, las mesas, las persianas, salieron volando en la noche, buscando sus antiguas raíces al pie de las selvas. Todo lo que tuviera clavos se desmoronaba. Un bergantín, anclado no se sabía dónde, llevó presurosamente a Italia los mármoles del piso y de la fuente. Las panoplias, los herrajes, las llaves, las cazuelas de cobre, los bocados de las cuadras, se derretían, engrosando un río de metal que galerías sin techo canalizaban hacia la tierra. Todo se metamorfoseaba, ingresando a la condición primera. El barro volvió al barro, dejando un yermo en lugar de la casa.

XIII

Cuando los obreros vinieron con el día para proseguir la demolición, encontraron el trabajo acabado. Alguien se había llevado la estatua de Ceres, vendida la víspera a un anticuario. Después de quejarse al Sindicato, los hombres fueron a sentarse en los bancos de un parque municipal. Uno recordó entonces la historia, muy difuminada, de una marquesa de Capellanías, ahogada, en tarde de mayo, entre las malangas del Almendares.

Pero nadie prestaba atención al relato, porque el sol viajaba de oriente a occidente, y las horas que crecen a la derecha de los relojes deben alargarse por la pereza, ya que son las que más seguramente llevan a la muerte.

ALEJO CARPENTIER

Los advertidos

...et facta est pluvia super terram...

I

El amanecer se llenó de canoas. Al inmenso remanso, lago, mar interior, nacido de la invisible confluencia del Río venido de arriba —cuyas fuentes se desconocían— y del Río de la Mano Derecha, las embarcaciones llegaban, raudas, deseosas de entrar vistosamente en esbeltez de eslora, para detenerse, a palancazos de los remeros, donde otras, ya detenidas, se enracimaban, se unían borda con borda, abundosas de gente que saltaba de proas a popas para presumir de graciosas, largando chistes, haciendo muecas, a donde no los llamaban. Ahí estaban los de las tribus enemigas —secularmente enemigas por raptos de mujeres y hurtos de comidas—, sin ánimo de pelear, olvidadas las pendencias, mirándose con sonrisas fofas, aunque sin llegar a entablar el diálogo. Ahí estaban los de Wapishan y los de Shirishan, que otrora —acaso dos, tres, cuatro siglos antes— se habían acuchillado las jaurías, mutuamente, librándose combates a muerte, tan feroces que, a veces, no había quedado ni quien pudiese contarlos. Pero los bufones, de caras lacadas, pintadas con zumos de árboles, seguían saltando de canoa a canoa, enseñando los sexos acrecidos por prepucios de cuerno de venado, agitando las sonajas y castañuelas de conchas que llevaban colgadas de los testículos. Esa concordia, esa paz universal, asombraba a los recién llegados, cuyas armas, bien preparadas, atadas con cordeles que podían zafarse rápidamente, quedaban, sin mostrarse, en el piso de las canoas, bien al alcance de la mano.

Y todo aquello —la concentración de naves, la armonía lograda entre hermanos enemigos, el desparpajo de los bufones— era porque se había anunciado a los pueblos, a los pueblos de más allá de los raudales, a los pueblos sin país, a los pueblos-sin-fuego, a los pueblos andariegos, a los pueblos de las montañas pintadas, a los pueblos de las Confluencias Remotas, que el Viejo quería ser ayudado en una tarea grande. Enemigos o no, los pueblos respetaban al anciano Amaliwak por su sapiencia, su entendimiento de todo, su buen consejo, los años vividos en este mundo, su poder de haber alzado, allá arriba, en la cresta de aquella montaña, tres monolitos de piedra que todos, cuando tronaban, llamaban los Tambores de Amaliwak. No era Amaliwak un dios cabal; pero era un hombre **que sabía**; que sabía de muchas cosas, cuyo conocimiento era negado al común de los mortales; que acaso dialogara, alguna vez, con la Gran-Serpiente-Generadora, que acostada sobre los montes, siguiéndoles el contorno como una mano puede seguir el contorno de la otra mano, había engendrado los dioses terribles que rigen el destino de los hombres, dándoles el Bien con el hermoso pico del tucán, semejante al Arco Iris, y dándoles el Mal con la serpiente coral, cuya cabeza diminuta y fina ocultaba el más terrible de los venenos. Era broma corriente decir que Amaliwak, por viejo, hablaba solo y respondía con tonterías a sus propias preguntas, o bien interrogaba las jarras, las cestas, la madera de los arcos, como si fuesen personas. Pero cuando el Viejo de los Tres Tambores convocaba era porque algo iba a suceder. De ahí que el remanso-más-apacible de la confluencia del Río venido de arriba con el Río de la Mano Derecha, estuviese llena, repleta, congestionada de canoas, aquella mañana.

Cuando el viejo Amaliwak apareció en la laja, que a modo de tribuna gigantesca se tendía por encima de las aguas, hubo un gran silencio. Los bufones regresaron a sus canoas, los hechiceros volvieron hacia él, el oído menos sordo, y las mujeres dejaron de mover la piedra redonda sobre los metales. De lejos, de las últimas filas de embarcaciones, no podía apreciarse si el Viejo había envejecido o no. Se pintaba como un insecto gesticulante, como algo pequeñísimo y activo, en lo alto de la laja. Alzó la mano y habló. Dijo que Grandes Trastornos se aproximaban a la vida del hombre; dijo que, este año, las culebras habían puesto sus huevos en las cimas de los árboles; dijo que, sin que le fuera dable hablar de motivos, lo mejor, para prevenir

grandes desgracias, era marcharse a los cerros, a los montes, a las cordilleras. «Ahí donde nada crece», dijo Wapishan a un Shirishan que escuchaba al Viejo con sonrisa socarrona. Pero un clamor se alzó allá, en el ala izquierda, donde se habían juntado las canoas venidas de arriba. Gritaba uno: «¿Y hemos remado durante dos días y dos noches para oír esto?» «¿Qué ocurre en realidad?», gritaban los de derecha. «¡Siempre se hace penar a los más desvalidos!», gritaron los de izquierda. «¡Al grano! ¡Al grano!», gritaron los de derecha. El Viejo alzó la mano otra vez. Volvieron a callar los bufones. Repitió el Viejo que no tenía el derecho de revelar lo que, por proceso de revelación, sabía. Que, por lo pronto, necesitaba brazos, hombres, para derribar enormes cantidades de árboles en el menor tiempo posible. El pagaría en maíz —sus plantíos eran vastos— y en harina de yuca, de la que sus almacenes estaban repletos. Los presentes, que habían venido con sus niños, sus hechiceros y sus bufones, tendrían todo lo necesario y mucho más para llevar después. Este año —y esto lo dijo con un tono extraño, ronco, que mucho sorprendió a quienes lo conocían— no pasarían hambre, ni tendrían que comer gusanos de tierra en la estación de las lluvias. Pero, eso sí: había que derribar los árboles limpiamente. Quemarles la base, derribarlos, quemarles las ramas mayores y menores, y presentarle dos troncos limpios de taras: limpios, lisos, como los tambores que allá arriba (y los señalaba) se erguían. Los troncos, rodados o flotados, serían amontonados en aquel claro —y mostraba una enorme explanada natural— donde, con piedrecitas se llevaría la contabilidad de lo suministrado por cada pueblo presente. Acabó de hablar el Viejo, terminaron las aclamaciones, y empezó el trabajo.

II

«El Viejo está loco.» Lo decían los de Wapishan, lo decían los de Shirishan, lo decían los Guahibos y Piaroas; lo decían los pueblos todos, entregados a la tala, al ver que con los troncos entregados, el Viejo procedía a armar una enorme canoa —al menos: aquello se iba pareciendo a una canoa— como nunca pudiese haberla concebido una mente humana. Canoa absurda, incapaz de flotar, que iba desde el acantilado del Cerro de los Tres Tambores, hasta las orillas del agua, con unas divisiones internas —unos tabiques móviles—

absolutamente inexplicables. Además, esa canoa de tres pisos, sobre la cual empezaba a alzarse algo como una casa con techo de hojas de moriche superpuestas en cuatro capas espesas, con una ventana de cada lado, era de un calado tal, que las aguas de aquí, con tantos bajos de arena, con tantas lajas apenas sumergidas, jamás podrían llevar. Por ello, lo más absurdo, lo más incomprensible, es que aquello tuviese forma de canoa, con quilla, con cuadernas, con cosas que servían para navegar. Aquello no navegaría nunca. Templo tampoco sería, porque los dioses se adoran en las cavernas abiertas en las cimas de los montes, allá donde hay animales pintados por los antepasados, escenas de caza, y mujeres con los pechos muy grandes. El Viejo estaba loco. Pero de su locura se vivía. Había mandioca y maíz y hasta maíz para poner la chicha a fermentar en los cántaros. Con esto se daban grandes fiestas a la sombra de la Enorme-Canoa que iba creciendo de día en día. Ahora el Viejo pedía resina blanca, de esa que brota de los troncos de un árbol de hojas grasas, para rellenar las hendidias dejadas por el desajuste de algún tronco, mal machihembrado con el más próximo. De noche, se bailaba a la luz de las hogueras; los hechiceros sacaban las Grandes Máscaras de aves y de Demonios; los bufones imitaban el venado y la rana; había porfías, responsos, desafíos incruentos entre las tribus. Venían nuevos pueblos a ofrecer sus servicios. Aquello fue una fiesta, hasta que Amaliwak, plantando una rama florida en el techo de la casa que dominaba la Enorme-Canoa, resolvió que el trabajo estaba terminado. Cada cual fue pagado cabalmente en harina de yuca y en maíz y —no sin tristeza— los pueblos emprendieron la navegación hacia sus respectivas comarcas. Ahí quedaba, en luna llena, la canoa absurda, la canoa nunca vista, construcción en tierra que jamás habría de navegar a pesar de su perfil de nave-con-casa-encima, en cuyo cuádruple techo de moriche andaba el viejo Amaliwak, entregado a extrañas gesticulaciones. La Gran-Voz-de-Quien-Todo-lo-Hizo le hablaba. Había roto las fronteras del porvenir y recibía instrucciones de lo arcano. «Repoblar la tierra de hombres, haciendo que su mujer arrojara semillas de palmera por encima de su hombro.» A veces, pavorosa en su dulzura exterminadora, sonaba la voz de la Gran-Serpiente-Generadora, cuyas palabras cantarinas helaban la sangre. «¿Por qué habré de ser yo —pensaba el anciano Amaliwak— el depositario del Gran Secreto vedado a los hombres? ¿Por qué se me ha

escogido a mí para pronunciar los terribles conjuros, para asumir tan grandes tareas?» Un bufón curioso había permanecido en una barca rezagada para ver lo que podía ocurrir ahora en el Extraño-Lugar-de-la-Canoa-Enorme. Y cuando la luna se ocultaba ya detrás de las montañas cercanas, sonaron los Conjuros, inauditos, inconcebibles, lanzados con una voz tan fuerte que no podía tratarse de la voz de Amaliwak. Entonces algo que era de vegetación, de árboles, del suelo, de las ramazones, que aún quedaban detrás de las talas, echó a andar. Era un tumulto tremebundo de saltos, de vuelos, de arrastres de galopes, de empellones hacia la Enorme-Canoa. El cielo blanqueó de garzas antes de amanecer. Una masa de rugidos, zarpazos, trompas, morros, corcovios, encabritamientos, cornadas; una masa arrolladora, tremebunda, presurosa, se iba colando en la embarcación imposible, cubierta por las aves que entraban a todo vuelo, por entre cuernos y cornamentas, patas alzadas, mordiscos lanzados al viento. Después, el suelo hirvió en el mundo de los reptiles de agua y de tierra, no faltando los lagartos enormes, los camaleones, y las serpientes menores —esas que hacen música con la cola, se disfrazan de ananás o traen pulseras de ámbar y de coral sobre el cuerpo. Hasta bien pasado el mediodía se asistió a la arribazón de gente que, como los venados rojos, no habían recibido el aviso a tiempo, o las tortugas, para las cuales los viajes largos eran trabajosos y más ahora que eran los tiempos de desovar. Por fin, viendo que la última tortuga había entrado en la canoa, el anciano Amaliwak cerró la Gran Escotilla, y subió a lo más alto de la casa donde las mujeres de su familia —es decir; de su tribu, puesto que su gente se casaba de trece años— estaban entregadas, cantando, a los juegos y rejugos del metate. El cielo de aquel mediodía era negro. Parecía que la tierra negra de las comarcas negras se le hubiese subido, de horizonte a horizonte. En eso sonó la Gran-Voz-de-Quien-Todo-lo-Hizo: «Cúbrete los oídos», dijo. Apenas Amaliwak hubo obedecido, retumbó un trueno tan horrísono y prolongado que los animales de la Enorme-Canoa quedaron ensordecidos. Entonces empezó a caer la lluvia. Pero no una lluvia como la conocen ustedes. Lluvia de Cólera de Dioses, pared de agua de un espesor infinito, bajada de lo alto; techo de agua en desplome perpetuo. Como era imposible respirar, siquiera, bajo semejante lluvia, el Viejo entró en la casa. Ya caían goteras, ya lloraban las mujeres, ya chillaban los niños. Y ya no se supo del día, ni de la noche.

Todo era noche. Amaliwak, ciertamente, se había provisto de mechas que, al ser encendidas, ardían más o menos durante el tiempo de un día o de una noche. Pero ahora, con esa ausencia de luz, estaba desconcertado en sus cálculos, dando noches por días y días por noches. Y de súbito, en un momento que el anciano no olvidaría nunca, la proa de la canoa empezó a dar de bandazos. Una fuerza levitaba, alzaba, empujaba aquella construcción hecha bajo el dictado de los Poderosos de las Montañas y del Cielo. Y, después de una tensión, de una indecisión, de un miedo, que obligó a Amaliwak a tomarse un jarro entero de chicha de maíz, hubo como un embate sordo. La Enorme-Canoa había roto su última atadura con la tierra. Flotaba. Y se lanzaba hacia un mundo de raudales abiertos entre montañas, raudales cuyo bramido continuo ponía pavor en el pecho de hombres y animales. La Enorme-Canoa flotaba.

III

Al principio Amaliwak y sus hijos y sus nietos y bisnietos y tataranietos trataron, aullantes, de piernas abiertas en las cubiertas, de concentrarse en alguna maniobra de timón. Era inútil. Circundada de montañas, azotada por los rayos, la Enorme-Canoa caía, de raudal en raudal, de viraje en viraje, esquivando los escollos, sin topar con nada, por su misma debilidad en seguir el enfurecido correr de las aguas. Cuando el anciano se asomaba a las bordas de su Enorme-Canoa, la veía correr, haría rauda, desorientada, desnortada, (¿acaso se veían las estrellas?) en su mar de fango líquido que iba empequeñeciendo las montañas y los volcanes. Porque a aquél se le miraba de cerca el exiguo abismo que otrora arrojara fuego. Poco impresionaban sus labios de lava llovida. Las montañas se reducían en tamaño con aquella desaparición creciente de sus faldas. E iba la Enorme-Canoa por rumbos inseguros, hacia arribaciones desconocidas, girando en redondo, a veces, antes de arrojar a un disparadero de aguas que paraba en catarata ya amansada por las aguas de abajo. Así fue, por desfiladeros ignotos, hasta que las aguas —según el mal cálculo de Amaliwak había llovido durante más de veinte días, y de aquella manera tremebunda...— dejaron de caer del cielo. Se hizo un gran remanso, una gran mar quieta, entre las últimas cimas

visibles, con sus playas de lodo pintadas a millares de palmos de altura, y la Enorme-Canoa dejó de agitarse. Era como si La-Gran-Voz-de-Quien-Todo-lo-Hizo le impusiera un descanso. Las mujeres habían regresado a sus metates. Los animales, abajo, estaban tranquilos: todos, desde el día de la Revelación, se habían conformado con el yantar cotidiano, de maíz y de yuca, así fuesen carnívoros. Amaliwak, cansado, se echó un buen jarro de chicha en el gaznate y se echó a dormir en su chinchorro.

Al tercer día de sueño lo despertó un choque de su nave con alguna cosa. Pero no era cosa de roca, ni de piedra, ni de troncos muy viejos, de esos que yacían petrificados, intocables, en los claros de la selva. El golpe había derribado algunas cosas: jarros, enseres, armas, por su violencia. Pero había sido un golpe blando, como de madera mojada con madera mojada, de tronco flotante con tronco flotante, en que ambos, después de herirse las cortezas, siguen juntos sus caminos, unidos como marido y mujer. Amaliwak subió a los pisos superiores de su embarcación. Su canoa había tropezado, de soslayo, con algo rarísimo. Sin fracturas había abordado una nave enorme, de costillares al descubierto, de cuadernas fuera de borda, como hecha de bambúes, de juncos, con algo sumamente singular: un mástil en torno del cual giraba, según soplara la brisa —ya habían terminado los grandes vientos—, un velamen cuadrado, de cuatro caras, que agarraba el aire que soplara por debajo, como una chimenea de choza. Viendo así la embarcación oscura, que ninguna forma viviente animaba, pensó el anciano Amaliwak en medirla a ojo de buen comprador de jarras —con chicha adentro, por supuesto. Tenía unos trescientos codos de longitud, unos cincuenta de anchura, y unos treinta codos de alto. «Más o menos como mí canoa —dijo—, aunque yo he dilatado a lo sumo las proporciones que me fueron dictadas por revelación. Los dioses, de tanto andar por el cielo, poco saben de navegar.» Se abrió la escotilla de la extraña nave, apareció un anciano pequeño, tocado con un gorro rojo, que parecía sumamente irritado. «¿Qué? ¿No atamos cabos?», gritó, en un idioma extraño, hecho a saltos de tonalidades de palabras a palabras, pero que Amaliwak entendió porque los hombres sabios, en aquellos días, entendían todos los idiomas, dialectos y jergas, de los seres humanos. Amaliwak mandó largar cabos a la extraña embarcación; ambas se arrimaron, y se abrazó el anciano de otro anciano de tez un tanto amarillenta,

que le dijo venir del Reino de Sin, cuyos animales traía en las entrañas del Gran-Barco. Abriendo la escotilla mostró a Amaliwak un mundo de animales desconocidos que, entre divisiones de madera que limitaban sus pasos, pintaban estampas zoológicas por él nunca sospechadas. Se asustó al ver que hacia ellos trepaba un oso negro de muy fea traza; abajo había como venados grandes, con gibas en los lomos. Y unos felinos brincadores, nunca quietos, que se llamaban «onzas». «¿Qué hace usted aquí?», preguntó el hombre de Sin a Amaliwak. «¿Y usted?», contestó el anciano. «Estoy salvando la especie humana y las especies animales», dijo el hombre de Sin. «Estoy salvando la especie humana y las especies animales», dijo el anciano Amaliwak. Y como las mujeres del hombre de Sin habían traído el vino de arroz, no se habló más de cuestiones difíciles de dilucidar aquella noche. Y algo borrachos estaban el hombre de Sin y el anciano Amaliwak cuando al filo del amanecer, un golpe formidable hizo retumbar las dos naves. Una embarcación cuadrada —trescientos codos de longitud, cincuenta más o menos de anchura, treinta codos (eran unos cincuenta) de alto— dominada por una casavivienda con ventanas laterales, había topado con las dos naves amarradas. En la proa, antes de que fuesen a requerirlo por una mala maniobra marinera, un anciano, muy anciano, de largas barbas, recitaba lo inscrito en unas pieles de animales. Y lo recitaba a gritos, para que todos lo escucharan, y nadie viniese a requerirlo por la maniobra marinera mal hecha. Decía: «Me dijo Iaveh: “Hazte un arca de madera de Gopher; harás aposentos en el arca, y la embetunarás con brea por dentro y por fuera. Al arca harás piso abajo, segundo y tercero.”» «Aquí también hay tres pisos», decía Amaliwak. Pero proseguía el otro: «Y yo, he aquí que yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra, morirá. Más, estableceré un pacto contigo y entrarás en el arca tú y tus hijos y tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo...» «¿No fue eso acaso lo que yo hice?», dijo el anciano Amaliwak. Pero proseguía el otro el recitado de su Revelación: «Y de todo lo que vive, de toda carne, dos de cada especie meterás en el arca, para que tengan vida contigo: macho y hembra serán. De las aves, según su especie; de todo reptil de la tierra, según su especie; dos de cada especie entrarán contigo para que haya vida.» «¿Así no hice yo?», preguntábase el anciano Amaliwak,

hallando que aquel extranjero, resultaba harto presuntuoso con sus revelaciones que eran semejantes a todas las demás.

Pero, al pasar de embarcación a embarcación, los nexos de simpatías se fueron creando. Tanto el hombre de Sin, como el anciano Amaliwak y el Noé recién llegado eran grandes bebedores. Con el vino del último, la chicha del viejo, el licor de arroz del primero, los ánimos se fueron ablandando. Se formulaban preguntas, tímidas al comienzo, acerca de los pueblos respectivos; de sus mujeres, de sus modos de comer. Ya sólo llovía de cuando en cuando, y eso, como para poner un poco de claridad en el Cielo. El Noé, del arca maciza, propuso que se hiciese algo para saber si toda vida vegetal había desaparecido del mundo. Lanzó una paloma sobre las aguas, quietas aunque fangosas en grado indecible. Al cabo de una larga espera, la paloma regresó con un ramito de olivo en el pico. El anciano Amaliwak arrojó entonces un ratón al agua. Al cabo de larga espera, el ratón regresó con una mazorca de maíz entre las patas. El hombre del País de Sin despachó, entonces, un papagayo, que regresó con una espiga de arroz debajo del ala. La vida recobraba su curso. Sólo faltaba recibir alguna Instrucción de Aquellos que vigilan el ir y venir de los hombres desde sus templos y cavernas. Las aguas bajaban de nivel.

IV

Transcurrían los días y calladas estaban las Grandes Voces de Quien-Todo-lo-Hizo-, de Iaveh, con quien Noé parecía haber tenido largos coloquios, con instrucciones más precisas que las impartidas a Amaliwak; de Quien-Todo-lo-Creó y vive en el espacio, ingrávido y suspendido como una burbuja, escuchado por el Hombro de Sin.

Desconcertados estaban los capitanes de las naves, arrimadas, por sus bordas, sin saber qué hacer. Descendían las aguas; crecían las montañas; volvían a pintarse las cordilleras en el horizonte de paisajes libres de sus nieblas. Y, una tarde en que los capitanes bebían para distraerse de sus propias inquietudes, y cavilaciones, se anunció la aparición de una cuarta nave. Era casi blanca, de una admirable finura de líneas, con las bordas pulidas y unas velas de formas nunca vistas por acá. Se arrimó ligeramente,

y, envuelto en una capa de lana negra apareció el Capitán: «Soy Deucalión —dijo—. De donde se yergue un monte llamado Olimpo. He sido encargado por el Dios del Cielo y de la Luz de repoblar el mundo cuando termine este horrible diluvio.» «¿Y dónde lleva los animales una nave tan exigua?», preguntó Amaliwak. «No se me ha hablado de animales —dijo el recién llegado—. Cuando termine esto, tomaremos piedras, que son los huesos de la tierra, y mi esposa Pirra las arrojará por encima de sus hombros. De cada guijarro nacerá un hombre.» «Yo debo hacer lo mismo con las semillas de la palmera», dijo Amaliwak. En eso, de la bruma que acababa de levantarse sobre las costas cada vez más próximas, surgió, como embistiendo, la mole enorme de una nave casi idéntica a la de Noé. Una hábil maniobra de los que tripulaban ladeó la embarcación poniéndola al paio. «Soy Our-Napishtim —dijo el nuevo Capitán, saltando a la nave de Deucalión—, por el Dueño-de-las-Aguas supe lo que iba a ocurrir. Entonces edificué el arca, y embarqué en ella, además de mi familia, ejemplares de animales de todas las especies. Me parece que lo peor ha pasado. Primero arrojé una paloma al espacio, pero regresó sin haber hallado cosa alguna que para mí, significara vida. Lo mismo me ocurrió con la golondrina. Pero el cuervo no regresó; prueba de que halló algo que comer. Estoy seguro de que en mi país, en el lugar llamado Boca de Los Ríos, ha quedado gente. El agua sigue descendiendo. Ha llegado la hora de regresar a las tierras propias. Con tanta tierra de aquí, de allá, acarreada, depositada, dejada sobre los campos, tendremos buenas cosechas.» Y dijo el hombre de Sin: «Pronto abriremos las escotillas y saldrán los animales a sus pastos fangosos; y se reanudará la guerra entre las especies; y los unos devorarán a los otros. No me cupo la gloria de salvar la raza de los dragones, y lo siento, porque ahora esa raza se extinguirá. Sólo hallé un dragón macho, sin hembra, en el lugar septentrional donde pacen los elefantes de colmillos curvos y donde los grandes lagartos ponen huevos semejantes a sacos de sésamo.» «Todo está en saber si los hombres habrán salido mejores de esta aventura —dijo Noé—. Muchos deben haberse salvado en las cimas de los montes.»

Los Capitanes cenaron silenciosamente. Una gran congoja —inconfesada, sin embargo; guardada en lo más hondo del pecho— les ponía lágrimas en las gargantas. Se les había venido abajo el orgullo de creerse elegidos -ungidos

— por divinidades que, en suma, eran varias, y hablaban a sus hombres de idéntica manera. «Por ahí deben andar otras naves como las nuestras», dijo Our-Napishtim, amargo. «Más allá de dos horizontes; mucho más allá, debe haber otros hombres advertidos, navegando con sus cargas de animales. Debe haberlos del País donde se adoran el fuego y las nubes.» «Debe haberlos de los Imperios del Norte que, según dicen, son tremendamente industriosos.» En ese instante, la Voz-de-Quien-Todo-lo-Hizo retumbó en los oídos de Amaliwak: «Apártate de las demás naves, y déjate llevar por las aguas.» Nadie, salvo el Viejo, escuchó el tremebundo mandato. Pero a todos ocurría algo, puesto que se marchaban de prisa, sin despedirse unos de otros, volviendo a sus embarcaciones. Cada una halló la corriente que le correspondía, en un agua que ya se pintaba a la manera de un río. Y, pronto, el anciano Amaliwak se encontró solo con su gente y con sus animales. «Los dioses eran muchos —pensaba—. Y donde hay tantos dioses como pueblos, no puede reinar la concordia, sino que debe vivirse en desavenencia y turbamulta, en torno a las cosas del Universo.» Los dioses se le empequeñecían. Pero aún le tocaba una tarea por cumplir. Arrimó la Enorme-Canoa a una orilla y, bajando detrás de una de sus esposas, le hizo arrojar detrás de sus espaldas las semillas de palmera que llevaba en un saco. En el acto —y era maravilla verlo— las semillas se transformaban en hombres, que en pocos instantes crecían, crecían, pasando a la talla de niños, a la talla de mozos, a la talla de adolescentes, a la talla de hombres. Con las semillas que contuvieran gérmenes de hembra ocurría lo mismo. Al cabo de la mañana era una multitud, pululante, la que llenaba la orilla. Pero, en eso, una oscura historia de raptó de hembra, dividió la multitud en dos bandos, y fue la guerra. Amaliwak regresó precipitadamente a la Enorme-Canoa, viendo cómo los hombres recién salvados, recién creados, se mataban unos a otros. Y según sus posiciones de combate en la costa elegida para su resurrección, era evidente que ya se había creado un **bando-montaña** y un **bando-valle**. Ya tenía éste un ojo colgándole en medio de la cara; ya tenía el otro las entrañas de fuera; ya tenía el otro el cráneo abierto por una piedra. «Creo que hemos perdido el tiempo», dijo el anciano Amaliwak poniendo su Enorme-Canoa a flote.

ALEJO CARPENTIER

Fray Alosyus, demonólogo

Aseveraba Tracio Magno que la ciencia demonológica es, entre todas, la que presenta dificultades mayores para la justa interpretación, dado que su materia es mutable y cambiante, por estar sujeta a «los caprichos» —así escribió— de las partículas que la integran.

«Siendo los demonios las partículas de esa materia», escribió Tracio Magno, «y constituyendo cada demonio una entidad diferente, pues no existen dos iguales en la suma incalculable de los que existen, sus impulsos divergentes provocan una energía demente y contradictoria, que dificulta en grado sumo su estudio, máxime si se pretende hacerlo ajustándose a reglas comprobables, como es exigencia natural de las ciencias».

En su arcano, y tan peligroso, libro **Afiliación y nomenclatura de demonios menores**, Tracio Magno nos da la medida de esa dificultad, al comunicarnos el resultado de sus cálculos: «En el huevecillo de una mosca», aseguró, «pueden alojarse a la voz hasta ochocientos demonios menores, y no en condiciones de estrechez e incomodidad, sino con amplitud y libertad de movimientos, tal una familia pequeña en palacio construido para residencia de muchos».

Fray Alosyus de Delft, quien fue sin duda el comentarista más aguzado y minucioso de Tracio Magno, pone en duda, aunque lo haga en forma ponderada y respetuosa, la exactitud de esa cifra. En sus renombradas **Tablas comparativas de la densidad, volumen y capacidad de desplazamiento**

entre ángeles y demonios menores, muy utilizadas durante toda la Alta Edad Media por los exorcistas del Santo Oficio, fray Alosyus objeta:

Los cálculos del maestro Tracio Magno fueron realizados sin el necesario, y único inobjetable, elemento comparativo. Dado que Tracio Magno ignoró a los ángeles, no pudo conocer que en el espacio por él citado (el huevecillo de una mosca), sólo pueden tener cabida seiscientos treinta y cinco ángeles, de los catalogados en las órdenes inferiores. ¿Cómo sería posible entonces que seres de condición infernal, aun tratándose, como en este caso, de demonios menores, pudiesen superar a los ángeles en capacidad de acomodo en un espacio determinado? Tal pensamiento ha de ser considerado herético. Según mi personal comprobación, efectuada con el mayor rigor experimental, en el huevecillo de una mosca sólo puede albergarse, y esto, en condiciones de suma incomodidad, trescientos cuarenta y seis demonios menores. Y esta cifra debe considerarse en lo adelante y para todos los efectos, como la definitiva y única aceptada por la Iglesia.

La autoridad de fray Alosyus en cuestiones de demonología, zanjó la cuestión de modo definitivo: la cifra establecida por Tracio Magno quedó tachada, y la de fray Alosyus ocupó su lugar, «en lo adelante y para todos los efectos como la única aceptada por la Iglesia».

Parece poco probable que haya existido otro hombre con tan vastos y hondos conocimientos en la peligrosa materia de la demonología, como los poseídos por fray Alosyus. Hasta su modesta casita de Delft (parte de cuya edificación aún se conserva y se muestra a los viajeros curiosos, aunque con el nombre, pensamos que injusto, de «la casa del endemoniado»), llegaban teólogos de toda Europa, para someter a su juicio calificado de infalible, intrincados problemas de índole demoníaca, materia en la que se le confería la máxima autoridad **urbi et orbe**. Sus obras lo eran de consulta obligada para los jefes de la Inquisición, quienes, dicho sea entre paréntesis, entraban a la casa del sabio demonólogo levantando en la diestra un crucifijo protector, pues era **vox populi** que los demonios mayores y menores

pululaban en ella y deambulaban por sus aposentos, «cual si estuvieran en su propia casa».

Con una reputación sólidamente cimentada, como tiene que serlo la que se asienta sobre una capa espesa de huesos de demonios mayores y menores pisoteados por sus grandes pies (hasta nosotros ha llegado que los tenía desmesurados como consecuencia de ese ejercicio), alcanzó fray Alosyus de Delft una gloriosa ancianidad. (Gloriosa, aunque el obispo Eugenio haya opinado lo contrario en su momento.) Y hubiese seguramente puesto sus grandes pies en el primer peldaño de la escalera de galardones de la Iglesia, y dejado de ser fray Alosyus para pasar a ser el Beato Alosyus, y quien sabe si más tarde, y ahora ya sin necesidad del personal esfuerzo, llegara el segundo escalón, el de los carbonizables, lo que le haría, a su vez, pasar de Beato Alosyus a San Alosyus de Delft, conquistando así la suave inmortalidad de los elegidos.

Es posible que hubiese sido así, casi podría decirse que así hubiera sido seguramente, si la esposa del tallador de piedras de molino Viijnus no trajera al mundo cincuenta y tantos años antes a una hija, a la que pusieron por nombre Cleonia, y que si esta hija no hubiese sido favorecida (si es que puede decirse así) por la naturaleza con una fealdad sobresaliente y notable, qué alejó de ella en sus años juveniles a todos los posibles esposos, convirtiéndola poco a poco en una ponzoñosa solterona, que una vez muertos sus padres quedó sola en la vieja casa familiar, con la única reconocida ocupación de atisbar, desde detrás de los visillos de sus ventanas, todo lo que ocurría en los alrededores.

Y la pequeña casa en que vivía fray Alosyus caía por entero, desde la puerta de entrada en la callejuela de los Tejedores, hasta la huerta minúscula cercada por un seto de espino blanco en la parte trasera, en el campo visual de la solterona.

Este hecho fortuito, y aparentemente en las antípodas del acontecer vital de fray Alosyus, traería las funestas consecuencias que trajo para el sabio demonólogo.

(Foja IV y siguientes del Testimonio del obispo Eugenio al Tribunal del Santo Oficio. Copia literal.)

«...y la susodicha Cleonia, hija de Viijnus, nos manifestó, luego de prestar juramento y comprometer la salvación de su alma para **in aeternum** si deslizaba entre sus palabras una sola que no correspondiese por entero a la verdad, lo que a continuación hago saber a este Santo Tribunal:

»Que en repetidas ocasiones pudo ver desde las ventanas de su casa, y con toda claridad, cómo fray Alosyus utilizaba a los demonios para su servicio personal. Que esos demonios tomaban la apariencia de mujeres de muy buena presencia, y que ella pudo distinguir cuatro, a saber: dos que parecían destinadas a las labores de la cocina y dos para servir a la mesa a fray Alosyus y para las restantes labores de la casa. Interrogada por nos la dicha Cleonia, hija de Viijnus, que cómo ella había podido saber que se trataba de demonios y no de mujeres, manifestó sin vacilar que, en primer lugar, por el pronunciado olor a azufre que le llegaba desde la casa de fray Alosyus, y en segundo lugar, por ser público y notorio que fray Alosyus no tiene servicio doméstico en su casa.

»Así mismo, la dicha Cleonia, hija de Viijnus, manifestó que fray Alosyus se dirigía a sus demonios con expresiones cariñosas y de suma cortesanía y que éstos le respondían siempre sonrientes y en el mismo tono afable y cariñoso.»

(Foja XXI y siguientes del mismo Testimonio del obispo Eugenio. Copia literal.)

«...debiendo confesar que quedé sobremanera asombrado, al ver que fray Alosyus no hizo el más débil intento de negar... Le pedí que meditara sobre la gravedad de la acusación que pesaba sobre él y sobre su alma, y le pregunté si no disponía de argumentos que refutasen los graves cargos hechos contra él por Cleonia, hija de Viijnus. Me respondió sonriendo que no lo creía necesario. Al insistir, dada la evidente ambigüedad de su respuesta, nos dijo, sin dejar de sonreír, que no era necesaria, puesto que era cierto. Que él tenía a su servicio a un número indeterminado de demonios mayores y menores, como dijera la dicha Cleonia, y que además, empleaba a otros muchos en los

trabajos de su huerta, sin que esto, añadió, en tono de irrespetuosa burla, fuese en detrimento de sus zanahorias, sus nabos y sus guisantes, que dijo “nacían todos con excelente calidad”. No nos parece necesario añadir que tal respuesta, así como el tono de manifiesta burla con que la expresó, no podían ser de fray Alosyus, sino del demonio que en aquel momento le habitaba. Al interrogarle sobre por qué los demonios que empleaba para su servicio doméstico tenían apariencia de mujeres bien parecidas, contestó que (textual) “como es de todos sabido, las mujeres cocinan mejor que los hombres”, y en cuanto a lo de que fuesen bien parecidas y jóvenes, esto lo hacía (textual) “por ser más favorable a la salud del alma contemplar objetos hermosos, que lo contrario”.

»Cuando inquirimos de él si no consideraba que un comercio de tal naturaleza con seres infernales equivalía a una asociación con las potencias satánicas, y a poner el alma al servicio del diablo, nos respondió, con el mismo tono anterior, que él pensaba completamente lo contrario, ya que quienes estaban en este caso en servidumbre eran los demonios, lo que tenía que ser considerado como un triunfo de la Iglesia sobre el Malo...»

Como era de esperarse, dadas las circunstancias, el testimonio del obispo Eugenio impresionó profundamente al Santo Oficio, el cual sentenció que los demonios que se habían posesionado del alma de fray Alosyus, debían ser destruidos por el fuego. Para el cumplimiento de esta sentencia, fue indispensable destruir previamente, en la hoguera a fray Alosyus, depositario transitorio de aquella alma. Lo que se hizo en la plaza de los Menestrales de la ciudad muy piadosa de Delft, el año de gracia de 1502. Por haber sido dicho año bisiesto, muchos consideraron esto como un augurio funesto para fray Alosyus. Pero esta consideración carece de toda validez, ya que el hecho funesto precedió al augurio.

FÉLIX PITA RODRÍGUEZ

Ludovico Amaro, temponauta

Ludovico Amaro (Siena, 1600-1648), en uno de sus famosos tratados sobre mecánica celeste, interpoló unos párrafos que los escoliastas y comentaristas de sus manuscritos calificaron posteriormente de sibilinos, dado que nada tenían que ver con el tema sobre el que escribía, y en relación con él, carecían de sentido.

Los párrafos en cuestión son los siguientes:

«Podría decirse, porque así es, que se trata simplemente de dar un paso, uno solo, y queda traspuesta la puerta. Pero dónde ha de estarse situado para darlo, en qué instante preciso ha de darse —porque no puede ser más que éste—, y cómo debe hacerse el movimiento inicial de ese paso que lo es todo, se ignora. El lugar, el momento y la forma de hacerlo, parecen estar regidos por una exactitud de naturaleza tan cruel, que ninguna concesión puede ser siquiera supuesta.

»Ahora bien, es evidente que una precisión tan monstruosa no sería concebible sin una ley rectora. Pienso que si alguna vez se hallara el secreto perdido —tal vez jamás conocido—, ese secreto tendría las características de una proposición matemática. Y su terrible sencillez. Pero se ignora. Y creo que de alguna manera y por alguna decisión de naturaleza y origen desconocidos, se ignorará siempre. Es posible que haya sido construido en una dimensión del pensamiento incompatible con las dimensiones posibles

del intelecto humano. Podría tratarse de definirlo, diciendo que es semejante a una nota musical audible únicamente millones de veces por encima, o por debajo, de la escala que el oído humano puede escuchar.

»Esto implica, lógicamente, que la voluntad de lograrlo es un propósito demencial, puesto que existiendo es inexistente, dado que es imposible de alcanzar. De aquí mi convicción de que siempre que se ha conseguido, lo ha sido como producto del azar, pero de un azar que actúa caprichosamente, puesto que escapa a las leyes inflexibles que gobiernan al azar.»

Este curioso texto, interpolado inexplicablemente por Ludovico Amaro en un ensayo sobre mecánica celeste en el que analiza incisivamente las opiniones de Kepler y Tycho Brahe expuestas en las famosas **Tablas Redolfinas**, texto incontestablemente escrito por su mano en el manuscrito original, no tendría explicación lógica posible.

No la tendría si se ignora, como se ignoró durante muchos años, que Ludovico Amaro realizaba secretamente estudios sobre el tiempo, sus divisiones, y las supuestas leyes que lo rigen. Esto fue desconocido de modo absoluto por sus contemporáneos, y sólo pudo conocerse en 1740, casi un siglo después de su desaparición, gracias a las investigaciones que sobre el astrónomo sienés realizaba Arrigo Boggio, en la antigua biblioteca del Palazzo Streggi.

Según Boggio, en dicha biblioteca existía, en aquel momento (1740), un legajo contentivo de un centenar de notas manuscritas del astrónomo, mediante las cuales se evidenciaba que Ludovico Amaro había hecho estudios sobre las posibilidades de lograr la total unificación del tiempo, «eliminando —escribió Boggio, diciendo citar textualmente a Amaro— los compartimentos estancos del pasado, el presente y el futuro».

Es incontestable que, enfocado con la óptica que la investigación de Arrigo Boggio hizo posible, el texto que resultaba sibilino intercalado en las páginas del manuscrito de un tratado sobre mecánica celeste, deja de serlo para convertirse en transparente y directo: «El paso que lo es todo», según escribió Amaro, no puede ser más que aquel que hay que dar para traspasar las barreras del tiempo y proyectarse hacia el futuro o el pasado.

Si alguna duda pudiera quedar sobre esto, el propio Boggio la disipa, al informarnos que en una de las notas manuscritas halladas por él, Ludovico

Amaro señalaba: «El filósofo Séneca poseía esa facultad [la de lograr traspasar la barrera del tiempo. Nota de Boggio], al igual que la poseía Nostradamus, aunque este último, de alguna manera que se desconoce, logró desarrollarla extraordinariamente en su “forma ascendente”, esto es, proyectándola hacia el futuro, lo que le convirtió en el visionario o profeta más grande de todos los tiempos. Todos los profetas que han existido, han sido sencillamente hombres que poseían la facultad de traspasar las barreras del tiempo en un sentido o en otro, y no maravillosos taumaturgos hacedores de milagros. Fue así como pudo Séneca anunciar en el siglo I de n.e. el descubrimiento del nuevo mundo en su tragedia **Medea**, y así como pudo Nostradamus revelar acontecimientos que se producirían varios siglos después, lo que científicamente es inaceptable.»

Arrigo Boggio es un buen ejemplo de cuán fácilmente la unilateralidad en la visión puede conducir a la ceguera absoluta. Para él, Ludovico Amaro era un astrónomo que había hecho aportes de mucha importancia al estudio de la mecánica celeste. Y demostrar la significación de esos aportes fue su única meta. Cuando nos comunica su hallazgo de una faceta desconocida de Ludovico Amaro (sus estudios sobre la posibilidad de lograr la total unificación del tiempo), lo hace de pasada, sin calificarlos ni sacar conclusiones. Ha descubierto algo extraordinario en el astrónomo al que estudia con visible fervor, pero es evidente que esto, por no estar en relación con la mecánica celeste, no le interesa, no permea su pensamiento, pudiera decirse que no lo ve. Y al terminar la lectura del voluminoso manuscrito de su obra Ludovico Amaro. Sus aportes para una concepción nueva de la mecánica celeste (cuatrocientas veintiocho páginas de gran formato), sabemos todo lo que puede saberse sobre Ludovico Amaro en relación con la mecánica celeste. Pero quedamos en total ignorancia sobre el Ludovico Amaro que quería lograr la «total unificación del tiempo, eliminando los compartimentos estancos del pasado, el presente y el futuro».

Desde el punto de vista biográfico, el enfoque unilateral de Boggio produce resultados lamentables. Las cuatrocientas veintiocho páginas de gran formato, cubiertas de una escritura menuda y apretada, no nos asoman

siquiera un instante la imagen de un hombre: lo que tenemos es una entelequia amorfa, vaga y escurridiza, y los conceptos, definiciones y teorías de esa entelequia sobre la mecánica celeste. Los elementos biográficos que nos da como a regañadientes al principio y al final, no llenan siquiera una página de las cuatrocientas veintiocho del manuscrito. Boggio se limita a decirnos que Ludovico Amaro nació en Siena el 18 de febrero del año 1600. No señala la calle ni la casa en que ello ocurrió, ni si esa casa estaba enclavada en el recinto propiamente dicho de la ciudad o en alguno de sus arrabales extramuros. Toda la información sobre los lugares dónde Amaro estudió y quiénes fueron los maestros que ejercieron alguna influencia sobre él, la reduce a cuatro líneas. Y en la última página del manuscrito, al lamentar que quedara sin terminar el **Tratado** que Amaro escribía en aquel momento, nos hace saber, sin comentario alguno, que «el astrónomo fue visto por última vez» en una calle de Siena, en la mañana del 19 de julio del año 1648.

Este escueto, mondo y descarnado «fue visto por última vez», bastó sin duda a Arrigo Boggio, pues que lo escribió sin manifestar sorpresa o curiosidad de ninguna clase, y tres líneas más abajo escribió la palabra fin, con la que quedaba cerrada toda posibilidad de aclaración posterior.

Afortunadamente, no ocurrió lo mismo con Carlo Galeazzo, amigo de Boggio y, como él, interesado en los aportes de Ludovico Amaro al estudio de la mecánica celeste. Al parecer, Galeazzo consideró que aquellas cinco palabras, «fue visto por última vez», escritas tan a la ligera por su amigo Boggio, no constituían un último capítulo satisfactorio para la biografía de un hombre de la importancia de Ludovico Amaro, y se dijo que para llenar aquella laguna era necesario acudir a otros documentos que nada tenían que ver con la mecánica celeste. Y comenzó a investigar en los legajos del archivo del Podestá de Siena, correspondientes al año 1648.

No puede decirse que Carlo Galeazzo tuviera mucha suerte en su generoso empeño. A pesar de que los archivos destinados a conservarlos son los lugares donde más documentos se extravían, el legajo correspondiente al mes de julio de 1648 estaba intacto y Galeazzo pudo examinarlo minuciosamente. Pero una coincidencia infortunada hizo que aquel examen cuidadoso diera pocos frutos: en el mes de julio de 1648, la justicia sienesa había puesto sus mejores esfuerzos en el procesamiento de un ladrón

contumaz apresado el mes anterior, y el de una prostituta romana avecindada en Siena y acusada de envenenadora. Casi todos los documentos del legajo concernían a dichos casos, y la riqueza documental permitía reconstruirlos vívidamente.

Sobre la desaparición del astrónomo Ludovico Amaro, Galeazzo sólo encontró un brevísimo informe contentivo de las pocas declaraciones de los tres ciudadanos sieneses «que habían visto por última vez» a Ludovico Amaro. Dos de ellos, Giambatista Fellini y Manlio Scorsi, declararon que se encontraban charlando junto a la puerta de la taberna Il Sole, de la que acababan de salir en aquel momento, cuando vieron «a messer Ludovico Amaro», al que dijeron conocer por ser vecino de ambos. «Maesse Amaro», declararon «les saludó con un ligero movimiento de la mano, al que ellos contestaron en igual forma». Luego, manifestaron, reiterándolo bajo juramento, que vieron cómo messer Amaro, quien no se había detenido para saludarlos, iba desapareciendo al avanzar, **como si estuviese trasponiendo una puerta, y entrando en alguna parte**, cosa imposible de todo punto ya que messer Amaro caminaba por el centro de la calle y allí no había nada que pudiera ocultarle a sus ojos. La declaración del tercer testigo, donna Marietta Spoliachi, coincidía en todos sus puntos con las de Fellini y Scorsi, salvo en que éstos habían presenciado el hecho desde la acera de la derecha de la calle, y ella desde la acera izquierda, por la que transitaba en aquel momento. «il signore Amaro», declaró la donna Marietta Spoliachi, reiterándolo asimismo bajo juramento, «desapareció de mi vista de adelante hacia atrás, como si allí, en medio de la calle, **hubiese una puerta y él estuviese entrando por ella**. Esto me produjo una impresión tan fuerte que durante unos segundos pensé que había perdido la vista...»

El informe termina con las fórmulas habituales y tiene al pie las firmas de los tres testigos y una cuarta, ilegible, sin duda la del agente de la autoridad que recibió la declaración.

Galeazzo no encontró nada más sobre la desaparición singular del astrónomo. El hecho de que Ludovico Amaro no vuelva a ser mencionado posteriormente, hace pensar lógicamente que desapareció para siempre de Siena. Las declaraciones de los tres testigos «que le vieron por última vez» hicieron recordar a Galeazzo el curioso fragmento que Ludovico Amaro

interpoló inexplicablemente en su tratado, y así lo consignó Galeazzo, por escrito, pero absteniéndose de manifestar su opinión personal sobre un hecho que, como hombre de ciencia que era, no podía aceptar como posible.

FÉLIX PITA RODRÍGUEZ

Menos veinte

En el espejo donde Generosa se contemplaba apareció el recuerdo albino y terso de Casiblanco. Ella comparó y tuvo ganas de llorar. Se estiró la piel de la cara con las dos manos, y ya pudo sonreír, levantar la cabeza mostrando el cuello, el comienzo de los senos todavía firmes, y buscar sin amargura, por la complicidad del cristal, sus viejos retratos.

La ruina de su rostro había sido el telón de boca que cierra un espectáculo. Las arrugas llegaron en poco tiempo, dejando a salvo nada más que los dientes y el brillo de las pupilas desoladas. El cuerpo caliente y frescachón de Generosa remataba en esa máscara plegada y en vano ella hizo de su pelo una llamarada de tinte para distraer los ojos del marido o lució llamativos aretes o profusos encajes bajo la floja barbilla: Casiblanco, con su piel lustrosa y colorada, parecía nieto suyo.

Llegó un momento en que no pudo engañarse más. Empezó a sentirse avergonzada y a mirar de reojo sus antiguas fotografías en traje circense, luciendo una aparatosa diadema como un arco de triunfo. La que había sido, cruzaba joven y sonriente por la memoria, sacando pañuelos, palomas y conejos con su arte de prestidigitadora.

Por aquel entonces, cada día en pueblo diferente, la cirquera se había inventado una historia personal tan adornada como su vestuario, la que utilizaba como propaganda. Eso ayudaba a olvidar los primeros años de juventud, olorosos a tocino y a aceite de la fonducha donde su madre servía

cantinas que Generosa entregaba arrastrando los pies y soñando con un mundo que liberara sus dieciséis años.

La soñadora muchacha esquivaba a cuantos empezaron a codiciarla y se entregó a un domador de leones. El noviazgo apenas tomaría una semana, al recalar en el barrio un circo de mala muerte. La joven sintió colmada su ambición al poder participar en el estrepitoso alarde donde todo se resumía en la ambulante charanga, averiados payasos, trapevistas de mallas remendadas y dos leones de remate.

La parte que del circo le tocó en suerte a Generosa, merecía la pena por el vistoso uniforme y la juventud prepotente que reventaba sus costuras. Desde el principio los amantes se llevaron muy bien. En la intimidad de las sábanas, el domador, amparado en el calor de los pechos pomposos, se sintió necesitado de comprensión, confesándole su pavor frente a las fieras. Lo soportaba por su necesidad y el atuendo, que le fascinaba, prestándole fuerzas y disfrazándole el miedo con la fanfarria de los alamares y el látigo; pero cada noche, al regresar de los aplausos y la destemplada marcha, el hombre se aflojaba, cayendo sobre la cama para recibir, de manos de Generosa una taza de tilo y una tableta anfileínica.

Algo se le iba alcanzando a ella del ambiente, además del derecho a compartir la vida trashumante. Su destino de mujer de un domador, pese a resultar de utilería, alentaba un comprensible orgullo y Generosa necesitó demostrarse su merecimiento para tal honor. Tenía natural disposición para el escamoteo y la fantasía y, tesonera como una hormiga, se hizo maga de tercera clase. A fuerza de voluntad, de tropiezos y manipulando cajas de doble fondo, se adueñó de media docena de trucos. Fue época de repetir hasta la angustia en el misterio de los entretelones los mismos movimientos e idéntica suerte, que le procuraban cierta soltura y una destreza simpática; aunque hay que confesar que ni siquiera por una sola vez logró ella hacer aparecer los clásicos pañuelos de seda, sino vulgares trapos de algodón; como los conejos siempre le resultaban infelices conejos desorejados de un sorprendente color mostaza, y las palomas, animalitos tuertos de apariencia desplumada.

Quizá si ese pequeño desajuste de la profesión resultó la única pena irremediable de Generosa respecto a su arte, pero como el relucir de las

lentejuelas y las ropas ceñidas revelaban una mujer hermosa, el público le admitía sin dificultad sus animales tarados y el algodón de sus pañuelos como una creación.

La artista había acabado por olvidar la fecha en que el domador renunció al miedo para instalar una guarapera. Lo dejó ir con pena, incapaz de renunciar también al mundillo de clarinetes y payasos. Apegada a las luces, a la música, y dueña de la pista con un nombre que el engrudo hacía aparecer sobre cercados y muros de infinidad de poblados, siguió la vida errabunda entregada a sus trucos de baja calidad. La maga realizaba puntualmente sus apariciones, dejando un vago rastro luminoso en la oscura existencia de los lejanos pueblos del interior del país.

Casiblanco había llegado tardíamente, cuando ella pasaba de los cuarenta años. Era muy joven el albino y se enamoró de la maga con la misma ingenua admiración con que Generosa amó el uniforme del domador de leones. Ella todavía tuvo qué ofrecerle al desvestirse, y el joven pareció aceptar bien lo que de su otoño iba quedando.

La invasión de las arrugas fue un alto de angustia que hizo temer a la mujer por el resto de su esencia y su flor. Así empezó la batalla de los afeites, tintes y encajes de permanente vigencia.

Desceñida y caderona dentro de su bata floreada, con fuego de peluquería ardiendo en su cabeza, se miraba al espejo alisándose la cara y ya estaba allí el rostro albino para atormentarla. Volvió la espalda buscando una tregua, y se fue al patio a regar los mantos. Por encima de la cerca, la mujer del gallero, que por costumbre seguía cuidando jerezanos y malatobos, le soltó la pregunta:

—Bueno, cuéntame, ¿hablaste con el médico?

Le contestó que sí, mientras la otra se acercaba deseosa de averiguar los detalles.

—¿Fuiste al hospital? Ahora es gratis la cirugía plástica.

—Claro que fui. Todo quedó arreglado.

—¿Para cuándo será?

—Para pronto. Me aseguraron que da muy buen resultado.

—¡Lo menos te quitarán veinte años! Ya lo verás.

La cifra repicó su júbilo en el alma de la mujer. El día fijado, al entrar en el hospital, estaba llena de esperanzas. Sonrió a la empleada del pabellón, que distribuía los turnos; a la enfermera que la preparó para la intervención, despojándola de afeites y adornos, dejándola desamparada. Fue a la sala de operaciones tan dispuesta como si volviera al circo a ofrecerse en una función inolvidable.

Subió a la mesa y le colocaron la careta de gas. Arriba se prendieron luces brillantes, estimulando la imaginación. La maga respiró profundamente y se fue sumergiendo en el sueño, entre confuso ruido de campanillas y bombos, con una imprecisa visión de fiesta.

Se escuchó la voz del ayudante:

—Ya, doctor: puede empezar.

Sobre el cráneo de la anestesiada, cerca de la frente, el bisturí trazó una media luna perfecta e invertida. Con la primera sangre saltó un conejo precioso, enteramente blanco. Un ejemplar intachable. Al segundo corte, dos palomas de lujo abrieron sus alas sobre la maga dormida.

El cirujano aplaudió encantado.

DORA ALONSO

Juego de las decapitaciones

Wang Lung era mago y odiaba al Emperador; amaba en doblegada distancia a la Emperatriz. Codiciaba una piedra de imanes siberianos, un zorro azul; acariciaba también la idea de sentarse en el Trono. Poder así, por su sangre recostada en la Costumbre, convertir sus baratijas, sus bastones y sus palomas hechizadas, en quebradizas varas de nardo y nidos de palomas salvajes, liberando sus ejercicios de los círculos concéntricos. Recorría las aldeas del norte disfrazado de agente del apio, trasponía El Amarillo, penetrando en los puertos. En las posadas, mientras él dormía, Cenizas del molino frente al río, vigilaba jorobadita y huérfana, los baúles. Ponía en sus baúles, en el piso superior, las maderas olorosas y la pólvora, madre de las flores voladoras. En el piso secreto guardaba los candelabros, las cintas de las patas de su paloma favorita y el Tao Te King. Vigilaba con doble ceño cuando llegaban a la corte, por el gran número de cortesanos arruinados y por sus hijos más jóvenes que tenían extrañas amistades entre los bandidos de las cordilleras.

Había llegado a la Corte, y después del primer día de recuperarse, entró por la noche en la sala principal del palacio imperial. Lo esperaban el Emperador y los altos dignatarios; cuando entró, sorprendió risitas ceremoniosas. La magia no lo había liberado de que los altos dignatarios escondidas lo vieran con inferioridad. Como buen mago era ceremonioso, era lento; no obstante, al penetrar en la sala no pudo evitar una nieve en su memoria, vaciló. Lo que al principio había entrado por sus ojos como una cigüeña de seda, ahora, más saboreado, se mostraba en un dibujo de perlas

que daba varias vueltas a una casaca, en el detalle puesto en una manga para hincharla, mejor que en una cadera para ceñirla. Desde los remotos fríos habían venido señores para contemplar la magia, desprendiéndose ese sólido cuchicheo que se evapora de los chinos cuando están reunidos. Un poco más alejados del cuadrado espeso de los dignatarios, se situaba la pareja imperial. El Emperador, inmutable, como si contemplase una ejecución. La Emperatriz, mutable, como si observara una mariposa posada en la gran espada, reposada en un ángulo del salón, de la época del Veedor del silencio.

Mago de feria, de asociaciones impetuosas, tuvo el error provinciano de mostrar primero sus innovaciones. Su arte consistía en un gran refinamiento de la técnica manual —pasaba una moneda por todos los dedos en el tiempo en que un ejecutante recorre todo el teclado—, unido a la música y a la pólvora. En la mañana, en el reparto que había hecho de su aprendizaje secular, hacía los ejercicios de acoplamiento del músculo y el instante, bien para ocultar una anilla o para soplar vida súbita a una paloma, a dos faisanes o a un largo desfile de gansos. Por la tarde, dirigía, escrutaba su orquesta de cinco profesores de cuerda y un pífano; vigilaba el pequeño abismo rosa de uno de los compases para situar una aventura en la interrupción. Y por la noche, oculto en su más oscura cámara, preparaba sus efectos con la pólvora colorante, para provocar la gran canasta de peras multicolores que se rompe en el cielo en lluvia de manecillas, guantes y estrellas.

A pesar de sus innovaciones, su colección de sentencias lo emparentaba con el estilo de la magia de la gran época. Acostumbraba decir que la magia consiste en pasarse una moneda por todos los músculos en el tiempo en que el espectador tiene que hacer un gesto para demostrarnos y demostrarse que no es una estatua, como un cambio en la posición del brazo, extender un poco más las piernas, o pestañear, mover el cuello. Mientras tal cosa sucede, añadía con crueldad maliciosa, el mago tiene que parecer que está soplando en un pífano invisible. Invisible él también. En una ocasión desesperada en que un mandarín arruinado le espetó esta dolorosa pregunta: ¿por qué no empleas el arte de la magia en darle vida a los muertos? Wang Lung, ceremonioso, contestó: porque puedo sacar de las entrañas de los muertos una paloma, dos faisanes, una larga hilera de gansos.

Después de sus innovaciones, sabía Wang Lung que aquella masiva solemnidad reunida en el palacio, quería sus vulgaridades, y ya aprestaba su juego de cuchillas para decapitar a la doncella que se aburría mientras el público aclamaba. De las doncellas de la Emperatriz se aprestaba la más delgada de todas, cuando un gesto del Emperador demostró que quería dar otro curso al final del espectáculo del mago. Indicó con frío ceremonial que quería que esa suerte, para el mago la más plebeya de todas, se ejercitara en el cuello de la Emperatriz. Los espectadores temblaron, creyeron que algunas intrigas de la corte habían coincidido para que se decidiese un final en que se mezclase lo espeluznante con la alegría secreta de los cortesanos. So Ling, menuda y agilísima, interpretó rectamente el signo y se dirigió hacia Wang Lung, que ya aprestaba los espejos y las cuchillas, los ángulos de sombra y las incidencias, igualando el cuello de una rata con el de la Emperatriz. La cuchilla caía y se alzaba, alzando en cada una de sus ausencias el cuello aislado, sin gotas de sangre y convertido en una entelequia. So Ling, menuda y agilísima, se levantó después que Wang Lung hubo mostrado su última vulgar destreza, y volvió a sentarse al lado del Emperador.

El Emperador reaccionó ante la más vulgar destreza que puede realizar un mago ante el ceremonial de la corte, encarcelando a Wang Lung. Con esa decisión intentaba demostrar la superioridad de la Autoridad sobre la Magia, y además preparaba una trampa visible: que So Ling visitase de incógnito al mago y preparase la fuga hacia los fríos del norte. En el fondo, el Emperador reaccionaba ante el espectáculo del mago con otro más vulgar, y no ante la corte, sino ante el pueblo. Encarcelando al mago, el pueblo creía que el Emperador se jugaba una carta desesperada, ya que luchaba con fuerzas que él no podía detener como el rayo negro. Después, al fugarse el mago con So Ling, el Emperador se mostraba ante el pueblo en una soledad nostálgica que lo neutralizaba para ser atacado. Y así So Ling, que comenzó sus visitas al prisionero llevándole panes y almendras, pudo posteriormente allegar un trineo y doce perros voladores para escapar hacia el norte, con tan escasa persecución que pronto pudo el trineo sonar sus campanillas.

La aldea a la que se iban acercando adquiría en la noche una calidad de amarillo con lengüetas súbitas rojo ladrillo. Los grandes faroles de las casas más ricas, al moverse sopladados por el viento del otoño, parecían pájaros que

transportasen en su pico nidos de fuego. Cuando el viento arreciaba y el farol chocaba con la pared, volvían a parecer pájaros que al volar se golpeasen el pecho con la medalla de las ánimas del purgatorio. Al divisar las luces, los fuegos fragmentados, Wang Lung se sintió apuñaleado por deseos disímiles sucesivos, de diversos tamaños. Las luces lo tentaban de lejos y se mostraban en innumerables rostros, en aclamaciones de fuego trastrocado. Las llamas levantadas en sitios estratégicos para ahuyentar a los zorros —y el pequeño centinela rojo ladrillo que se encargaba de avivarlas—, trepaban y se fugaban por su espalda y por sus brazos, produciéndole un desperezarse multiplicado por pinchazos incesantes. Hizo un gesto despacioso, detuvo el trineo y saltó para abandonarlo. So Ling semidormida sintió cómo él la cubría con las mantas y levantaba el puño para golpear con el latiguillo a los perros. Saltó también So Ling y se le prendió del cuello, clavándole el gesto como un alfiler largo para que no se le escapase. Pero él, resuelto, la empujó dentro del trineo, y ante su insistencia, levantó la mano como para golpear aquella mejilla que tanto se brindaba. Un latigazo dado a los perros y se alejaban las campanillas, y Wang Lung, ceremonioso, entró en la aldea, después de sacudir su malhumor.

So Ling dejó que los perros sintiesen lo interminable de ese latigazo, y durante tres días, entrecortados por la lejanía del agua y su encuentro, y por el tiempo más lento en que los perros hundían su hocico en el agua para comer peces aún vivos, mezclándose el sonido de su masticación y el de la agonía de los peces. Dormía y se despertaba sobresaltada, para volverse a dormir, mientras el trineo sobre su propia única luz nocturna se nutría de una extensión infinita. Cuando los perros sacudieron sus campanillas, So Ling creyó ingenuamente que el cansancio les doblegaba las patas, sorbiéndole el frío los tuétanos.

Las manos que sujetaban los perros del trineo se fueron reduciendo a una sola mano de tamaño mayor, que acariciaba su cuerpo con la misma lentitud que el agua elabora un coral. Así en noches sucesivas, hasta que So Ling, que ya había abierto los ojos totalmente, conoció que había pasado de un palacio a una fuga, de una fuga a un campamento. Y que quien la acariciaba, iba creciendo de caricioso a bandido y cazador, espectáculo aumentado en las sucesivas caricias hasta convertirse en el pretendiente al Imperio. Le decían

El Real, y por una heráldica de peldaños rotos y reconstruidos se consideraba, que su sangre era más pura que la de Wen Chiu, y que él era el hijo del cielo, y Wen Chiu un perro salido del infierno. Hasta Wen Chiu habían llegado distintas noticias de El Real, considerándolo como un bandido que sólo atacaba a los campesinos ricos que abandonaban sus granjas para pedir en alguna puerta distante algunas semillas de melocotón. Los cortesanos disimulaban, por cautelosa prudencia, que las aspiraciones de El Real fueran hasta el mismo trono; sin embargo, como operaba por el norte del Imperio, Wen Chiu lo ignoraba, dejándolo por las aldeas del norte, como si dejase a un monstruo pacer en un tapiz mientras los bucolistas soplaban en sus trompillas. Como era de esperarse, la mujer que rodea a un hombre enclavado entre el bandolerismo y las pretensiones reales, tenía que ser la amante que traiciona a sorbos de té; que va de un campamento a otro para vigilar el sueño de los combatientes. Y colocar en la cesta, que había entrado con unas botellas de vino, una cabeza separada del tronco con la graciosa timidez que las gotas de sangre parecen cera mezcladas con cerezas.

Retomemos de nuevo al mago Wang Lung, perdido, despreocupado gustoso por las provincias del norte. Así como en la corte se le pedía siempre, al finalizar, los números de fácil virtuosismo: el de la decapitación; en esas aldeas se abandonaba a sus más peligrosos juegos de espiral, abandonando las variaciones y las seguridades anteriores, brindadas por el estilo fugado. En lugar de extraer de sus mangas el ganso o el pelícano, se adelantaba hacia el proscenio, con la mano izquierda en la cintura, y mientras la misma manga se iba agrandando a lo largo de todo el brazo, hasta adquirir la dimensión propia de la manga de campaña; iba muy lentamente, convocando y variando la atención de los espectadores, alzando la mano derecha, y apuntando hacia el cielo, señalaba la bandada de gaviotas, permanecía en esa posición hasta que se apartaba del grupo una que portaba en el cuello una cinta, que venía en vuelo aceitado a introducirse en la manga. Mientras la gaviota venía a guarecerse en la gruta de su manga, Wang Lung parecía cumplir una orden de Diaghilev, contrastaba su seguridad alegre con la expectación tensa, un tanto mortificada. Wang Lung, que había mantenido su vocación de mago lo mismo en la corte que en la aldea, pensaba con tristeza que si ese número hubiera sido reemplazado por el ganso que sale de la manga impulsado por

un disparo cortante y grosero, la misma expectación del público se hubiese mantenido en igualdad de frecuencia. Ese pensamiento fugazmente lo torturaba, pero él prefería ese gesto de ballet, el índice alzado con artesana altivez, y la gaviota que se apartaba de la bandada y venía a domesticarse en su manga.

Así transcurría, hasta que un capitán, que en su visita a la capital había oído el relato del mago y su fuga, decidió asistir a sus juegos, interrogarlo después, y mandarlo a la corte para que decidiesen de su suerte. Cuando estuvo en presencia del Emperador, éste permaneció indiferente, ordenando que lo recluyeran en prisión militar, pero con el mismo gesto de absentismo con que firmaría la sentencia de muerte para el ladrón del caballo favorito de uno de sus favoritos.

En el subterráneo se veía obligado a abandonar su técnica anterior; tenía necesidad de verificar, de montar sus juegos ante la imposibilidad total de espectadores. ¿Era un deseo demoníaco, o la necesidad de diseñar las excepcionales agudezas de sus tensiones, o un simple juego angélico interesado en sacarle el sombrero a los hombres los días de frío, lo que lo guiaba en su vocación de mago? Sin responder, podemos ahora añadir que se veía obligado a prescindir de su pequeña orquesta y de su delicioso jardín zoológico, teniendo que sacar de las mismas paredes sus últimas destrezas. Colocaba al borde de la mesa el plato de madera, lo presionaba con el dedo anular con fuerza giratoria hasta tenerlo elevado en el centro de la celda. Si sobre el plato martillaba instantáneamente una impulsión giratoria, sobre el tenedor el índice, al golpear con velocidad inicial y uniformemente acelerada, hacía que fuese a elevarse en el centro del plato. Cuando regresaba el carcelero, se limitaba, con gesto frío y malhumorado, a despegarlo, pues ya el plato de regreso en la mesa, Wang Lung por **divertissement**, provocaba que la vuelta del plato hacia la mesa fuese lentísima, incrustándole el tenedor como un jinete que, despedido de la montura por un ciclón, se entierra de piernas en la tierra húmeda. El carcelero tenía la indecisa visión de haber visto, paseándose por el patio, a Wang Lung, con la puerta de su celda cerrada. Para aliviarlo de esa desazón que provoca la presencia de lo extrasensorial, Wang Lung le anunció la muerte de una hija en las provincias del arroz. Al verificarse, días más tarde, esa muerte, Wang Lung consiguió

una de sus más incalculables destrezas: desdivinizarse y situarse en una posición de profecía extremadamente favorable para él. Desde entonces, el carcelero le traía la misma agua transparente, goteada de limón, que tomaba con los soldados de posta.

So Ling iba comprendiendo que ser la amante del pretendiente, después de haber sido Emperatriz, era posición de un lirismo neblinoso, y grosero. Creyó que traicionar al pretendiente, después de su fuga banal, era volver de nuevo a la clásica línea de su estirpe. Al encontrarse de nuevo frente al Emperador, no se daba cuenta de que estaba desinflada, seca y sin armas. Que se había apartado de la ortodoxia y de la herejía, y que giraba como un reloj inspeccionado por una gata persa. Al principio le decía a So Ling que El Real era un bandido, que ella lo conocía a saciedad, que no temiese. Después, cambiaba, ahora El Real había consultado con los más pacientes escribas eruditos, y le habían informado, con citas especiales y bien pagadas del **Libro Sagrado**, que en su sangre pesaban unas gotas de oro, con más multiplicación que en las del Emperador. Después, So Ling lloraba o adoptaba la posición de quien en su silencio contraído oculta un secreto. De nada le valió; con más displicencia aún que cuando El Mago fue remitido a prisión subterránea, So Ling fue encarcelada y obligada, para escarnio, a llevar al cuello un collar de cuentas de madera del tamaño de un ojo de buey disecado. A quien se le acercaba para verla, parecía una campesina estúpida o una Emperatriz enloquecida por el alcohol.

El Real hizo una escaramuza para tantear las defensas de la ciudad. Creía que cada una de esas embestidas, que le rendían un barrio, representaban un fragmento que ya era suyo, aunque después tenía que retroceder y contar sus pérdidas. Pero ese fragmento, suyo mientras se combatía, llevaba ya la señal de la posible suma total, que se derivaría cuando ya él hubiese atacado los restantes barrios. Había logrado llegar hasta donde empezaban los mercados, y al pasar por los alrededores pobres donde estaba la prisión, pudo casi inadvertidamente poner en libertad a Wang Lung. Contrastaba el gesto furioso de El Real, pintado aún con los atributos de guerrear, que al entrar en la prisión para dar las libertades, parecía por su furor que luchaba con los soldados para que no lo encarcelaran. Wang Lung mostraba, por el contrario, una candidez irónica. Los guerreros tuvieron tiempo para constatar un

asombro: de la manga de Wang Lung, se iba desprendiendo una rama hasta alcanzar tres metros, surgiéndole retoños rojos. Wang Lung tiró contra el cielo la rama y apretó la mano de El Real. Cargaban con certeza las tropas del Emperador, y el pretendiente tuvo que retroceder, abandonar el barrio conquistado, llevándose a Wang Lung hacia las provincias del norte. En el campamento de El Real se tenía por Wang Lung una veneración delicada. Se le consideraba de una sustancia especial y no se le exigía la constante demostración de su poderío. Cuando un campesino, por ejemplo, le mostraba un potro fuerte, clásicamente herrado, lo hacía con ingravidez, no temía que se fuese a romper la relación que existe entre el caballo, la herradura y la delicadeza con que pellizcaba los músculos del caballo para que nos mirase artificialmente a la cara con ese metal y esos clavos. Cuando Wang Lung se alejaba, el caballo tenía sus cuatro patas sobre la tierra y el campesino también se alejaba. Así lograba, con sus poderes, convivir, y no verse obligado, al habitar una lejanía, a perder la diaria distribución de sus instintos. Se deslizaba así en una intercomunicación hialina, se sentía flotar en el polvillo de la luz, observando desde lejos el fuego de toda palpitación, y evitando de cerca la rumia vegetativa del aliento. Gozaba así, por la transparencia con que revertían hacia él, de un inmenso campo óptico, semejante a esos cuadros de primitivos, donde unas tentaciones con cara de escorpión, luchan por enceguezcer a un adolescente que no se quiere abismar, percibiéndose allá en el fondo de la tela, una felicísima cocinera que al mismo tiempo se aprovecha para ver desde la ventana, un espectáculo que la hace reír nerviosamente, asomando de nuevo su cabeza, dispuesta a prolongar su curiosidad hasta un cansancio que desemboca en la infinitud.

El pretendiente rehízo su ejército y embistió de nuevo contra la ciudad. Como la preparación de la defensa había sido más lenta, el ataque fue súbito. Las vicisitudes del encuentro anterior se perdieron, y la estrategia empleada se había convertido en una especie de prueba de tubas de órgano. Se presionaba una pequeña tecla, que rezaba: órgano tempestuoso (**tempêie**), y contestaba una ramazón sonora, o contestaba a la presión flauta, una vaciedad, y nos convencíamos que el órgano estaba desinflado. Así, El Real atacó un fragmento, un barrio ya escogido, y todos los puntos de defensa estaban tan ferozmente obturados que la retirada fue casi inmediata, pero en

ese barrio había una prisión, y allí, So Ling pudo, muy asustada, recobrar de nuevo su libertad. El pretendiente la examinó rápidamente, y ya empezaba a caminar So Ling con lentitud, cuando fue lanzada sobre el caballo, enlazada y sacada hacia el campamento del que ella había huido.

El Real preparó en marfil su crueldad. Quería que el mago y So Ling se vieran de improviso en el acto que él había preparado para comunicarle un disfraz brillante a su derrota. Después del descanso, de las palmadas, guitarras, juegos de armas y lazos, se hizo un silencio para la acción del mago. De una a otra tienda, situadas en los extremos del tinglado, salieron Wang Lung y la Emperatriz, se saludaron, rieron, se hicieron cortesías, con frialdad redondeada. Encuentro que no revelaba una fuga, el odio por el abandono estepario, reminiscencia, deseo, trineo, frialdad o calor bajo las mantas. Cada uno retrocedió y fueron a sentarse en sus sillas, la de So Ling más cerca de El Real. La multitud se tragaba su silencio y lo devolvía en forma de mosca fría. El pretendiente golpeó con un gong. Los caballos fueron sacados más allá del río que formaba el límite del campamento, para no oír el descarado ruido de sus cascos.

El Real hizo una señal de nerviosa ordenanza. Quería que el festival comenzase por el acto de decapitación. Wang asintió, y So Ling, con gentileza se dirigió a la mesa y se ofreció a la cuchilla. Con una gravísima limpidez se vio a su cabeza cobrar una momentánea independencia, pero después ya saludaba, y se dirigía de nuevo a ocupar su silla más cerca de El Real. Algunos distraídos que presumían de estar en el secreto, esperaban que el pretendiente hubiese dado órdenes secretas a Wang o que éste fingiese un desmayo para que la cuchilla siguiese hasta el final. Pero el mago prefirió su acto puro, su diestro artificio, interrumpiendo, aislando momentáneamente, pero sin poner un dedo siquiera en la gran obra de continuidad secreta y ajena. La cortesía encerraba sus ejercicios, y la cortesía no era para él otra cosa que la igualdad que se deriva del **timor Dei**.

En la corte el aplauso era un terciopelo mortal. Era siempre un final. Potenciaba tan sólo el silencio posterior. En el campamento de El Real, los aplausos, ya rítmicos, eran la introducción al frenesí. Después de haber empezado por ese número tan fastidioso para el mago, pudo aunar las destrezas que había adquirido durante su estancia en la prisión, con su clásica

habilidad para hacer pasar sus dedos entre la pólvora y su orquesta invisible. Llegó a marear, se embriagó a sí mismo, y el campamento acuchillado por las hogueras vigilantes parecía la gran piel que revienta, el cuero mayor que contiene a una inundación. Sin embargo, los situados en las últimas filas, los vacilantes, oyeron un temblor como de jinetes que se acercaban. Se limitaron a mover sus cabezas y a ser los primeros en retirarse a dormir.

Sería entrada la noche, cuando Wang Lung salió de su tienda. Un silencio frío, acompañado por las asperezas del grillo untado de rocío, se hacía más pesado a medida que adelantaba su curiosidad. Vio a So Ling que también salía de su tienda haciéndole señas, indicándole que terminaría con su curiosidad. ¿Qué pasaba? Con numerosísimo ejército, el Emperador había salido a darle caza a El Real. Al avisar muy oportunamente los centinelas de la numerosidad de las huestes que se acercaban, el pretendiente levantó el campamento. Aprovechándose del aislamiento silencioso que quedó como residuo de la gran noche del mago, y que pesaba muy especialmente sobre la pareja, huyó tendido hacia el norte. Pensó que al dejar abandonados a So Ling y al mago, el furor del Emperador se calmaría. Otro error suyo. Al ver los restos del campamento abandonado, el Emperador temió alguna encerrona, y siguió la persecución con más furia. Lo persiguió hasta llevarlo de nuevo a la tierra donde viven los bandidos del norte. Desistió, pensaba que sería más conveniente tener en sus dominios un bandido más que un pretendiente ajusticiado. Inició el regreso cuando la humedad, los arneses y el búho mojado estaban dentro de un círculo.

Ya está Wang Lung en la tienda de So Ling, se extiende sobre las pieles. Wang la acaricia, con precipitación incorrecta, sus gestos se van refinando mientras convergen hacia la garganta. So Ling reía con el mismo gozo con que veía avanzar la cuchilla, como quien se oculta de una oscuridad súbita que la rebana de los espectadores. Una curiosidad desatada gobernaba los dedos del mago que iban apretando incesantemente, mientras So Ling continuaba riendo, creyendo que era el juego anterior de los espejos, cuando ella **aparecía**, para el **reverso**, como escindida por la cuchilla, teniendo tan sólo que retener un poco la respiración.

Después Wang Lung, manteniendo la misma curiosidad que ya comenzaba a congelarlo, fue deteniendo los golpes rítmicos de su respiración

hasta indiferenciarse totalmente, y así, decidido invisible, entró en el clarísimo laberinto. Los cadáveres del mago y de So Ling lucían como si el hálito no se hubiese escapado, sino como si entre esas muertes fluyesen los siglos de un estilo diverso. Asomaba, en uno, la espiral incesante de su curiosidad; en el otro, la sonrisa de una total acomodación, de una confianza clásica. Al congelarse hicieron visibles sus estilos.

Las tropas del Emperador, que regresaban, quedaban de frente al reverso del tinglado. Ordenó descanso, mientras él se aventuraba por la región donde no había espectadores. Penetró en la tienda, y al contemplar los cadáveres, entró de súbito en un especial tipo de locura cantable. Alzados los brazos, pasaba con rostro invariable de las canciones infantiles a los cantos guerreros. Salió de la tienda, y manteniendo el mismo canto ligero y grave, se dirigió al pozo, que es siempre la peligrosa encrucijada de todo campamento, y se precipitó. Penetraba en la oscuridad progresiva con un tono de voz hecho por las divinidades enemigas para aislar el pensamiento de la voz, y ésta a su vez de toda extensión oscura.

El Real regresaba, perseguía al ejército fiel y aumentaba sus contingentes. Perdía los pasos del ejército que él buscaba, y eso le hacía pensar que estaban dispuestos para recibirlo, y no con recepción de la corte. Cuando su ejército y el del Emperador se encontraron, pudo percibir que algo de rica expectación transcurría. Al encontrarse, el ejército del Emperador permanecía inmóvil; el de El Real, se adelantó, y con el mismo silencio se unieron los dos bandos. La petrificación del ejército del Emperador, se debía a que éste no regresaba, permaneciendo las tropas en parada descanso; así el otro ejército pudo sumársele, añadiéndole nuevas divisiones, colores y armas. El Real se adelantó más allá del tinglado, llegó hasta la tienda y percibió indiferente los dos cadáveres sus incomprensibles gestos. Se adelantó más aún y llegó hasta el río que servía de límite natural al campamento. Notó que el pico de un flamenco progresaba en las entrañas de un cuerpo envuelto en unas sedas mordidas por unas insignias que tenían que ser calificadas de únicas. Mantenía las manos alzadas, y la boca entreabierta se había congelado en el diseño del canto. Al sumergirse en el pozo había sido arrastrado por aguas subterráneas hasta el río que iniciaba su destrucción lenta con pájaros e insectos. Arrastró con limpia elegancia el cadáver del Emperador y lo mostró

ante las tropas. Puso en el mismo trineo al mago, a So Ling y al Emperador, y ordenó marcha forzada sobre la ciudad mayor del Imperio.

La ciudad se apretaba en una concentración máxima a la vista de El Real. Los vigías contemplaron la unión de los dos ejércitos y los cuerpos que regresaban en trineo. A la vista de las murallas, el pretendiente hizo levantar un tablado inclinado, donde colocó los tres cadáveres sobre ramas y hojas, quedando como un relieve sobre fondo vegetativo. Algunos curiosos que se aventuraban más allá de las murallas, podían alcanzar así ciertas precisiones que trasladaban después a los contemplativos de intramuros. Veían figuras que se desplegaban en espirales uniformemente aceleradas. El Emperador, con el agujero dejado por el pico del flamenco debajo de la tetilla izquierda, continuaba con sus brazos alzados, seguía impulsando sus romanzas. Los de intramuros pensaban que ese canto se debía a que El Real había decapitado a So Ling, cobrándole su traición; que el Emperador daba gracias por la huida de sus enemigos, cuando un horóscopo incomprensible se desató y el pico del flamenco rasgó sus entrañas. El mago quedaba como el curioso ante el retorno, la huida, el cuello de So Ling; curiosidad pasiva que cuando alcanzaba su perfección tenebrosa, podía contener la respiración y contestar a las preguntas que nos envían unos arqueros flagelados.

Después que exhibió los cadáveres durante tres días en el tablado inclinado, cogió una vara gigante rociada con resina olorosa, y le otorgó fuego a las ramas del lecho de los muertos. Cuando el fuego se extinguió, los curiosos que paseaban fuera de las murallas, retrocedieron con una confusión delirante. Quedaban marcados con una complejidad que les prohibía hablar o pasear con tan lujosa calma como hasta que habían contemplado esa destrucción de la plástica de la muerte.

El Real se acostó en el trono cincuenta años. Ningún fuego prendido con una vara resinosa señalaba un comienzo o una despedida. Los curiosos que habían visto los cadáveres sobre el tablado, cuando volvían a la ciudad, quedaban imposibilitados para llevar sus paseos más allá de las curiosidades visibles. Buscaban después soluciones domésticas, favorecían el despacioso crecimiento de sus árboles. Los que no se habían atrevido a ir más allá de las murallas, les quedaba ese interior remolino secreto, dispuestos a aceptar el

primer humo llegado como un presagio, como los chirridos insistentes del pájaro que transporta una voz.

Cuando los nuevos magos visitaban la corte, se brindaba el mismo Emperador a que el acto de la decapitación fuese elaborado en su propia cabeza. Cuando regresaba a sentarse en el trono, los cortesanos fungían un asombro helado y bien pronto recobraban su inmovilidad. Se había ido demasiado visible el artificio del instante en que su cabeza liberada iniciaba una oscura conquista, que los cortesanos no hacían coincidente, ni por el ceremonial, con el descenso horrorizado de los párpados. Los ojos de los cortesanos seguían la cabeza separada, como si, por el contrario, fijaran con exceso, molieran un insecto en una pieza de cerámica.

Consultado por los cortesanos El Claustro Imperial de Lojanes, acerca de cómo remediar la espantosa sequía de espectáculos que seguían a la muerte de El Real, dictaminó que era necesario hacer las exequias en la puerta mayor, donde coincidían los pasos de los que se atrevían a ir más allá de las murallas, con los más prudentes que sólo vigilaban la verticalidad de las mismas murallas. Durante tres días su cadáver se mostró envuelto en los cueros y metales de su realeza; se mostró acompañado de rocío, de sol, y al tercer día, al llegar las lluvias, se quedó en una soledad marmórea, pues los curiosos huían... El Martín pescador se obstinaba en pasar su cuerpo a través de un anillo de plata martillada. El halcón, noble dueño de su precipitarse, abría lo circular, hasta trocarlo en curso y recurso, convirtiéndolo en el espíritu estepario. El otro halcón, breve, tornasolado, raspaba con furia en un dedo de rotación incesante.

JOSÉ LEZAMA LIMA

De cómo Evaristo se burló del huracán

Una tarde particularmente fría del mes de diciembre, de un año sepultado en el olvido, Evaristo Sarmiento y su caballo El Moro fueron inesperadamente atacados por un huracán. «Carijo, ¿un huracán en esta época?», se preguntó desconcertado. Y enseguida receló del sargento Arencibia. La rivalidad entre el viejo Sarmiento y el obeso sargento de la guardia rural era legendaria. Se remontaba a los lejanos tiempos en que ambos comenzaron a robar ganado. En aquel entonces, el pueblo no era otra cosa que una mancha terrosa de desvencijadas casuchas, levantadas en medio de enormes sabanas donde el ganado pastaba en completa libertad. En la estación de las lluvias, cuando el pasto crecía desmesuradamente, las reses y el caserío desaparecían para reaparecer en época de sequía. Entonces, la tierra se cuarteaba y el ganado enflaquecía, nutriéndose exclusivamente de unos yerbajos secos y amarillentos. Las autoridades estaban al tanto de las fechorías de los dos cuatreros, pero fracasaron todas las emboscadas que se les tendieron. Poseían una rara habilidad para burlar el acecho de monteros y rurales. Jamás se pudo descubrir el escondrijo donde sacrificaban las reses y curtían las pieles. Con el transcurso de los años, los inmensos potreros se fueron transformando en cañaverales. Ya no resultaba tan fácil robar ganado y los riesgos aumentaron considerablemente. Fue por esa época que Arencibia renunció al cuatrерismo y se alistó en el ejército como soldado raso. Lo destinaron a una apartada

región y Evaristo se vio por mucho tiempo libre de competencia. Escurridizo como una sombra, ágil y astuto, continuó merodeando por las sabanas, aprovechando el menor descuido de los monteros para enlazar las reses. Como un prestidigitador, las hacía desaparecer de los pastizales ante el ojo vigilante de sus guardianes. No fueron pocas las veces que se vio en verdaderos apuros para escapar de las balaceras de la rural. De pronto, Arencibia reapareció en el pueblo con los galones de sargento y una sombría fama. Lo primero que hizo cuando tomó posesión del cuartelito, fue localizar a Evaristo. Cuando estuvieron frente a frente, le dijo secamente a su antiguo rival de fechorías:

—Traigo la encomienda de acabar con el robo de ganado en esta zona. Sospecho que tú eres el único que tiene agallas para seguir de cuatrero. Te hago a tiempo la advertencia. Guerra avisada, no mata soldado.

Evaristo no se tomó el trabajo de responderle. Le dio la espalda y abandonó el cuartel, convencido de que el sargento trataría por todos los medios de hacerle imposible la vida. Pero no renunció al cuatrero. Tan pronto se recibía en el cuartel la denuncia de un robo de ganado, el sargento ordenaba el arresto de Evaristo. Lo mantenía preso durante varios días y al fin lo ponía en libertad por falta de pruebas. La enemistad entre ellos se fue profundizando. Evaristo descubrió al fin que el autor de los robos que se le achacaban, no era otro que el propio sargento. Se decidió a eliminarlo. Le preparó las más hábiles emboscadas, pero el sargento salió ileso de todas ellas. «Tiene un ser que lo ampara el muy cabrón» pensó. Finalmente, Evaristo llegó a la conclusión de que el sargento tenía un ser que lo protegía y de que de nada valían sus tretas para deshacerse de él. El destino decidiría a cuál de los dos la pelona escogería primero.

En el momento de la embestida, Evaristo pensó que se trataba de un rabo de nube. Pero, rápidamente, tuvo que cambiar de parecer. Aquella cosa monstruosa que le venía encima con sus vientos arremolinados, no podía ser otra más que un huracán, aunque nunca antes hubiese visto otro igual en el mes de diciembre. «Ahora sí que el puñetero sargento me la hizo buena. Con esto no contaba.» Si se tratara de cualquier otro tipo de agresor, el viejo cuatrero le hubiera hecho frente resueltamente —porque nadie ponía en duda que era un hombre bragado—, pero siempre experimentó un primitivo

respeto por los misterios de la naturaleza. De todo que en unos breves segundos, comprendió que la única salvación estaba en escapar habilidosamente de esta nueva artimaña del sargento. Entonces, sucedió un hecho extraordinario, un suceso insólito, que en el transcurso de los años se transmitió de generación en generación hasta nuestros días y continuará por los siglos de los siglos, mientras exista memoria en los hombres, como la más asombrosa proeza jamás igualada. Muchos escépticos ponen en duda el suceso, afirmando que sólo se trata de una leyenda, una inveterada costumbre, surgida en la noche de los tiempos, creada por la imaginación de los pueblos anodinos para compensar su mediocridad. Pero en las apolilladas y amarillentas páginas de **El Imparcial**, único periódico que circulaba en el pueblo en aquella oportunidad, se afirma categóricamente que el suceso es verídico. Y es también criterio sustentado por muchos, que el mismo Evaristo, luego del acontecimiento comentó ante un grupo de vecinos que escucharon por primera vez el relato: «Yo conocía el poder destructor del huracán, pero también sabía lo que era capaz de hacer El Moro.» De la intensidad que alcanzaron los vientos, quedaron en el pueblo y sus alrededores, por mucho tiempo, pruebas irrefutables. Como aquella viga, de aproximadamente cien libras de peso, que atravesó la dura corteza de una palma, impulsada por una ráfaga, o como los diez carros de caña que desvió de los raíles y abandonó en la costa, antes de precipitarse en el mar. Plácido Acosta, que por muchos años fue el historiador del pueblo, asegura haber entrevistado a Evaristo, poco antes de morir, cuando ya estaba próximo a cumplir los cien años. Afirma el historiador en sus memorias que el anciano le narró el suceso de la manera siguiente:

«En cuanto comprendí que mi salvación estaba en la rapidez y ligereza que poseían las patas de El Moro, me recosté en su poderoso cuello y le expliqué el aprieto en que nos encontrábamos. Esto no debe extrañar a nadie porque todo el mundo sabe en el pueblo que entre El Moro y yo siempre existió un perfecto entendimiento. De manera que sin perder tiempo, arrancó a correr cuando ya el huracán había arrasado con el mismo cañaveral que lo parió por órdenes expresas del sargento Arencibia y las potencias que lo protegen. Porque así son los huracanes de malnacidos. En cosa de unos minutos, le tomamos una buena ventaja. Pero estaba visto que el huracán

había recibido la encomienda de acabar conmigo. En cuestión de segundos se colocó a un paso de nosotros. Mientras me perseguía con saña, destruía todo cuanto encontraba en su camino. Los árboles más corpulentos caían derribados como débiles arbustos. Yo me pregunto si por enemistad con un semejante, se debe ordenar tanta destrucción. Al sargento le sobraron oportunidades para descargarme un tiro por la espalda. Pero parece que sus intenciones eran las de reservarme una muerte espantosa. Confío que las esté pagando todas en el infierno. Ya volveremos a vernos las caras. Porque ya ve usted lo que son las cosas de este mundo: le tocó emprender el largo viaje antes que yo. La mano que le clavó el cuchillo en el vientre, durante los disturbios que provocaron el entierro de Lucas Mantecón, pudo muy bien haber sido la mía. Cuando la persecución llevaba ya cosa de dos leguas y aún faltaba el doble para llegar al pueblo, comenzó a preocuparme El Moro. Aunque nunca existió ni existirá otro caballo que le iguale en fortaleza, tenía que estar sintiendo los efectos de aquella tremenda carrera. La distancia que nos separaba del huracán, no pasaba de un metro. Han transcurrido tantos años, que ya no recuerdo todo lo que destruyó. Pero sí conservo con toda claridad en la memoria, la forma despiadada con que derribó el chalet que tenía en su finca el alcalde, y que según las malas lenguas, utilizaba los fines de semana para emborracharse con sus compinches y hacer indecencias con mujeres de la mala vida. Llegó un instante en que el huracán se situó a menos de un metro de nosotros. Le acaricié el cuello sudoroso a El Moro. Aquello fue suficiente para que de nuevo se alejara de nuestro perseguidor. Pero ese gesto mío pareció enfurecer al huracán, porque sus vientos aciclonados rugieron como si llevara en el vientre una recua de toros embravecidos. Dicen, los que saben de esas cosas, que los huracanes, como engendro del demonio, aumentan su fortaleza a medida que van destruyendo. Así debe ser, porque sentía como si a mis espaldas, la tierra se fuera abriendo y tragándose todo. Al cruzar frente a la romana, me di cuenta de que habíamos avanzado tanto, que sólo nos separaba del pueblo una legua. Pero se convirtió en el tramo más peligroso. Estaba claro que el propósito del huracán era alcanzarme antes de llegar al pueblo. Yo me he visto perseguido por una cuadrilla de monteros y sé muy bien lo que cuesta escapar con vida. Pero aquello, más que una persecución, se había convertido en una batalla a

muerte. Hubo un momento en que sentí en la piel de la espalda el áspero roce de los vientos. El pueblo ya estaba al alcance de nuestra vista. El sol alumbraba las callejuelas y los vecinos caminaban despreocupadamente. Aún no se habían percatado de la proximidad del huracán. Fue entonces que me vino a la mente una idea salvadora. Hasta ese momento, había dejado libre las riendas, para que El Moro corriera sin dificultades. Cautelosamente, procurando que los mil ojos que tienen los huracanes no percibieran la maniobra, me apoderé de ellas. Y de pronto cruzamos frente a la Tienda Mixta de Sebastián, que está en la misma entrada del pueblo, presioné hacia un lado las riendas. Eso fue todo. El Moro obedeció ciegamente. Sin perder velocidad, torció hacia la izquierda y penetró en el portal del establecimiento, donde se detuvo en seco. Al verse burlado, el huracán aulló como un animal herido de muerte y continuó su loca carrera, sin siquiera rozarnos con sus mortales vientos. Sabía que estaba a salvo porque los huracanes jamás pueden retroceder ni cambiar de rumbo. Su madre, la naturaleza, los hizo como a los toros, que por ley, siempre deben atacar de frente y con los ojos cerrados. Así fue cómo, una vez más, me burlé de otra de las arteras celadas que me preparó el sargento Arencibia, que en el infierno esté.»

Hasta aquí el relato, tal como asegura el historiador del pueblo que le contó el viejo Evaristo Sarmiento, pocos meses antes de morir. Los más viejos del pueblo, los contemporáneos de Evaristo, los pocos que sobrevivieron a la epidemia de tifus que diezmó la población, aseguran que el viejo cuatrero era muy inclinado a inventar cuentos, pero, por otra parte, reconocen que en la época a que hace mención, un ciclón de gran intensidad azotó la población. Si el debatido suceso se debió a uno de esos inexplicables caprichos de la naturaleza, capaz de engendrar un ciclón en plena estación invernal, si fue obra de un sujeto mañoso como lo era sin dudas el sargento Arencibia, o fruto de la fantasía de un viejo astuto y solitario, es cosa que está por dilucidar.

JOSÉ M. CARBALLIDO REY

Francisca y la muerte

*Al poeta, compañero
y amigo moldavo
Petru Zadniprn, quien
me contó esta respuesta
de su mamá.*

—Santos y buenos días —dijo la muerte y ninguno de los presentes la pudo reconocer. ¡Claro! Venía la parca con su trenza retorcida bajo el sombrero y su mano amarilla al bolsillo.

—Si no molesto —dijo—, quisiera saber dónde vive la señora Francisca.

—Pues mire —le respondieron, y asomándose a la puerta, señaló un hombre con su dedo rudo de labrador:

—Allá por las cañas bravas que bate el viento, ¿ve? Hay un camino que sube la colina. Arriba hallará la casa.

«Cumplida está», pensó la muerte y, dando las gracias, echó a andar por el camino aquella mañana que, precisamente, había pocas nubes en el cielo y todo el azul resplandecía de luz.

Andando pues, miró la muerte la hora y vio que eran las siete de la mañana. Para la una y cuarto, pasado el meridiano, estaba en su lista cumplida ya la señora Francisca.

«Menos mal, poco trabajo; un solo caso», se dijo, satisfecha de no fatigarse, la muerte y siguió su paso, metiéndose ahora por el camino apretado de romerillo y rocío.

Efectivamente, era el mes de mayo y con los aguaceros caídos no hubo semilla silvestre ni brote que se quedara bajo tierra sin salir al sol. Los

retoños de las ceibas eran pura caoba transparente. El tronco del guayabo soltaba, a espacios, la corteza, dejando ver la carne limpia de la madera. Los cañaverales no tenían una sola hoja amarilla. Verde era todo, desde el suelo al aire, y un olor a vida subiendo de las flores.

Natural que la muerte se tapara la nariz. Lógico también que ni siquiera mirara tanta rama llena de nido, ni tanta abeja con su flor. Pero, ¿qué hacerse?; estaba la muerte de paso por aquí, sin ser su reino.

Así pues, echó y echó la muerte por los caminos hasta llegar a casa de Francisca:

—Por favor, con Panchita —dijo adúlona la muerte.

—Abuela salió temprano —contestó una nieta de oro, un poco temerosa aunque la parca seguía con su trenza bajo el sombrero y la mano al bolsillo.

—¿Y a qué hora regresa? —preguntó.

—¡Quién lo sabe! —dijo la madre de la niña—. Depende de los quehaceres. Por el campo anda, trabajando.

Y la muerte se mordió el labio. No era para menos seguir dando rueda por tanto mundo bonito y ajeno.

—Hace mucho sol. ¿Puedo esperarla aquí?

—Aquí quien viene tiene casa. Pero puede que ella no regrese hasta el anochecer o la noche misma.

«¡Contra!», pensó la muerte, «se me irá el tren de las cinco. No, mejor voy a buscarla». Y levantando su voz, dijo la muerte:

—¿Dónde, al fijo, pudiera encontrarla ahora?

—De madrugada salió a ordeñar. Seguramente estará en el maíz, sembrando.

—¿Y dónde está el maizal? —preguntó la muerte.

—Siga la cerca y luego verá el campo arado detrás.

—Gracias —dijo seca la muerte y echó a andar de nuevo.

Pero miró todo el extenso campo arado y no había un alma en él. Sólo garzas. Soltóse la trenza la muerte y rabió:

«¡Vieja andariega, dónde te habrás metido!» Escupió y continuó su sendero sin tino.

Una hora después de tener la trenza ardida bajo el sombrero, la nariz repugnada de tanto olor a hierba nueva, la muerte se topó con un caminante:

—Señor, ¿podiera usted decirme dónde está Francisca por estos campos?

—Tiene suerte —dijo el caminante—, media hora lleva en casa de los Noriegas. Está el niño enfermo y ella fue a sobarle el vientre.

—Gracias —dijo la muerte como un disparo, y apretó el paso.

Duro y fatigoso era el camino. Además, ahora tenía que hacerlo sobre un nuevo terreno arado, sin trillos, y ya se sabe cómo es de incómodo sentar el pie sobre el suelo irregular y tan esponjoso de frescura, que se pierde la mitad del esfuerzo. Así por tanto, llegó la muerte echa una lástima a casa do los Noriegas:

—Con Francisca, a ver si me hace el favor.

—Ya se marchó.

—¡Pero, cómo! ¿Así, tan de pronto?

—¿Por qué tan de pronto? —le respondieron—. Sólo vino a ayudarnos con el niño y ya lo hizo. ¿A qué viene extrañarse?

—Bueno..., verá —dijo la muerte turbada—, es que siempre una hace su sobremesa en todo, digo yo.

—Entonces usted no conoce a Francisca.

—Tengo sus señas —dijo burocrática la Impía.

—A ver; dígalas —esperó la madre.

Y la muerte dijo:

—Pues..., con arrugas; desde luego, ya son sesenta años...

—¿Y qué más?

—Verá..., el pelo blanco..., casi ningún diente propio..., la nariz, digamos...

—¿Digamos qué?

—Filosa.

—¿Eso es todo?

—Bueno..., por demás, nombre y dos apellidos.

—Pero usted no ha hablado de sus ojos.

—Bien; nublados..., si, nublados han de ser..., ahumados por los años.

—No, no la conoce —dijo la mujer-. Todo lo dicho está bien, pero no los ojos. Tiene menos tiempo en la mirada. Ésa, quien usted busca, no es Francisca.

Y salió la muerte otra vez al camino. Iba ahora indignada, sin preocuparse mucho por la mano y la trenza, que medio se le asomaba bajo el ala del sombrero.

Anduvo y anduvo. En casa de los González le dijeron que estaba Francisca a un tiro de ojo de allí, cortando pangola para la vaca de los nietos. Más, sólo vio la muerte la pangola recién cortada y nada de Francisca, ni siquiera la huella menuda de su paso.

Entonces, la muerte, quien ya tenía los pies hinchados dentro de los botines enlodados, y la camisa negra más que sudada, sacó su reloj y consultó la hora:

—¡Dios! ¡Las cuatro y media! ¡Imposible! ¡Se me va el tren!

Y echó la muerte de regreso, maldiciendo.

Mientras, a dos kilómetros de allí, escardaba de malas hierbas, Francisca, el jardincito de la escuela. Un viejo conocido pasó a caballo y, sonriéndole, le tiró a su manera el saludo cariñoso;

—Francisca, ¿cuándo te vas a morir?

Ella se incorporó, asomando medio cuerpo sobre las rosas, y le devolvió el saludo, alegre:

—Nunca —dijo—, siempre hay algo que hacer.

ONELIO JORGE CARDOSO

El caballo de coral

Éramos cuatro a bordo y vivíamos de pescar langostas. El «Eumelia» tenía un solo palo, y de noche, cuando un hombre llevaba, entre las manos o las piernas, el mango del timón, tres dormíamos hacinados en el oscuro castillo de Proa y sintiendo cómo, con los vaivenes del casco, nos llegaba el agua sucia de la cala a lamernos los tobillos.

Pero éramos cuatro obligados a aquella vida, porque cuando un hombre coge un derrotero y va echando cuerpo en el camino, ya no puede volverse atrás. El cuerpo tiene la configuración del camino y ya no puede en otro nuevo. Eso habíamos creído siempre, hasta que vino el quinto entre nosotros y ya no hubo manera de acomodarlo en el pensamiento. No tenía razón ni oficio de aquella vida, y a cualquiera de nosotros le doblaba los años. Además, era rico y no había por qué enrolarlo por unos pesos de participación. Era una cosa que no se entiende, que no gusta, que un día salta y se protesta, después de haberse anunciado mucho en las miradas y en las palabras que no se quieren decir. Y al torcer día se dijo, yo por mí, lo dije:

—Mongo, ¿qué hace el rico aquí?, explícalo.

—Mirar el fondo del mar.

—Pero si no es langostero.

—Mirarlo por mirar.

—Eso no ayuda a meter la presa en el chapingorro.

—No, pero es para nosotros como si ya se tuviera la langosta en el bolsillo, vendida y cobrada.

—No entiendo nada.

—En buenas monedas, Lucio, en plata que rueda y se gasta.

—¿Paga entonces?

—Paga.

—¿Y a cuánto tocamos?

—A cuanto queramos tocar.

Y Mongo empezó a mirarme fijamente y a sonreír como cuando buscaba que yo entendiera, sin más palabras, alguna punta picara de su pensamiento.

—¿Y sabe que a veces estamos algunas semanas sin volver a puerto?

—Lo sabe.

—¿Y que el agua no es de nevera ni de botellón con el cuello para abajo?

—Lo sabe.

—¿Y que aquí no hay donde dormir que no sea tabla pura y dura?

—También lo sabe y nada pide, pero guárdate algunas preguntas, Lucio, mira que en el mar son como los cigarros; luego las necesitas y ya no las tienes.

Y me volvió la espalda el patrón cuando estaba empezando a salir sobre El Cayuelo el lucero de la tarde.

Aquella noche yo pensé por dónde acomodaba el hombre en mi pensamiento. Mirar, cara al agua, cuando hay sol y se trabaja, ¿acaso no es bajar el rostro para no ser reconocido de otro barco? ¿Y qué puede buscar un hombre que deja la tierra segura, y los dineros seguros? ¿Qué puede buscar sobre la pobre «Eumelia», que una noche de éstas se la lleva el viento norte sin decir a dónde? Me dormí porque me ardían los ojos de haber estado todo el día mirando por el fondo de la cubeta y haciendo entrar de un culatazo las langostas en el chapingorro. Me dormí como se duerme uno cuando es langostero, desde el fondo del pensamiento hasta la yema de los dedos.

Al amanecer, como si fuera la luz, hallé la respuesta; otro barco de más andar ha de venir a buscarlo. A Yucatán irá, a tierra de mexicanos, por alguna culpa de las que no se tapan con dinero y hay que poner agua, tierra y cielo por medio. Por eso dice el patrón que tocaremos a como queramos tocar. Y me pasé el día entero boca abajo sobre el bote, con Pedrito a los remos y el «Eumelia» anclado en un mar dulce y quieto, sin brisa, dejando mirarse el cielo en él.

—El hombre ha hecho lo mismo que tú; todo el día con la cabeza para abajo mirando el fondo —dijo sonriendo Pedrito, y yo, mientras me restregaba las manos para no mojar el segundo cigarro del día, le pregunté:

—¿No te parece que espera un barco?

—¿Qué barco?

—¡Vete tú a ponerle el nombre, qué sé yo! Acaso de matrícula de Yucatán.

Los ojos azules de Pedrito se me quedaron mirando, inocentemente, con sus catorce años de edad y de mar:

—No sé lo que dices.

—Querrá irse de Cuba.

—Dijo que volvía a puerto, que cuando se vayan las calmas arribará a la costa de nuevo.

—¿Tú lo oíste?

—¡Claro!, se lo dijo a Mongo: «Mientras no haya viento estaré con ustedes, después volveré a casa.»

—¡Cómo!

—El acuerdo es ése, Lucio, volverlo a puerto cuando empiecen aunque sean las brisas del mediodía.

Luego el hombre no quería escapar, y era rico. Hay que ser langostero para comprender que estas cosas no se entienden: porque hasta una locura cualquiera piensa uno hacer un día por librarse para siempre de las noches en el castillo de proa y los días con el cuerpo boca abajo.

Le quité los remos y nos fuimos para el barco sin más palabras.

Cuando pasé por frente de la popa, miré; estaba casi boca abajo. No miró nuestro bote ni pareció siquiera oír el golpe de los remos y sólo tuvo una expresión de contrariedad cuando una onda del remo vino a deshacer bajo su mirada el pedazo de agua clara por donde metía los ojos hasta el fondo del mar.

Uno puede hacer sus cálculos con un dinero por venir, pero hay una cosa que importa más: saber por qué se conduce a un hombre que es como un muro sin sangre y con los ojos grandes y con la frente despejada. Por eso volví a juntarme con el patrón:

—Mongo, ¿Qué quiere? ¿Qué busca? ¿Por qué paga?

Mongo estaba remendando el jamo de un chapingorro y entreabrió los labios para hablar, pero sólo le salió una nubecita del cigarro que se partió en el aire enseguida.

—¿No me estás oyendo? —insistí.

—Sí.

—¿Y qué esperas para contestar?

—Porque sé lo que vas a preguntarme y estoy pensando de qué manera te puedo contestar.

—Con palabras.

—Sí, palabras, pero la idea...

Se volvió de frente a mí y dejó a su lado la aguja de trenzar.

Pegué la espalda al palo do proa y me fui resbalando hasta quedar sentado.

—Escúchame, piensa que no está bien de la cabeza y que le vuelve el cuerpo a su dinero por estar aquí.

—¿Cabecibajo todo el día mirando el agua?

—El fondo.

—El agua o el fondo, ¿no es un disparate?

—¿Y qué importa si un hombre paga por su disparate?

—Importa.

—¿Por qué?

De pronto yo no sabía por qué, pero le dije algo como pude:

—Porque no basta sólo con tener un dinero ajeno al trabajo, uno quiere saber qué inspira la mano que lo da.

—La locura, supongo.

—¿Y es sano estar con un loco a bordo de cuatro tablas?

—Es una locura especial, Lucio, tranquila, sólo irreconciliable con el viento.

Aquello otra vez, y me enderecé para preguntarla:

¿Qué juega el viento aquí, Mongo? Ya me lo dijo Pedrito. ¿Por qué quiere el mar como una balsa?

—Lo digo: locura, Lucio.

—¡No! —le contesté levantando la voz, y miré hacia popa enseguida, seguro de haberlo despertado, pero sólo vi sus pies desnudos que salían de la

sombra del toldo y los bañaba la luna. Luego, cuando me volví a Mongo, vi que tenía toda la cara llena de risa:

—¡No te asustes, hombre! Es una locura tonta y paga por ella. Es incapaz de hacer daño.

—Pero un hombre tiene que desesperarse por otro —le dije rápido y comprendí que ahora sí había podido contestar lo que quería.

—Bueno, pues le voy a responder: el hombre cree que hay alguien debajo del mar.

—¿Alguien?

—Un caballo.

—¡Cómo!

—Un caballo rojo, dice, muy rojo como el coral.

Y Mongo soltó una carcajada demasiado estruendosa, tanto que no me equivoqué; de pronto entre nosotros estaba el hombre y Mongo medio que se turbó preguntando:

—¿Qué pasa, paisano, se le fue el sueño?

—Usted habla del caballo y yo no miento, yo en estas cosas no miento.

Me fui poniendo de pie poco a poco, porque no le veía la cara. Solamente el contorno de la cabeza contra la luna, y aquella cara sin duda había de estar molesta a pesar de que sus palabras habían sonado tranquilas; pero no, estaba quieto el hombre, como el mar. Mongo no le dio importancia a nada, se puso mansamente de pie y dijo:

—Yo no pongo a nadie por mentiroso, pero no buscaré nunca un caballo vivo bajo el mar —y se deslizó enseguida a dormir por la boca cuadrada del castillo de proa.

—No, no lo buscará nunca —murmuró el hombre—, y aunque lo busque no lo encontrará.

—¿Por qué no? —dije yo de pronto, como si Mongo no supiera más del mar que nadie, y el hombre se ladeó ahora de modo que le dio la luna en la cara.

—Porque hay que tener ojos para ver. «El que tenga ojos, vea.»

—¿Ver qué, ver qué cosa?

—Ver lo que necesitan ver los ojos cuando ya lo han visto todo repetidamente.

Sin duda aquello era locura: locura de la buena y mansa...

Mongo tenía razón, pero a mí no me gusta ganar dinero de locos, ni perder el tiempo con ellos. Por eso quise irme y di cuatro pasos para la popa, cuando el hombre volvió a hablarme:

—Oiga, quédese; un hombre tiene que desesperarse por otro.

Eran mis propias palabras y sentí como si tuviera que responder por ellas:

—Bueno, ¿y qué?

—Usted se desespera por mí.

—No me interesa si quiere pasarse la vida mirando el agua o el fondo.

—No, pero le interesa saber por qué.

—Ya lo sé.

—¿Locura?

—Sí, locura.

El hombre empezó a sonreír y habló dentro de su sonrisa:

—Lo que no se puede entender hay que ponerle algún nombre.

—Pero nadie puede ver lo que no existe. Un caballo está hecho para el aire con sus narices, para el viento con sus crines y para las piedras con sus cascos.

—Pero también está hecho para la imaginación.

—¡¡Qué!!

—Para echarlo a correr donde le plazca al pensamiento.

—Por eso usted lo pone a correr bajo el agua.

—Yo no lo pongo, él está bajo el agua; lo veo pasar y lo oigo. Distingo entre la calma, el lejano rumor de sus cascos, que se viene acercando al galope desbocado, y luego veo sus crines de algas y su cuerpo rojo como los corales, como la sangre vista dentro de la vena, sin contacto con el aire todavía.

Se había excitado visiblemente y sentí ganas de volverle la espalda. Pero en secreto yo había advertido una cosa; que es lindo ver pasar un caballo así, aunque sea en palabras, y ya se le quiere seguir viendo, aunque siga siendo en palabras de un hombre excitado. Este sentimiento, desde luego, tenía que callarlo, porque tampoco me gustaba que me ganara la discusión.

—Está bien que se busque un caballo porque no tiene que buscarse el pan.

—Todos tenemos necesidad de un caballo.

—Pero el pan lo necesitan más hombres.

—Y todos, el caballo.

—A mí déjame con el pan porque es vida perra la que llevamos.

—Hártate de pan y luego querrás también el caballo.

Quizás yo no podía entender bien, pero hay una zona de uno en la cabeza o una luz relumbrada en las palabras que no se entienden bien, cuya luz deja un relámpago suficiente. Sin embargo, era una carga más pesada para mí que echarme todo el día boca abajo tras la langosta. Por eso me fui sin decir nada, con paso rápido que no permitía llamar otra vez, ni mucho menos volverme atrás.

Como siempre, el día volvió a apuntar por encima de El Cayuelo y el viento a favor trajo los chillidos de las corúas. Yo calculé encontrarme a solas con Mongo y se lo dije ligero, sin esperar respuesta, mientras entraba con Pedrito en el bote:

—Olvídate de la parte mía, no le quito dinero al hombre.

Y nos fuimos a lo mismo de toda la vida: el agua transparente, el chapingorro y el fondo sembrado de hierbas, donde por primera vez me eché a reír de pronto, volviendo la cabeza a Pedrito:

—¿Qué te parece —le dije—, qué te parece si pesco en el chapingorro un caballo de coral?

Sus ojos inocentes me miraron sin contestar, pero de pronto me sentí estremecido por sus palabras:

—Cuidao, Lucio, que el sol te está calentando demasiado la cabeza.

«El sol no, el hombre», pensé sin decirlo y con un poco de tristeza no sé por qué.

Pasaron tres días, como siempre iguales y, como siempre, el hombre callado, comiendo poco y mirando mucho, siempre inclinado sobre la borda, sin hacerle caso a aquellas indirectas de Vicente que había estado anunciando en sus risitas y que acabaron zumbando en palabras:

—¡Hey!, paisano, más al norte las algas del fondo son mayores, parece que crecen mejor con el abono del animalito.

Aquello no parecía una crueldad, sino una torpeza. Antes, yo me reía siempre con las cosas de Vicente, pero ahora, aquellas palabras eran tan por

debajo y tristes al lado de la idea de un caballo rojo, desmelenado, libre, que pasaba haciendo resonar sus cascos en las piedras del fondo, y tanto me dolían que a la otra noche me acerqué de nuevo al hombre aunque dispuesto a no ceder.

—Suponga que existe, suponga que pasa galopando por debajo. ¿Qué hace con eso? ¿Cuál es su destino?

—Su destino es pasar, deslumbrar, o no tener destino.

—¿Y vale el suplicio de pasarse los días, como usted se los pasa, sólo por verlo correr y desvanecerse?

—Todo lo nuevo vale el suplicio, todo lo misterioso por venir, vale siempre un sacrificio.

—¡Tonterías, no pasará nunca, no existe, nadie lo ha visto!

—Yo lo he visto y lo volveré a ver.

Iba a contestarle, pero le estaba mirando a los ojos y me quedé sin hablar. Tenía una fuerza tal de sinceridad en su mirada y una nobleza en su postura que no me atreví a desmentirlo. Tuve que separar la mirada para seguir sobre su hombro el vuelo cercano de un alcatraz, quien de pronto, cerró las alas y se tiró de un chapuzón al mar.

El hombre me puso entonces su mano blanda en el hombro:

—Usted también lo verá, júntese conmigo esta tarde.

Le tumbé la mano casi con rabia por decirme aquello. A mí no me calentaba más la cabeza; que lo hiciera el sol, que estaba en su derecho, pero él no, él no tenía que hacerme mirar visiones, ni de éste, ni del otro mundo.

—Me basta con las langostas. No tengo necesidad de otra cosa. Y le volví la espalda, pero en el aire oí sus palabras.

—Tiene tanta necesidad como yo. «Tiene ojos para ver.»

Aquel día casi no almorcé, no tenía apetito. Además, había empezado a correr en firme la langosta y había mucho que hacer. Así que, antes que se terminara el reposo, me fui con Pedrito en el bote y me puse a trabajar hasta las cinco de la tarde en que ya no era posible distinguir en el fondo ningún animalito regular. Volvimos al barco y lo peor para mí, fue que los tres: Vicente, Pedrito y Mongo, se fueron a la costa a buscar hicacos. Yo me hubiera ido con ellos, pero no los vi cuando se pusieron a remar. Me quedé en la popa, remendando jamos y buscando cualquier trabajo que no me hiciera

levantar la cabeza y encontrar al hombre. Estábamos anclados por el sur de El Cayuelo, en el hondo. La calma era más completa que nunca. Ni las barbas del limo bajo el timón de «Eumelia» se movían. Sólo un aguijón verde ondeaba el cristal del agua tras la popa. El cielo estaba alto y limpio y el silencio dejaba oír la respiración misma en el aire. Así estaba cuando lo oí:

—¡Venga!

Se me cayó un jamo de la mano y las piernas quisieron impulsarme, pero me contuve.

—¡Venga, que viene!

—¡Usted no tiene derecho a contagiar a nadie de su locura!

—¿Tiene miedo de encontrarse con la verdad?

Aquello era mucho más de lo que yo esperaba. No dije nada entonces. De una patada me quité la canasta de enfrente y corrí a popa para tirarme a su lado.

—Yo no tengo miedo —le dije.

—¡Oiga..., es un rumor!

Aguanté cuanto pude la respiración y luego me volví a él:

—Son las olas.

—No.

—Es el agua de la cala, las basuras que fermentan allá abajo.

—Usted sabe que no.

—Es algo entonces, pero no puede ser eso.

—¡Óigalo, óigalo..., a veces toca en la piedra!

¿Qué oía yo? Y lo que oía, ¿lo estaba oyendo con mis oídos o con los de él? No sé, quizás me ardía demasiado la frente y la sangre me latía en las venas del cuello.

—Ahora, mire abajo, mire fijo.

Era como si me obligara, pero uno pone los ojos donde le da la gana y yo volvía la cara al mar, sólo que me quedé mirando una hoja de mangle que flotaba en la superficie junto a nosotros.

—¡Viene, viene! —me dijo casi furiosamente, agarrándome el brazo hasta clavarme las uñas, pero yo seguí obstinadamente mirando la hoja del mangle. Sin embargo, el oído era libre, no había dónde dirigirlo, hasta que el hombre se estremeció de pies a cabeza y casi gritó:

—¡Mírelo!

De un salto llevé los ojos de la hoja de mangle a la cara de él. Yo no quería ver nada de este mundo ni del otro. Tenía que matarme si me obligaba, pero súbitamente él se olvidó de mí; me fue soltando el brazo mientras abría cada vez más los ojos, en tanto yo, sin quererlo, miraba pasar por sus ojos, reflejado desde el fondo, un pequeño caballito rojo como el coral, encendido de las orejas a la cola, y que se perdía dentro de los propios ojos del hombre.

Hace algún tiempo de todo esto, y ahora de vez en cuando voy al mar a pescar bonito y alguna que otra langosta. Lo que no resisto es el pan escaso ni tampoco me resigno a que no se converse de cosas de cualquier mundo, porque yo no sé si pasó galopando bajo el «Eumelia» o si lo vi sólo en los ojos de él, creado por la fiebre de su pensamiento que ardía en mi propia frente. El caso es que mientras más vueltas le doy a las ideas, más fija se me hace una sola: aquella de que el hombre tiene dos hambres.

ONELIO JORGE CARDOSO

Un negro tenía un violín

Un joven negro delgado se fue una neblinosa noche, sin deseo alguno, a ver, en sitio de billete barato, una función de circo de mala muerte. Después de observar indiferente a los perros que saltaban por arcos de candela, o payasos gritones, mal pintados, de torpes brincas, a equilibristas y rumberas, en sucesión maltrecha, a matasietes que levantaban pesas hinchadas, marchó para su humilde casa, cavilando.

Había oído, embelesado todo el tiempo, al viejo violinista de la charanga que animaba los números lastimosos. Entre el timbal y el clarinete aquel violín le dijo lo que quería.

A la mañana siguiente apenas atinó a ensartar las agujas, pues era de oficio sastre. Era un remendón, pero tenía arte, y corte de elegancia seria, y aguja curiosa.

Hasta entonces, con su tijera, su cinta de medir, sus paños, su aguja, no había sabido bien para qué otro placer pudiera vivirse. Ahora había entendido: la vida le llamaba con música de violín, de un goce que no se cansaba.

Tener un violín, hacerlo suyo. Un violín que él tocara, donde quisiera, lo que quisiera.

Esta vez remendaba. La habitación conocía el silencio. Su hermano de doce años, en la escuela; su madre, que planchaba para afuera, en breves rumores. La cuartería ganaba también inusitado silencio. Ninguna pelea de vecinos, ninguna grito de la radio. El negro se oía su pensamiento.

Remendaba, escuchaba la música del violín de la charanga, la silbaba. Reparaba trajes viejos, o heredados, de una clientela siempre en emergencias y regateos. Silbaba. Su calle polvorienta, visitada de chivos y grandes perros perezosos, muda. Se oía el violín. Ni uno solo de los mal entablados carretones que venían al arrabal en busca de los huesos de res que las niñas amontonaban en los campos cercanos, pasaba con su estruendo: Ni un juego de pelota. Silbaba, cosía.

Era pobre, ¿cómo hacerse de un violín? Buscó, indagó, vio las tiendas, los músicos humildes. Sacó cuentas. No podía comprarlo, pero siempre lo oía. Sentía aquel arco sabio sobre las cuerdas entregadas. Era un placer. No podía comprarlo. ¿No pagar las clases de su hermano? ¿Las medicinas, las medicinas? Pero al fin, supo; se lo dijeron.

Y se fue donde el hombre que especulaba. Recibió el dinero, pero debía pagar, mes a mes, su deuda y el interés o lo perdía todo. Y se arriesgó.

El cuarto se llenó de melodías, pobres al principio, vacilantes; firmes después. Recibía clases, en las noches. Poco a poco el violín crecía, y era un brillo. Embelesada, la madre sonreía. Los vecinos asomaban la cabeza; unos cogían las sillas, otros escuchaban de pie, en los rincones; algunos sentados en la única cama.

Fue pagando la deuda a retazos. Aquí y allá caía un baile, aquí y allá un cumpleaños de pobre, un santico llevado adelante a esfuerzo. Y su vida conoció la felicidad imposible, tanto la conoció que llegó a temerla. Sólo él, en todas partes, era feliz.

Y la perdió. La tos de su madre la llevó al hospital de los pobres. Ya había vendido su violín, para medicinas, radiografías. Se la llevaron a donde le decían La Miseria. Allí la echaron, en el suelo. Todo el pueblo conocía que era así: allí mandaban a los muy pobres. «Toca el violín», le decía la madre, en el cuarto; «toca el violín», en La Miseria. «Me alivia el alma.» Y él repetía: «Le están arreglando las cuerdas, no tiene diapason.» Murió junto a una joven campesina encorvada por el tétano.

No la lloró. Se fue a la cuartería y sólo le dijo al hermano que él y él eran uno. Y remendó, como sale el sol y pasan las nubes y crece la yerba. Remendó, entalló, cortó, cosió, se encorvó. Y no quiso ni pensar más en su violín.

Y los años pasaron y ya no era joven. Y hubo un baile cercano, una vez. Y oyó un violín, desde su cuarto. Y se fue. Y vio una mulata delgada abrazada a un violín. Y la oyó, en los ritmos rápidos, en los estribillos. Y se acercó. Y ella comprendió que miraba su violín, que el placer en su rostro era por el violín.

Y la orquesta se fue, y el hermano se fue, y los años pasaban. Y el negro seguía su trabajo paciente, cada vez más encorvado.

Un hombre vino una noche, alta la noche, y le preguntó: «¿Sabes tocar violín?» Y él le respondió que sí, pero que no lo tenía. Y el hombre le dijo: «Si puedes tocar violín para mi madre enferma, lo tendrás. Ven conmigo, ahora mismo.»

El viejo negro asintió. Se fue a vestir sin prisa.

Frente a la puerta de la cuartería se detuvo, escalofriado. Y regresó a su cuarto para buscar un viejo abrigo.

Lo tomó de un ruinoso escaparate y se lo puso lentamente.

Al pisar la calle, se estremeció de un gran escalofrío. Siguió con paso cuidadoso, al extraño visitante, en la neblina.

SAMUEL FEIJÓO

El día que llovió dinero

Mucha gente todavía se acuerda del día que estuvo lloviendo dinero en Pueblo Viejo. Literalmente, lloviendo dinero legítimo. Todos los vecinos que por aquellos tiempos usaban el sentido de la razón —desgraciadamente eran pocos, porque el discernimiento no gusta de juntarse con el hambre—, están de acuerdo en que el hecho se produjo realmente. Las discrepancias surgen cuando los exaltados, calificando al fenómeno de aguacero torrencial, se enfrentan a quienes, encogiendo los hombros, lo clasifican como una simple llovizna. Bartolo Urría jura por los sagrados huesos de su madre —unos huesos que ni él mismo sabe dónde están—, que la tormenta fiduciaria duró más de una semana, pero la verdad acerca de esa opinión exagerada es que un par de billetes de a cien quedaron suspendidos, como gotas de agua en gárgola medieval, en el alero de la casona del señor marqués de Umbría, de donde se desprendieron a los siete días justos para caer, revoleando con gracia de palomas de San Marcos, delante de los pies de Pascuala Borrajo, quien, presumiblemente guiada por la Providencia, salía de la iglesia después de rogar a San Benedicto que le concediera aunque fuera a préstamo y con intereses el dinero necesario para comprar ciertas medicinas que de ningún modo iban a servirle para aliviar la tos ronca e incurable de su hijo Rolindo. Calín Salinas, un vecino que sin ser realista a ultranza está lejos del escepticismo, de cuando en cuando —cuando el tema surge entre bostezos pueblerinos— suele afirmar con sonrisas enigmáticas que la lluvia apenas

duró una hora y que llovieron exactamente treinta y seis mil ochocientos veintinueve dólares.

Por supuesto, no puede llover dinero impunemente, lo cual basta para justificar los seis muertos y los sesenta y siete heridos graves, menos graves y leves que costó la tormenta. Uno de los cadáveres, el del pobre Fico Poveda, quien no tenía dónde caerse muerto, apesaba entre los dedos largos y sucios, el dinero justamente necesario para costearse un entierro decente. Llama la atención que todas las víctimas del feliz acontecimiento, tanto las occisas como las contundidas, pertenecieran a una misma clase social. En verdad, sólo existían dos clases sociales en Pueblo Viejo: la formada por dos familias, la de los Pérez y la de los Avendaño; y la compuesta por todos los habitantes de las ciento y tantas casitas que se alzaban entre la humillante mansión del señor alcalde, rematada por una torre alta y altiva, y el mencionado palacete, de soberbio estilo colonial, de los señores de Umbría.

El primero que advirtió el fenómeno fue Tomás Polanco cuando, no se sabe por qué urgente necesidad, alzó los ojos al cielo, aunque, al ver el revoloteo, comentó indiferente; «¡Caramba, qué temprano llegan este año las golondrinas!» Pero aconteció que las golondrinas eran de papel y que la primera de ellas vino a posarse sobre el hombro de Gregorio Carreras, quien solía dormir todas las tardes en un banco del parquecillo, con la porfiada pero inútil espera de soñar algún día que dejaba de ser un tipo miserable, esperanza casi tan vieja como el propio Carreras, aunque ella no aparentara tener ochenta años cumplidos. La golondrina, que tenía cara de patriota caro, cosquilleó el cuello mugriento de Gregorio y el durmiente intentó aplastarla de un manotazo. Pero ella insistió. De ese modo, el infeliz Carreras se vio — creyéndose más dormido mientras más despierto— dueño de un billete de cien dólares, posesión que no tardaría en ser equivalente a la de un boleto de ida hasta Mazorra, donde lo esperaba su esperanza con una mellada guadaña al hombro.

Poca gente solía andar por las calles a aquella hora del mediodía, pero Aniceto Cabargas pregonó con tanto espanto y tanto júbilo el insólito aguacero, que sus chillidos atravesaron todas las puertas para vaciar en el parque a casi la totalidad de los mil y tantos habitantes de Pueblo Viejo. En el aire, movidos por la reseca brisa de octubre, miles y miles de diferentes

colores, giraban en bandadas y formaban graciosas espirales descendentes, aunque no tanto como para ponerse al alcance de los mil pares de manos que se alzaban, a la manera de Tántalo, para atrapar aquellas aves maravillosas. Uno de los primeros en asir una, fue el padre Lucas, quien gozaba de la ventaja de estar asomado en lo más alto del campanario románico de la iglesia. El párroco —sin ser numismático ni mucho menos, y a pesar de su peculiar falta de sentido común, defecto atribuible a la virtud de su devoción — comprendió enseguida que su presa valía cincuenta dólares y corrió hacia las campanas para hacerlas sonar alegremente, ruido que hizo despertar y salir de casa a los pocos que ya no andaban buscando contusiones en el tumulto.

El vórtice de la tormenta tuvo lugar en el parquecillo. Parece que los vientos de octubre, por la razón que fuere, suelen formar en aquel sitio un remolino jugueteón que en tiempos normales se complace en enloquecer a cuanto papel viejo y a cuanta hoja seca se ponen a su alcance. Pero esta vez era juego de brisa pudiente que se entretenía en agitar las alas de billetes de banco de diferentes denominaciones, haciendo recordar la fábula de esos señorones de quienes se dice, aunque nadie los haya visto nunca, que acostumbraban encender sus puros con billetes de a cien. Y, rica al fin, ahora se complacía en acercar y alejar alternativamente los objetos de su ocio de las manos miserables y ávidas que llenaban el reducido ámbito del parquecillo pueblerino.

Cuando llovió granizo en Pueblo Viejo, allá por los primeros años del siglo, el asombro de los relatos duró apenas lo que resistieron las memorias felices, pero es posible que el recuerdo del día que llovió dinero, permanezca indeleble aún más allá de la muerte de los testigos y protagonistas de aquel hecho mágico. De lo que no hay duda es de que el luto por los muertos dejó una sombra negra y permanente en las fachadas de algunas casas y en los corazones de una que otra madre y de algún que otro amigo de los finados. El primero en morir, según reveló la diligencia de las autopsias, fue Robledo. Robledo era padre de once hijos, el mayor de los cuales llegó a ser concejal, unos dicen que elegido por pura lástima del pueblo y otros que gracias al dinero aportado por el señor Pérez de Lora, alcalde liberal. El viejo Robledo no murió de muerte natural, es decir, no fue víctima de la furiosa rebatiña,

sino que la buena suerte de haber atrapado uno de los trece billetes de a mil que llovieron aquella tarde, le atrajo la mala suerte de una puñalada en la espalda. Otro de los mártires de aquel frenético rito a Santa Rducia fue el más pequeño de los hijos de Matías, el más viejo vecino de Pueblo Viejo. El muchacho, que apenas había tenido tiempo de aprender los nombres de todas las cosas que se compraban con un centavo, logró alcanzar una de las volatineras hojas, y en el momento en que advertía que en cada esquina tenía pintado un cinco, cayó encima de él la grasienta humanidad de doña Encarnación, quien vivía en Pueblo Viejo cansada ya de exhibirse sin mucho provecho como la mujer más gorda del mundo. Distinto fue el caso de Nicolito, el osteromelácico desahuciado hasta por los médicos de La Habana. Impulsado por el natural deseo de enriquecerse, Nicolito dio un salto tan enorme para alcanzar una golondrina de a cincuenta que, al caer, todos los huesos, incluyendo el hioides, se le hicieron polvo, afortunada tragedia que legó a sus deudos el original orgullo de ser la única familia que guarda en un armario los restos mortales de un difunto encerrados en una caja de petiscetos La Corona, piadosamente forrada con papel crepé. La quinta autopsia hubo que realizarla con la víctima parada a pie firme. Es muy cierto que por tal época, con veinte pesos era posible comprar todas las cosas del mundo y una más, pero poseer por entonces un billete de tan rara denominación era un privilegio que no se alcanzaba ni trabajando como una bestia, fenómeno económico que puede servir para justificar que Plácido Fornos en el mismo instante de agarrar un documento de veinte dólares, quedara petrificado sobre un banco de parque en la misma actitud de bronce asumida por ese buenazo de don Tomás en la estatua, inexplicablemente vuelta de espaldas al norte, ubicadas todavía en la habanera Avenida de los Presidentes. Comoquiera que resultó imposible ponerlo horizontal, fue necesario sepultar a Plácido Fornos a pie firme en una fosa vertical sobre la que reza un epitafio, redactado por Calín Salinas: «Aquí yace un hombre indoblegable», palabras que no ocultan una broma, aunque sí pueden resultar anfibológicas para quienes Sepan que Fornos fue uno de los que, a pesar de su penuria crónica, jamás vendió su cédula electoral ni a los Pérez ni a los Avendaño. La sexta víctima no pudo ser identificada porque tenía magulladas e inservibles hasta las huellas dactilares, circunstancia que agravó la luctuosidad del pueblo, debido a que

ese día desaparecieron del lugar trece hombres, la familia de cada uno de los cuales, por las dudas, lloró como suyo el sexto muerto.

Cuando llegó —¡no podía faltar!— la aguerrida guardia rural con el sargento Malacara al frente, la confusión se tiñó momentáneamente de amarillo, color que cedió pronto la primacía al rojo de la sangre vertida a golpes de machete. Fue una intervención oficial peor que inoportuna, porque en aquellos momentos la oficiosa devoción del padre Lucas estaba pronunciando, desde una de las ventanas del campanario, un sustancioso sermón en el que se alababa el caritativo gesto de la omnipotencia divina que «una vez derramó maná sobre el hambre del pueblo hebreo» y derramaba «ahora sobre el pío Pueblo Viejo un manantial de dinero hecho en las prensas celestiales, pero dinero legítimo», lo cual debía ser interpretado —y «¡ay de quienes pusieran en duda tan ostensible y obvio milagro!»— como «la intención del Padre Eterno de bendecir, económicamente a su grey y más devota». En verdad, fue muy contradictorio el hecho de que en el justo instante en que el buen párroco exhortaba a los fieles a ganarse la vida eterna, un tremendo sablazo hiciera volar a veinte metros de distancia la cabeza de la víctima que después resultaría inidentificable.

No todos se mojaron con aquella lluvia milagrosa, pero casi en cada hogar entró por lo menos una de tantas hojas caídas. Que se sepa, el único vecino de la clase mayoritaria que no se acercó al tumulto fue Salinas, quien, momentos después de comenzar el chaparrón, salía de la casona de La Torre, a punto de encontrar a su amigo Melquíades, jefe de una **troupe** de gitanos que solía pasar por Pueblo Viejo con los dedos en las narices y sin detenerse más tiempo que el necesario para llenar de agua sus vetustas tinajas sumerias. Sin embargo, el que resultó más empapado fue alguien que había permanecido bajo techo mientras duró el chaparrón: el teniente Quirós, a quien el sargento Malacara, después de confiscar, por la vía legal del arrebato, nueve mil setecientos treinta y cuatro pesos, le entregó en el cuartel cincuenta billetes de a cien que el oficial, mientras recibía el parte verbal de la tormenta, colocó sin prisa, pero entre sonrisas, en su billetera particular confeccionada con la piel de un joven cocodrilo que había sido impunemente asesinado a balazos en plena época de veda.

Más tarde o más temprano, los vecinos se retiraron —unos con muertos y otros sin ellos— a sus respectivos hogares. La excepción fue Gregorio Carreras. Con su billete en el doble forro de la bragueta, el infeliz quedó rastreando en cuatro patas todo el ámbito del parque y luego cada rincón del pueblo, olisqueando día y noche como un perro que hubiera olvidado el escondite de su hueso, hasta que comenzó a roer las paredes y a ensanchar hendidias de las fachadas, atrayéndose el repudio de los perjudicados y, por consiguiente, dando lugar a su conocido viaje hacia el definitivo encuentro con la esperanza. Unos se retiraron del campo de batalla caminando despacio y rumiando extraños proyectos, otros lo hicieron con prisa medrosa, y los más se alojaron corriendo desalados y con los labios llenos de pregones que parecían alaridos proferidos a modo de primitiva acción de gracias por aquel súbito tránsito de la miseria absoluta a la posesión de lo inesperado, aunque muchos de ellos nunca llegaron a tener conciencia de que lo inesperado suele ser, al mismo tiempo, transitorio. Algunos, los más afortunados, aquella misma noche recogieron sus míseros bártulos y tomaron la casi impía resolución de marcharse de Pueblo Viejo para siempre. Pero como no hay bien que por mal no venga, al amanecer, mientras la caravana de los desertores se alejaba por los serpeos del camino, una procesión de gente andrajosa avanzaba hacia el pueblito «donde llovía dinero», aunque es lo cierto que dinero no llovió más que aquella excepcional y única vez. Fue por aquellos días que se fundaron, más allá de los límites urbanizados, los dos barrios de indigentes conocidos por La Cueva y Vista Hermosa, habitados por unos seres fantásticos que pasaban días y noches turnándose a las puertas de sus casuchas con las manos cruzadas y los ojos abiertos hacia un cielo hermético e inmisericorde.

Al principio, el hecho verdadero, evidente e irrefutable de la lluvia de moneda impresa originó una historia fiel contada con auténtico realismo y con detalles tan precisos que parecían órganos físicos de cosa viva y obvia, pero poco a poco el acontecimiento —sostenido por las muletas verbales del padre Lucas— se fue deformando al pasar de padres a hijos, y algo más al ser transmitido de abuelos a nietos, convirtiéndose de hecho real en leyenda mágica hasta el punto de que el viejo Nandó solía contar al hijo único de su único hijo que cuatro serafines y doce arcángeles, los primeros de verde y de

azul los segundos, volaron sobre el pueblo aquel día extraordinario, portando grandes cuernos que derramaban peluconas de oro con la efigie de Dios y monedas de plata con el perfil de la Virgen Santísima y cuando el niño, que estaba gravemente enfermo de escepticismo, sonreía con precoz incredulidad, el viejo, cruzando los tiesos índices sobre los labios colgantes, juraba: «¡Por éstas, niño Julián, por éstas!» Eso, lo verdadero o lo deformado, es poco más o menos lo que saben todos en Pueblo Viejo y sus alrededores, porque ni los más ateos pueden negar lo innegable y, mucho peor, no pueden ofrecer una explicación satisfactoria, ya que no científica, a la súbita aparición en el espacio de la inaudita lluvia de dólares caída únicamente sobre el perímetro del parquecito, detalle que fue verificado y difundido por la prensa nacional y hasta por la extranjera.

JUAN ÁNGEL CARDI

El hombre de los dientes de oro

Anoche soñé con un hombre
de dientes de oro
y me quiero casar.

Hijita, ese hombre es el diablo
que tiene dinero
y te quiere llevar.

CANCIÓN POPULAR

1

«Anoche...»

Hijita soñó un viernes por la noche con el Hombre de los Dientes de Oro. Al otro día, a la hora del desayuno, y mientras plegaba distraídamente los velos de su bata de lino, Hijita lo comunicó a su madre:

«Anoche soñé con un hombre de dientes de oro», dijo; y agregó la decisión que había tomado, alzando los párpados para mirar desde toda la sombra de sus ojos: «y me quiero casar».

Su madre, ocupada en calcular lo que costaría en piensos la nueva pareja de caballos, bajó de golpe la cabeza y miró por encima de las gafas, que resbalaron peligrosamente hasta la punta de su gruesa nariz. Por un momento pensó que ya los pretendientes acudían a la miel de la repentina herencia; pero algo en la cara de Hijita le desvió enseguida de estas preocupaciones.

«Pero, Hijita», dijo, por fin, riendo, a la espalda de la muchacha que se había ido hasta la puerta del patio, «si ese hombre es un sueño...»

Ella no se ocupó en contestarle, sino en jugar con el canario, que revoloteó dentro de su jaula dorada.

2

«soñé con un hombre...»

Hijita encontró al Hombre de los Dientes de Oro, a la salida del teatro Tacón, un sábado por la noche. Estaba lloviznando bastante fuerte, pero en cuanto se acercó el coche, Hijita, impaciente, dio una carrera, se enredó en un reborde traidor, y hubiese caído a los pies del lacayo que le abría la puerta si un caballero no la sostiene galantemente por el brazo. Hijita se dio vuelta para agradecerse, y entonces vio el rostro cetrino, los ojos muy negros fijos en medio de órbitas casi fosforescentes y, al brillo del farol, el fulgor de los dientes de oro. Turbada, abriéndose espacio entre las olas de raso con que las faldas, de ella y de su madre, colmaban la pequeña concha oscura, Hijita alcanzó aún a verlo por un último resquicio de la ventanilla.

Allá atrás se iba quedando, separado de la multitud por el filo de la llovizna, que saltaba en minúsculas chispas sobre la altísima copa del sombrero.

3

«de dientes de oro...»

En mucho tiempo no volvió Hijita a ver al Hombre de los Dientes de Oro. Innumerables sucesos había para distraerla, desde la compra de los enseres — ¡qué de espejos, consolas, cornucopias, dos-a-doses, veladores, óleos con sombríos corrales y naturalezas muertas para el comedor!— con la vieja casona del Cerro hubo de ponerse al día de la sorpresiva herencia, hasta las deliciosas sesiones en casa de la modista y la atención de las visitas que, bajo el velo del pésame, acudían en parejas compungidas, tríos modosos, cuartetos gárrulos, a ver las novedades y dejar constancia de su antiguo interés por las

dos pobres mujeres que ahora, gracias a un remoto pariente, ya no lo eran tanto. Encantadoramente pálida, parecía que de un momento a otro Hijita fuese a desprenderse de la redecilla de sus encajes negros para esfumarse, como una esbeltísima columna de niebla, entre la penumbra que había siempre bajo las altas vigas. El rumor de la cháchara iba quedándole muy abajo, allá por las manos olvidadas sobre la falda. De vez en cuando, Hijita consentía en sonreír, y entonces era desconcertante ver cómo la mirada retornaba a sus ojos opacos, en un destello que volvía a extinguirse enseguida. El canario, en cambio, fue objeto de renovados mimos. Hijita le bordó una espléndida cobertura, para la jaula, cuajada de nomeolvides.

4

«Y me quiero casar.»

Por fin lo encontró de nuevo, casi un año más tarde, esta vez en un baile de máscaras. Hijita había bailado la noche entera, aunque como una autómatas, sin saber casi por qué lo hacía. Sentada entre otras señoras tan corpulentas como ella, su madre la veía pasar una y otra vez en un juego perfectamente geométrico de grandes sayas circulares, frotadoras, susurrantes, y talle erguido hasta la insolencia. Su «qué-le-pasará-a-Hijita» se traducía en los movimientos alternativamente rápidos y desmayados del inmenso abanico andaluz, que de pronto, al cerrarse lacio sobre la mano izquierda, parecía admitir por fin la derrota, el desconsuelo, cuando un desolado Pierrot o un Dominó indiferentes le abandonaban a la muchacha con una fría reverencia. En las pausas de la música Hijita languidecía, pero como una flor de mármol nada menos, helando todo posible sentimiento de piedad romántica. Después ocurría que alguien era incapaz de resistírsele y la arrastraba consigo en el mismo juego de cimbreantes círculos sin vida, perseguidos desde la remota orilla, por los mariposeos del abanico. En medio de uno de estos arranques, la madre percibió por un espejo, una elasticidad distinta, un impulso, un avance gracioso y violento, y vio a Hijita volar en brazos de un lívido Arlequín de espejo a espejo. Desde la decimoquinta luna,

el enmascarado Arlequín sonrió, con lo que saltó de su boca un chispazo de oro.

5

«Hijita...»

Después Hijita dejó otra vez de verlo durante varios meses. Desmayó su apetito hasta el simple arroz blanco, si un vestido le entallaba mal, lo rasgaba sin misericordia; a veces le daba por romper cosas con una violencia metódica. Perdió todo interés por las novedades de la moda que llegaban, un tanto marchitas, es cierto, en los confiables vapores de la Trasatlántica Española; se negaba a salir de casa, comenzó a desatender el cultivo de sus cabellos y una mañana dejó escapar al canario. La madre cedía a su creciente soberbia y, cada vez más desconcertada, no se atrevía a llevar adelante sus proyectos de fiestas y recepciones. Cierta mañana, al regresar de misa, un caballero saludó a Hijita ceremoniosamente: era el Hombre de los Dientes de Oro. Ella se turbó hasta las uñas —iba sin polvos—, y apretando el brazo de su madre, echó casi a correr con paso vivo. Desde entonces, consintió de nuevo a salir, aunque no por ello se dulcificaron las cosas de puertas adentro. Seguía crispándosele de rabia la boca si un escote no le fluía bien; llegó a romper una luna con su calzador de plata. En cuanto al Hombre de los Dientes de Oro, se dejaba ver a veces como un reflejo en el escaparate de una tienda de ultramarinos; o asomándose a la ventanilla de un coche o volviéndose de pronto desde una puerta, cuando era Hijita a quien arrastraban los caballos.

6

«ese hombre...»

Y de nuevo volvió a dejar de verlo, aunque ahora soñaba con él todas las noches. Al despertarse olvidaba las peripecias del encuentro, y por más esfuerzos que hacía no le quedaba más que el brillo entre brumas de los dientes de oro. No dijo una palabra a su madre: en cambio, se complacía en

hacerle pagar su desazón de mil ingeniosas maneras. Dejando de comer, sobre todo, que era lo que más podía mortificarla; helándole la sonrisa cuando le preparaba alguna golosina con particular esperanza. Volvió la lasitud, la indiferencia. Hijita había conservado los hábitos de su pobreza negándose a que ninguna doncella entrase en su cuarto a no ser en las grandes ocasiones; ahora el trabajo de vestirse cada mañana se le iba haciendo cada vez más insoportable. Algunos de los infinitos botones quedaban por abrochar; las enaguas sobresalían vergonzosamente donde menos se las esperaba. Como la tarea de elegir un vestido distinto la mataba de aburrimiento, volvía a ponerse el mismo, arrugado y lleno de manchas. Por fin, vino a pasarse días enteros en lo que la madre llamaba su «aposento». Pálida, con las greñas negras en desorden, indiferente o cimbreado de furia, Hijita parecía una bellísima bruja, y su madre se consumía de desilusión y tristeza.

7

«es el diablo...»

Luego pasaron varias semanas sin que soñara siquiera con el Hombre de los Dientes de Oro. Una noche en que su madre le tejía un chal con más ahínco que de costumbre, al rosado amor del globo de la lámpara, se abrió la puerta de la sala y apareció Hijita con su palmatoria en la mano, los ojos lisos como dos piedras negras. Cruzó el zaguán y la pobre mujer la siguió temblando hasta la gran puerta de entrada. La muchacha le indicó la hoja del servicio inserta, y ella descorrió maquinalmente el cerrojo. A la verja del pequeño jardín había la alta silueta de un hombre, del que sólo se distinguía la mancha blanca de las manos puestas sobre el puño del bastón. Un golpe del viento descubrió entonces la luna, y los ojos fulguraron como dos diminutas láminas metálicas. Volvió la madre a cerrar la puerta tan silenciosamente como pudo y apoyó en ella la espalda. «Hijita», murmuró, «ese hombre es el diablo»; y agregó para sí misma, en un abismo de silencio: «y te quiere llevar». Por los labios de Hijita corrió un hilo escarlata al resplandor de la vela; pero no dijo nada.

«Y te quiere...»

Hijita encontró por última vez al Hombre de los Dientes de Oro a bordo del vapor «María Cristina». Benigno, tras de sus gafas redondas, el mejor médico de La Habana, recomendó un viaje por mar y la madre de Hijita se estrepitó con el proyecto. ¡Por fin, después de tanto silencioso sacrificio, podría a la vez, salvar a la muchacha y mostrar al mundo el color de sus centenes! Su entusiasmo lo allanó todo. Hasta la propia Hijita pareció deshelarse un poco y acudir de buena gana a la modista para el ajuar de viaje. Cierto que su conducta no dejaba de amargar los ingenuos transportes de su madre: hablaba a la modista desde su alto cuello con una sequedad imperial, y el desprecio con que se quitó los tres primeros bonetes que le probó la sombrerera fue tan descarnado, que la infeliz arruinó irremediablemente el encaje del cuarto. Pero, por fin, allí estaban las dos sentadas a la larga mesa del salón-comedor, envueltas en el solemne resplandor que se filtraba entre los policromados vidrios del enorme tragaluz, a la derecha misma del capitán y disfrutando por vez primera, luego de tres días de viaje, de los privilegios de su rango. El transcurso de los primeros platos había resultado, bastante insípido para la madre; a pesar de las seguridades del médico, no pudo evitar que los ojos se le llenasen de innumerables bocas masticantes entre cuyas variadas pelambres —bigotes solos o en variadas combinaciones de bigotes e imperiales o perillas o chuletas o barbas españolas— era difícil acechar el temido destello. No quedó al cabo para inquietarla sino un puesto vacío, ominoso en el hueco de su felpa de púrpura. Pero el capitán, inclinándose solícito, le confió que su propietario era aún peor marino que ellas, y que por nada abandonaba su cámara. El alivio que le produjo la debilidad del ausente bastó, quizás, a relajar su vigilancia. Y terminado el almuerzo, dejando a Hijita del brazo del capitán en la cubierta —¡nunca, la había visto más linda y altiva, con aquel brillo de diamante en los ojos grandes como noches!—, descendió a su propia cámara para regalarse con la siesta.

«llevar».

Fue al crepúsculo que se despertó con un desasosiego inexplicable. La luz que entraba por el ojo de buey era una aguada rojiza que todo lo teñía de miedo. Hijita no estaba en la cámara. Se levantó de un salto y pegó la nariz al frío cristal redondo. No podía ver sino la desolación gris del océano y el resto de un fuego marchito entre las nubes que ocultaban la muerte del sol al poniente. De pronto, algo como el segmento de un ruedo violeta ocupó el extremo superior del espacio visible. Alzó rápida los ojos y vio a Hijita caer desde cubierta. Caía despacio entre la tarde hacia las olas, caía girando lentamente como en un vals adentro de un espejo, muy ancho el vuelo violeta de la falda, bajo el que vibraban las alas blancas de las enaguas, abriéndose; y al girar dejó ver que un caballero la sujetaba por el talle y una mano girando con ella hacia abajo, a través del silencio. La madre acercó los ojos desorbitados al borde inferior del ojo de buey, hasta no ver más que el largo pelo negro de Hijita, ondeando hacia arriba sobre el ruedo violeta de la falda, ahora tan extraña, tan irrisoriamente estrecho —hasta no ver, en fin, sino la inacabable desolación de las olas en perpetuo movimiento.

ELISEO DIEGO

Bestias que fueron árboles

—¿Quieres decir..., que caminó quince metros antes de desplomarse?

—Exacto, Cristian. Y créame que, aunque esperaba ese resultado no por eso me sorprendió menos que a ustedes. Imagínense un arbusto con las hojas erizadas, tal como un gato rabioso, desprendiéndose de la tierra de su maceta y echando a correr.

—Sobre sus raíces, por supuesto.

—¡Y qué raíces! No dos, sino decenas de pequeños pies. ¡Una verdadera escolopendra vegetal! Y si la hubiesen visto deslizándose sobre el piso del laboratorio... ¡Un ciempiés no lo hubiese hecho mejor!

Todo había comenzado, cuando recibimos, en nuestro laboratorio botánico, aquellos centenares de posturas de aspecto inofensivo que llegaron en un cargamento de caucho amazónico. No eran —sólo nosotros sabíamos el secreto— las de un árbol común y corriente. Lord Fhiserd, el famoso explorador de los trópicos, nos hablaba de ellas en una de sus últimas cartas, pocos días antes de enloquecer.

«...una región semidesértica enclavada más allá de los límites del Amazonas. La rodea el verde cinturón de la selva que cesa abruptamente donde comienza la sabana. Plantas raquílicas, fragmentadas rocas, un suelo ennegrecido, de escasa solidez, entre arenoso y arcilloso, que llega apenas a unos pies de profundidad. Debajo, un estrato granítico sostiene esa tierra,

salpicada a trechos por pequeños charcos que, aún en la época de las lluvias, no rebasan sus bordes tapizados de líquenes y hongos. No hay allí roedores, ni pájaros, ni insectos, salvo los escorpiones que pululan entre las rocas, y cuya mordedura es siempre fatal. Un silencio que sólo interrumpe el retumbar del trueno, reina en aquella comarca —cubierta por un cielo habitualmente negro y surcado de relámpagos— por dónde deambulan los árboles caminantes: producto de no se sabe qué adaptación a un clima que condena a una muerte inevitable a las plantas que conviven con ellas y que no adoptaron su misma línea evolutiva. Su desplazamiento por la llanura —cuentan los indígenas que han visto ese espectáculo de horror— va acompañado de ciertos hábitos que, en algunos aspectos, los ha ido acercando paulatinamente al mundo animal. Las bestias más feroces, desde el jaguar hasta la anaconda, huyen de esas otras bestias de clorofila —que sólo temen a su enemigo natural: el rayo— porque se saben impotentes contra ellas. Marchan en alucinante desfile por la inmensa sabana ¡e infortunada la criatura que con ellos tropiece! Morirá atenaceada, desmembrada, molida por esas furias, o tal vez servirá para ser sacrificada en alguna de sus siniestras ceremonias nocturnas, mientras danzan alrededor de un tambor de tierra golpeado alternativamente por los “árboles-padres” del enjambre. No dan flores ni frutos ni se reproducen por semillas, sino por estacas que los árboles padres arrancan a los más jóvenes y fuertes y luego siembran en los linderos del bosque. Meses después son desenterrados por los árboles más viejos —que han logrado desarrollar ramas como brazos—, y pacientemente estos comienzan a impartirles el largo aprendizaje que les permitirá aventurarse por la llanura, sin más peligro que el de ser fulminados por las frecuentes descargas eléctricas, y buscar sus nutrientes en los hediondos charcos donde permanecen con las raíces sumergidas, como en éxtasis, durante determinadas horas del día. En ese estado son totalmente inofensivos.

»No obstante esto —continuaba Fhiserd—, el peligro es grande. Aun a esas horas los árboles-padres los vigilan celosamente, y dudo que algún indígena, por crecida que fuese la recompensa, acometería empresa semejante. Yo soy el único que ha logrado analizar uno de esos gajos, por el cual pagué literalmente su peso en oro a uno de tantos intermediarios. Comprobé que sus vasos leñosos y liberianos han sufrido extrañas

transformaciones que hacen suponer una presión osmótica de incalculable fuerza; así como la sorprendente elasticidad de sus fibras, convertidas en verdaderos músculos vegetales. Comparto la opinión de que la monografía que tienen ustedes en proyecto se enriquecería extraordinariamente estudiando el comportamiento de esos especímenes, tanto —pudiéramos decir— en cautividad, como en el propio escenario natural que los engendró. En cuanto a esto, les acompaño un mapa levantado por mí, que contiene todos los datos necesarios, incluyendo la ubicación de los guías que conocen, palmo a palmo, las zonas aledañas al **hábitat** de esos monstruos de clorofila. No puedo ofrecerles más ayuda. Estoy enfermo, noche a noche me asaltan espantosos terrores y quiero volver a Londres en el próximo barco. Sin embargo, conozco a un viejo traficante brasileño, capaz de vender su alma al mismísimo demonio, que tal vez a cambio de algunos millares de libras esterlinas, una flotilla de lanchas a motor y...»

—Entonces ¿todo sucedió de acuerdo con lo planeado?

—Punto por punto. Nueve arbustos, de los escogidos por ustedes en nuestro vivero, alineados a lo largo de la pared y situados cada uno a tres pies del más próximo. Así podrían conversar —no se rían— los unos con los otros.

—No nos reíamos, Alberto. ¡Al contrario!

—Pues bien. Entré con el lanzallamas y disparé sobre el primero. Ardió de una forma..., bastante extraña. Sí, muy extraña.

—¿En qué sentido, Alberto?

—No sé. Era como si estuviese..., retorciéndose de dolor.

—Estás muy impresionado, Alberto. No era más que el efecto del fuego sobre la materia leñosa. ¡No vayas a decirnos ahora que también lo sentiste quejarse!

—Pues..., aunque crean que me he vuelto loco, ¡sí! Puedo asegurarles que, mientras ardía, sonidos inarticulados, como gemidos, salían del follaje envuelto en llamas.

—No digas esas cosas. ¿Es que quieres ponernos nerviosos también? Continúa, anda.

—Pues bien. Tras el primero, ardió el segundo, el tercero, el cuarto. Y al llegar al quinto...

—¿Qué ocurrió, Alberto?

Recuerdo sus caras, compañeros, al formular —casi silabeando— la pregunta.

—¡Comenzaron a moverse! Las pesadas macetas trepidaron contra el piso. Grandes terrones comenzaron a saltar de entre sus raíces. Y así, hasta que al llegar al octavo...

Alberto calló un instante. Luego su voz, convulsiva, pero llena de íntimo y justificado orgullo, gritó:

—¡Saltó sobre mí! No sé la forma exacta en que lo hizo, porque estaba de espaldas ajustando el cañón del lanzallamas.

Palidieron. Ricardo, Cristian, Walter. Yo también, sin necesidad de mirarme al espejo, me sabía blanco como la pared.

—Sí. Me atacó de espaldas. Un felino no lo hubiese hecho mejor. ¡Miren! Mis costillas, mis brazos.

Se desabrochó la camisa. Vimos delgadas manchas rojas; pequeñas, pero agudas escoriaciones. En sus piernas, como acribilladas por miríadas de insectos, pudimos observar minúsculos restos de raíces enterrados en la carne como clavos.

—Me salvó mi excepcional musculatura. Otro más débil habría perecido. Un verdadero ciclón de ramas, hojas, raíces, golpeándome, azotándome, comprimiéndome. ¡Tremenda fuerza, compañeros! No era una cosa vegetal, les digo: era una enloquecida furia animal lo que me atacó. Suerte que ya tenía dispuesta el arma.

—¿Lo quemaste también, entonces?

—De no haberlo hecho, ¿estaría ahora hablando con ustedes? Cuando al fin me desembaracé de él, no perdí un instante en darle su merecido. Fue entonces cuando el último echó a correr. Quince metros seis pulgadas exactamente. Medí la distancia.

¡Maldito experimento! Medallas, diplomas, la soñada candidatura al premio Nobel de Botánica..., ¿a cambio de qué? De lo más precioso que hay para un

ser humano: la vida. No se trata del simple hecho de morir. Entre sábanas limpias, en la casa o en el hospital; en la trinchera, defendiendo una causa noble, la muerte no es cosa que aterre a hombres cabales como Walter, como Alberto, Cristian, Ricardo o yo. ¡Pero una muerte como ésta!

—¡Atrás, espantajos de utilería! ¡Tarántulas de celulosa sin progenie ni sexo! Os quemaré a todos. ¡A todos!

—Es inútil, Alberto. Son cientos, casi miles. Quemarás cincuenta, cien, doscientos..., ¿y qué? Mira las largas filas que nos cierran el paso hacia la selva. Hacia ese infierno verde que ahora sería un paraíso para nosotros.

—¡Maldición! ¡Y qué muerte! Despedazados, estrangulados, molidos por esos engendros del reino vegetal..., o animal. ¡Ya no atino ni a clasificarlos!

¿Por qué no nos contentamos con los experimentos realizados en la seguridad del laboratorio? ¿Qué bicho nos picó la «negra honrilla», llevándonos a armar esta desdichada expedición? ¿Quién abrió nuestros oídos a los cantos de sirena de Lord Fhiserd y nos los cerró a las advertencias de nuestros bravos indios huambisas, que desertaban noche a noche según nos adentrábamos en esta comarca de honor?

—¡El bosquecillo del que nos hablan los indígenas! Detrás queda el afluyente señalado en el mapa de Fhiserd. ¡Si logramos atravesarlo estamos salvados!

—¡Eh, tú! ¡Regresa! ¡Regresa!

—¡El último indio! Estos huambisas..., ¿dónde está su fama de valientes?

—Lo son efectivamente, Alberto. Pero con criaturas de carne y hueso. No con las «matas del diablo».

—El último indio... ¡Y con él, nuestras últimas provisiones!

—Nos queda todavía algo: este pequeño barril de ron.

—Bien. A lo menos, moriremos borrachos, de no poder atravesar el afluyente.

—Ni eso siquiera, Walter ¡El barril está casi vacío!

(¿Y qué importa ya eso, Walter, Alberto, Cristian, López, Ricardo? Lleno, vacío ¿de qué iba a servirles, a no ser para tirarlo, en un inútil y desesperado gesto, al río que ya les ha destruido tres balsas y que ahora saben imposible de atravesar? ¿Es que no escuchan ese rumor como de miles de hélices en movimiento, que viene desde lo más hondo de la llanura?)

—¿Oyeron?

—Sí, Alberto, oímos. Es el final, ¿verdad?

—Todavía, Cristian, pero no falta mucho. El amago de nuestras armas los contendrá unas horas. Pero después...

Y después fue la primera escaramuza. La vanguardia de los árboles que caminaban. Y aquel ulular que salía de sus cuerpos leñosos, convertidos en antorchas crujientes por las descargas de los lanzallamas.

—¡Todos abrasados! Como diría John, nuestro cochero, «no quedó uno para hacer el cuento».

—No cantes victoria tan pronto, Walter. ¡Mira para allá!

A la luz de una luna grande y amarillenta, clavada en la misma mitad del cielo, un río interminable de árboles caminantes fluía, como un enjambre de monstruosos cangrejos, desde todos los rincones de la sabana...

Y a nuestras espaldas el torrente, cortándonos la retirada, y en mis manos la última hoja de papel que emborrono febrilmente para colocarla, junto a las otras, dentro del pequeño barril. Y de nuevo el rugido de los lanzallamas y un zumbido enloquecedor como de millones de abejas y el aire abanicado por un torbellino de hojas y ramas en colérico movimiento, y destruyan todas las matas del vivero, y Alberto y Cristian y Walter y Ricardo disparando y disparando bocanadas de fuego y por cada árbol que cae envuelto en llamas, otro árbol se yergue como grotesca marioneta, y han atrapado a Alberto y oigo sus gritos desesperados, pidiendo auxilio, y destruyan todas las matas del vivero, y vuelvo la cabeza para no mirar pero miro y veo el cuerpo semi despedazado de Alberto debatiéndose todavía entre un enfurecido oleaje de ramas y troncos y Alberto continúa gritando y gritando y me tapo los oídos

para no oír pero oigo y al fin sus gritos cesan abruptamente y a mi derecha brota un alarido de terror y los monstruos acaban de atrapar a Walter que con su única mano libre empuña el machete y corta y corta la enloquecida masa verde. Y ahora es Cristian el que grita como un endemoniado y veo encima de mí sus muñones sangrantes agitándose en un adiós desesperado y...

SERGIO HERNÁNDEZ RIVERA

La iguana

A Otto

Ha mordido dos veces en la aldaba de la puerta. Se ha instalado sobre las losas que atraviesan el césped desde nuestra puerta hasta la calle. Debe de seguirnos desde que estuvimos en Varadero por nuestras últimas vacaciones. Recuerdo su gran lunar negro entre los ojos, por esto sabemos que es la misma.

Sus fuertes patas, como de hierro; su gallarda cresta; su estómago escamado, apenas movido por una respiración pausada, casi increíble; sus movimientos, de aparente o fingida torpeza.

A pesar de su inquietante presencia, nunca nos ha cerrado el paso; ni siquiera se deja ver a la hora en que vamos o regresamos del trabajo, con nuestro hijito en brazos. Sólo aparece cuando el sol declina, en los atardeceres. Entonces la luz incide en sus escamas y la iguana toma la apariencia de un animal de fuego. La presentimos y miramos con suma precaución tras las persianas. Ahí está, mirándonos, fingiendo que no respira. No habría inconveniente si no fuera por su tamaño; mide algo más de metro y medio, a juzgar por las losas que cubre.

Es bella. Su rostro oblicuo impide descubrir esa expresión de rústica ternura que tienen ciertos animales. Sus ojos, inmóviles y duros, brillan como pequeñas bolas de vidrio, muy negros. Cuando se nos presenta, Martha y yo pasamos largos ratos conteniendo un íntimo estremecimiento, incapaces de apartar la mirada del fabuloso animal.

Días pasados, regresamos más tarde de lo acostumbrado. Cuando doblamos la esquina de nuestra cuadra nos miramos al pensar lo mismo: «Es la hora en que aparece siempre, y sin embargo no está.»

Después nos contaríamos de qué extraño sentimiento nos había colmado aquella inexplicable ausencia, pero la confusa alteración cesó, como una vida fulminada por un rayo, al ver la puerta abierta. Mi esposa me clavó las uñas en un brazo. La iguana nos esperaba en el descanso de la escalera.

Con la actitud de esas figuras que pintan echadas en un diván, apoyándose en el codo y la mirada apacible, parecía llevar allí una eternidad. Sobre el piso conformaba una media luna ocre, con el lomo armado de púas y escamas doradas.

El único que despegó los labios sin un vestigio de temor fue el niño. Dijo «uuu». La iguana le había gustado.

Tú me lo decías: «Acaso la bestezuela sólo extrañe la proximidad del ser humano que se le fue con sus antiguos dueños, los Dupont, cuando se largaron del país. ¡Quién sabe! Fíjate, a pesar de su aspecto, son criaturas pacíficas; su debilidad son los dátiles y los insectos...» Yo, en cambio, no podía reprimir el temor de algo peligroso. No entenderé jamás su piedad.

Aquella fue una tarde de pesadilla. No puedo, por más que lo intente, recordar cómo ocurrió todo, desde que interceptó el acceso a nuestra casa hasta que se añadió al núcleo.

Introdujo en nuestras vidas un elemento extraño que variaba el matiz de las cosas. Ningún hecho ordinario pasaba ahora sin adquirir un tinte característico. Ya no éramos tres en casa, pero sería inexacto decir que fuéramos cuatro: resultábamos tres más ella o lo que de ella se desprendía para incluirse como elemento suplementario en una realidad —la nuestra— que puedo haber sido **inequívoca** o **inalterable**, de no habérsenos agregado.

Era de una discreción realmente exquisita. Yacía en los rincones. Jamás usaba los caminos normales dentro de la casa; y se escurría pegada a las paredes cuando cambiaba de lugar, y esto sólo lo hacía cuando permanecíamos en los sitios habituales. Al niño no le interesó mucho más allá de su primera sorpresa ante un objeto vivo, de llamativas formas y vibrantes colores. Es que no le servía ni para montar en ella, a causa de sus agudas púas. No hay que olvidar que a la iguana le es indiferente cuanto pasa

a su alrededor, si se siente segura. Nosotros no la molestábamos por nada: le situábamos en cualquier rincón algunas frutillas que íbamos coleccionando al azar.

Era todo lo referente a nuestras relaciones. Pero, ¡su presencia! Siempre en los rincones, aletargada en sus sombras, como la hoja de una daga en la oscuridad de la vaina, su apenas perceptible ubicación alcanzaba de alguna forma siniestra nuestros quehaceres.

Primero sobrevino la mudez. Sin percatarnos, fuimos volviéndonos cada vez más callados. (Acaso era ésta la vía de mejor acceso a las interioridades del alma.) Contagiados por su mimetismo, nuestras bocas callaban. A derechas unas palabras al despertar. A la hora del regreso, una o dos frases sustituían al locuaz recuento del día, acostumbrado en los matrimonios. Comíamos y nos mirábamos extrañamente uno al otro. Hasta llegó a parecernos que tragábamos los bocados con la misma celeridad bestial de los animales en grupo.

Cierto día descubrí en los ojos de mi mujer una mirada que me pareció la que podrían dirigirme ojos de vidrio incrustados a un dragón de bronce, como el que adornaba la sala de la mansión de mi padre cuando yo era pequeño. No me dejé dominar por el miedo y en cambio me di a la delectación con el recuerdo de mi infancia. Pero su boca se despegó y por entre sus labios pasaron con suavidad estas palabras: «No deberíamos conformarnos más a vivir en tan poco espacio.» Se disiparon las acechanzas y la vidriosa mirada, sólo que el silencio no sufrió alteración por ello, al contrario, se le sumaron la asfixia y la prolongación absurda del tiempo. El silencio, a pasos lentos, fue tiñendo de tonalidades nocturnas el pleno día. El tiempo sufrió un estiramiento agobiador.

Después vinieron las miradas de mutuas incriminaciones, con las reacciones airadas del chiquillo. Pero más adelante se unió la desconfianza con flagrantes ocultaciones de objetos de valor al principio y, progresivamente, descendieron en las ofensas; nos ocultábamos cualquier baratija.

Un día ella propuso que pidiéramos aumento de sueldo. Estuvimos de acuerdo y fijamos sumas que ya nadie en nuestra sociedad podría considerar ni siquiera nombrables. El asunto era que el aumento nos diera margen para

multiplicar nuestros muebles y obtener una casa grande (la actual, con lo que tenía dentro, en pocos meses sería nuestra).

No sólo permanecían acurrucados en el fondo de nuestros corazones las acechanzas del principio; ahora proliferaban. El niño crecía pero lo hacía solo, en los rincones brillantes y pulcros —porque contratamos servidumbre. No es que no nos inquietara su desvinculación con nosotros y la nuestra con él, pero lo cierto es que ignorábamos ya cómo era alimentado, aseado y atendido.

Adquiríamos más y más muebles y objetos superfluos a grandes precios, y hasta un sedán, no se sabe cómo, del año en curso, de inconfundible procedencia, enfriaba sus refulgentes metales a la intemperie en espera del garaje que tendría nuestra nueva casona. La casa se llenaba a cada rato de invitados. Eran rentistas, con ropas de calidad todavía nuevas pero con el sello de varios años... Su humanidad también participaba del mismo efecto de mantenida dignidad que el tiempo impone a los vestidos caros. Pero su alegría era vieja y, como tal, crujía resentida por el esfuerzo de revivir sin poder apoyarse en estímulos nuevos. Ellos y nosotros nos mirábamos como quienes han sido los mismos, pero se sabía que esto no bastaba y entonces nos poníamos a buscar la iguana, porque ella nos había escogido y nos había ido impregnando con su magia. La iguana era el más valioso objeto que ahora atesoraba nuestra casa.

Soñábamos con ella todas las noches. Martha no quería admitir, por los frecuentes desvelos, que era sólo en sueños como la veía trepar las paredes y caminar por el cielorraso. Yo le argumentaba que ésa no era facultad para una corpulenta iguana, que sólo las pequeñas lagartijas y lagartos poseían tal facultad. A su vez, ella me convencía de que el niño no iba a ser devorado, ni siquiera en sueños, porque el niño era algo sagrado para el animal. A nuestro hijito no lo habríamos podido disuadir de sus sueños, porque no nos hubiese entendido. Dormido, gritaba y sonreía, balbuceaba frases y movía sus bracitos y sus piernas como si reptara apoyándose en el aire. Más, nunca lloraba y podía calcularse que era feliz mientras dormía.

Una noche coincidimos ella y yo en un mismo sueño: la iguana se había arrastrado hasta la sala. Tenía los ojos medio cerrados y respiraba con

agobiante dificultad, produciendo un ruido de asperezas con las escamas del vientre sobre el piso.

Pensamos que la causa podría estar en un infalible raticida que Salubridad había regado en algunos rincones sospechosos. Hasta yo me sentí conmovido, apesadumbrado ante su posible muerte. Pero al recordar al niño (que mucho habría de extrañarla), se me ocurrió ir hasta su cuna. Regresé a la sala espantado, al comprobar que el niño había desaparecido. Descolgué una lanza de la panoplia africana que teníamos cerca de la puerta y se la clavé con todas mis fuerzas. Murió con espantosos quejidos, tan agudos, que inmediatamente una legión de rentistas, los nuevos amigos, quería echarnos abajo la puerta mientras nos injuriaban, a gritos, por el crimen. Mi mujer enloqueció y quiso matarme (¿acaso no sería a la inversa?). Los enemigos rompieron los cristales y, una vez dentro, trataron de sepultarnos bajo los muchos y variados muebles que habíamos coleccionando furiosamente.

Despertamos y, por primera vez, volvimos a reconocernos en una sonrisa. Comprendimos que era ya el fin. Nos quedamos abrazado sobre la cama, despiertos, en espera del nuevo día. Al amanecer, la iguana abandonó sus rincones y se dirigió lentamente hacia la puerta: ya se la teníamos abierta, salió al jardín buscando donde morir. Su descomposición fue tan breve, que no trascendió ningún hedor.

GUILLERMO PRIETO

Casi todo el trayecto

Mi nombre (no de pila, no cristiano) viene de la Edad Media. Mis hermanas, mi madre y mis hijas ardieron graciosamente. He tenido que cambiar muchas veces de aposento, de profesión, de oficio, pero guardo grandes recuerdos y me gusta contar ciertas historias.

LEONARDO

El artífice y su obra

Había hecho con fruición la llave, y ése era su pecado. Era una llave para cerrar. Su intención fue dotar la llave de la máxima, de la infalible capacidad para cerrar. Ni su amor, ni su entusiasmo; simplemente había puesto su fruición, y algo más: lo terrible.

¿Quién era el destinatario de su obra? Ni siquiera se lo había planteado. El mundo es uno de los enemigos del alma. En ese sentido, su obra pudo estar movida por el rencor o la virtud.

Pero, era una llave hecha para cerrar; y, por eso, pecaminosa.

Hecha con mano trémula, resultó enérgica y cruel. Era su destino. Debajo de ciertos afeites de artesanía, conservaba los desgarrones de la lima. Pero, era brillante y lúcida.

No se pudo saber perfectamente en qué pensaba el artífice mientras laboraba; sin embargo, cuando el trabajo se hacía agobiante, él sacaba nuevas

energías y continuaba su obra. Su pensamiento era su fuerza.

El bien y el mal pueden ser igualmente poderosos. Inducen y guían lo mismo; y, nada se pierde; como aún del apresuramiento queda constancia, cada nuevo pensamiento dejaba su marca en la llave, en virtud de cierto secreto sobreentendimiento: cada debilidad, cada fruición dejaban una nueva marca enriqueciendo, porque tal parece que era su destino.

El destinatario

Llegaron a identificarse tanto, que un tiempo después apenas podía distinguirse entre una y otro. Pero, aún faltaba un destinatario para integrarle su destino; y, una vez elegido éste, el horror reinó en su vida sin otra alternativa, sin más comprensión, como una realidad superior a todo entendimiento; era la resolución de su vida; pero como un desprendimiento de algo anterior y superior y, por lo tanto, inabarcable. Era, y ésa fue toda su explicación, el misterio.

Los hombres, que lo sujetaban por los brazos, no lo miraban siquiera. Lo fueron llevando a través de una alameda interminable, y se internaron después en un bosque de chopos.

Conmovido, al parecer, uno de ellos, grande y fuerte, el que más firmemente lo sujetaba hasta hacerle daño, comenzó a cantar con voz infantil y nostálgica:

Anciano, ¿has visto a mí caballito...?

Mi caballito ora negro de la cabeza a los pies...

Durante casi todo el trayecto, él fue haciendo preguntas; pero ya casi al final, cuando estaban llegando, aunque él no lo sabía, fue perdiendo fuerzas aún para preguntar. «Es inútil contestar todas las preguntas», dijeron tranquilizadores.

En un claro del bosque, se encontraron, abierta, una puerta de madera gastada por la lluvia y la intemperie.

¡Qué triste fue el día triste

que mi caballito, triste, se fue...

Despreocupadamente, el más pequeño de los hombres hizo girar la llave suave, perfectamente. (La historia de una llave puede ser triunfal aún cuando solamente haya dado una vuelta; porque, a veces, el todo y la unidad se equivalen.) La llave brilló magnífica sobre la yerba, vencedora, radiante y espléndida, como el sol después de la lluvia, por encima del mar y las aldeas perdidas.

Anciano, qué triste mi caballito...

¡mi caballito se fue...!

Cruel espera

Hay un lugar donde el tiempo se mide con el polvo y los sonidos se propagan con la inocencia de las raíces. (Esto lo aprenden solamente quienes están destinados, y por lo tanto nunca deviene conocimiento práctico.) Por eso, durante todo el tiempo que duró lo incontable, el tiempo preciso en que lo escatológico adquiere forma de lo apetecible, fueron para él momentos de meditación sombría o sobresaltada, con raros destellos de alegría que nacían del hallazgo. En conclusión, desechó la oportunidad de volver en forma de notario, y aún más, en forma del Día de dar Gracias en la tradición sajona. Por un tiempo había pensado ser, mejor, hacerse ley penal; pero, esta forma inconcreta le pareció demasiado impersonal, lo que le restaría, si no eficacia despiadada, por lo menos la evidencia de la venganza.

El día en que pensó, rememorando, en el absurdo, fue un día pleno.

El absurdo es una forma lógica de los que atacan. Y también lo terrible para los que desesperan. Por eso, en su caso, la actitud normal fue presentarse y plantear el dilema sin hacer referencia al mismo, pues resultaba divertido y anonadador a un tiempo.

La noria

Cuando sin plantear el origen, sin la menor referencia, se habló concretamente de la llave, todo estuvo perdido para él: no entendía. Pero estaba perdido y así lo comprendió. No encontraba argumentos que oponer y, sin embargo, sabía que aquello resultaba demoledor.

No pudo ofrecer resistencia, y de momento tuvo la impresión de haber hecho todas las concesiones juntas, al extremo de aceptar normalmente la proposición que el hombre le hacía. Solamente le rogó, de la manera más humilde, que esperara hasta la noche para que el cambio no fuera demasiado evidente. La humillación aumentó cuando tuvo que esperar unos segundos por su condescendencia.

Hemos dicho que aquella noche se encontró indefenso cuando otro le pidió el brazo para no repetir la palabra. La madrugada fue de gran sufrimiento, pues aún no acababa de comprender. La posibilidad de ocultar la desaparición del brazo era exigua y, sobre todo, lo que más le afectaba era el no poder acostumbrarse a prescindir de la mano.

Después, estas angustias dejaron paso a otras. Su gran sorpresa resultó que, ni aún en familia, se percataron de la pérdida, a pesar de empeñarse en tomar las cosas con ayuda del brazo que le faltaba. El colmo fue cuando muchos, al despedirse, no extrañaban estrecharle la mano que no tenía; y, en muchos casos, los de más confianza seguían la energía de su efusividad. Entonces llegó el momento en que estuvo a punto de sentirse feliz.

En estas circunstancias ocurrió que, de madrugada, el hombre tocó a la puerta de su cuarto para pedirle, casi implorante, el otro brazo.

Aquello lo entristeció de tal manera que se hubiera negado rotundamente, si el extraño no lo hubiera amenazado con gritar la palabra horrible haciendo bocina con las manos. Desde entonces le perteneció por completo y, a pesar de ello, el hombre no tuvo siquiera una vacilación de clemencia, llevando el rigor de sus exigencias hasta reducirlo a la nada, cosa que ocurrió en un luminoso domingo de mayo: reapareció con cara sombría y, sin pedírsela siquiera, le llevó la cabeza, que era lo único que a la sazón le quedaba...

La pequeña de las hijas le dijo con aquella voz suave de siempre de la que no podía, en esta oportunidad, separar un tono ligeramente burlón:

—Papá, pero ¿dónde estás...?

—No me llames padre. Ya no lo soy...

Y viendo que ella tenía intenciones de llorar, aunque solamente por la reprimenda, agregó:

—Silencio. Ya no puedo ser tu padre, ni el de nadie. Ya no soy. Una hormiga no se cambiaría por mí...

La niña comenzó a tararear una canción irlandesa ligeramente antigua y se alejó tirando piedras a la laguna.

Desde entonces no le concedieron importancia. Y él comenzó a ser realmente infeliz al notar el polvo que se le iba acumulando encima. No podía compartir ni su dolor ni su preocupación. Lo peor: no tenía siquiera conciencia de cuándo terminaría todo aquello, o si realmente terminaría.

Primeramente apareció una pierna en el escaparate de una tienda de antigüedades. Estaba irreconocible con el pantalón y la calza del siglo XII. Pero, la gran conmoción ocurrió cuando un futbolista logró un goal decisivo usando su cabeza como balón en un partido internacional. En aquella oportunidad, las autoridades (de quienes se espera celo) se limitaron a retirarla del campo. Usando la punta de la bota, un policía fue llevando la cabeza haciéndola rodar, hasta un rincón, ante la impaciencia del público, que comenzó a silbar, aunque aisladamente, la interrupción.

«¡Qué triste —pensó— la cabeza sucia de tierra sin que nadie le limpie siquiera las molestas pestañas!»

El canto de la calandria

Aquella era una mañana fría. Una calandria cantaba melancólica y luengamente. Ante él se encontraban dos hombres de aspecto risueño; pero la mañana era más fría que nunca.

El más bajito de los dos, un hombrecito pálido, habló lenta y calladamente; pero lo hizo tan calladamente que las acusaciones no se oyeron. El otro hombre afirmaba con la cabeza y levantó la vista hacia él. Lo miró mientras la calandria cantaba, y le dijo:

—Comenzarás...

—La vida es y ha sido cruel... —se le ocurrió decir. Enseguida comprendió que aquello no era una justificación, sino un pretexto, pues

seguía sin comprender. Decidió guardar silencio.

—Todo es comenzar —dijo el hombre, como si no lo hubiera oído—. ¿Has pensado alguna vez en el valor de una sola mirada? La noche y el día se suceden. Todo tiene un precio.

El más pálido de los hombres movió negativamente la cabeza, como resumiendo:

—Comenzarás...

—A pesar de la soledad —concluyó el otro...

—Entonces, ¿no hay remedio?

—Hay un momento en que el bien y el mal se equivalen...

—Entiendo. Pero, ¿cuándo terminará todo?

—Es inútil contestar a todas las preguntas.

—Es mejor la humildad.

—¿Entonces?

—Silencio. ¡Comenzará!

La calandria cantó por última vez con el tono ligeramente festivo e irónico de quien conoce su oficio...

GUSTAVO EGUREN

El planeta negro

El capitán Stefany se acercó al grupo de sabios que se hallaban sentados en torno a la mesa discutiendo las posibilidades del nuevo planeta.

—Estaremos en él dentro de dos horas.

Los cinco hombres se mostraron nerviosos con la noticia y comenzaron a moverse como ratones alrededor de la mesa cubierta de libros y papeles.

—¿Cree usted —preguntó tímidamente el biólogo Gámez— que podamos despachar sin novedad?

—No cabe duda—dijo Stefany—. Éste es un equipo perfecto. El más moderno que ha construido la Tierra.

Lukas, el químico-geólogo, se encogió de hombros y advirtió:

—Este planeta es diferente, ¿quién sabe lo que nos puede pasar? No hay atmósfera, no hay gravedad y no obedece a ningún sistema solar. Permanece ahí como un reto a todas las leyes conocidas: sin rotación, sin traslación y sin señales de vida. Mire, Gámez, no creo que tenga mucho trabajo. Voy a prepararle una selección de mis libros para que no pierda por completo su viaje.

El astrónomo, el físico-matemático y el capitán rieron. Gámez entonces se atrevió a señalar modestamente:

—Bueno, yo siempre espero encontrar vida en cualquier parte y en cualquier forma. La vida tiene más posibilidades de lo que ustedes piensan.

—Absolutamente —confirmó Mathias, el filósofo de la expedición.

Kirkwood se acercó al grupo para informar al capitán que la nave iba a comenzar la operación de despaciamiento.

—¿Tan pronto? —preguntó Lukas.

El capitán observó su reloj.

—Habrá habido un pequeño error. Por otra parte, esto lleva su tiempo. Sírvanse tomar las precauciones de costumbre.

Los cinco sabios se sentaron en las butacas de seguridad, en torno a la mesa, ajustándose las franjas protectoras. En silencio, frente a frente, cada uno observando los hechos desde el mundo de sus conocimientos, aguardaron a que la operación terminase.

El descenso y la estabilización sobre el planeta se efectuaron normalmente. La nave quedó atrapada en su trípode plegable, y los hombres se dirigieron hacia las ventanillas inmediatamente que la señal verde indicó que la operación se había completado. Stefany vino hacia el grupo.

—Debemos vestirnos ahora para reconocer el lugar.

La temperatura afuera era de 120 grados bajo cero y la presión no existía. Kirkwood les ajustó los uniformes, que eran abrigo e instrumentos de observación a un mismo tiempo.

Comenzaron a introducirse en los grandes sacos herméticos, que les permitían investigar. Después entraron en la cámara de transición, de donde fueron saliendo uno a uno, en cadena, según la tradición de la astronáutica: el auxiliar delante, los sabios al centro y el capitán detrás.

Se encontraron ante un paisaje desolado, sin vegetación ni relieve. Con una superficie suave, casi pulimentada, sin luz exterior, pero que de sí misma emanaba una claridad metálica. Stefany procedió a emitir las señales convencionales del código intergaláctico.

No hubo respuesta.

Lentamente fueron avanzando sobre el helado planeta, cuyo horizonte era una línea recta ininterrumpida.

—No veo nada —intercomunicó Gámez.

—No se impaciente, biólogo —dijo Lukas—. En cualquier parte podemos hallar una sorpresa. Esto me recuerda mi primer viaje a la Luna, cuando niño.

—¡Tiempos románticos! Nos llevaban precisamente el último día de clase —dijo el físico-matemático.

—Justo —confirmó Stefany—, era la señal del fin de curso.

—Y uno caminaba y caminaba y todo se volvía cráteres y más cráteres — evocó Mathias.

Stefany aprovechó para preguntarle:

—¿Qué opina usted de esto?

—Es lo previsto. No hay vida visible, no hay relieve, no hay agua, no hay atmósfera, parece que caminamos sobre metal puro...

—Sí, eso es —dijo Lukas, el químico—. Es metal, un metal desconocido; es decir, una forma desconocida de metal.

Gámez entonces interrumpió la conversación:

—Yo creo que debiéramos traer el equipo móvil. Todo parece idéntico.

Los demás se mostraron conformes. Se inició el regreso a la nave.

El equipo móvil acomodó perfectamente a los siete hombres. Partieron, en el a velocidad regular, mirando a uno y otro lado, conducidos por Kirkwood. El panorama idéntico se repetía.

Stefany miró su reloj para tener noción de la distancia, pues la monotonía del paisaje le impedía hallar puntos de referencia. Mantuvo también su ojo sobre el localizador automático, para no perder la dirección de la nave.

Kirkwood guiaba prácticamente a la deriva; el capitán no le hacía ninguna indicación.

—¿Qué experimenta usted? —preguntó Gámez, que se había dado cuenta de la situación.

Stefany hizo señas de que guardase silencio.

—Me interesa ver cómo termina esto —advirtió en voz muy baja—. ¿Se ha puesto a pensar, como biólogo, en el sentido de orientación? Ésta es una prueba difícil.

Gámez asintió.

Por más que Kirkwood hiciera un largo rodeo, los visitantes nada pudieron hallar en aquel planeta, que fuera diferente a lo que ya habían visto. Ni una grieta en la superficie, ni un pequeño promontorio que llamase la atención. La energía solar no llegaba hasta allí y la falta de luz hacía que sólo pudiesen alumbrarse por la claridad metálica de la propia superficie.

—¿Qué nombre le pondrían ustedes? —preguntó Stefany.

—Yo le daría un número —dijo Alí Khad, el astrónomo.

Ling, el físico-matemático, estuvo conforme.

Lukas propuso denominarlo Monotonía.

Después del recorrido se encontraron de nuevo frente a la nave. Kirkwood efectuó la inspección del vehículo móvil y reportó que había quedado exhausto de energía.

Dentro de la nave, los cinco científicos comenzaron a preparar sus experimentos. La zona próxima fue aprovechada para dejar instalados los campos de estudio. Lukas preparó su «huerto experimental» con distintas siembras de ácidos diferentes que dejó sobre la superficie del planeta. Gámez situó un número determinado de organismos elementales resistentes al frío y a la falta de presión, para comprobar las condiciones de vida.

Entre Lukas y Alí Khad hicieron esfuerzos por extraer una muestra de la superficie, pero sin consecuencias, porque todos los instrumentos resultaban más débiles que aquella forma de metal.

En torno a la mesa se reunieron los siete después de quitarse los uniformes. Kirkwood trajo los alimentos concentrados y los distribuyó. Stefany fue por una botella de vino y la colocó en el centro.

Alí Khad se frotó las manos de satisfacción.

—Gran capitán —dijo volviéndose a Stefany—, es usted un hombre de nobles iniciativas.

—Estos lujos están reservados en la astronáutica para ocasiones importantes —señaló Stefany.

Los demás llenaron sus vasos.

—Pensé —explicó el capitán— que un vaso de vino nos ayudaría a reflexionar.

Gámez recordó entonces la conversación del equipo móvil.

—¿Y su experiencia sobre el sentido de orientación?

—¡Ah! —exclamó Stefany—. Kirkwood no se perdería en ninguna parte. Regresó aquí sin la ayuda de los instrumentos.

—No era mi propósito —dijo Kirkwood—. Solamente guié el equipo al azar, en busca de algo de interés. En un momento dado me halló frente a nuestra nave. Y, por cierto, sin más energía para continuar. Es extraño que el vehículo haya consumido tanto.

—¿En qué proporción? —preguntó Lukas.

—De acuerdo con el reloj, casi el triple.

—Yo creo —dijo Ling— que debiéramos proseguir este cambio de impresiones por un rato, y luego descansar. No tenemos aún datos suficientes para una discusión profunda.

—Es cierto —repuso Lukas—, debemos esperar el resultado de los primeros experimentos. Éste es un planeta difícil, fuera de todo el orden existente.

—La oveja negra del firmamento —dijo Mathias.

Poco después se acomodaron en las literas de la nave, y mientras Stefany llenaba su cuaderno de bitácora, los cinco sabios y Kirkwood durmieron.

La primera sorpresa llegó cuando el capitán Stefany, viendo que todos descansaban y que la situación era normal, decidió acostarse también. Antes, como buen aeronauta, encariñado con la nave que lo llevaba a través del espacio, fue a verificar la lectura de los relojes de control en la pizarra central y encontró que la energía de reserva era mucho menor de lo que estimaba.

Acudió al libro de bitácora para comprobar sus anotaciones y encontró que, efectivamente, la cifra anotada a la llegada al planeta y el remanente de energía que ahora tenía no concordaban. Había una diferencia desfavorable. Sin pensarlo un minuto despertó a Kirkwood, que creyó hallarse en vuelo.

—¿Llegamos, capitán?

—No, Kirkwood.

—¿Qué ocurre?

—¿Recuerdas la energía que quedaba cuando despaciamos?

—Si, capitán. Teníamos 10 unidades.

—Kirkwood, el reloj marca 8.

—Recuerdo perfectamente la cifra, capitán.

—Está bien, Kirkwood. Hay alguna deficiencia en el reloj.

Entonces tomó el auxiliar por un brazo y le dijo:

—Ven, vamos a examinar el depósito. Lleva el radio medidor.

Kirkwood y el capitán comprobaron que la cantidad de energía de reserva de la nave en aquel momento era de 8 unidades.

—Varios soles perdidos —contestó Stefany— y menos planetas.

Se volvieron y encontraron a Alí Khad, que estaba despierto.

—¿Qué ocurre, capitán?

—Ha habido un error de cálculo. Tenemos una diferencia en la energía solar del depósito.

—En contra, supongo.

Gámez y Lukas habían despertado con la conversación, y al cabo de unos minutos estuvieron enterados. Después se incorporaron también Mathias y Ling.

—Dígame, capitán —preguntó Gámez—, ¿eso afecta nuestro regreso?

En absoluto. Necesitamos sólo 5 unidades para volver a la Tierra.

—Ahhh... —suspiró Mathias

—Además, existen estaciones intermedias. Allí podríamos recargar.

Gámez consultó su reloj y explicó:

—Debo salir a ver el resultado de mi prueba. Ya es tiempo.

Se dirigió a donde estaban colgados los uniformes instrumentos y se metió en el saco hermético con cuidado. Luego entró en la cámara de transición.

Lukas y Malinas siguieron sus pasos.

Afuera, los tres se inclinaron sobre los campos experimentales. Gámez se agachó junto a su caldo de cultivo y lo tomó en las manos enguantadas. Desplazándose pesadamente dentro del saco hermético fue hacia la nave.

Lukas le llamó por el intercomunicador personal, pero Gámez no respondió.

Adentro de la nave, Lukas explicó que los ácidos habían desaparecido sin dejar huella sobre la superficie metálica del planeta.

—Le llamé —explicó—, pero mi intercomunicador estaba descompuesto.

Gámez se inclinaba sobre su microscopio para verificar el resultado del experimento. Nervioso, con la angustia reflejada en las venas de la frente, hinchadas como ríos, dejaba que su curiosidad se vaciase sobre el campo visual del microscopio en una persecución incesante. Por último dijo:

—No queda materia viva... Ni rastro... Ha desaparecido por completo como si se hubiese evaporado.

En eso, llegó Kirkwood informando que había habido un nuevo descenso en el reloj de la energía de reserva. Ahora marcaba 7 unidades.

Stefany, Ling y Lukas fueron a examinar nuevamente el depósito, mientras Gámez preparaba un segundo cultivo de organismos monocelulares

resistentes al frío y a la falta de presión.

—Está en orden —dijo Stefany—. No entiendo cómo podemos estar perdiéndola. La energía de reserva está sellada.

—Kirkwood —dijo de pronto—, vea él índice de la gravedad artificial.

Kirkwood acudió presuroso a la cabina de los mandos y regresó con la lectura anotada.

—Una pérdida grande que nos dejará sin presión ni gravedad artificial dentro de dos días.

Gámez entró entonces por segunda vez en la nave. Permaneció unos minutos dentro de su traje hermético como si fuese un robot al que hubieran puesto en posición de descanso.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó Mathias.

Gámez comenzó a quitarse el uniforme lentamente. Al quedar su rostro al descubierto, dijo con seriedad:

—Estuve unos minutos observándolos. Hasta que uno comenzó a reducirse y terminó por desaparecer de mi vista; luego le siguieron dos, tres, y finalmente todos. Se disolvieron...

Mathias observó con calma a los demás.

—En mi opinión —dijo—, estamos en un planeta que repele toda forma de energía solar, de vida. Aquí no llegan los rayos de ningún sol porque son devueltos a su origen antes de alcanzar el planeta. Este planeta es el antiplaneta.

Stefany volvió a la cabina, y, cuando regresó, informó que quedaban 6 unidades de energía.

—Es preciso tomar una decisión —dijo—. Propongo retirarnos.

—¿Sin haber hecho nada? —preguntó Ling.

—Justamente —dijo el capitán—; si nos demoramos un poco va a ser imposible en absoluto abandonar esta trampa y aquí nos disolveremos. Quiero la opinión de cada uno.

Lukas dijo que debían comunicar y pedir instrucciones.

—Vaya, Kirkwood —dijo Stefany—, pero dudo que si los rayos solares no pueden alcanzar al planeta, puedan hacerlo los de transmisión. Su opinión, Gámez...

—Si permanecemos, no habremos resuelto nada.

—Nadie es útil después de muerto —advirtió Alí Khad.

—Entonces —resumió Stefany—, nos vamos. Prepárense para el despegue. Tomen sus asientos de seguridad.

Kirkwood regresó informando que el reloj indicaba ahora que había sólo 4 unidades. Stefany se despidió de los demás, lo que dio una idea de que aquél podía ser el último viaje.

Mientras los sabios esperaban con silencio humillante a que la nave dijera la palabra final, ésta se sacudió de un lado a otro, sin que los motores hubiesen intervenido, osciló brevemente, y como despedida por la patada de un gigante, salió dentro del espacio igual que un meteorito.

Los científicos se dieron cuenta de que habían dejado el planeta cuando Stefany apareció ante ellos.

—Nos arrojó como una piedra y ahora estamos navegando por nuestros medios...

Tardaron el doble del tiempo en llegar a RM-25, la estación interplanetaria más próxima, y estuvieron por largo rato buscando la entrada del dique de naves espaciales. La estación parecía enormemente grande.

—Nunca había estado aquí —explicó Stefany—; es una de las mayores del cosmos. No sabía que hubiera tales estaciones con diques tan enormes. Será difícil entrar.

Y lo fue, porque la nave tuvo que afirmarse con rampas y cadenas de presión al costado de un dique inmenso, como un barquichuelo a un muelle. Utilizando la escala portátil comenzaron a salir uno por uno.

Stefany, que iba al frente, descubrió en vez de los sirvientes mecánicos acostumbrados, a los hombres de la Tierra que operaban la base acercándose desde lejos al astrobuque, cosa que indicaba alguna curiosidad. Cuando se les fue aproximando más, notó que eran de gigantesca estatura. Volvió la vista hacia los compañeros y vio la silueta de su nave proyectada contra otra nave terrícola gemela, pero mucho más grande, como no había soñado siquiera con ver una en el espacio.

Y comprendió que, irremediamente, habían dejado la mitad de su vida y de su cuerpo, en Monotonía.

ÁNGEL ARANGO

La bala en el aire

Primeramente, la bala tembló en la boca del revólver, como la nariz de un ratón.

Luego se deslizó hacia afuera, dentro del aire.

La vio venir y, mientras, pensaba en los pechos de Ana, en el corazón de su hijo, que tendría el tamaño de un melocotón.

Estaba al aire libre, debajo del cielo azul. Las lagartijas se mordían los cuellos en el único árbol que allí había. Una racha de aire frío le hizo pensar en su mujer y recordó los Reyes, los juguetes, un perro que había tenido.

No se movía. Parecía la estatua de don Tancredo.

Se había levantado a las cinco de la mañana. Había recogido todas sus cosas. Libros, papeles, lápices, plumas, como un colegial. Aún dormían los otros. Se hizo una taza de café, y con la misma ropa de la noche anterior salió a caminar.

Andaba perdido: no tenía a dónde dirigirse. Se dejó llevar por las aceras y por los trillos hasta llegar al sitio donde se encontraban.

El mismo lugar donde había estado por la noche. Solo, acunando las últimas esperanzas. Conocía su debilidad: estar cansado, y logró sobreponerse antes de que fuera tarde. A oscuras había regresado a la casa y se había tendido en la cama para revolcarse cómodamente con sus pensamientos, con sus fantasías.

Todo dentro de su cabeza funcionaba como una película. Los recuerdos, las vivencias, el porvenir, la realidad que no tenía y que construía con

imágenes.

¿Por qué?

Alguien diría que era consecuencia de una formación idealista.

Otros, que había estado solo mucho tiempo.

Otra lo señalaría con el dedo y le echaría en cara toda la culpa.

—Eso eres porque quieres...

La bala silbó.

Hizo el mismo ruido que hacen las serpientes en el cine (porque él no las había visto nunca). Silbó como un pájaro y abrió un ojo en el aire de la mañana para acercársele. Era pequeña, como un zonzún.

Después de tantos años —diría el canto de la gente—, después de tanto tiempo...

Lo nuevo era que hubiese decidido hacerlo a esta hora, a pleno sol, frente al campo y después de dormir. Con el cuerpo sosegado. Ana no lo comprendería.

Su hijo tenía nueve años. Hubiese querido hacerle un cohete para ir a la Luna, pero le faltaba habilidad. Todo su ingenio servía solamente para escribir cosas tristes, zonzas, con un pensamiento entre la vida y la muerte.

Y no le faltaba a veces el deseo de cambiar, pero era tan difícil... Habría que empezar de nuevo. Él, al menos, siempre vería detrás del rostro, la calavera.

A estas horas en su casa pensarían que andaba en su rutina, comiéndose los minutos con el lápiz en la boca en el buró de la oficina, con los ojos buscando paisajes de África en las paredes. O preguntándose por qué los rinocerontes no tenían tres cuernos. ¡Qué idiota! No, eso no lo dijo Ana. Ana no hubiese dicho eso nunca.

Lo de la bala no era un silbido, sino un zumbido. Pasó cerca de una nubecilla de polvo y luego casi roza una mosca. La mosca se fue muy asustada, pero al poco rato había tres o cuatro que iban y venían alrededor de la bala, y muchas más frente por frente a él, mirándole a los ojos.

No iba a moverse, estaba firme. Por primera vez en su vida, estaba firme.

Habría que salvarlo de algún modo. Porque un hombre no debe morir y mucho menos una muerte inútil. Como decía un personaje en uno de sus cuentos: «¡Que no me maten por la espalda! Es la muerte más triste, la muerte inútil.» Pero, claro es que la muerte por la espalda también puede ser útil, si tiene sus antecedentes. Él, sin embargo, no tenía nada. Iba a eliminarse por cansancio, por agotamiento de estar equivocado.

Habría que llegar a tiempo y tomarlo de la mano y arrancarlo de donde estaba. Luego recapacitaría. Volvería a analizar su vida. Se salvaría. Tendría la oportunidad de reconocerse. Como la noche anterior en que lo iba a hacer y entonces recordó que no pensaba nunca igual cuando estaba cansado que cuando se levantaba y largó el revólver lejos de sí y se fue a dormir.

Pero, ¡qué mañana más distinta! Se levantó con la cabeza llena de pesadillas, y el nuevo día quedó en penumbras como si fuese continuación de la noche y ya su estado no tuviera remedio. Primeramente no quería otra cosa que caminar y seguir dándole vueltas y vueltas a sus ideas, pero al ver el árbol se acordó de todo y buscó el revólver. Estaba húmedo, lleno de gotitas de rocío, con las seis balas dentro. Fue fácil tomarlo como quien recoge un fruto y apretarlo y manipularlo para oír su voz en la mañana.

La bala era pequeña, parpadeaba. Tenía un pico breve, como un pájaro. Se movía a través del aire con gracia y suavidad. Iba echando a los lados el aire que cortaba y su zumbido llamaba la atención de las otras aves. Desde la rama del árbol, una ardilla o una jutía asomaron los ojos para ver aquel cuerpo extraño. Es cierto que había habido una explosión, pero el efecto del disparo había quedado atrás. Ahora, las abejas afanadas en su labor hicieron un alto para comprender el canto de la bala.

La bala no tenía plumas ni pelo. Pero en los reflejos de la mañana, su superficie estaba llena de escamas de fuego. Era un descubrimiento. Un gorrión vino a jugar con ella y los dos intercambiaron picotazos de amistad. Lo único que la bala no podía cambiar su curso. Después estuvo rodeada de mariposas, caballitos de San Vicente y colibríes. Uno de éstos tomó el mismo camino de la bala y juntos avanzaron a lo largo de la trayectoria.

La cosa se prolongó mucho tiempo, hasta que la mañana pasó y llegó la tarde y después la noche.

La bala en curso y el hombre que la esperaba. Su voluntad para morir era de hierro. Nada ni nadie lo sacaría de allí. Llovió varias veces y de noche hizo frío y el hombre sin comer y sin dormir aguardó el fin de sus días.

Una mañana, en el árbol apareció un nido y junto a él, el colibrí. Todos buscaron inmediatamente la bala y la encontraron un poco más delante de su trayectoria, acercándose ya al hombre en dirección a su cabeza, en donde el pelo había crecido. Faltaba poco para el desenlace, según el tiempo y la distancia recorrida. El hombre no tenía la menor vacilación. Había temido por su final al ver que el colibrí y la bala sostenían relaciones, pero nada había podido apartar a la bala de su destino.

Era el último día, pensó él. Estaba listo, su frente de cara al plomo.

El colibrí, en lo alto del árbol, junto al nido, esperaba los acontecimientos.

La bala zumbaba ahora tan fuertemente que se veía que tenía grandes deseos de llegar.

La voluntad del hombre estaba toda detrás de su frente, esperando el golpe de la bala.

Esta angustia se prolongó hasta la caída de la tarde. En el entretiem po, el colibrí hizo varios viajes, regresando siempre al nido.

A la caída de la tarde, cuando el hombre recogía dentro de sí, todo el cansancio de los días anteriores, se oyó un quejido muy leve que venía del nido. La bala entró despacio en la piel del hombre y levantó su carne y haciendo un surco por la superficie del hueso tomó el rumbo del cielo y luego, ahora a toda velocidad y dando saltos, se dirigió al nido.

Cesaron de oírse los lamentos, y los pichones, en pocos días, habían aprendido a volar.

El hombre se sintió frustrado, pero mientras caminaba de regreso a la vida, oyó que el autor del cuento le preguntaba:

—¿De qué valen todas las cuartillas del mundo si no pueden sembrar de sueños la Tierra para que cada hombre no tenga que esperar su muerte parado en el camino como una piedra?

ÁNGEL ARANGO

Peregrinaje

Ésta es averiguada costumbre del mundo y aún regla general (...) que todos aquellos que pretenden seguir y defender la verdad, y la justicia sean desfavorecidos, corridos, perseguidos y mal oídos, y, como desvariados, atrevidos y monstruos, entre los otros hombres tenidos.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Historia de las Indias*, libro II, cap. VI.

...unos con otros [los indios] entre sí platicaban, diciendo que los cristianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el Sol, y ellos de donde se pone; y que nosotros sanábamos los enfermos, y ellos mataban los que estaban sanos; y que nosotros veníamos desnudos y descalzos y ellos vestidos y en caballos y con lanzas; y que nosotros no teníamos codicia de ninguna cosa, antes todo cuanto nos daban tornábamos luego a dar y con nada nos quedábamos, y los otros no tenían otro fin sino robar todo cuanto hallaban y nunca daban nada a nadie.

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA: *Naufragios*, cap. XXXIV.

Al principio él no quería hacerlo, pues aborrecía el engaño, la estafa; pero se dio cuenta de que era el único medio para sobrevivir. Venían a él, blanco, de ojos claros, barbado, como a un hijo del sol, con todos los poderes de que lo había investido el que ordenaba el mundo. Y él debía acercar los labios a sus pieles morenas allí donde el dolor, la enfermedad, el espíritu del mal les hacía sufrir, y soplar formando bocina con las manos para que ni un hálito de su aliento milagroso se fugase. Y ellos se levantaban y con gran alegría

manifestaban estar bien. No importaba la enfermedad que los aquejaba ni el lugar del cuerpo donde les radicara el daño: siempre se incorporaban curados. Primero él los encomendaba a dios, aquel extraño dios que invocaba trazando una raya vertical y otra horizontal en el aire y luego exhalaba el vaho caliente de sus pulmones en la porción dolida; la eficacia del sortilegio era inmediata. Entonces ellos iban a sus chozas y regresaban con tunas, carne de venado, pieles para que no pasaran hambre ni frío. Así habían logrado subsistir el negro Baltasar, Alonso y él, los únicos supervivientes de la expedición. De los trescientos hombres que vinieran a explorar y conquistar esas tierras, sólo ellos restaban. Los demás habían perecido: de hambre, enfermedad, traspasados por las flechas de los indígenas, sacrificados, despedazados contra los arrecifes donde habían naufragado las barquichuelas que construyeron para intentar la huida. Ahora la única esperanza que tenían de volver al lado de los suyos, estaba al oeste. Pánuco, tierra ya conquistada, se hallaba en esa dirección. De ahí que él, hombre de limpia fe, aceptara convertirse en milagrero. De haberse negado, habrían retornado a lo que él ya conocía: la esclavitud, los golpes, su utilización como bestia de carga y objeto de burlas y crueldades por parte de aquellos salvajes. Empezaron a respetarlo únicamente cuando lo estimaron hijo del sol porque los sanó con su aliento. De modo que si la impostura los había salvado, no dudaría en continuar siendo un impostor. Sería su arma, más poderosa que todas las macanas y las hondas y las flechas de que ellos disponían. Los dejarían ir sin molestarlos, por el fanático temor que les imponía.

Trasladó a Alonso y a Baltasar su propósito. Ellos lo aprobaron no porque confiaran mucho en que aquel camino los devolvería a su mundo —ni siquiera estaban convencidos de salir con vida de la empresa—, sino porque cualquier cosa era preferible a permanecer entre aquellas bestias, en aquella tierra estéril, harta de marismas y tembladeras, como maldecida, donde lo único que existía era el hambre perenne. Ocurrió, sin embargo, que al partir, los indios se arrodillaron ante él y le suplicaron que no los abandonase. No les cerrarían el paso, más tampoco consentirían en privarse de su protección.

Desvalijarían sus chozas y lo seguirían como una dócil manada de ciervos. Seis años entre ellos le hicieron ver que nada, ni aún las peores amenazas, los haría desistir. Y en efecto, así fue. Cuando se pusieron en

marcha, detrás de ellos, con sus pobres cosas encima, el pueblo los siguió. Hombres, algunos apoyándose en toscos bastones, mujeres cargadas, niños con los pies desnudos correteando entro breñas y maniguales, copiaron sus pasos. Entonces una recóndita transformación se operó en él. De pronto, sintió piedad por aquel pueblo. Viendo la humildad con que lo seguían, el hambre que soportaban sin una queja, no atreviéndose a probar los escasos alimentos que encontraban en el camino hasta que él no los autorizaba, los padecimientos que ocasionaba en los viejos y en los niños la larga marcha, un sentimiento de amor brotaron en él. Y una idea absurda, descabellada, que rechazó con un estremecimiento la primera vez que se le presentó, fue posesionándose de él. No la comunicó a sus compañeros, pues comprendió que lo habrían tenido por loco. Se la guardó y la fue moldeando y nutriendo en sus sueños más enfebrecidos. Dio un atisbo de ella cuando, una noche en que se calentaban alrededor del fuego, dijo a Alonso y al negro Baltasar, como en broma, que puesto que no les quedaba otro remedio que cargar con aquella indiada, con aquel hatajo de animales, por qué no probaban a cristianizarlos. Se rieron de él, como esperaba. Pero él, adaptándose al tono de chanza con que había sido acogida su propuesta, insistió en que no perdían nada con intentarlo. Así, cuando toparan con gente —y él no tenía la menor duda de que tarde o temprano toparían con ella—, sería un mérito más a exhibir entre los suyos, lo cual les acarrearía lisonjas y recompensas. No los persuadió, pero el argumento le permitió, obrar sin su obstáculo.

De ese modo, en los descansos, empezó a enseñarle a los cuatrocientos o quinientos indios que los seguían, que en el cielo había un solo dios y que ese dios era el creador de todo lo que existía en la tierra, de ellos y de los animales, de los árboles y de los ríos y de las montañas, y que era a ese dios al que ellos debían adorar, desechando los que tenían. Alonso le azotó la espalda y a carcajadas lo designó el buen samaritano. Pero la muchedumbre lo atendió. El dominio que ejercía sobre ellos los llevó a creerlo y a obedecer sus instancias. Así, al caer la tarde, antes de armar sus cobijas, se les veía arrodillarse y repetir en su burda lengua el confuso padre nuestro que él les iba dictando; en el cruce del río, ejecutó el bautismo masivo de todas las almas que arrastraba. Respetó en los mayores sus estrafalarios nombres paganos, pero los niños en su totalidad fueron nominados con patronímicos

extraídos de las santas escrituras, transformándose el pequeño Auto en Juan y la dulce Intilla, de ojos luminosos y cutis de cacao, en Sara. Prohibió a sus padres, bajo pena de ver achicharradas sus almas en el infierno —pues ya les había enseñado la existencia de un paraíso y de un infierno—, que los llamasen de otra forma. Más que a ellos, los niños pertenecían al Señor, pues en verdad era Él quien les había dado la vida —les explicó—, siendo los padres, a lo sumo, sus custodios. Los progresos realizados, la obediencia con que los indígenas acataban sus disposiciones, fueron tal vez la causa de que cobrara cuerpo el proyecto que bullía en su interior; proyecto que no hubiera osado revelar a Alonso ni a Baltasar, que le robaba horas y horas a su sueño, al reposo que le mandaba su cuerpo magullado por tantos padecimientos, que le hacía tiritar bajo la áspera manta de antílope, como apresado por fiebres palúdicas.

Tenía que callar, lo sabía; no podía permitirse el desenfreno de su espíritu porque de lo contrario quizás sus compañeros de raza y de desgracias planearían darle muerte. Ellos querían recuperar la vida que habían perdido por entregarse a la malhadada aventura. No ansiaban sino dar con hombres que tuvieran sus rasgos y su hablar, aún Baltasar, que provenía de las costas de África, pero que por su larga convivencia entre los conquistadores se consideraba uno más de ellos. Soportaban a la turba de indios como un mal inevitable, ya que éstos les señalaban las rutas a tomar, y se comunicaban a través de avanzadas con las aldeas que jalonaban el camino, exaltando los poderes mágicos de él, su descendencia del sol, sus virtudes para sanar enfermos, de tal suerte que siempre eran recibidos con júbilo por las otras tribus y alimentados abundantemente y bien cobijados. Pero él no. La idea de no volver a los suyos lo había ganado por entero. Conocía lo que eso significaba; la esclavitud del pueblo que persistía en su rastro; y para ellos, pasado el deslumbramiento inicial por su hazaña, el retorno a las intrigas, a la envidia, a la lucha por la obtención de prebendas, doblándose ante los que mandaban; la rapiña, la bajeza, el afán de enriquecerse, pisoteando cuanto de noble pudiera haber en el mundo.

No estaba muy claro en su mente. Era como una visión borrosa, sin forma determinada aún. Más, inesperadamente, había entrevisto la posibilidad de fundar un pueblo nuevo, una nueva vida con la masa de harapientos que

transportaba. De repente, y sin saber exactamente por qué, sintió que tenía entre las manos algo como una arcilla que podía modelar. Aquel pueblo era la materia dúctil que una fuerza, superior, Dios, el misterio que regía el orbe, el destino insondable, ponía en sus manos, y él, el hombre elegido para cumplir la magna empresa. Lloró y tembló cuando lo que en verdad no era sino empecinado propósito suyo, se le figuró por esa connotación singular que había empezado a adjudicarle a sus actos una revelación. Se apartó de todos. Por tres días se mantuvo alejado de la congregación, sin dar señales de vida. Creyendo que se había extraviado, lo buscaron por toda la zona día y noche, hasta que lo inútil de la búsqueda llevó al ánimo de los indios el pensamiento de que lo habían perdido para siempre. Entonces lo lloraron con un llanto desgarrador; dándose golpes o apuñando la tierra que sus lágrimas reblandecían, gimiendo su nombre hasta enronquecer. A la tercera noche él salió de su escondrijo, y al verlo, su pueblo indígena se arrastró ante él llorando de alegría con mayor intensidad que cuando le dieron por muerto. Así supo él que su dominio sobre ellos era absoluto. Dio vagas explicaciones a Alonso y a Baltasar acerca de su prolongada ausencia, y ya no se preocupó más por ellos. En lo adelante no pensó sino en la realización de su obra.

El proyecto se iba concretando en él a medida que adelantaban hacia el oeste. Con mayor y mayor insistencia los habitantes de los poblados que aparecían en la ruta hablaban de una montaña y de una laguna en su tope, de fértiles riberas, clima benigno y árboles que daban fruto todo el año, que quedaba a muchas jornadas de allí, hacia donde el sol se pone. Decidió enseguida que viajarían en esa dirección. Alonso y Baltasar se opusieron. Alegaron que debían continuar torciendo hacia el sur, si querían dar con seres civilizados. Al oeste no hallarían sino tribus salvajes. Él lo sabía, y ésa era precisamente la causa de su empeño en desviarlos. Días atrás había dado la primera señal de crueldad que tendría que ejercer para alcanzar su meta. En el pueblo de los Corazones —llamado así por la cantidad de corazones de venado con que los obsequiaron— vio colgado del cuello de uno de los indígenas una hebilleta de marfil. Le preguntó dónde la había obtenido y el indio le respondió que había venido del cielo, es decir, que la traían unos hombres parecidos a él, blancos y con barbas, que recorrían la comarca montados en unos grandes animales de cuatro patas. Con terror se dio cuenta

de que estaban cerca de los conquistadores. Sin vacilar mandó matar a aquel indio, haciendo creer que estaba hechizado, e hizo saber que castigaría con la misma pena a quien se atreviese a hablar de los demonios que habían traído aquel objeto. Ordenó ponerse en marcha a toda prisa. Lo descubierto por él no llegó de ese modo a oídos de Alonso y Baltasar. Prosiguieron rumbo oeste, sin apartarse una pulgada del arco que el sol trazaba en el cielo, siempre en contra del parecer del negro y el castellano. Curiosamente, sin embargo, él retardaba la marcha. Por cualquier motivo, más bien, pretexto, mandaba estacionarse, y así permanecían, aparentemente sin objetivo alguno, días enteros en un mismo paraje. Aprovechaba él esas detenciones para adoctrinar a la indiada. Escudándose tras supuestas intenciones evangelizadoras, predicaba entre ellos reglas que evidenciaban su carnal desvelo pedagógico. Invocaba a Dios, sí, pero sustancialmente porque precisaba de esa amenaza. En realidad, sus enseñanzas tenían una dirección que sólo tangencialmente rozaba los poderes divinos. Si mencionaba el pecado de la carne, era para evitar acoplamiento de hermanos con hermanas y aun de padres con sus hijas y de hijos con sus madres; los cuerpos debían cubrirse, especialmente las partes vergonzosas, para ahuyentar el deseo, y mantenerlos limpios lavándose regularmente con agua; sus necesidades debían evacuarlas en lugares apartados de los campamentos, y abstenerse de comer alimañas tales como salamandras, ratones, los gusanos que proliferaban en las colmenas de hormigas y avispas, las aves de rapiña, sobre todo el infecto buitro, que se alimentaba de carne putrefacta y por tanto la suya estaba corrompida también. Como eran tantas las prescripciones que en el aspecto casero, rutinario, debía impartirles —tantas que ni el más arduo esfuerzo de memoria habría logrado retenerlas—, les dijo que Dios le revelaba a él las normas por las que tenían que conducirse, y que él, a medida que las necesitasen, se las iría transmitiendo. Acordándose de sus remotas lecturas de la *Biblia* les impuso que tendrían que regirse por diez leyes de Dios que él les iba a dictar. Así, el decálogo de Moisés fue reproducido boca por boca en una lengua jamás imaginada por su creador, hasta que lograron grabarlo en sus cerebros como cientos de años atrás fuera grabado a cincel en la áspera roca del desierto. Sabía él que no estaba ensayando nada nuevo, que todo lo que inculcaba había sido probado por generaciones a lo largo del

devenir de la humanidad, con tristes resultados. No le era extraño. Pero abrigaba la esperanza de coronar exitosamente una experiencia fallida de miles de años. Y de momento, el no matarás, no robarás, no cometerás adulterio, amarás a tu prójimo como a ti mismo, encontraron un nuevo camino, quizá su perdido sentido original, en el sencillo espíritu de aquel pueblo. Y aunque no entendían su propósito, aunque se les escapaba lo que aquellas instrucciones podían significar para sus vidas, como él les dijera que debían incrustarlas en sus cabezas y en sus corazones y obrar siempre obedeciéndolas, ellos las aceptaron y trataron de ajustar su comportamiento a esas máximas. Estaban habituados a matar, porque todos los animales matan y en la lucha uno vence y el otro es derrotado o muere; a robar, porque el robo era una forma de subsistir y es justo que uno tome lo que otro no sabe defender; a cometer adulterio, porque es normal que un hombre tenga tantas mujeres como pueda proteger. ¿Y cómo se podía honrar al padre y a la madre siendo ya viejos, si los viejos eran un estorbo y hasta ellos mismos lo comprendían así? Lo hacían con los niños, incluso con sus propios hijos; cuando el hambre apretaba, los dejaban en cualquier parte. Una boca menos a sustentar era siempre un alivio. ¿Por qué no hacerlo entonces con los ancianos, aunque éstos fueran sus progenitores? Un ser humano —niño o viejo— que no podía procurarse alimentos, ni cazar, ni pescar, ni arrancar raíces, no tenía derecho a vivir. Eternamente había sido así, y todos lo acataban sin que tuvieran nada que reprocharse. Y ahora aquel hombre que hacía milagros, el enviado del sol, venía a decirles que era malo y a asustarlos con que sus ánimas arderían en lo más hondo de la tierra si persistían en sus pecados. ¡Vaya cosas las que les enseñaba! Igualmente les había obligado a derribar sus ídolos —las cabezas de venado, osos y águilas que ellos veneraban—, a no hacerles ofrendas ni sacrificios de ningún tipo, así como a no llevar amuletos y talismanes que los ampararan contra los espíritus malignos, ni a transportar aquellas calabazas ornamentadas y hartas de semillas, que ellos hacían sonar para que los demonios huyesen espantados. A nada debían adorar sino a ese raro Dios invisible que estaba en el cielo, que nadie podía ver pero que lo veía todo y a todos y que podía estar en un sitio y en todos los sitios a la vez y que castigaba con los más horrendos castigos a

quienes no lo obedecían. Nunca habían tenido un dios igual, tan escurridizo y severo, y esto los dejaba perplejos.

Inicialmente Alonso y Baltasar tomaron a mojianga de beato su celo doctrinario. Se reían de él viendo cómo forzaba a los indios a asear sus cuerpos y a enterrar sus excrementos, cosas ambas que ellos practicaban muy raramente, la primera en contadísimas ocasiones, cuando el sudor y la mugre de semanas enteras los cubría de pústulas o cuando el sofocante estío los empujaba a holgarse en el arroyo; la segunda era medida tan desconocida por ellos como para el pueblo al que le había sido impuesta. Más, su empeñamiento en dirigirse al oeste, sin transigir con la menor desviación, les hizo intuir que aquellas engañosas con los indígenas ocultaban otras intenciones, de ningún buen augurio para ellos. Él había encubierto su alucinación con fingimientos de hacer más dócil y sumisa a la masa india, de modo que cuando se reunieran con verdaderos cristianos estuviesen convencidos de que debían laborar para ellos en sus minas y haciendas. Si alguna vez Alonso y Baltasar lo creyeron, a estas alturas ya recelaban abiertamente de él. De ahí que la ruptura fuera inevitable. Y llegó el instante en que se produjo. Lo precipitó el tropiezo con un grupo de indígenas, famélicos y aterrados, que venían huyendo de los hombres barbados y a caballo que depredaban las comarcas del sur. Alonso y Baltasar supieron de ese modo lo que él tan tenazmente había tratado de ocultarles: que al sur estaban sus iguales. La disputa fue implacable. El pueblo indio los vio discutir con una ferocidad de bestias que se atacan, desorbitados los ojos, babeantes las bocas que debían escupir las peores palabras. De las no muchas españolas que sabían, llegaron a sus oídos algunas que les habían oído pronunciar en momentos de ira, cuando él los increpaba por haber faltado a una ley o cuando Alonso los hacía víctimas de algún abuso. Atónitos, vieron que en una ocasión Baltasar tuvo que interponerse entre Alonso y él para que los puños no reemplazaran a los insultos. De la discusión, Alonso y Baltasar partieron solos, con un atado en el que cargaron algunas provisiones de boca. Él los miró alejarse con los ojos más duros que jamás le hubieran observado y los puños rígidos a la espalda. Más, no llevarían ni media hora de camino cuando llamó a Cuitla, joven guerrero a quien había convertido en su ayudante, y lo mandó en persecución de ellos. Le ordenó devolverlos al

campamento. Ahora bien, si se resistían y oponían lucha, que no dudara en matarlos. No debían fugarse de ninguna manera. Sólo rescataron a Baltasar. El cuerpo de Alonso quedó tirado entre unos matorrales, traspasado de flechas y con el cráneo destrozado. Con Baltasar habló él largo tiempo en un lugar apartado. Le reveló su proyecto y se esforzó por convencerlo de lo grandioso del mismo. Él, Baltasar, era negro, pertenecía a una raza humillada y maltratada por la blanca. Él, Baltasar, había estado como él en la conquista de La Española y de Cuba y sabía muy bien lo que le esperaba al pueblo que seguía sus huellas, de conducirlo a manos de los conquistadores: los esclavizarían, los pondrían a trabajar como bestias en las minas y en los lechos de los ríos para que extrajeran el oro, los acuchillarían con sus espadas por el mero placer de verlos morir o de comprobar su indefensión, les robarían a sus mujeres para fornicar con ellas, les arrebatarián los hijos a sus madres para que éstas pudieran transportar las cargas que ellos no osaban ni levantar. Todas estas y muchas otras iniquidades habían visto ellos cometer. ¿Permitirían, sabiendo lo que le iba a pasar, que ése fuera el destino del pueblo que los acompañaba? Baltasar opuso débilmente que podían apartarse de ellos y seguir solos el camino del sur. Sí, tenía razón, podían apartarse de aquel pueblo y continuar solos..., pero ¿impediría eso que todos los crímenes que ellos habían presenciado —y en los que a veces habían tomado parte— cayeran sobre él? Los españoles estaban cerca. Seguirían avanzando y tarde o temprano dominarían a todas las tribus del norte. Baltasar lo miró desde unos ojos rendidos, como si no hubiera nada que hacer. Entonces, le habló con tal pasión que a Baltasar se le antojó transfigurado. Moviéndose, accionando con los brazos, resplandecientes las pupilas, derramó una voz tan triste y airada que Baltasar se preguntó si el largo cautiverio entre los indígenas no lo habría tornado demente. Habló de la redención humana, de la posibilidad de alcanzar aquel lago entre las montañas y de crear con el pueblo que los seguía una vida hermosa para todos; habló de educarlo, de enseñarle nobles costumbres, de sacarle del pecho cuanto el demonio ponía en el hombre: el egoísmo, la violencia, el afán de riquezas, el desprecio de los débiles. Podía intentarse, podía lograrse —y sus manos agitadas y frías se clavaban en los hombros de Baltasar—. Alonso no lo habría entendido nunca, agregó. Su alma estaba enferma, como la de todos los conquistadores. Pero él sí, Baltasar

podía entenderle por provenir de una raza distinta a la suya. Se les presentaba la oportunidad de realizar una idea sublime, el más antiguo y hermoso sueño de la humanidad. Quizás Baltasar pensara que estaba loco, pero él sentía que era un instrumento del Señor. Como a Moisés, como a Jesús, a él se le había revelado también su misión. Y si Dios había hecho de un loco el instrumento de su obra, se debía respetar a ese loco porque él no había elegido su destino.

Reemprendieron la marcha, convertido ya Baltasar —quién sabe si más por temor que por persuasión— en su secuaz. Tomaron el Camino del Maíz, nombrado así porque según les dijeron encontrarían esa planta al cabo de diecisiete jornadas. Diecisiete jornadas remontando el curso de un río que en épocas de crecida invadía las tierras enjutas que ellos pisaban ahora, sin hallar otra cosa que comer que un fruto llamado chacan, tan áspero y seco que para poder ingerirlo tenían que triturarlo entre dos piedras. Sin embargo, en su desvarío mesiánico igualó él aquella planta a la que alimentara a las tribus de Israel cuando cruzaban el desierto, y se arrodilló para agradecerle al cielo el envío del maná. No obstante, aconteció algo que lo hirió hondamente: los indios empezaron a añorar el suelo que habían abandonado por seguirlo a él. Se lamentaban con tristes ayes en las paradas que hacían al cabo de caminatas de veinte y treinta leguas. Alrededor de las hogueras que encendían para guarecerse del intenso frío de la noche desértica, Baltasar los veía y oía gemir sus congojas en su endemoniada lengua salvaje. Ya no era él el hombre portentoso que los había sacado de las marismas costeras donde eran devorados por los zancudos, taladrados por los gélidos vientos del norte en el invierno, sin otra alimentación que las almejas que extraían de las fangosas ensenadas, las tunas que pintaban en los maniguales, los patos y venados que con mucha maña y suerte lograban cazar, conduciéndolos a través de poblados que los acogían regocijados y con los brazos hartos de presentes; ya no era el hijo del sol, el dueño de facultades milagrosas que restituían la salud y en ocasiones devolvían la vida. Ahora era el hombre que los había arrancado de sus hermosas costas, olorosas siempre a salitre, con la fresca brisa en sus pechos, donde con sólo estirar la mano se hallaba algo que comer, protegidos del frío y la lluvia por las sólidas cabañas que ellos como nadie sabían fabricarse, para arrastrarlos por espantosos lugares que achicharraban la piel durante el día y los mantenían tiritando toda la noche,

no comiendo más que esa aborrecible chanca, que no hacía provecho alguno. Baltasar le transmitió sus aprensiones, lo que su sensibilidad tan cercana a la de los indios le había permitido captar, declarándole su temor a que de las lamentaciones pasaran a la rebeldía. Le sugirió buscar senderos menos inhóspitos que el que recorrían, aproximándose a aldeas o regiones donde pudieran mitigar el hambre que les ponía el vientre con tensiones de parche. Pero sus consejos fueron rechazados con una tozudez que Baltasar adjudicó a otra fase de la demencia que lo poseía. Exclamó que no sólo continuarían la ruta trazada, sin torcerla un ápice, sino que deploraba que las vicisitudes que sufrían no fueran mayores. Pueblo que no fuera capaz de soportar las calamidades con que el Señor lo ponía a prueba, no era digno de alcanzar su reino. Pero él les enseñaría. Ya verían lo que era quejarse de los designios que Dios, para su bien, vertía sobre ellos. No durmió esa noche meditando lo que haría. Empero, si frente a José había mostrado una actitud inquebrantable, a solas consigo mismo fue sacudido por estremecimientos del alma, por dudas, por sentimientos contradictorios. Maldijo a los que ahora plañían y no lo habían hecho cuando, gracias a él, eran colmados de obsequios. ¡Pueblo débil, voluble, que tenía el alma en las tripas! Más, ¿tenía él derecho a ocasionarle aquellos infortunios? El lago de fértiles riberas, el luminoso mundo que perseguía, ¿existían realmente? En lo más profundo de su corazón, ¿no sería vanidad y no amor al prójimo, a la justicia lo que le impulsaba a la descabellada aventura? ¿Quería en verdad sustraerlos al látigo del conquistador, evitarles la infamia de la esclavitud, o se trataba de un pecaminoso afán de gobernar, dominar hombres, en una palabra, de poder, lo que le impelía con una violencia cuyas raíces él mismo ignoraba? Apretándose la frente hasta marcar en ella el trazo de sus dedos, se repitió que no podía flaquear, que tenía que seguir adelante hasta culminar la obra que pesaba sobre sus agobiados hombros. Eso y sólo eso sabía.

A la mañana siguiente anduvo entre ellos, pisoteó los rescoldos de sus fogatas, sostuvo sus miradas rencorosas y amedrentadas; pasó entre ellos sin dirigirles la palabra, atropellándolos casi con sus fuertes trancos, altivo e iracundo, como para que todos fuesen testigos de su irritación. Reunió luego a Baltasar, a Cuitla y a un reducido círculo de allegados, y les dio a conocer que estaba enterado de que había protestas contra él, que se dolían del difícil

sendero que les había hecho tomar, que se arrepentían de haberlo seguido. Se refirió a su ingratitud, a su debilidad, a su cobardía, concluyendo que un pueblo así, tan pusilánime, tan pobre de espíritu, tan tortuoso y afeminado, no era merecedor de que Dios hubiese puesto sus ojos en él. Por tanto lo abandonaba. Rompía él todos sus vínculos con ellos. En lo adelante podían disponer de sus vidas a su antojo.

Se salió al desierto, a un paraje que escogiera cuando decidió poner su plan en ejecución. Pronto la noticia de su molestia y de su separación se regó por el campamento. Un miedo atávico, incontrolable, más punzante que el hambre y las penalidades, sacudió a la masa india. Fueron a verlo para que no estuviese enojado, confesándole que nadie podía dormir por el miedo en que su alejamiento los tenía. Él resistió la inquietud que le llegaba del campamento, las voces suplicantes y los lloros. Pero entonces sucedió algo muy extraño: que muchos indios cayeron enfermos. Y al día siguiente murieron ocho. Hubo tal espanto, que nadie osó mirar siquiera hacia los terrenos que él ocupaba, temerosos de correr la misma suerte. Se le acercaron de nuevo implorándole que calmara su ira y no deseara más la muerte en ellos, pues tenían por cierto que él los mataba de sólo quererlo. Lo que le contaron lo alarmó al punto de que al quedarse otra vez a solas le rogó a Dios que le pusiera remedio. ¿De qué se trataba? ¿Una epidemia que se había desatado? ¿Alguna plaga semejante a las que asolaban al Viejo Mundo? Morían en cuestión de horas —le informaron—, sacudidos por irrefrenables escalofríos que ponían rígidas sus quijadas y cómo de piedra sus músculos. ¿Tendría él, verdaderamente, algo que ver con aquella enfermedad? El respeto que les inspiraba, el pánico a su poder divino, que él les había inculcado hasta sembrárselos en la masa de la sangre, ¿guardaría alguna relación con sus muertes? Si era así, y cabía esa probabilidad, entonces él, de un modo indirecto, era su asesino, y estaban ellos en lo cierto al suponer que los estaba matando. ¿Había deseado él que muriesen? Sí, lo había deseado. El pecado de la soberbia había apresado su alma, y frente a sus protestas y lamentos había colmado por un castigo. Ardientemente había anhelado cobrarles su ingratitud, punir sus cuerpos tan poco resistentes y sus espíritus tan versátiles. Aquí estaba la expiación. Se había desencadenado sobre ellos, y en un segundo de fulgurante alucinación tuvo la certeza de que de algún

modo misterioso tenía él entre sus manos la vida de aquel pueblo. Fervorosa, apasionadamente solicitó que cesara la desgracia. Tal vez fue oído. Porque, repentinamente, comenzaron a sanar los enfermos y la plaga a retroceder. Regresó al campamento, donde fue recibido con una veneración aterrada. Pesaban el polvo que sus pies marcaban, pero no se aventuraban a mirarlo de frente, por miedo a que en sus ojos estuviese aún el enojo. Deambulando entre ellos, descubrió algo insólito, que corrió por su nuca como una gota helada: los padres, hermanos e hijos de las víctimas que habían gemido desgarradoramente durante la agonía de sus seres queridos, dejaron de sentir pena por sus muertos. No manifestaban ningún sentimiento de dolor, ni lloraban por ellos, e incluso se apartaban de los cadáveres. Extrañado, sin explicarse el motivo de aquel comportamiento, mandó él que se enterrase a los difuntos. Y aún en ese momento hasta los niños parecían haber perdido el don de los sentimientos. No lloraban las criaturas los yertos cuerpos de sus padres mientras eran sepultados. Con rostros impávidos veían acumularse encima de ellos el montón de tierra y piedras. A una niña que lloró, se la llevaron precipitadamente lejos de la tumba y con unos dientes de ratón, muy agudos, la sajaron de los hombros a las piernas. Se indignó él y una onda de pavor recorrió a los dolientes. Cayendo de rodillas, Cuitla le explicó que habían hecho eso porque la niña había llorado en su presencia. Era necesario castigarla, pues había manifestado dolor ante una muerte deseada por él.

Levantaron el campamento, y al término de una semana de arrastrarse sobre la ardiente llanura, supo él por una avanzada que a una legua de donde se habían estacionado se elevaba un poblado. Más estaba habitado por gente enemiga. No los acogerían con los brazos abiertos y cargados de ofrendas. Eran pobres, y como pobres defenderían lo poco que poseían. No lo compartirían, tendrían que arrebatárselo. Eso significaba guerra. Él le había enseñado a su pueblo —ahora lo consideraba así, suyo, más de él que de la raza a que originalmente pertenecía— que matar era la más abominable de las acciones, inculcándoles que las manchas de sangre no se lavan jamás, que son como una huella de maldad que se lleva hasta la otra vida y por las que se paga en la eternidad. Les había enseñado a no codiciar los bienes ajenos, a respetar y amar a sus iguales como a sí mismos. Y ahora, ante su conciencia, se presentaba el dilema de quebrantar los principios que infatigablemente

buscara sembrar en sus corazones o tolerar que el hambre arrasase con ellos. No tomó de inmediato ninguna decisión. Baltasar, Cuitla y el pueblo entero esperaban. Sabían todos que, para no perecer, tendrían que asaltar aquella población, y en secreto preparaban arcos y flechas, se procuraban escudos, fabricaban macanas, afilaban lanzas, ataban pedernales. Mientras tanto, aguardaban su orden. Estaban seguros de que la daría: era inevitable. Sin embargo, se dilataba; una luna se fundía a la otra sin que pronunciara la palabra que los libraría de su miseria, del hambre atroz que les mordía las entrañas. Apenas se le vio en todo el tiempo que duró la espera. Se conservó apartado, hosco, desencajado. Sólo de noche lo sentían rondar entre las improvisadas tiendas, evitando el resplandor de las hogueras, aproximándose a ellos únicamente cuando los sabía vencidos por el sueño. Así, sigilosamente, fueron testigos de su desesperada vigilia, atisbaron un destello de la desgarradora lucha en que se debatía su espíritu. Por fin, una mañana, la ansiada orden fue dada. Un grito unánime brotó de todas las gargantas. Capitaneados por Baltasar y Cuitla, se lanzaron al ataque. Él vio partir a sus tropas —ahora no era su pueblo sino su ejército, su instrumento de destrucción— y subió a una colina para presenciar la batalla. Desde allí observó a sus famélicos soldados desplegándose por la llanura, rodeando el poblado, atacándolo por varios puntos. Se clavó las uñas en las palmas cuando la vanguardia chocó contra los defensores de la aldea, cuando las nubes de polvo empezaron a desprenderse del suelo, cuando los salvajes gritos de guerra taladraron sus oídos, cuando el golpear, de las primitivas armas incidió su corazón, cuando vio los cuerpos sangrantes de los primeros caídos revolcándose en la tierra. Unas lágrimas bajaron por sus mejillas. Él había propiciado la matanza que ahora le hería las retinas. Sí, pero lo había hecho impelido por una necesidad inaplazable, se repitió. Había sido forzado a elegir entre la vida del pueblo que guiaba y la del que le cerraba el paso. La violencia se lo había impuesto. Él no hubiera querido derramar sangre, pero no le quedaba otro remedio. No podía dejar morir de hambre a su pueblo. Obraba en nombre de un bien supremo. Tenía que salvarlo, conducirlo a la meta que anhelaba para él, y si en el camino se interponía la muerte, tenía que aceptar esa circunstancia y hacerle frente. Él no había decidido las reglas del juego: le habían sido dadas.

La batalla duró toda la larga mañana, y mientras los guerreros de ambos bandos se trababan en un combate encarnizado, él oró por la victoria de su pueblo. Curiosamente, cuando elevaba sus oraciones la suerte favorecía a los suyos y cuando, agobiado por lo espantoso de la carnicería, callaban sus labios, la contienda les era adversa. De manera que, a su pesar, en contra de sus más arraigadas convicciones, tuvo que mantenerse a lo largo de todo el tiempo que cubrió la batalla, implorándole a Dios el aniquilamiento del pueblo agredido. Así participó él en la lucha, como un guerrero más, pero con armas infinitamente más dañinas que las esgrimidas por cualquiera de los combatientes. Mediaba el día cuando los últimos defensores se dieron a la fuga, y su pueblo, aullando como una manada de lobos, penetró en la aldea.

No presenció el desalojo de chozas, el saqueo, la rapiña de comestibles y objetos. No bajó de la colina hasta entrada la noche. Le resultaba imposible compartir la alegría que arrebatava a su pueblo. De ahí que prefiriese esperar a que la ebriedad del triunfo se hubiera extinguido, o por lo menos aplacado, para reunirse con su conglomerado victorioso. Entró en el poblado al oscurecer, cuando las llamas de los incendios reemplazaban al sol. El espectáculo de que fue testigo le paralizó el corazón: su pueblo, aquel pueblo que él pretendió convertir en el más puro de la tierra, se entregaba a la más desenfundada de las orgías. Borrachos con el alcohol de maíz que habían pillado, los hombres danzaban alrededor de abrasantes hogueras, profiriendo gritos que en nada se distanciaban de los aullidos de las fieras; por sus narices se escapaba el humo de la nefanda hoja de tabaco; sobre la tierra contorsionaban parejas cuyas consanguinidad podía provenir de un mismo vientre. En el centro de la plaza habían erigido un altar a sus antiguos y bestiales dioses, viendo él que en la punta de una estaca afirmada en el suelo asomaba la repugnante cabeza de un cerdo, ante la cual todos se inclinaban en señal de sumisión, entonándole sus infernales salmodias. El propio Baltasar tomaba parte en el ritual. Beodo hasta la saciedad, bailaba al compás de un tambor con movimientos tan procaces como alguna vez sus ascendientes africanos debieron hacerlo para adorar a sus protervas deidades. Ciego de ira, avanzó él hasta el oprobioso altar, pisoteando cuerpos, derribando a cuantos se le interponían, y desencajando con sus fuertes muñecas el palo que enarbolaba la cabeza de cerdo, golpeó ésta contra el suelo hasta triturarla,

hasta no dejar del indigno ídolo sino un reguero de huesos y pellejos. Los festejos cesaron al instante, y la muchedumbre lo miró acobardada, con ojos que ni aún el alcohol podía embotar como si un trueno descomunal hubiera estallado sobre sus cabezas. Entonces, de un salto, trepó él a la piedra donde habían depositado sus ofrendas y, desparramándolas a puntapiés, se plantó encima de sus restos como un verdadero y poderoso dios iracundo. Sus brazos estirados hacia el cielo como para asirlo y aplastarlos con él. No fue el cielo, pero sí su voz hecha lava ardiente la que se descargó sobre ellos. «¡Pueblo vil, pueblo indigno, bestias, merecéis el peor de los castigos!» Tronando, con las pupilas como relámpagos, pero mitigadas por una ardorosa humedad humana, los acusó de las peores abominaciones. No hacía él más que darles la espalda y ya retornaban ellos a sus inmundos cultos de antaño, adorando aquella asquerosa cabeza de cerdo; faltaba él un minuto y ya estaban entregados a la infamia, revolcándose en todos los vicios y pecados. ¿Dónde estaban las costumbres que él les había enseñado? ¿Dónde el limpio dios que les había otorgado?

Todo lo habían destrozado en una hora de lujuria. Pero la iniquidad no quedaría sin castigo. Habría una purificación sangrienta. Como todos ellos, el pueblo entero, era culpable, pues nadie se había sustraído a enfangar su cuerpo y su alma, el escarmiento sería general. Uno de cada diez hombres iba a ser ajusticiado, y una de cada diez mujeres abandonada en el desierto sin alimentos ni defensa alguna: Dios determinaría si era digna de sobrevivir o merecía perecer. Sólo los niños eludirían la implacable sentencia, ya que en su favor estaba que aunque hubiesen prevaricado lo habían hecho arrastrado por la vesania de los mayores. Se cumplieron las sanciones. Cuitla, hijo de ese mismo pueblo al que se condenaba, fue el encargado de ejecutarla. Lloró la multitud indígena a los varones lapidados y a las hembras echadas al desierto. Luego, pagado ya el crimen, expiada la afrenta con su propia sangre y con sus propias lágrimas, dejaron la aldea tomada y saqueada y reiniciaron la marcha.

No días ni semanas ni meses, sino años y años les llevó alcanzar la cordillera cuyas nevadas cumbres utilizaron como derrotero al salirse del desierto. El porqué de la inaudita demora se desconoce. Algunos la atribuyen a los infinitos estancos y rodeos que él les hizo dar antes de aproximarse a las

estribaciones. Como si él lo hubiera querido y decidido así, una generación sucedió a la otra en el trayecto inverosímil. Ya Cuitla había fallecido, y un hijo suyo regía a la casta guerrera, cuando arribaron a las laderas del macizo montañoso. El peso de los años doblaba a Baltasar y blanqueaba su hirsuto caracolillo. De un modo imposible él continuaba guiándolos, idéntico al remoto aventurero que naufragara en la tierra de sus antepasados. Iba al frente de ellos cuando emprendieron el ascenso, de la misma manera que había encabezado a sus padres y abuelos cuando éstos desalojaron sus costas para seguirlos.

Entre las tribus del norte de México, corre la leyenda de que aquel pueblo continúa vagando por la cordillera conducido siempre, infatigablemente, por aquel insólito conquistador devenido pastor de almas, por aquel empeinado rastreador de la dicha, en cuyo invulnerable corazón jamás se apaga la esperanza.

CÉSAR LEANTE

El museo

Pues mire, vivíamos en el primer piso, donde contábamos con varias habitaciones de diversos tamaños. Al fondo, yendo por el pasillo, estaba la cocina, y más allá el cuarto de Wong. El comedor, enorme, semicircular, daba al jardín. Era un jardín rodeado de una verja alta en el que siempre había heliotropos y crisantemos, aunque a veces Laura lograba algunas magnolias tristes y solitarias. Entrando por el zaguán, se hallaba la sala con los pocos muebles que habíamos conseguido y que fuimos colocando a medida que levantábamos los libreros, especialmente dos anchos armarios encristalados, de manera que pudimos instalar allí mismo la biblioteca, que presidía desde un caprichoso podio un buda de largo ombligo al aire.

La organización de la biblioteca duró años. El Profesor trajo los primeros libros justamente el día que nos convenció de la necesidad de hacer sin falta el museo, porque las paredes desnudas, el vano de la escalera, los pasillos y toda la casa nos arrastraba a la idea de asombrar a nuestros amigos con aquel mundo de rostros, semirrostros, planos y ángulos...

¿Acordarme de todos? ¿De los libros o de los rostros? Los libros llegaban al techo, se salían de los libreros y armarios, alcanzando a veces preciosas simetrías, torres, almenas, capiteles, (serpientes de anillos rojos o marrones, y de ondulantes naranjas... Aquellos que deambulaban por las mesas y eran objeto de consulta repetida y el Profesor releía transportado, nadie debía verlos, a no ser nosotros, los del museo.

Estos libros, según el Profesor, constituían la base teórica de nuestro museo, aunque no disponíamos de todos los que necesitábamos y el pobre había que verlo elaborando constantemente un tarjetero confidencial para luego salir, no sólo a buscar nuevas variaciones para las paredes, sino también esos libros, robándolos o como fuera, ya que, en opinión de Laura y de Jorge, se trataba de ejemplares raros... Recuerdo los que teníamos por la mesa: **Le Rire** de Quevedo, los **Cuentos** de Bergson, y en ocasiones, la **Discusión sobre las bellas artes y el gusto** de Kant o **Les causes du rire** de L. Dumont, y, por detrás del armario de molduras estriadas, el **Realismo** de Freud, o **La náusea** de Marcel Proust, porque lo que es la **Antología del humor negro** de Spencer jamás la vi allí, esa la guardaba el Profesor encima de la última repisa, junto a la **Psychologie de rire** de Dugas, el **Aros y sifilización** de Tartufe, **A la busca del tiempo perdido** de Sartre y las **Obras completas** de G. Coubert... A ratos era posible hallar bajo el sofá **L'expression des emotions** de Darwin o la **Physiology of Laughter** de Bretón, aunque ahora que recuerdo, Laura y el Profesor armaban sus mayores escándalos disputándose otro grupito que estaba dentro del baño, apartados, enmascarados con sobrecubiertas sepias, pero éstos eran de ficción, los que realmente nos dieron impulso para pensar en el museo y de meternos en él...

...La sección histeropatológica la atendía Jorge, aunque de manera no constante. Costaba trabajo pintar para esa sección. Esto disgustaba profundamente al Profesor, que se la pasaba siempre diciendo que esos datos los necesitaba para apoyar sus otros experimentos; Jorge se excusaba diciendo que entre las rondas de ajedrez y los turnos que debía atender como médico en el Policlínico, invertía todo su tiempo... Las úlceras eran también otra excusa.

La sección de Jorge estaba en el ala derecha del segundo piso, al suroeste. El ala izquierda la ocupábamos el Profesor y yo. El de Jorge era un salón rectangular, bien iluminado y dividido en varias subsecciones. Las máscaras y maniqués que usted dice, así como los estantes y sillones con sus poleas de cuero, Jorge los tenía igualmente distribuidos en cada uno de los cubículos de sus subsecciones. Siempre insistía en eso. «Deben evitarse las promiscuidades», decía cuando tratábamos de guardar en su lado algunos archivos de risas fuera de uso, o pasadas de moda, porque no crea, mantener

activo el museo no era nada fácil. La ciudad cambia velozmente y también los que ríen de modo no lineal o tequioso. «¿Ésas son acaso risas dignas de nuestra atención?», decía Laura cuando traíamos ejemplares sin supercomplicaciones...

Los que se reían por futelezas, sin motivos aparentes, Jorge los analizaba en el cuarto «A». El cuarto «B» lo reservaba para los que lloraban cuando debían reír o viceversa..., y para los que fuera del juego presentaban ambas aptitudes mezcladas. El cuarto «C» era para los hermeticofílicos... ¿A ver? Sí, eso es: hermeticofílicos. ¿Cómo olvidarlo? En el cuarto «B», se trataban además los que se caían o meaban de risa; a los de **surmenage** precoz o senil... No hay que aclarar que la especialidad de Jorge era los complejos. «En todas sus formas», decía..., y bajito, bajito como usted.

La sala de Laura —que ella llamaba **El paraíso**— estaba en el desván. Había que subir por una escalera metálica de un sucio hedor a cobre ardido o a esperma. En un ángulo, se alineaban las vitrinas con los filtros, las jeringuillas y probetas. Los dibujos y las fotografías de los **casos típicos** pendían de las paredes, sin orden, como telarañas de colores rosáceas. Los archivos, sus papeles, armaban una ele en el extremo opuesto, y allí era donde yo iba a veces a pensar cómo hacerle las risas a Laura, pues la fisicoquímica era la especialidad de ella, algo que de veras nos ocasionaba serios trastornos, aunque usted debe saber que Laura dominaba a las mil maravillas el protóxido de nitrógeno y la electrización, para provocar risas artificiales y eso. A menudo ella también se ponía a estudiar los efectos del opio o las posibilidades del hachís, sin escuchar al Profesor, que le pedía ver lo de la risa sardónica y las facultades del **Ranunculus Sceleraties**, que era necesario traer de Cerdeña, verdaderas hojas de perejil, distintas de la marihuana y esas otras cosas, ¿no?

El desván ya se lo he contado: daba a la azotea, desde donde podíamos ver el viejo torreón y el mar. Al Profesor no le gustaba que Laura tuviera allí la sección, pero ella opinaba que en los altos desaparecían rápidamente las emanaciones. Al principio recibía las sustancias elaboradas desde Angora o San Francisco; luego se obstinó en extraer por su cuenta el elemento activo e hizo importar el **Cannabis indica** (ya usted sabe que importar significa

conseguirlo por ahí, entre los amigos y eso... A veces pienso que aquello no era **Cannabis** ni nada...)

El museo, nuestro museo, era distinto de los que son visitados por todo tipo de gente curiosa. El Profesor era muy exigente: sólo admitía a algunas amistades suyas, y se ponía frenético cuando yo traía por mi cuenta a alguien, lo que motivó aquella invención que le dije de meter en mi lado, a mi manera, cuantos yo pensaba debían verlo de todos modos. El Profesor abarcaba el resto de las particularidades, y su placer, su verdadero placer lo constituía el análisis de la «risa intelectual». ¿Qué le parece? La risa intelectual en sus diversas fases: figurativa, sarcástica, cronopiana, zdanoviana, abstracta, barroca, neopedestre, masoquista, **bouffée délirante**, neocrolátrica, omphalica...

La risa es como el arte. El Profesor —como Faubert en la tinta— se sumergía desesperadamente en la risa para hacernos olvidar el empleo de ella a causa de los libros que nos producían el ansia esa de sobrevivir, pues nuestro museo de la risa era, en relación con los libros de las sobrecubiertas oscuras, lo que la luna de Jean Cocteau respecto a las estatuas: un bello sol.

—Porque fíjese: la risa donde entran en juego los músculos del tórax o del diafragma —algo que se logra componiendo dramas tebanos—, le causaba fastidio al Profesor, y mucho más la risa convulsiva, que trasladaba a Jorge. Tal reacción, sabe usted, nunca tuvo sentido para mí. Esa risa que llega a los pies, a las caderas en fuertes movimientos danzarios, el Profesor la evadía: «Es para los minoanos de irradiación sánscrita», comentaba. El Profesor prefería la sonrisa, que es una risa amusial, visual, táctil... Estoy repitiendo sus palabras...

—La sonrisa es un espejo, ¿verdad?

Y pintábamos las risas atendiéndonos no sólo a sus innovaciones plásticas, sino a sus hallazgos auditivos. El caso era buscar lo distinto, no importaba, cómo fuera, dentro de la risa. La risa como la literatura es una lipidia gloriosa. ¿No lo dijo Víctor Hugo? **L'art, c'est la gloire et la joie**. Eso mismo decía de nuestra colección el Profesor, y advierta que las paredes de nuestro museo estaban no sólo sobrecargadas de guaches, acuarelas, dibujos, óleos, caricaturas, pues pintábamos todas las expresiones, sino también de discos, cintas magnetofónicas, etcétera, pues recogíamos todos

los timbres sonoros. Cada una de las risas de nuestro museo era un ejemplo en su género. El Pop Art no nos servía ni la música concreta. La risa barroca sí. La risa ha sido siempre algo barroca...

Ah, pero ¿se ríe usted?

La discoteca y las grabaciones, para que lo sepa, ocupaban la mitad de los salones del segundo piso. Nuestra labor era silenciosa. Buscábamos mímicas y gestos (aportes) en la televisión, la radio, las revistas y periódicos..., y observando a los amigos de Jorge que venían al museo con sus camisitas blancas, y a los tipos que pasaban por la acera o se detenían en la calle a mirarnos desde el otro lado de la verja. Laura experimentaba conmigo en **El Paraíso**. (Era una de sus variantes.)

Como es natural: para los vecinos constituíamos una familia divertida, como cuando nos dio por los animales. Los animales tienen risas que son símbolos profundos, ¿verdad? Es la Naturaleza imponiendo las leyes al Arte, ¿estamos? Fue una aventura aquella la de los peces y camaleones. Unos, porque no tienen párpados; otros porque tienen los ojos encerrados en una cápsula. La risa del conejo —y la canina— nos resultó sencilla. Donde tuvimos dificultades fue con la risa de los monos, tiburones, gatos y gaviotas. Ya le contaré, ya le contaré... Pero toda aquella paz se vino abajo el día en que el profesor recibió la carta de míster Eliot.

Tan pronto supo su contenido, nos reunió en la sala, sobresaltado. El pobre Wong no sabía qué hacer cuando Laura y Jorge le ordenaron traer coñac. (Él sabía que yo me había tomado las tres botellas compradas días atrás.) Decía míster Eliot que en Londres, un colega suyo estaba perfeccionando una máquina electrónica que dictaminaba en materia de paternidad literaria. A la maldita máquina se le entregaba un libro y ella trazaba el nombre del autor, apoyándose en las palabras tips, palabras que los escritores y poetas inconscientemente repiten o usan en ritmos que cambian según el grado de autocura lograda en sus síntomas preedipales.

—No es posible —dijo Laura.

—Claro que sí —dijo Jorge.

Yo sólo miraba al Profesor.

—Es absolutamente exacto —dijo el Profesor.

Después, observando las paredes, agregó:

—Este museo puede ser algo mejor. Les propongo concluir la etapa impresionista y entrar en el período estructural y científico: les propongo clasificar las risas, sincrónica y diacrónicamente. El amor, el odio, el orgullo, el egoísmo, la estupidez, el miedo, la soberbia, el altruismo, la generosidad, todos los sentimientos positivos y negativos, claros y confusos, mezclados y superpuestos, viejos y en formación, todos...

Debo decirle que yo me asusté, porque decir dos veces las palabras **propongo** y **todo** y casi atropellar las frases, era algo extraño en el Profesor, siempre tan comedido. Pero, cuando casi lloro fue después:

—Vamos a usar el electrodo Celso, aplicándolo en rostros específicos — dijo, y volvió a repetirlo.

¡Mi invento! ¿Qué le parece? ¡Mi electrodo que hace posible que los secretos de la risa se descubran! Hasta los sentimientos más profundos quedan como estereotipados en la mímica de la risa, en los pliegues de la sonrisa más leve. ¡Era una gran idea la del Profesor! ¿No le parece?

Comenzamos a trabajar a toda prisa. Jorge abandonó las rondas de ajedrez. Laura echó a un lado el **Cannabis**. Por las mañanas caíamos en las bibliotecas, iglesias y cementerios; por las tardes, en las tiendas del centro: la Rampa, Galiano, San Rafael. Las noches las dejábamos para los restaurantes, cines, teatros, museos convencionales, exposiciones, conferencias, casas de pintores, estudios de músicos y poetas, reuniones de cuentistas y novelistas, concentraciones de artistas y críticos noveles, etcétera; sobre todo para las etcéteras.

El Profesor quiso que yo me dedicara a la risa varonil, en cuyos timbres, como usted sabe, predomina el sonido **a** (ja, ja, ja), con su escala ascendente hasta el machismo y su flecha descendente hasta el sonido **e**, que es la risa femenina (je, je, je). La risa de los niños, de los eunucos y efebos es la **i** (ji, ji, ji). Al principio hice algo, pero luego vinieron las complicaciones. En los orígenes todo parecía de plata; pronto vino el ciclón. ¡Si supiera como abundan en ciertos lugares los anexos del je, je, je! No los je, je, je puros y definidos, sino sus aproximaciones, asumidas como latidos de inocencia primigenia. El caso es que llegué a sentirme fauno, centauro, macho cabrío. A la semana noté que Laura y Jorge no se hallaban bien, y comenzamos a mirarnos sin decirnos nada, aunque nos entendíamos. El Profesor llegaba al

museo tarde, muy callado. Una noche, noche asesina por el aire frío que entraba silbando por las persianas, no pude más y solté la bomba:

—Estoy atolondrado, no entiendo ni pitoche. Los libros, pasen; los dibujos impresionistas de las risas, okey..., pero estas clasificaciones me...

El Profesor acarició mis manos, así como me las acaricia usted ahora, y se marchó gruñendo. Los demás se fueron a dormir y yo me quedé en la sala. No tenía sueño y recuerdo que Wong vino con una taza de té, diciendo que era bueno para los nervios y hasta conversamos como otras veces sobre Laura y su costumbre de esconderle la pipa de bambú laqueada. Cuando Wong se marchó, estuve buen rato oyendo los pasos suyos en el corredor, como si raspara las losas con sus pantuflas de madera, hasta que al fin chirriaron levemente las bisagras de su puerta y todo quedó en silencio.

¿A esa hora? Se lo he dicho, a esa hora me gustaba mirar todas las paredes, las colecciones de risas, pared por pared, lámina por lámina, y luego sentarme cerca de la lámpara a leer los apuntes del Profesor y de los amigos de batica blanca. Esa noche cogí el portafolio del Profesor y saqué la libreta celeste donde él anotaba las cosas más interesantes. Todas las demás, las aparté. Al abrir un sobre, di con la nota sobre las campanas japonesas: «No tienen badajo. Hay que golpearlas con un mazo para que suenen. Meditar sobre las campanas japonesas, quizás ellas encierran el secreto de las risas de las gentes sin úvula»... Pasé rápidamente las hojas, apartando todas las notas que antes había leído, buscando las últimas experiencias...

La letra del Profesor era rabilarga, hecha como a ramalazos, de eles torcidas y efes anudadas muy abajo, por eso me sorprendió el último apunte escrito cuidadosamente. ¿Quieres saber lo que decía?

«Es una criatura extraña, ríe de modo fantástico y sus dientes son blanquísimos, extrañamente pulidos y refulgentes. Este caso debo examinarlo con más elementos. Esta criatura ríe así desde que ha logrado crear un ejemplar de rosa excepcional, o sea, una gama o serie, violentando las plantas con violencia científica, no artística, cosa rara. ¿Violentando las plantas? Vi varias de esas rosas. Todas huelen a almizcle, sin llegar realmente a oler a almizcle; a limón, sin que tampoco sea ése su verdadero olor, o a sándalo viniendo de un clorofila dulce, penetrante... ¡y son verdes! ¡Exquisitas rosas verdes! De todos los posibles verdes...»

No pude continuar leyendo porque de repente sentí ruido cerca del podio del buda. Pensé que Laura se había levantado o que Jorge estaba buscando algo. Y escurrí la libreta celeste dentro del portafolio del Profesor. Iba a levantarme del sofá cuando llegaron a mis oídos unas leves voces amortiguadas. Creí realmente oír mi nombre:

—Celso, Celso...

Muy bajo, bajito, como si alguien me llamara desde el fondo, con la boca rellena de algodón.

Esperé un rato, sin moverme del sofá, mirando hacia todos los rincones, hacia el vano de la escalera, hacia las paredes que ahora en la penumbra se me alejaban y acercaban, interpolando los guaches y temperas, confundiendo las risas pero logrando que se animaran y me lanzaran sus jadeos y graznidos en creciente avalancha de notas, como si miles de serruchos cruzaran sus estrías melladas. Al fin me puse de pie y la bulla de las paredes terminó. Abrí las persianas y miré hacia afuera, hacia la verja del jardín. Todo estaba muy oscuro. En eso volví a percibir una especie de toque suave, de golpecito fofo..., y corrí hacia allá. Al llegar frente al librero de los cuentistas cubanos vi moverse como ventana de párpados una cartulina rectangular. Moverse a derecha e izquierda, agitarse y voltearse. Pude echarme a correr pero me dio por desprenderla del librero de un tirón. Aún se movía por sí misma cuando la tomé en las manos, y, al hacerlo, se lo juro, me erizó un «¡ay!» tierno y doliente. De inmediato noté que la cartulina despedía un olor especial a carnes de bebé, y en su centro, en medio de un círculo, tenía unos signos que me recordaron la Cruz de Calatrava, el Misal y el Himnario. Entonces, retorné a la lámpara y me senté en el sofá con la cartulina agitándose con temblor humano entre mis manos. ¿Sabe lo que decía la cartulina? «Envío tristes tres tebas trópico versus cobracedrina.» ¿Qué le parece?

A mis gritos llegaron todos. Laura, al tomar la cartulina entre sus manos, retrocedió. Dijo que aquello era una pedrada a nuestra puerta, que al museo le esperaban tiempos difíciles. Y regresó al desván. Jorge entonces dijo que tenía un ataque de artritis y que tenía que consultar con sus amigos de las boticas blancas. Pero el profesor y yo nos quedamos viendo la cartulina y decidimos después continuar trabajando, a fin de sorprender a los colegas de míster Eliot. Y eso fue lo que le produjo el infarto. ¿Se acuerda de cuando

usted y yo nos conocimos? El Profesor había muerto justamente la noche anterior, y si la memoria no me falla usted se entusiasmó con mis dibujos y me propuso pintar aquí y no en nuestro museo. Se lo repito: acepté venir no por su energía, sino por no verle las caras a los amigos de Jorge, ni vivir con Laura. ¿Saben lo que dicen Laura y Jorge? Que el Profesor no existe, que nunca han visto al Profesor, y que lo del museo es una locura, una «lastimosa locura de Celso, a causa de tanto leer porquerías». Si usted lo desea podemos ir a verlo. Entraremos por el hueco de la verja, a la hora en que ellos se meten en El Paraíso...

Conozco bien la casa, doctor... ¿Puedo levantarme del canapé?

IMELDO ÁLVAREZ

Asesinato en el museo

Se acababa de despertar cuando sintió un grito por la zona de las estatuas. Aún no había amanecido en el museo y era costumbre que a esa hora todos durmieran.

El museo se llamaba así, pero en realidad es una ciudad que se construyó al este de los centros automatizados, para que las personas que no tenían que vigilar las máquinas, pasaran sus días de descanso.

Al principio se pensó que vendrían muchos, bien como veraneantes, o en caso de retirados o enfermos, permanentemente. En la práctica no ha sido así. La mayoría prefiere matar el tiempo en los largos y silenciosos viajes estelares. Ahora se ha puesto de moda un satélite habitado por gigantes mudos que viven colgados de los árboles.

Un hombre puede vivir aquí veinte años y no verlo todo: las salas de las estatuas, las máquinas que ya no se usan, los instrumentos quirúrgicos, las armas. No podrá comer en todos los restaurantes donde se sirven comidas de civilizaciones ya desaparecidas. Hay aguas termales para todas las enfermedades, y en algunas épocas del año puede uno bañarse con agua traída de la luna. Se proyectan películas del cine antiguo y contemporáneo. Puede verse a **Hamlet** o a nuestros dramaturgos más jóvenes. Hay pinturas de Picasso muy bien conservadas.

Oyó algo que caía y unos pocos pasos que se alejaban rápidamente. Le pareció sumamente extraño y salió a investigar.

La mujer yacía en el suelo, desnuda. De sus grandes pechos corría un hilillo de sangre. En el suelo, encontró un estilete que había sido previamente limpiado en el pelo de la víctima.

—Un crimen —gritó.

La niebla comenzó a cubrirle el rostro.

Cuando lo contó ante el Consejo de Dirección del Museo, nadie se atrevía a creerlo. Pero ante la evidencia, ante el cadáver de aquella mujer y el estilete, todos se convencieron. Y la niebla comenzó a cubrirles los rostros.

Precisamente tenía que ocurrir aquí un crimen. Ahora los que se oponían al museo, los enemigos solapados de aquella idea que marcó una nueva etapa: la descibernetización, batirían palmadas. Quizás iniciarían una campaña contra ellos.

El crimen rompía con normas establecidas desde muchos siglos atrás. Había que recurrir a investigadores, a los guardias; se necesitaban jueces y abogados. En caso de condena, cárcel o verdugo.

Los rostros cubiertos de niebla, los ojos abiertos, las cejas levantadas, las palabras susurradas daban un aspecto sombrío a la gran sala que había sido tomada para deliberar.

Nadie recordaba la última asamblea o reunión. Cuando se necesitaba tomar una decisión, el presidente tomaba el teléfono. Inmediatamente, dondequiera que estuvieran los miembros del Consejo sonaba un timbre especial y se encendían las pantallas. Así quedaban en contacto. Deliberaban, se ponían de acuerdo y cada uno volvía a sus ocupaciones habituales.

—No podemos poner en duda que se ha cometido un crimen —dijo con voz temblorosa el presidente.

La palabra estremeció de nuevo a todos.

—Es necesario adoptar medidas de urgencia —añadió el presidente.

Esperó a que alguien tomara la iniciativa. Pero se hizo de noche y nadie aportaba nada concreto. Sólo atinó a decir:

—Debido al tamaño del museo, el asesino no podrá salir por lo menos en 48 horas.

Los integrantes del Consejo, que esperaban una solución, se movieron intranquilos.

Del fondo de la sala se elevó la voz del más anciano:

—Señor presidente, ¡que nadie se entere de lo sucedido aquí!

—Pueden estar seguros de que nadie sabrá una sola palabra de esto. No hay necesidad de asustar a los que reposan aquí.

Por más que se esforzaban, a nadie se le ocurría la fórmula salvadora.

Un hombre de menos de un metro de estatura, al que nunca se le cubría el rostro con niebla y que por ese motivo usaba un sombrero de enormes alas que le ocultaba totalmente el rostro, tomó la palabra:

—Creo en el hombre, tengo fe en la pureza del linaje humano. Esperemos un poco y les aseguro que el asesino vendrá llorando hasta nosotros.

El hombrecito levantó el ala de su sombrero para que le vieran la cara y se perdió de nuevo en él.

Pasaron las 48 horas y el asesino no se presentó. El Consejo comenzó a registrar el museo. Tenían la convicción de que al mirar el rostro del culpable verían grabada en él la evidencia. Disimuladamente, para no despertar sospechas comenzaron a registrar las salas, ríos, bibliotecas, puentes, balnearios, restaurantes, pero todo fue inútil. Comprendieron que el hombre se ocultaba de ellos, y eso los llenó de espanto. «Es más horrible que el crimen mismo», se dijeron. Tenían que encontrarlo. Podía matar a otro. Alguien que no fuera del Consejo podía enterarse y entonces todo estaría perdido.

El hombre del sombrero grande, que era el responsable de los robots, propuso una idea que a todos les pareció genial: «Poner a funcionar los robots.» Los robots que llenaban infinidad de salas proseguirían las investigaciones. Se diría que era necesario ponerlos a funcionar de nuevo para que no se oxidaran. Con esto se evitaban dos cosas: tranquilizar a los que pudieran pensar que los robots iban a desplazar de nuevo a los hombres, o que surgiera cualquier sospecha en relación con el crimen.

Una noche, mientras todos dormían, fueron sacados los robots y colocados en lugares estratégicos: baños, restaurantes, dormitorios, lugares donde el hombre por necesidad vital debía concurrir.

Los integrantes del Consejo durmieron aquella noche un poco más calmados.

A la mañana siguiente una algarabía despertó a todos. Los del Consejo fueron los primeros en saltar de sus colchones de aire. Un ruido de metales,

de ruedas, de fotutos, de hélices, un tropel que avanzaba hacia el salón de sesiones.

—¿Qué pasa? —preguntó el director horrorizado. Pensó en algo monstruoso: la noticia ha llegado a la ciudad de las fábricas y se ha producido el pánico. Se dio cuenta de que era imposible y pensó que los robots habían capturado al asesino y lo traían a la vista de todos.

—Los robots han organizado la cacería del asesino —dijo el hombre pequeño que esa noche había dormido al lado del presidente.

—Nadie ha autorizado a los robots a tal cacería.

El responsable de los robots tembló de pies a cabeza.

—Usted, como responsable de los robots, debe dar cuenta de esto —dijo entre alarmado y violento el presidente.

—Los robots hace tiempo que no trabajan y seguro que algo anda mal en el control. Daré la orden de inmovilidad —contestó el hombrecito mientras su sombrero temblaba como si estuviera puesto sobre el mar.

Comenzaron a aparecer gentes con los rostros soñolientos, gentes que indagaban la causa de aquella algarabía. Una mujer se quejó de que un robot había penetrado en su dormitorio y le había tocado la cara.

Los robots se habían apoderado de las piezas del museo: cafeteras de fierros con ruedas, esqueléticas cafeteras hechas a imagen de los cuadros de un pintor del siglo xx, con las cuales se desplazaban a gran velocidad. Un grupo había entrado en la sala de armaduras, se había apoderado de ellas y, blandiendo espadas y picas, peinaba el bosque. El grupo que penetró en la sala de aviación volaba a baja altura en helicópteros, en platillos, en grandes insectos de metales, reproducciones de especies ya extinguidas. Otros empujaban ruedas de molinos. Un robot de mediano tamaño hacía cabriolas en una bicicleta de retropropulsión.

Los atónitos residentes del museo no sabían qué pensar. ¿Sería aquello una broma carnavalesca para despertar el interés, o sería ciertamente la rebelión de los robots? Jamás había sucedido nada parecido en la larga historia del museo.

Repentinamente los robots quedaron paralizados. Luego, poco a poco, volvieron a las salas donde servían como piezas de exhibición.

Hubo que dar falsas explicaciones, volver a poner en su lugar las piezas tomadas por los robots. Al final se hizo un balance de todas las piezas, y sobraba una estatua. Un robot, había sacado del tanque donde se derretía el yeso, el cuerpo de un hombre convertido en estatua.

Después de una larga deliberación, el Consejo llegó a la conclusión de que el asesino en su huida había caído en el depósito de yeso o que se había suicidado.

Ya iban los señores directivos a levantarse de sus asientos, ya no trasudaba el señor presidente, ya sus rostros estaban libres de niebla, ya sonreían.

El hombre pequeñito, que no había levantado la voz durante la última sesión, alzó el ala de su sombrero y dijo:

—¿Y, si no es el cadáver del asesino y sí el cuerpo de otra víctima?

Dicho esto se volvió a hundir en su sombrero.

Una fina niebla entró en la sala de sesiones y comenzó a rodear los rostros de los allí presentes.

JOSÉ MARTÍNEZ MATO

La tierra y el cielo

Pedro Limón se despidió de Pascasio y le dije en **creole** —para que supiera que todavía se acordaba y que a pesar del tiempo seguía siendo uno de ellos — que era bueno verlo trabajar en el ingenio, desarmando las máquinas y leyendo manuales para ingenieros. Luego se colgó la mochila, y volviendo a ratos la mirada, se fue por el camino rojo de tierra y de sol que unía a los bateyes del lado de Camagüey.

Al principio Pascasio no lo reconoció detrás de la cara que poco a poco le habían pegado en el hospital, la cara triste que ardía hasta el hueso en las noches húmedas y que según el médico había quedado regular y valía la pena darle el último retoque (siempre era el último) en un par de años; pero él le preguntó enseguida por Tiguá, y Pascasio dejó caer la estopa y sonrió alargando el brazo y estrechándole la mano, y Tiguá andaba bien, refunfuñando en los momentos en que no conversaba con los **loas** más grandes del vodú, quejándose de que los pichones se huían de Guanamaca para arrimarse a negras finas de Florida y de Esmeralda, sermoneándole a las viejas que Fidel estaba loco y había revuelto el mundo cogiéndose los campos que el **bone Dieu** les había dado a los cubanos. Y entonces a él no le quedó otro remedio que contarle a Pascasio de su vida en el ejército, de la Sierra, de La Habana, del mortero en plena cara cuando lo de Girón y luego el licenciamiento, el hospital alternando con la escuela de maestros; las cosas que había aprendido, las cosas que había hecho pensando en las gentes de Guanamaca —estuvo a punto de decir «pensando en tu hermano Aristón»,

pero no le salió de la boca—, en ti y en Tiguá y en Aspirina y en Julio Maní y en los otros, y en Leonie. Y ahora Pascasio había pasado al central y era ayudante de mecánico y estudiaba, y señaló el libro con diagramas de calderas en la cubierta, y como nada más recibimos aquella carta de parte tuya, creíamos que te habían matado en la Sierra. No. Nunca se supo de tus padres. Leonie. Leonie vive conmigo y tenemos un hijo. De seis años.

Sí, Pedro Limón: Leonie vive con Pascasio y justamente ayer se mudaron al batey del ingenio; Julio Maní se hizo albañil y construye albergues para macheteros en el sur de la provincia; Aspirina se casó con papeles y todo cuento con una viuda de Florida y se fue allá a manejar un taxi, tú sabes que él siempre tuvo buena labia, en fin, y Pascasio se había reído con su quijada sana, sin cicatrices, retinta y aceitada de sudor, y entonces comprendiste que aquello a quienes más querías ya no volverían a Guanamacá, y sólo quedaba Tiguá, el **houngan**, asustando a las mujeres y a los chiquillos, entreteniendo con sus historias las tardes de los viejos solitarios acabados reseco de los barracones, el brujo Tiguá como le decían los blancos, el abuelo de Pascasio y Aristón, también un poco tu abuelo.

Pedro Limón dejó la curva del terraplén nuevo, abriéndose paso por los matojos del talud del ferrocarril; caminó por los polines de la vía estrecha que recorría las grúas de los bateyes y alzó una caña amarilla resbalada de algún carro; se quitó las botas y los calcetines y la hierba al borde de la línea estaba tibia; extrajo de la vaina su cuchillo y cortó un canuto; lo despellejó y mordió el jugo dulce, espumoso y de repente era otra vez un niño, un pichón de haitiano que mataba el hambre del **domplin** de harina con un buche de guarapo ganado a puro diente, y ahora valía más que se apurara porque papá y mamá-cargando-a-la-pequeña-Goorgette, ya estarían con los bultos en casa de Adelaide Macombe, la hija mayor de Tiguá, y seguro que ya habrían mandado a Pascasio y a Aristón a ver si lo encontraban por el ferrocarril, pues la zafra ya había terminado y se iban a Oriente en la máquina de alquiler de un mulato conocido de Adelaide, se iban a las montañas cerca de Guantánamo, a llenar latas de café en las tierras de **monsieur** Bissy Porchette, cónsul honorario de la República de Haití.

Caminamos con los bultos hasta la carretera y hacía mucho sol. El chofer ya estaba en el ventorrillo del cruce, tomándose una cerveza. Papá sacó un

níquel del bolsillo y pidió un refresco con bastante hielo. A mi no me dio ningún pedazo; aunque al chofer no le importó que llegáramos tarde porque se tomó otra cerveza bromeando con nosotros y hasta le brindó un vaso a Adelaide, que sudaba mucho. Sabía algo de **creole**. A lo mejor por eso papá se desabotonó el saco y se quitó el sombrero de pajilla con que había desembarcado antes de conocer a mamá, y se puso a abanicarse, y luego a espantarle a Georgette las moscas de encima, y ya no lucía tan tieso como antes, y aceptó una invitación del hombre y esa vez me dejó chupar el hielo.

El chofer guardó la maleta de madera de Adelaide en el baúl del automóvil y ayudó a papá a colocar nuestras cosas en el techo y las amarró con una sogá, y dejó las puertas abiertas para que se fuera un poco el calor y después nos fuimos, yo entre Pascasio y Aristón, en el asiento de alante. A cada rato se veía agua al frente de la carretera, pero cuando nos acercábamos se desaparecía. Contamos muchos charcos de mentira. Muchos.

Aristón me despertó de un manotazo y es casi de noche y hay que empujar. Puede ser el acumulador que no funciona, seguro que con un empujoncito arranca y papá se quita su saco de dril blanco y lo dobla cuidadosamente en el espaldar del asiento, entonces bájense todos y méntanle duro y parejo hasta que el carro coja impulso, y yo empujo al lado de Adelaide y la oigo resoplar y resoplar, está muy gorda Adelaide. El motor arranca al final da la loma y el automóvil no para. Nosotros tampoco. Corremos. Gritamos. Adelaide se cae. No para y hay que soltarlo. Gritamos de nuevo. Nada. Se va. Se ha ido con todo nuestro equipaje y con el dinero de papá, cosido al forro del saco. Adelaide se levanta y le echa al hombre una maldición que no falla, dice que se la enseñó Tiguá. Mi padre está en el medio de la carretera con los brazos abiertos. Jamás lo he visto tan largo y tan flaco. No se mueve. Se parece al **juiff** que quemamos el año pasado en Semana Santa. Mamá se ha quedado atrás con Georgette, pero la oigo llorar. Dormimos bajo una alcantarilla.

Estamos en la mitad del camino y Adelaide es partidaria de seguir. Papá no sabe. Mira a mamá y a Georgette, meneá la cabeza, y las vuelve a mirar. Dice que tiene doce centavos, que habrá que caminar dos días, que somos muchos y no nos va a llevar ningún camión. Mamá se pone de pie y empieza a caminar con Georgette. Papá la sigue, cree que es una locura, cree que no

vale la pena porque de aquí a dos días ya no voy a encontrar trabajo, ni tú, ni Adelaide, ni los muchachos, ni nadie. Mamá se pone a cantar. Adelaide también se pone a cantar y obliga a cantar a Pascasio y a Aristón. Luego yo me decido, y luego papá.

Todavía estábamos cantando cuando llegó el viento y con el viento el polvo, y papá dijo que había tiempo que no llovía y que si encontrábamos trabajo, el trabajo iba a ser duro, y Adelaide se zafó los pañuelos de colores que se anudaba a la cintura y nos tapamos las caras como si fuéramos bandidos, y seguimos cantando bajo el polvo y los pañuelos y llegamos.

Monsieur Vissy Porchette no necesitaba más gente aunque Adelaide le gritó en su misma cara que parecía mentira que fuera haitiano; regresamos a Guanamacá; caminando.

Ese verano pasamos hambre y mi hermana Georgette se murió.

A pesar de que hablé de la guerra, Pascasio no mencionó a Aristón, sólo dijo **y como nada más recibimos aquella carta de parte tuya, creíamos que te habían matado en la Sierra.** Y lo había dicho casi sonriendo, sin rencor en los ojos, y quién sabe, después de todo a lo mejor no me odian en Guanamacá, a lo mejor no soy mal recibido, a lo mejor entendieron la carta, entendieron eso de que yo había cumplido con mi deber. Claro, también pudiera ser que Pascasio no sepa, que nadie sepa que Maurice se los haya ocultado, Maurice tan buena gente, el hombre más instruido de Guanamacá, el mejor amigo de mi padre.

Papá miró otra vez los veinte centavos y los puso en la mano de Tiguá, y por la tarde se completaron los cuatro pesos para que Maurice atravesara corriendo los montes de Birán y llegara a Santiago de Cuba a ver al nuevo cónsul. Porque no estábamos de acuerdo con la repatriación forzosa, la ley que habían hecho los cubanos para sacarnos de su país, para que no trabajáramos más por poco dinero y no le quitáramos más el trabajo a nadie. Pero no. No estábamos de acuerdo. No señor. Nos daba vergüenza desembarcar y que los parientes de allá nos vieran sin ropas y sin dinero después de tantos años. Y seguimos no estando de acuerdo aunque Maurice

había regresado a la semana sin haber visto al cónsul y ya sabíamos que todo era inútil.

—Los barcos han arribado. Esperan en el puerto —dijo el espíritu del presidente Dessalines por la boca de Tiguá.

Y al otro día las parejas de rurales galopan por las guardarrayas con el machete en el puño. Bajo el sombrero llevan una lista de las familias que deben partir. Sin desmontar de los caballos van de batey en batey gritando los nombres que nos han puesto los cubanos, los nombres con que aparecemos en las nóminas de los colonos porque los apellidos franceses son muy difíciles, aquellos nombres que embrollaban las pensiones de seguridad social, que complicaban cualquier tipo de trámite, José Bacalao, Antonio Pepsicola, Juan Primero, Juan Segundo, Andrés Silencio, Alberto Cabezón, Ambrosio Limón, ¡Ambrosio Limón!, y mi padre sale al hueco de la puerta, cargado de bultos y luego mi madre, hunden la mirada en el jardín de boniato y calabaza para que los rurales no los vean llorar, somos una raza orgullosa, tenemos historia, somos una raza de guerreros que derrotó al ejército de Napoleón. Pero ahora algo anda mal. Nos amontonan en el centro del batey. Nos cuentan por cabezas. Nos arrean a planazos hasta el tren del ingenio. Los barcos esperan. El tren se va. Yo no lo veo. Yo no voy con papá y mamá. Yo huí hace tres días y estoy lejos de los ingenios. Yo me quedo aquí. Me quedo aquí porque nací en Cuba y quiero a Leonie desde que la tumbé en el cañaveral y ella no está en la lista y no quiero buscar más hambre en Haití y a lo mejor acabo allá hecho un zombie sin nombre.

Vivo en el bohío do Adelaide, al lado del de Tiguá. El de mis padres lo quemó la guardia rural creyendo que yo estaba adentro. Duermo con Pascasio y Aristón. Ellos se duermen enseguida. Yo no. Por entre las rendijas de las tablas oigo a Tiguá hablando con los dioses y los muertos. Tiguá es un poderoso **houngan** que conoce hasta de brujería cubana. También se convierte en culebra y se come los pollos de los colonos. Le tengo mucho respeto. Tiguá quiere a Aristón más que a todos sus nietos. Dice que va a hacer de él un **houngan**, que le va a enseñar a salirse de la piel y a convertirse en lechuza, o en un majá. A mí me daría miedo. Yo lo que quiero es trabajar bastante para vivir con Leonie. Algún día me atreveré a pedírselo a Tiguá.

Ese verano voy y gano dinero en los cafetales de Oriente y me compro dos camisas, un pantalón y un sombrero. A Leonie le traigo de regalo un vestido punzó, casi nuevo. Julio Maní, un nieto desperdigado de Tiguá, se aparece con una caja de zapatos. Llama a la gente para que los vea, quiere asombrar, son zapatos de dos tonos, de marca americana, está contento Julio Maní, ahora rompe el cordel y destapa la caja, pero no hay zapatos, lo han engañado y adentro sólo hay un ladrillo, Tiguá le entra a bastonazos.

Los rurales ya se deben haber olvidado de mí, además has crecido y eres del alto de un hombre. Pero con todo me da miedo pedir trabajo en la caña. Adelaide me empuja porque me debes mucha cama y mucha comida y tienes que ganar dinero.

Y yo voy.

Y no pasa nada. Nada malo.

Me van a pagar por alzar la caña que corte Aristón.

Yo me alegro porque sé que nadie cortará tanta caña como él. Y así es: Tiguá le ha estado preparando el brazo con hierbas mágicas y manteca de majá y ahora la mocha es como un rayo en su mano, y la gente lo mira y tiene muchos amigos y mujeres. Una vez discute con Splinter, un jamaiquino que ha matado a dos. Se pacta el duelo. Salimos a la llanura, seguimos el trillo que va al algarrobo. Azoramos a las vacas y nos sentamos a la sombra del cielo verde. Tiguá empieza a hacer signos con su bastón de garabato, y llama a los espíritus del aire y de la tierra. Splinter se ríe, es un negro que cree en la religión de los blancos. Se ríe y toma un buche de aguardiente, y luego lo escupe haciendo ruido y salpicando a Tiguá, y saca el machete y se enfrenta a Aristón. Splinter sabe mucho, se sigue riendo y esquiva con el cuerpo los machetazos locos de Aristón.

Salta de un lado a otro haciendo muecas y burlándose y así pasa el tiempo. Ha querido cansar a Aristón pero es él quien se ha cansado y ya no se ríe, tampoco parece tan seguro y tan sereno.

Aristón da un grito y se le tira arriba con un remolino de golpes que suena como un avispero. Splinter da un salto atrás, se arquea. Muy tarde: Aristón le ha picado la barriga y ya sólo le queda mirarse las tripas.

Esa noche Tiguá aseguró que Oggún Ferrai había montado a Aristón, que había conversado con el dios y éste estaba muy contento de haber podido

moverse y pelear dentro de los músculos de su nieto. A todos nos pareció muy bien. Por esos días Adelaide recibió muchas visitas, muchos regalos de aguardiente, tabaco, bacalao, manteca, harina y tasajo. Reunía en círculo a los amigos y daba risa verla contar la pelea, haciendo los papeles de Splinter y de su hijo, brincando para aquí y para allá, sudando y sofocándose y gritando maldiciones, pero nadie se reía.

Al final, cuando no podía más, se golpeaba el pecho y los brazos hablando igual que Aristón:

—Yo seré un **houngan** más grande que Tiguá. Oggún Ferrai me protege, Oggún el mariscal, Oggún el capitán, Oggún de los hierros, Oggún de la guerra. ¡Yo soy Oggún!

Aristón faltó una semana a la casa, precisamente la semana en que Adelaide Macombe se moría de una vena reventada. No la vio viva. Ni tampoco muerta. Entró en el batey un día después del entierro, un domingo por la tarde con unas yaguas de palma al hombro. Caminaba como un dios, muy derecho y pisando fuerte el polvo roya. Los niños corrían detrás de él, tocándole los muslos y la funda de la mocha. Suspiró cuando Pascasio le dijo lo de Adelaide, luego se puso serio, metió las yaguas, bajo la cama, se comió medio racimo de plátanos y se tiró a dormir.

Por la madrugada, antes de irnos a trabajar, nos llamó a Pascasio y a mí y sacó de entre las yaguas un machete paraguayo, un revólver, un cinturón de balas y un sombrero de rural. Allí mismo abrimos un agujero y enterramos las cosas envueltas en un vestido de Adelaide. No contestó ni una pregunta, pero en el cañaveral supimos que habían encontrado a un sargento macheteado a la salida de Esmeralda. En el batey suponíamos quién era el matador. Y nos alegrábamos.

Antes de Semanasanta hablé con los padres de Leonie. Resultó que yo era muy joven, estaba ilegal en el país, no tenía dinero y ni siquiera trabajo fijo y tú comprenderás que no vamos a dar a Leonie así como así. Yo no insistí y eso molestó a Leonie, pero es que en el fondo tienen razón, de todos modos no pueden impedir que yo te vea, hablaré con Tiguá para que me consiga un buen trabajo, vas a ver.

Aristón, Pascasio y yo entramos en el **bande rara** que organizó Maurice. Maurice organizaba todo en Guanamaca, los blancos le decían el Alcalde,

además podía leer el periódico y escribir cartas en español. La **reina** era Nicole, su mujer, y ensayábamos por las noches en el fondo de su casa, alumbrándonos con quinqués. Leonie hacía de **princesa** y marchaba junto a Nicole. El **mayor machete** lo desempeñaba Aristón, y daba gusto verlo hacer juegos con la mocha. Pascasio fue escogido para **mayor baton**, pero yo no era habilidoso y sólo conseguí un puesto de abanderado. Salimos el Miércoles de Ceniza después de la comida. Vistiendo los disfraces que habían hecho las mujeres, cantando y bailando y con el batey entero atrás.

Regresamos el sábado, cansados de recorrer los pueblos y los bateyes de la llanura, cansados ya de tanto ron, de tanto **merengue**, de tanta fiesta. Seguimos la antigua costumbre y quemamos el **juiff**, y bebimos las cenizas de los trapos mezclados en agua y azúcar. De todas mis semanas, ésa fue la más feliz.

—¿La más feliz?

Si. Porque de algún modo (como diría el Habanero) Guanamacaca era, a pesar de toda la miseria, mi pedazo de cielo, y nunca fui más feliz que en aquellas noches con Leonie, junto a la hoguera de Tiguá, bajo los árboles de la llanura escuchándolo contar historias del país viejo, escuchándolo hablar del manco Makandal, del modo que había metido tres pañuelos en su vaso, sacándolos luego uno a uno, primero el amarillo, después el blanco, y al final el negro, la raza que mandaría en **Saint Domingue**, y así había sido, y así sería alguna vez en todo el mundo, y entonces yo besaría a Leonie, y Maurice se pondría a tocar la filarmónica y Pedro Maní a soplar el caracol y empezaría de nuevo el baile y el canto hasta que el día nos agarrara en otro batey y empezáramos la fiesta.

«La más feliz», digo y ahora me siento en la línea del tren y me pongo los calcetines y las botas: no voy a entrar descalzo a Guanamacaca: dos kilómetros y alguien me puede ver.

Aprovecho y me descuelgo la mochila: pesa más que otras veces: traigo muchas cosas: regalos para Tiguá y para los viejos de los barracones, que son tan influyentes. También aprovecho y enciendo un cigarro y de pronto pienso que he comprado esas cosas porque tengo miedo. Yo con miedo. Me da rabia. Yo soy un tipo duro. Un hombre hecho a sangre y fuego. Un pichón de haitiano marxistaleninista. Mentira. Le tengo miedo, a Guanamacaca, miedo a

inaugurar la escuela y que no vaya nadie, miedo al fracaso, a que no me quieran ver por lo de Aristón y me tiren los regalos a la cara. A esta cara mía. Ahora no soy más que un pobre maestro con cara de zombie y tengo miedo. Y no es solamente a Guanamaca: le tengo miedo a todo; a los tiros, a los oficiales, a los libros, a los médicos, a los hospitales; le tengo miedo a las mujeres, a los niños que se me quedan mirando, soy igual que mi padre, un haitiano desgraciado y sin suerte, un haitiano de mierda.

—Si no te alzas conmigo, te mato —me había dicho una noche Aristón y también había sentido miedo—. Oggún dice que tengo que pelear para encender la tierra, que tengo que pelear al lado tuyo, que tú eres mi resguardo y las balas no me van a hacer nada si tú estás delante. A ti tampoco. Me lo dijo Oggún y a Tiguá le dijo lo mismo. Pelea o te mato. Escoge.

Y por miedo había dejado a Leonie y había seguido a Aristón a las montañas de Oriente. Esta vez no íbamos a recoger café: íbamos a la guerra porque Oggún lo había mandado, a pelear contra los tanques y los cañones de Batista que se veían pasar por la carretera; íbamos a pelear contra los aeroplanos, contra los barcos y contra el ejército, nosotros que hacía mucho tiempo que no nos metíamos en las cosas de los blancos.

Aspirina, el hijo de Maurice, conocía el camino. Los del batey le decían así porque siempre andaba comprando aspirina en la farmacia de la administración; no se le quitaba el dolor de cabeza, de niño lo había pateado un caballo, cuando los trajines de la repatriación. A pesar de eso era un tipo muy despierto y Maurice le había enseñado a hablar como los blancos de la oficina del ingenio. Le gustaba perderse de Guanamaca y vagar por ahí, días y días, y un hombre de otro lugar le había dicho:

«Mira, en esas lomas de allá están los Rebeldes», y tratándose de Oggún, de cumplir su voluntad, había que unirse a ellos. Yo me pasé toda la tarde con Leonie. Fuimos al cañaveral pero no pude hacer nada, nada más que oírle asegurar que me esperaba toda la vida, y yo callado. Nos marchamos a la noche. Tiguá dijo que el alma de Toussaint Louverture se iba con nosotros y nos dio dulces para que se los ofreciéramos a Papá Lebba, el dueño de los caminos. Nos despedimos: «Adiós, Leonie. Adiós, Pascasio. Adiós, **houngan** Tiguá.»

Salió el sol cuando ya habíamos atravesado el llano y Aristón le cantó al sol. Aristón le cantaba a los árboles, a la lluvia y a todo; se sabía muchas canciones que había inventado Adelaide y él las había aprendido sin darse cuenta y siempre andaba cantándolas.

Pronto entramos en las fincas de las lomas, al pie de las sierras donde crecían los cafetales y por allí sí había soldados. Aristón tenía puesta la indumentaria del rural y a mí me daba miedo que nos pararan. Yo le decía que por lo menos se quitara el sombrero, pero él contestaba que estando yo a su lado no podía acercarse la desgracia, además llevaba colgados al cinto los pañuelos mágicos de Adelaide. «No, Pedro Limón, no puede pasarnos nada.» Y era cierto: cuando el aeroplano nos vio y Aristón sacó su paraguayo y le gritó que se atreviera a bajar si era guapo, que le iba a desmochar las alas, cuando dio la vuelta y voló bajito disparando muchos tiros y yo me tiré al arroyo oyendo los insultos de Aristón, cuando volvió a pasar y saltó la bomba y no sonaba ningún ruido como decían que hacía y salí del agua y lo vi a él agachado, tratando de desenterrarla, me di cuenta de que era cierto, que Aristón y Tiguá tenían razón y entonces tuve menos miedo porque seguramente Oggún también me protegería.

Aspirina no apareció y nos costó trabajo encontrar a los Rebeldes. Al principio no querían aceptarnos. Pero Aristón había subido cargado con la bomba y al final eso valió.

Pedro Limón se incorpora y se asegura la mochila. Mira el humo de la chimenea del ingenio. Permanece mirándolo un rato. Ahora le da la espalda, bota el cigarro, se toca la cara y marca el paso hacia la isla de palmas en medio del cañaveral.

Detrás de esas palmas está Guanamacá, piensa.

Pascasio había querido que al pasar por el batey de la administración fuera (aunque fuera un momento) a ver a Leonie (se va a poner de lo más contenta) y le había dado las señas de la casa (nueva y pintada de azul añil).

Pero él había escogido el camino de la línea, el camino largo que bordea el batey, otra vez el miedo, su cara frente a la de Leonie, así tan de repente, su cara reparada a cuchilla y a pellejo de nalga, la mirada compasiva en el mejor

de los casos, la desconfianza del niño, apenas seis años, un hijo de seis años, que te parece, Pedro Limón, como nos ponemos viejos, lo rápido que se va la vida, sí.

—A mí no hay quien me mate —decía Aristón, transfigurado por el espíritu de Oggún. Era curioso verlo combatir: antes del primer disparo, mientras vigilábamos el cruce de las tanquetas y los camiones de soldados, Oggún tomaba posesión de él, se le metía adentro silencioso como una culebra. Aristón no se daba cuenta, se dejaba tragar sin hacer un movimiento y la carne se le ponía escamosa y fría y cenicienta y los ojos como los de los bueyes muertos en las crecidas, el dios asomado a su mirada y a su piel, Oggún Ferrai.

Mucho después, cuando ya no nos mudábamos tanto de campamento y yo aprendí a leer. El Habanero cerró el libro, encendió su tabaco y se puso a hablar de los dioses, de Aristón, de Tiguá, de Haití, de Guanamaca. Hablaba de ellos como si los conociera de siempre, como si hubiera estado allí, en el medio del batey o en las montañas del país viejo. Esa noche no dormimos, la pasamos casi al raso bajo las ramas de un árbol de la cañada y él hablando y hablando mientras las estrellas se movían por el cielo, explicándome todo con muchos detalles y mucha paciencia, como cuando me enseñaba a leer y nunca he oído a nadie explicar tan bien las cosas, no, nadie las machacaba tanto para metérselas en la cabeza a uno y me dijo que se alegraba que ya yo hubiera escogido camino y que después de la guerra iban a hacer falta gentes como yo y fue entonces cuando soltó aquello de estudiar para maestro y entendí mejor por qué aquel día se negó a escribir todo lo que le había sucedido a Aristón.

Pero ahora estábamos al comienzo de la guerra y yo no soñaba con leer y la disciplina era muy recia y los jefes se pasaban el día diciendo que había que mantener alta la moral.

Yo no tenía problemas, me acordaba de cada una de las palabras de El Habanero sobre el reglamento. Aristón, sí: lo habían subido a cabo tres veces y tres veces se había quedado sin galones. «Es una lástima que no tenga cabeza, un hombre tan fuerte y tan cojonudo», decía El Habanero. Aunque en un final a Aristón le daba lo mismo. Lo único que le importaba era pelear.

Pelear y matar.

Aquella madrugada El Habanero me sacó de la hamaca y luego despertó a Aristón. Todavía faltaba para que aclarara. Tomamos café con otros hombres y recibimos la orden: había noticias de que nos tendían un cerco y era preciso estar seguros, si era cierto tendríamos que levantar el campamento, irnos más arriba, a las cumbres de los picos. El Habanero nos dividió en dos patrullas. Aristón y yo y El Rubio, un estudiante de Manzanillo, reconoceríamos el norte. Yo iba delante: Aristón no se orientaba bien y El Rubio era bastante nuevo. Al rato llegó el día y a Aristón le dio por cantar, y no había quien lo callara. El Rubio se puso nervioso, quería taponarle la boca. Yo saqué un mango verde del bolsillo y se lo di a Aristón. Eso lo calló. Pero no terminó de comérselo. Se quedó quieto oliendo las hilachas pegadas a la semilla y cuando levantó la vista ya no era Aristón quien nos miraba y yo supe que Oggún, por arriba del mango, había olido los hierros de la guerra y ahora una ráfaga larga restallaba en los pedruscos y tumbaba al Rubio y enfurecía a Aristón.

Los tiros no duraron mucho, aunque matamos a tres hombres.

El último lo mató Aristón con el paraguayo, porque ya no teníamos parque. Me agaché junto al Rubio y estaba muerto y de pronto empezaron a caer y a reventar morterazos como guanábanas maduras; y hubo que dejarles al Rubio y coger por el monte.

No huíamos. O mejor: yo huía y él no.

Porque Aristón no sabía lo que era huir: Oggún le habría avisado que la pelea era a distancia, que ya no podría matar y esa clase de guerra no le interesaba.

Yo sí tenía miedo y huía; huyo.

Y ahora regresamos sudando por entre el diente de perro y los bejucos. Al campamento.

Y miro hacia atrás y no veo a Aristón apartando las ramas que yo he apartado primero: sólo veo el filo de la línea relumbrando con la tarde, junto a las cañas tronchadas, las cañas que endulzan el aire de Guanamacá. Y a lo lejos, al frente, hay un viejo que hace signos con una vara retorcida y unas mujeres y unos niños y me esperan y va a ser algo así como otra guerra pero ya no tengo miedo.

Lo del cerco era verdad y había que salir de allí, replegarnos a las nubes. Aristón todavía caminaba con el dios adentro, quizá porque se había quedado con ganas de combatir y pisaba duro, como marchan los niños cuando juegan a los soldados, muy derecho y muy digno y llevando al hombro el paraguayo y terciado al pecho el fusil. Yo busqué al Habanero para darle el parte; estaba con otro hombre, uno del llano que iba y venía con recados por los campamentos.

—Yo no sé lo que pasó. Creo que nos encontramos con una patrulla de ellos —dije y le conté del tiroteo, del aguacero de morterazos, de lo del Rubio.

Hay gentes que no deben hablar, que no deben abrir la boca porque lo único que hacen es ofender. Y el hombre del llano era de éstos.

—Lo que pasó es que ustedes son un par de negros pendejos, un par de maricones que se cagan en cuanto oyen un tiro. Si yo tuviera mando los fusilaba ahora mismo...

No pudo seguir hablando: Aristón levantó el paraguayo y le abrió la cabeza de un golpe, justo por el medio, de arriba abajo, como si hubiera sido una papaya.

De eso murió el hombre del llano. Enseguida.

El juicio también fue rápido.

A la noche teníamos que dejar el campamento.

Aristón estaba allí, de pie, rodeado por la tropa silenciosa.

Los jefes estaban allá, sentados en las cajas de rifles que nos habían llegado la otra semana, todos muy serios y hablando bajito.

No se defendió: se puso a mover la cabeza igual que un caballo y a decir que no se acordaba de nada, que le daba mucha pena y que no lo haría más y de ahí nadie lo sacó. Y como El Habanero era el tribunal, fui yo quien tuvo que contar los hechos y lo de Tiguá y lo de Oggún.

Cuando el capitán dijo la sentencia, se le cortó un poco la voz. Luego explicó muy bien, como siempre hacían ellos, por qué las cosas tenían que suceder así. Pero, nadie quiso ser del pelotón, nadie.

Entonces Aristón alzó la cabeza, se sonrió y pidió permiso para escoger a los hombres y yo fui el primero. «Pedro Limón», dijo y nombró a los demás.

—No te ocupes —me decía mientras le amarraban las manos—. Si tú estás conmigo no me puede pasar nada.

Caminamos por el trillo del excusado, más al fondo estaba la ceiba. Cada tres o cuatro pasos él volvía la cabeza y me hablaba del susto que se iban a llevar la gente cuando Oggún hiciera el milagro. Al fin llegamos al árbol. Se dejó vendar los ojos y colocar de espaldas al tronco. Los del pelotón formamos en hilera, a unas doce varas. «¡Carguen!», gritó El Habanero y yo palanqué mi San Cristóbal. Aristón estaba como todos los días, alegre, con su sombrero de rural, las alas prendidas por las medallas de la virgen que le quitaba a los muertos, atravesadas en las pasas largas y sucias de tierra; lo miré bien para llevármelo de memoria, por si acaso Oggún lo transformaba en lechuza o algo parecido; y vi que usaba dos collares de semillas y yo siempre había creído que eran más, y los colores de los pañuelos de Adelaide eran blanco, negro y amarillo y tuve que fijarme mucho porque estaban rotos y desteñidos; y le volví a mirar la cara y ya se le había puesto gris y seguro que Oggún había bajado con el ruido de las armas y ahora vendría lo bueno.

—¡Apunten...!

—¡Yo soy Oggún Ferrai! ¡Nadie me puede matar con Pedro Limón delante!

—¡Fuego!

Rebotó contra la ceiba. Hizo un ruido como de tos y largó un buche de sangre. Luego resbaló despacio por el tronco; suspiró y se hundió en los matorrales. El Habanero caminó hasta la ceiba con la pistola en la mano. Se inclinó. No sé si fue un jubo o un majá, pero bajo el humo del disparo, un latigazo de ceniza corrió por entre las piedras y se perdió monte arriba. No era idea mía, todos nos quedamos mirando a lo alto de la ladera.

Al otro día, después de arreglar el nuevo campamento, le pedí al Habanero que me hiciera una carta, que le escribiera a Maurice para que allá supieran lo que le había pasado a Aristón, que lo contara bien claro, como él sabía decir las cosas. Pero El Habanero no quiso poner nada de la culebra. No quiso, él que explicaba todo con tantos detalles. Sólo me miró fijo, mucho rato y luego empezó a escribir y sin alzar la cabeza me dijo que me retirara, que me retirara y que me decidiera, porque en la vida los hombres siempre habían tenido que escoger entre la tierra y el cielo y para mi ya era la hora.

ANTONIO BENÍTEZ ROJO

Estatuas sepultadas

Aquel verano —cómo olvidarlo— después de las lecciones de don Jorge y a petición de Honorata, íbamos a cazar mariposas por los jardines de nuestra mansión, en lo alto del Vedado. Aurelio y yo la complacíamos porque cojeaba del pie izquierdo y era la de menor edad (en marzo había cumplido los quince años); pero nos hacíamos de rogar para verla hacer pucheros y retorcerse las trenzas; aunque en el fondo nos gustaba sortear el cuerno de caza, junto al palomar desierto, vagar por entre las estatuas con las redes listas siguiendo los senderos del parque japonés, escalonados y llenos de imprevistos bajo la hierba salvaje que se extendía hasta la casa.

La hierba constituía nuestro mayor peligro. Hacía años que asaltaba la verja del suroeste, la que daba al río Almendares, al lado más húmedo y que la excitaba a proliferar, se había prendido a los terrenos a cargo de tía Esther, y, pese a todos sus esfuerzos y los de la pobre Honorata, ya batía los ventanales de la biblioteca y las persianas francesas del salón de música. Como aquello afectaba la seguridad de la casa y era asunto de mamá, irreductibles y sonoras discusiones remataban las comidas; y había veces que mamá, que se ponía muy nerviosa cuando no estaba alcoholizada, se llevaba la mano a la cabeza en ademán de jaqueca y rompía a llorar de repente, amenazando, entre sollozos, con desertar de la casa, con cederle al enemigo su parte del condominio, si tía Esther no arrancaba (siempre en un plazo brevísimo) la hierba que sepultaba los portales y que muy bien podía ser un arma para forzar el sitio.

—Si rezaras menos y trabajaras más... —decía mamá, amontonando los platos.

—Y tú soltaras la botella... —ripostaba tía Esther.

Afortunadamente don Jorge nunca tomaba partido; se retiraba en silencio con su cara larga y gris, doblando la servilleta, evitando inmiscuirse en la discordia familiar. Y no es que para nosotros don Jorge fuera un extraño, a fin de cuentas era el padre de Aurelio (se había casado con la hermana intercalada entre mamá y tía Esther, la hermana cuyo nombre ya nadie pronunciaba); pero, de una u otra forma, no era de nuestra sangre y lo tratábamos de usted, sin llamarlo tío. Con Aurelio era distinto; cuando nadie nos veía lo cogíamos de las manos, como si fuéramos novios; y justamente aquel verano debía de escoger entre nosotros dos, pues el tiempo iba pasando y ya no éramos niños. Todas le queríamos a Aurelio, por su porte, por sus vivos ojos negros, y sobre todo por aquel modo especial de sonreír. En la mesa las mayores porciones eran para él, y si el tufo de mamá se percibía por arriba del olor de la comida, uno podía apostar que cuando Aurelio alargara el plato ella le serviría despacio, su mano izquierda aprisionando la de él contra los bordes descascarados. Tía Esther tampoco perdía prenda, y con la misma aplicación con que rezaba el rosario buscaba la pierna de Aurelio por debajo del mantel, y se quitaba el zapato. Así eran las comidas. Claro que él se dejaba querer, y si vivía con don Jorge en los cuartos de la antigua servidumbre, separado de nosotras, era porque así lo estipulaba el Código; tanto mamá como tía Esther le hubieran dado habitaciones en cualquiera de las plantas y él lo hubiera agradecido, y nosotras encantadas de tenerlo tan cerca, de sentirlo más nuestro en las noches de tormenta, con aquellos fulgores y la casa sitiada.

Al documento que delimitaba las funciones de cada cual y establecía los deberes y castigos, le llamábamos, simplemente, el Código; y había sido suscrito en vida del abuelo por sus tres hijas y esposos. En él se recogían los mandatos patriarcales, y aunque había que adaptar lo a las nuevas circunstancias, era la médula de nuestra resistencia y nos guiábamos por él. Seré somera en su detalle:

A don Jorge se le reconocía como usufructuario permanente y gratuito del inmueble y miembro del Consejo de Familia. Debía ocuparse del

avituallamiento, de la inteligencia militar, de administrar los recursos, de impartir la educación y promover la cultura (había sido Subsecretario de Educación en tiempo de Laredo Brú), de las reparaciones eléctricas y de la albañilería, y de cultivar las tierras situadas junto al muro del nordeste, que daba a la casona de los Enríquez, convertida en una politécnica desde finales del sesentitrés.

A tía Esther le tocaba el cuidado de los jardines (incluyendo el parque), la atención a los animales de cría, la agitación política, las reparaciones hidráulicas y de plomería, la organización de actos religiosos, y el lavado, planchado y zurcido de la ropa.

Se le asignaba a mamá la limpieza de los pisos y muebles, la elaboración de planes defensivos, las reparaciones de carpintería, la pintura de techos y paredes, el ejercicio de la medicina, así como la preparación de alimentos y otras labores conexas, que era en lo que invertía más tiempo.

En cuanto a nosotros, los primos, ayudábamos en los quehaceres de la mañana y escuchábamos de tarde las lecciones de don Jorge; el resto de la jornada lo dedicábamos al esparcimiento; por supuesto, al igual que a los demás se nos prohibía franquear los límites del legado. Otra cosa era la muerte.

La muerte moral, se entiende; la muerte exterior del otro lado de la verja. Oprobioso camino que había seguido la mitad de la familia en los nueve años que ya duraba el asedio.

El caso es que aquel verano cazábamos mariposas. Venían del río volando sobre la hierba florida, deteniéndose en los pétalos, en los hombros quietos de cualquier estatua. Decía Honorata que alegraban el ambiente, que lo perfumaban —siempre tan imaginativa la pobre Honorata—; pero a mí me inquietaba que vinieran de afuera y —como mamá— opinaba que era una arma secreta que aún no comprendíamos, quizá por eso gustaba de cazarlas. Aunque a veces me sorprendían y huían apartando la hierba, pensando que me tomarían del cabello, de la falda —como en el grabado que colgaba en el cuarto de Aurelio—, y me llevarían sobre la verja atravesando el río.

A las mariposas las cogíamos con redes de viejos mosquiteros y las metíamos en frascos de conservas que nos suministraba mamá. Luego, al anochecer, nos congregábamos en la sala de estudio para el concurso de

belleza, que podía durar horas, pues cenábamos tarde. A la más bella la sacábamos del frasco, le vaciábamos el vientre y la pegábamos en el álbum que nos había dado don Jorge; a las sobrantes, de acuerdo con una sugerencia mía para prolongar el juego, le desprendíamos las alas y organizábamos carreras, apostando pellizcos y caricias que no estuvieran sancionadas. Finalmente las echábamos al inodoro y Honorata, trémula y con los ojos húmedos, manipulaba la palanca que originaba el barboteo, los rumores profundos que se las llevaban en remolino.

Después de la comida, después del alegato de tía Esther contra las razones de mamá, que se iba a la cocina con el irrevocable propósito de abandonar la casa en cuanto fregara la loza, nos reuníamos en el salón de música para escuchar el piano de tía Esther, sus himnos en la penumbra del único candelabro. Don Jorge nos había enseñado algo en el violín, y aún se le mantenían las cuerdas; pero por falta de afinación, no era posible concertarlo con el piano y preferíamos no sacarlo del estuche. Otras veces, cuando tía Esther se indisponía o mamá le reprochaba el atraso en la costura, leíamos en voz alta las sugerencias de don Jorge, y como sentía una gran admiración por la cultura alemana, las horas se nos iban musitando estrofas de Goethe, Hölderlin, Novalis, Heine. Poco. Muy poco; sólo en las noches de lluvia, en que se anegaba la casa, y en alguna otra ocasión especialísima, repasábamos la colección de mariposas, el misterio de sus alas llegándonos muy hondo, las alas cargadas de signos de más allá de las lanzas, del muro enconado de botellas; y nosotros allí, bajo las velas y en silencio, unidos en una sombra que disimulaba la humedad de la pared, las pestañas esquivas y las manos sueltas, sabiendo que sentíamos lo mismo, que nos habíamos encontrado en lo profundo de un sueño, pastoso y verde como el río desde la verja; y luego aquel techo abombado y cayéndose en pedazos, empolvándonos el pelo, los más íntimos gestos. Y las coleccionábamos.

La satisfacción mayor era imaginarme que al final del verano Aurelio ya estaría conmigo. «Un párroco disfrazado os casará tras la verja», decía don Jorge, circunspecto, cuando tía Esther y Honorata andaban por otro lado. Yo no dejaba de pensar en ello; diría que hasta me confortaba en la interminable sesión de la mañana: el deterioro de mamá iba en aumento (aparte de cocinar, y siempre se le hacía tarde, apenas podía con la loza y los cubiertos) y era yo

la que baldeaba el piso, la que sacudía los astrosos forros de los muebles, los maltrechos asientos. Quizá sea una generalización peligrosa, pero de algún modo Aurelio nos sostenía a todas, su cariño nos ayudaba a resistir. Claro que en mamá y tía Esther coincidían otros matices; pero cómo explicar sus devaneos gastronómicos, los excepcionales cuidados en los catarros fugaces y rarísimos dolores de cabeza, los esfuerzos prodigiosos por verlo fuerte, acicalado, contento... Hasta don Jorge, siempre tan discreto, a veces se ponía como una gallina clueca. Y de Honorata ni hablar; tan optimista la pobre, tan fuera de la realidad, como si no fuera coja. Y es que Aurelio era nuestra esperanza, nuestro dulce bocado de ilusión; y era él quien nos hacía permanecer serenas dentro de aquellos hierros herrumbrosos, tan hostigados desde fuera.

—¡Qué mariposa más bella! —dijo Honorata en aquel crepúsculo, hace apenas un verano, Aurelio y yo marchábamos delante, de regreso a la casa, él abriéndome el paso con el asta de la red. Nos volvimos: la cara pecosa de Honorata saltaba sobre la hierba como si la halaran por las trenzas, más arriba, junto a la copa del flamboyán que abría el sendero de estatuas, revoloteaba una mariposa dorada.

Aurelio se detuvo. Con un gesto amplio nos tendió en la hierba. Avanzó lentamente, la red en alto, el brazo izquierdo extendido a la altura del hombro, deslizándose sobre la maleza. La mariposa descendía abriendo sus enormes alas, desafiante, hasta ponerse casi al alcance de Aurelio; pero más allá del flamboyán, internándose en la galería de estatuas. Desaparecieron.

Cuando Aurelio regresó era de noche; ya habíamos elegido a la reina y la estábamos preparando para darle la sorpresa: Pero vino serio y sudoroso diciendo que se le había escapado, que había estado a punto de cogerla encaramándose en la verja; y pese a nuestra insistencia no quiso quedarse a los juegos.

Yo me quedé preocupada. Me parecía estarlo viendo allá arriba, casi del otro lado, la red colgando sobre el camino del río y él a un paso de saltar. Me acuerdo, que le aseguré a Honorata que la mariposa era un señuelo; que había que subir la guardia.

El otro día fue memorable. Desde el amanecer los de afuera estaban muy exaltados: expulsaban cañonazos y sus aviones grises dejaban rastros en el

cielo; más abajo, los helicópteros en triangulares formaciones encrespaban el río, el río color puré de chícharos, y la hierba. No había duda de que celebraban algo, quizá una nueva victoria; y nosotros incomunicados. No es que careciéramos de radios, pero ya hacía años que no pagábamos el fluido eléctrico y las pilas del Zenith de tía Esther se habían vuelto pegajosas y olían al remedio chino que atesoraba mamá en lo último del botiquín. Tampoco nos servía el teléfono, ni recibíamos periódicos, ni abríamos las cartas que supuestos amigos y traidores familiares nos enviaban desde afuera. Estábamos incomunicados. Es cierto que don Jorge traficaba por la verja, de otra manera no hubiéramos subsistido; pero lo hacía de noche y no estaba permitido presenciar la compraventa, incluso hacer preguntas sobre el tema. Aunque una vez, que tenía fiebre alta y Honorata lo cuidaba, dio a entender que la causa no estaba totalmente perdida, que organizaciones de fama se preocupaban porque aún resistían.

Al atardecer, después que concluyeron los aplausos patrióticos de los de la politécnica, los cantos marciales por arriba del muro de vidrios anaranjados y que enloquecían a mamá a pesar de los tapones y compresas, descolgamos el cuerno de la panoplia —don Jorge había declarado asueto— y nos fuimos en busca de mariposas. Caminábamos despacio, Aurelio con el ceño fruncido. Desde la mañana había estado recogiendo coles junto al muro y escuchado de cerca el clamor de los cantos sin la debida protección, los febriles e ininteligibles discursos del mediodía. Parecía afectado Aurelio: rechazó los resultados del sorteo, arrebatándole a Honorata el derecho de distribuir los cotos y llevar el cuerno de caza. Nos separamos en silencio, sin las bromas de otras veces, pues siempre se habían respetado las reglas establecidas.

Yo hacía rato que vagaba a lo largo del sendero de la verja haciendo tiempo hasta el crepúsculo, el frasco lleno de alas amarillas, cuando sentí que una cosa se me enredaba en el pelo. De momento pensé que era el tul de la red, pero al alzar la mano izquierda, mis dedos rozaron algo de más cuerpo, como un pedazo de seda que se alejó tras chocar con mi muñeca. Yo me volví de repente y la vi detenida en el aire, la mariposa dorada frente a mis ojos, sus alas abriéndose y cerrándose casi a la altura de mi cuello y yo sola y de espaldas a la verja. Al principio pude contener el pánico: empuñé el asta y descargué un golpe; pero ella lo esquivó ladeándose a la derecha. Traté de

tranquilizarme, de no pensar en el grabado de Aurelio, y despacio caminé hacia atrás. Poco a poco alcé los brazos sin quitarle la vista, tomé puntería; pero la manga de tul se enganchó en un hierro y volví a fallar el golpe. Esta vez la vara se me había caído en el follaje del sendero. El corazón me sofocaba. La mariposa dibujó un círculo y me atacó a la garganta. Apenas tuve tiempo de gritar y de arrojarme a la hierba. Un escozor me llevó la mano al pecho y la retiré con sangre. Había caído sobre el aro de hojalata que sujetaba la red y me había herido el seno. Esperé unos minutos y me volví boca arriba, jadeante. Había desaparecido. La hierba se alzaba alrededor de mi cuerpo, me protegía como a la Venus derribada de su pedestal, que Honorata había descubierto en el profundo del parque, y yo tendida, inmóvil como ella, mirando el crepúsculo concienzudamente, y de pronto los ojos de Aurelio contra el cielo y yo mirándolos quieta, viéndolos recorrer mi cuerpo casi sepultado y detenerse en mi seno, y luego bajar por entre los tallos vencidome en la lucha, entornarse en el beso largo y doloroso que estremeció la hierba. Después el despertar inexplicable: Aurelio sobre mi cuerpo, aun tapándome la boca a pesar de las mordidas, las estrellas por encima de su frente, señalada por mis uñas.

Regresamos. Yo sin hablar, desilusionada.

Honorata lo había visto todo desde las ramas del flamboyán.

Antes de entrar al comedor acordamos guardar el secreto.

No sé si sería por las miradas de mamá y tía Esther detrás del humo de la sopa o por los suspiros nocturnos de Honorata, revolviéndose en las sábanas, pero amaneció y yo me di cuenta de que ya no quería tanto a Aurelio, que no lo necesitaba, ni a él ni a la cosa asquerosa, y juré no hacerlo más hasta la noche de bodas.

La mañana se me hizo más larga que nunca y acabé extenuada. En la mesa le pasé a Honorata mi porción de coles (nosotras siempre tan hambrientas) y a Aurelio le miré fríamente cuando comentaba con mamá que un gato de la politécnica le había mordido la mano, le había arañado la cara y desaparecido tras el muro. Luego vino la clase de Lógica. Apenas atendí a don Jorge a pesar de las palabras: «ferio», y «festino», «barroco», y otras más.

—Estoy muy cansada... Me duele la espalda —le dije a Honorata después de la lección, cuando propuso cazar mariposas.

—Anda... No seas mala —insistía ella.

—No.

—¿No será que tienes miedo? —dijo Aurelio.

—No. No tengo miedo.

—¿Seguro?

—Seguro. Pero no voy a hacerlo más.

—¿Cazar mariposas?

—Cazar mariposas y lo otro. No voy a hacerlo más.

—Pues si no van los dos juntos, le cuento a mamá —chilló Honorata sorpresivamente, con las mejillas encendidas.

—Yo no tengo reparos —dijo Aurelio sonriendo, agarrándome del brazo. Y volviéndose a Honorata, sin esperar la respuesta, le dijo—: Trae las redes y los pomos. Te esperamos, en el palomar.

Yo me sentía confusa, ofendida; pero cuando vi alejarse a Honorata, cojeando que daba lástima, tuve una revelación y lo comprendí todo de golpe. Dejé que Aurelio me rodeara la cintura y salimos de la casa.

Caminábamos en silencio, sumergidos en la hierba tibia, y yo pensaba que a Aurelio también le tenía lástima, que yo era la más fuerte de los tres y quizá de toda la casa. Curioso, yo tan joven, sin cumplir los diecisiete, y más fuerte que mamá con su alcoholismo progresivo, que tía Esther colgada de su rosario. Y de pronto Aurelio. Aurelio el más débil de todos; aún más débil que don Jorge, que Honorata; y ahora sonreía de medio lado, groseramente, apretándome la cintura como si me hubiera vencido, sin darse cuenta, el pobre, de que solo yo podía salvarlo, a él y a toda la casa.

—¿Nos quedamos aquí? —dijo deteniéndose—. Creo que es el mismo lugar de ayer. —Y me guiñaba los ojos.

Yo asentí y me acosté en la hierba. Noté que me subía la falda, que me besaba los muslos; y yo como la diosa, fría y quieta, dejándolo hacer para tranquilizar a Honorata, para que no fuera con el chisme que levantaría la envidia, ellas tan insatisfechas y la guerra que llevábamos.

—Córranse un poco más a la derecha, no veo bien —gritó Honorata, cabalgando una rama.

Aurelio no le hizo caso y me desabotonó la blusa.

Oscureció y regresamos, Honorata llevando las redes y yo los pomos vacíos.

—¿Me quieres? —dijo él mientras me quitaba del pelo una hoja seca.

—Sí, pero no quiero casarme. Quizá para el otro verano.

—Y..., ¿lo seguirás haciendo?

—Bueno —dije un poco asombrada—. Con tal que nadie se entere...

—En ese caso me da igual. Aunque la hierba se cuele por todos lados, le da a uno picazón.

Esa noche Aurelio anunció en la mesa que no se casaría aquel año, que aplazaba su decisión para el próximo verano. Mamá y tía Esther suspiraron aliviadas: don Jorge apenas alzó la cabeza.

Pasaron dos semanas, él con la ilusión de que me poseía. Yo me acomodaba en la hierba con los brazos por detrás de la nuca, como la estatua, y me dejaba palpar sin que me doliera la afrenta. Con los días perfeccioné un estilo rígido que avivaba sus deseos, que lo hacía depender de mí. Una tarde paseábamos por el lado del río, mientras Honorata cazaba por entre las estatuas. Habían comenzado las lluvias y las flores, mojadas en el mediodía, se nos pegaban a la ropa. Hablábamos de cosas triviales: Aurelio me contaba que tía Esther lo había visitado de noche, en camisón, y en eso vimos la mariposa. Volaba al frente de un enjambre de colores corrientes; al reconocernos hizo unos caracoles y se posó en una lanza. Movía las alas sin despegarse del hierro, haciéndose la cansada, y Aurelio, poniéndose tenso, me soltó el talle para treparse a la verja. Pero esta vez la victoria fue mía; me tendí sin decir palabra, la falda a la altura de las caderas, y la situación fue controlada.

Esperábamos al hombre porque lo había dicho don Jorge después de la lección de Historia, que vendría a la noche, a eso de las nueve. Nos había abastecido durante años y se hacía llamar el Mohicano. Como era un experimentado y valioso combatiente —cosa inexplicable, pues le habían tomado la casa—, lo aceptamos como huésped tras dos horas de debates.

Ayudaría a tía Esther a exterminar la hierba, después cultivaría los terrenos del suroeste, los que daban al río.

—Creo que allí viene —dijo Honorata, pegando la cara a los hierros del portón. No había luna y usábamos el candelabro.

Nos acercamos a las cadenas que defendían el acceso, tía Esther rezando un apresurado rosario. El follaje se apartó y Aurelio iluminó una mano. Luego apareció una cara arrugada, inexpresiva.

—¿Santo y seña? —demandó don Jorge.

—Gillette y Adams —repuso el hombre con voz ahogada.

—Es lo convenido. Puede entrar.

—Pero..., ¿cómo?

—Súbase por los hierros, el cerrojo esta oxidado.

De repente un murmullo nos sorprendió a todos. No había duda de que al otro lado del portón el hombre hablaba con alguien. Nos miramos alarmados y fue mamá la que rompió el fuego.

—¿Con quién está hablando? —preguntó, saliendo de su sopor.

—Es que..., no vengo solo.

—¿Acaso lo han seguido? —dijo tía Esther, angustiada.

—No, no es eso. Es qué vine con..., alguien.

—¡Pero en nombre de Dios...! ¿Quién?

—Una joven..., casi una niña.

—Soy su hija —interrumpió una voz excepcionalmente clara.

Deliberamos largamente: mamá y yo nos opusimos; pero hubo tres votos a favor y una abstención de don Jorge.

Finalmente bajaron a nuestro lado.

Ella dijo que se llamaba Cecilia, y caminaba muy oronda por los senderos oscuros. Era de la edad de Honorata, pero mucho más bonita y sin fallos anatómicos. Tenía los ojos azules y el pelo de un rubio dorado, muy extraño; lo llevaba lacio y partido al medio; las puntas, vueltas hacia arriba, reflejaban la luz del candelabro. Cuando llegamos a la casa dijo que tenía mucho sueño, que se acostaba temprano, y agarrando una vela entró muy decidida en el cuarto de abuelo, al final del corredor, encerrándose por dentro como si lo conociera. El hombre —porque hoy sé que no era su padre— después de dar las buenas noches con mucha fatiga y apretándose el pecho, se fue con don

Jorge y Aurelio al pabellón de los criados, su tos oyéndose a cada paso. Nunca supimos cómo se llamaba realmente: ella se negó a revelar su nombre cuando al otro día don Jorge, que siempre madrugaba, lo encontró junto a la cama, muerto y sin identificación.

Al Mohicano lo enterramos por la tarde y cerca del pozo que daba a la politécnica, bajo una mata de mango. Don Jorge despidió el duelo llamándolo «nuestro Soldado Desconocido», y ella sacó desde atrás de la espalda un ramo de flores que le puso entre las manos. Después Aurelio comenzó a palear la tierra y yo lo ayudé a colocar la cruz que había fabricado don Jorge. Y todos regresamos con excepción de tía Esther, que se quedó rezando.

Por el camino noté que ella andaba de un modo raro: me recordaba a las bailarinas de ballet que había visto de niña en las funciones de Pro-Arte. Parecía muy interesada en las flores y se detenía para cogerlas y llevárselas a la cara. Aurelio iba sosteniendo a mamá, que se tambaleaba de un modo lamentable, pero no le quitaba los ojos de encima y sonreía estúpidamente cada vez que ella lo miraba. En la comida no probó bocado, alejó el plato como si le disgustara y luego se lo pasó a Honorata, que en retribución le celebró el peinado.

Por fin me decidí a hablarle.

—Qué tinte tan lindo tienes en el pelo. ¿Cómo lo conseguiste?

—¿Tinte? No es tinte, es natural.

—Pero es imposible... Nadie tiene el pelo de ese color.

—Yo lo tengo así —dijo sonriendo—. Me alegro que te guste.

—¿Me dejas verlo de cerca? —pregunté. En realidad no la creía.

—Sí, pero no me lo toques.

Yo alcé una vela y fui hasta su silla; me apoyé en el respaldar y miré su cabeza detenidamente: el color era parejo, no parecía ser teñido; aunque había algo artificial en aquellos hilos dorados. Parecía de seda fría. De pronto se me ocurrió que podía ser una peluca y le di un tirón con ambas manos. No sé si fue su alarido lo que me tumbó al suelo o el susto de verla saltar de aquel modo: el hecho es que me quedé perpleja, a los pies de mamá, viéndola correr por todo el comedor, tropezando con los muebles, coger por el corredor y trancarse en el cuarto del abuelo agarrándose la cabeza como si fuera a caérsele; y Aurelio y tía Esther haciéndose los consternados,

pegándose a la puerta para escuchar sus berridos, y mamá blandiendo una cuchara sin saber lo que pasaba, y para colmo, Honorata, aplaudiendo y parada en una silla. Por suerte don Jorge callaba.

Después de los balbuceos de mamá y el prolijo responso de tía Esther, me retiré dignamente y, rehusando la vela que Aurelio me alargaba, subí la escalera a tientas y con la frente alta.

Honorata entró en el cuarto y me hice la dormida para evitar discusiones. Por entre las pestañas vi como ponía sobre la cómoda el platico con la vela. Yo me volví de medio lado, para hacerle hueco; su sombra, resbalando por la pared; me recordaba los Juegos y Pasatiempos del **Tesoro de la Juventud**, que había negociado don Jorge hacía unos cuatro años. Cojeaba desmesuradamente la sombra de Honorata; iba de un lado a otro zafándose las trenzas, buscando en la gaveta de la ropa blanca. Ahora se acercaba a la cama, aumentando de talla, inclinándose sobre mí, tocándome una mano.

—Lucila. Lucila, despiértate.

Yo disimulé un bostezo y me puse boca arriba.

—¿Qué quieres? —dije malhumorada.

—¿Has visto como tienes las manos?

—No.

—¿No te las vas a mirar?

—No tengo nada en las manos —dije sin hacerle caso.

—Las tienes manchadas.

—Seguro que las tengo negras... Como le halé el pelo a ésa y le di un empujón a mamá.

—No las tienes negras, pero las tienes doradas —dijo Honorata furiosa.

Me miré las manos y era cierto; un polvo de oro me cubría las palmas, el lado interior de los dedos. Me enjuagué en la palangana y apagué la vela. Cuando Honorata se cansó de sus vagas conjeturas, pude cerrar los ojos. Me levanté tarde, atontada.

A Cecilia no la vi en el desayuno porque se había ido con tía Esther a ver qué hacían con la hierba. Mamá ya andaba borracha y Honorata se quedó conmigo para ayudarme en la limpieza; después haríamos el almuerzo. Ya habíamos acabado abajo y estábamos limpiando el cuarto de tía Esther, yo sacudiendo y Honorata con la escoba, cuando me dio la idea de mirar por la

ventana. Dejé de pasar el plumero y contemplé nuestro reino: a la izquierda y al frente, la verja, separándonos del río, las lanzas hundidas en la maleza; más cerca, a partir del flamboyán naranja, las cabezas de las estatuas, verdosas, como de ahogados, y las tablas grises del palomar japonés; a la derecha los cultivos, el pozo, y Aurelio agachado en la tierra, recogiendo mangos junto a la cruz diminuta; más allá el muro, las tejas de la politécnica y una bandera ondeando. «Quién se lo iba a decir a los Enríquez», pensaba. Y entonces la vi a ella. Volaba muy bajo, en dirección al pozo. A veces se perdía entre las flores y aparecía más adelante, reluciendo en la mañana como un delfín dorado. Ahora cambiaba de rumbo: iba hacia Aurelio, en línea recta; y de pronto era Cecilia, Cecilia salía por entre el macizo de adelfas, corriendo sobre la tierra roja, el pelo revoloteando al aire, flotando casi sobre su cabeza. Cecilia la que ahora hablaba con Aurelio, la que lo besaba antes de llevarlo de la mano por el sendero que atravesaba el parque.

Mandé a Honorata que hiciera el almuerzo y me tiré en la cama de tía Esther; todo me daba vueltas y tenía palpitaciones. Al rato alguien trató de abrir la puerta, insistentemente, pero yo estaba llorando y grité que me sentía mal, que me dejaran tranquila.

Cuando desperté era de noche y enseguida supe que algo había ocurrido. Sin zapatos me tiré de la cama y bajé la escalera; me adentré en el corredor sobresaltada, murmurando a cada paso que aún había una posibilidad, que no era demasiado tarde.

Estaban en la sala; alrededor de Honorata, don Jorge lloraba bajito en la punta del sofá; tía Esther arrodillada junto al candelabro, se viraba hacia mamá, que manoteaba en su butaca sin poderse enderezar; y yo inadvertida, recostada al marco de la puerta, al borde de la claridad, escuchando a Honorata, mirándola escenificar en medio de la alfombra, sintiéndome cada vez más débil; y ella ofreciendo detalles, precisas referencias de lo que había visto a la hora del crepúsculo por el camino del río, del otro lado de la verja. Y de repente el estallido: las plegarias de tía Esther, el delirio de mamá...

Yo me tapé los oídos y bajé la cabeza, con ganas de vomitar. Entonces escuché un alarido. Después alguien cayó sobre el candelabro y se hizo la oscuridad.

ANTONIO BENÍTEZ ROJO

La revelación

Por un hecho trascendental, una revelación, supo que aquel día, el día que comenzaba a cursar, sería el de su muerte. Qué voz poderosa, omnipresente, le indicó tan nefasta noticia, no lo sabemos; como tampoco sabemos, y no hay por qué ocultarlo, cómo la recibió y en qué condiciones de aflicción o de congoja la acogió. El caso es que, de una forma u otra, un poder superior, incontrastable, le había vaticinado que aquel día sería el de su muerte.

Él, al principio, había actuado con cierta incredulidad, con parsimonia que tal vez sería tomada de estúpida si no se le da el suficiente crédito al hecho de que aún no había tenido tiempo de aclarar sus ideas, que en tales momentos no habían madurado en su mente. Luego, cuando se levantó y se dirigía al baño y comenzó a tener la certeza de que no había tenido un sueño, de que todo era real y exacto, estuvo al punto de sobrecogerle el espanto y, al poco, empezó a sentir miedo. Pero, ¿por qué este temor? ¿A qué podía temer él? Pensaría que al menos podía tener la idea de que, entre todos los hombres, había sido escogido él, y únicamente él, para tomar posesión de un secreto terrible y descomunal. No, no era realmente cosa de todos los días.

Sentado, solitario, en el comedor, tomaba buchets de café caliente, y cavilaba sobre su muerte. Como poco a poco su cerebro iba configurando plenamente tal idea, su miedo seguía aumentando.

Comenzó a pasearse, nervioso, de un lado a otro de la habitación. Así, sin quererlo, su vista se posó en el reloj de pared. Francamente, nada le preocupaba, por ser domingo, y desde este momento consideró anuladas sus

citas y encuentros. Este día, el de su muerte, se le antojaba diferente y, por supuesto, lo era.

El sudor comenzó a surcar su frente; de aquí pasó a la espalda, al pecho, y pronto comenzó a sentir escalofríos que le recorrían todo el cuerpo. De pronto, perdió el apetito. Arrojó de sí, sobre la mesa, los restos del desayuno, barriendo migajas y tazas. Sin quererlo, su mano topó con el cuchillo del postre, lo que le causó una extraña impresión. Se dejó caer violentamente en la silla y con ambas manos se cubrió el rostro.

«Pero no, lo mejor es la calma, serenidad», se dijo. Y reaccionó súbitamente en sentido opuesto, dando alaridos impresionantes y derribando los objetos que hallaba a su paso. Se había enfurecido y de pronto se detuvo, comprendiendo que este furor no tenía objeto. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué absurda impresión le movía a actuar de aquella manera anárquica? Como no pudiera hallar una respuesta satisfactoria a esta pregunta, optó por dejarse caer de nuevo en la silla. Y en esta forma, en un nuevo acto estúpido, volvió a llevarse las manos a la cabeza. «Ordenar, ordenar —pensaba—, si esto me ha sucedido a mí, por algún motivo ha de ser.» ¡Pero por más que quería adivinar este motivo, nunca llegaba a descubrir el objeto.

En este punto, vio que era imposible coordinar los pensamientos. Todo aquel asunto anormal, horrible, le tenía ya medio muerto. Había temido a la muerte más o menos como todos los seres humanos; quizás menos, tal vez más, ¿cómo saberlo? Pero de su parte, cada vez que este problema se le había presentado, había preferido desechar una idea concreta sobre el mismo. Por eso, en este momento, sin comprender su objeto, podía en cambio comprender su horror. Él era un hombre entre millones, un ser bastante especificado por el común individual; sin embargo, un hecho trascendental, formidable, habíale sido deparado. ¿Cómo entender esto? Poco a poco dubitaba, juzgaba, pero bien pronto creía entender que su mente no podría llegar hasta el fin de aquello, que no llegaría nunca a descubrir nada de su temor.

Como comenzaba a pasar el tiempo, desesperaba. Se mesaba los cabellos y exclamaba: «Dios mío, ¿por qué a mí, por qué a mí?», como se hace siempre que le ocurren a uno cosas que están fuera de nuestra jurisdicción física y moral.

El hecho mismo de que le fuera revelado este acontecimiento desusado, le hacía ver que era imposible escaparse de él, evadirse de ello. Sentía la misma sensación de los que saben que dentro de poco van a ser fusilados y se niegan a saber la hora hasta el final; pero aquellos que van a morir ajusticiados, saben cómo y por qué van a morir; el criminal convicto sabe que va a expiar un crimen; el revolucionario muere por una causa. Pero él, en oposición a uno y otro caso, no había sido juzgado ni culpado de nada, no moría por un ideal, nada había hecho. Y quizás éste era un motivo abrumador: el que no hubiera hecho nada, absolutamente nada, y por *esto* se le consideraba culpable. Pero si éste hubiera sido el motivo, en la misma «revelación» habrían incluido el castigo y la sentencia. Nada de esto, en realidad, tenía validez alguna. Se le había enterado de su fin, por el solo hecho de enterarle, sin que fuera culpable ni inocente.

—Pero, ¿por qué, por qué? —exclamaba yendo de un lado a otro, sin decidirse a vestirse o a salir. ¿Iba a permanecer todo el día encerrado allí, esperando su terminación? Moriría ese mismo día. A medida que pasaban las horas sus pensamientos iban progresivamente de un miedo a otro, de un estado de angustia a uno de terror. Asomado a las ventanas, observaba a las gentes, en la calle, ignorantes de su tragedia. Ellos jamás compartirían su miedo, nunca le darían crédito, le creerían loco, huirían de sus palabras.

Se sentó con violencia en la silla y comenzó a sollozar sin consuelo. Sufría atrocemente. Su impotencia era tan grande que no lograba adelantar sus ideas, se había estancado de pronto.

A este estado de agitación siguió una calma, una espera muy semejante a la del primer instante. Como la mayoría de las personas, jamás había creído en su propia muerte, nunca le había dado el debido crédito al hecho. Era demasiado humillante pensar que desaparecería, que sería comido por los gusanos, que al cabo del tiempo nadie le recordaría. Ahora, restituida en parto su serenidad, podía pensar con cierta claridad.

Sus ideas sobre parecidos hechos habían siempre sido risibles, siempre algo cómicas. Reía ante cualquier manifestación de la muerte; rehuía las referencias y pensamientos a ella. Su objeto era desfigurar, deformizar el hecho desagradable de manera que el mismo se hiciera absurdo a su mentalidad y, por lo tanto, ilógico. De esta forma evitaba la idea del hambre,

de la miseria, de los sufrimientos atroces. La mentalidad común limita estos pensamientos, les echa de sí. ¿Hasta dónde podíamos decir que llega su error?

Si fuera un personaje conocido, popular, explotaría esta noticia en los periódicos y su vaticinio le crearía, después de muerto, fama legendaria. Pero siempre habría la duda de si su muerte había sido por suicidio o por accidente. ¿Pero quién va a suicidarse, quién va a explotar su muerte desde el otro mundo? De todas formas, creerían que había enloquecido. No, no es posible hacer creer a las gentes que no han tratado de engañarlas. Un hecho de mayor cuantía siempre despierta desconfianzas, recelos. Es imposible justificarse en vida y después de muerto nunca podría alegar una defensa aceptable y aún creíble. Vivo tomado como insustancial, muerto le creerían imbécil. Entonces, ¿cómo identificarse como un muerto auténtico, como un muerto impresionable, único, formidable, sin ataduras?

Tomó asiento y comenzó a escribir cartas a sus parientes. No les enteraba, sólo les dejaba entrever su situación. «Por un hecho incomprensible, he sido enterado de mi muerte... Muero hoy. No den crédito a rumores de suicidio.»

Estos papeles escuetos, como telegramas, no les indicarían a ellos que, por no disponer del tiempo suficiente, abreviaba lo que hacía, esperando que las horas le bastaran para hacer lo que pensaba.

Era bien sencillo: su muerte era inminente y él la acogía de una forma consustancial, casi macabra. «No dejo enemigos», había agregado, pero pensó que esta aclaración no era necesaria y, en verdad, no se adaptaba realmente a la realidad. Y hasta pensó en dar a sus palabras un acento un tanto más dramático, una punta de quejido, de protesta débil: «Sólo dejo cuitas, sinsabores; es cuanto me legó el destino.» ¿A qué hablar de ello, empero? ¿Quién iba a saber por qué se refería a estos hechos nimios, improbables? Acaso le creerían rencoroso, vano, irreal. «Siempre fue falso — dirían—, nunca dejó que lo comprendiéramos. Se obstinaba.» Dirían que se obstinaba, que se alejaba adrede, casi como si estuviese, siempre, planeando venganzas, castigando desaires.

Esta etapa fue terrible. Al fin, introdujo las cartas en los sobres y colocó en ellos las direcciones. Si se hubiera tratado de un bromista, habría hecho algo tremendo, que les haría reventar de risa, una gran broma colectiva; hacer

quedar en ridículo a todos aquellos que le habían injuriado de alguna forma; y después, negarlo todo. Para empezar, comenzaría a negarlo todo, hasta lo que sus ojos vieron; luego, ante la policía, ante el juez (en caso de que le llevaran ese mismo día ante el juez), ante los magistrados mismos, negarlo todo. Decidió evolucionar de modo que sus actos, por desusados, causaran el asombro y el pánico de aquellas señoras que hablaban tanto. Desnudarse y salir, dando alaridos; después, negarlo todo.

Pero este deseo inaudito de conflagrar pronto desapareció de su mente. La pesadez de sus miembros, ahora rígidos, lo mantenía en expectante espera. Ya no sentía miedo; ahora un estupor desconocido lo asaltó. Tenía la boca abierta y las manos dejadas sobre las rodillas; y así estuvo el suficiente tiempo como para pensar que se había vuelto estúpido.

En esta forma, llegó la noche. El desayuno mínimo había sido todo su alimento durante el día, pero desde aquel momento en que perdiera el apetito, no había vuelto a pensar más en ello. Le asaltó, de momento, el pensamiento de que moriría de noche. Allí, solo, abandonado, sin un amigo. Se imaginó a su compañero de trabajo, a quien había citado allí para la mañana siguiente, tocando en la puerta y, al no recibir respuesta, luego a la policía derribándola. Lo encontrarían allí, echado, muerto hacía rato. La cuestión era que no saldrían de su sorpresa; creerían de pronto que había sido asesinado.

Si fuera vengativo, haría de su muerte una venganza, dejando indicios que culparan a un enemigo terrible. Pero sin ser vengativo no tenía ningún enemigo al que pudiera considerar «terrible». Decididamente, no quería que creyeran que se había suicidado, pues él mismo nunca había pensado en suprimirse voluntariamente.

Se puso en pie y buscó en la gaveta de la mesa. Con la tiza que encontró allí se dispuso a llenar las paredes con grandes letreros que decían: «Sepan que no me he suicidado.» Y así hasta que la pequeña tiza se le deshizo entre los dedos. Luego, sentándose, se puso a contemplar su obra con una sonrisa. Quizás debía salir y dar alaridos en la calle; de esta forma, haría que los otros contemplaran su cesación. Sería algo espectacular. Pero tímido por naturaleza, esta idea le pareció demasiado atrevida, arriesgada aun en su caso.

Las horas habían pasado. Se sentía desfallecer; un frío helado le cruzaba por la espalda; el pecho se le quemaba, algo le apretaba allí adentro. Desistió

de toda idea, angustiado hasta el imposible, y dejó de pensar en él.

Súbitamente sintió como si le golpearan en el pecho. Cayó de espaldas. Sus ojos abiertos miraban con espanto hacia el frente, sin ver nada. Quería saber por qué moría, qué fuerza indeclinable le arrastraba, qué motivo había para que hubiese sido indicada y producida su muerte, cuando comprendió que éstas eran preguntas humanas, que suelen hacerse diariamente los hombres. Con la mayor desilusión vio que su caso no era nada sensacional.

Quiso saber por qué moría.

Nunca lo supo.

NOEL NAVARRO

Los guayacones

Él venía por la curva, donde los alambres de la cerca se entrecruzan y no se distingue bien. Casi le adiviné el pantalón corto, teñido de azul, para disimular que es de saco de harina, y la camisa ancha tapando la pistola.

La cerca es alta, con tres hilos de alambre de púas al final. Cerca para ladrones. Las púas parecen soldaditos grises en líneas; en la curva los soldaditos grises son como estrellitas, y los cuadros de la parte baja se entrelazan, y no se ve casi nada. Por eso adiviné lo del pantalón de Rolandito y lo del pelo amarillo sobre la frente. Ya está pasando la curva; y se le ve la camisa blanca y cuando se acerque tendrá dos patillas rubias y largas de comerse la plata del barbero.

Mi papá está junto al guardia. Él es sereno hace años. Yo le traigo refrescos o café por las tardes para oír los cuentos de los guardias. El de hoy es viejo, de bigoticos blancos, parece inteligente, le cuenta a mi papá cómo él cercaría a los barbudos de la Sierra. Dice que sus jefes son unos «ñames con corbatas» y otras cosas más, lo dice bajito, mirando por donde viene a veces el cabo. Mi papá mueve la cabeza o contesta con palabras chiquitas.

Hoy yo no vine por las historias de los guardias, ni a ver la cara de guanajo que pone mi papá con los cuentos de ellos; porque él, cuando llega a la casa, le mienta la madre al ejército, a Batista y a toda su gente; por eso yo no me canso de mirarlo y me rio sin que lo note cuando pone esa cara de infeliz que tiene ahora.

Rolandito nunca toma, sólo el día antes de Reyes para que el sueño venga pronto y amanezca. El año pasado nos escondimos en el zanjón de los guayacones con un medio de vino tinto y un real de ron palmita. Después uno se acuesta con el mareíto y sueña con las cosas de las vidrieras que nunca nos van a poner.

Antes andábamos juntos para todos lados, pero hace unos días que se ha compinchado con Mario y Pichile. Se le nota el bulto de la pistola, desde que se la dieron cree que es hombre y se la enseña a todos.

Me guiñó y le guiñé sin que el guardia lo notara. Ahora está jugando a las bolas frente a la caseta y mira mucho para la curvita del Distrito Naval. Se las va a ganar a todos. No importa que tenga un dedo mocho y sin uña en la punta. Es un dedito corto que se mueve aprisa y cuando coge puntería es de lo más fino.

Se acomoda la pistola. El sargento de la esquina sale y lo ve acomodándola. Él lo sabe igual que todos en el barrio. Los guardias de la planta no lo saben porque son de los escogidos; la retama. El sargento sigue con su hijita, parece que no quiere enredos con los muchachos, aunque ellos tampoco le han puesto petardos en la casa.

Rolandito se vuelve a acomodar la pistola, se mete las bolas en los bolsillos, y se va silbando, después de mirar por última vez, para el Distrito. Me guiña de nuevo; el sol cae duro y él mete los dedos de los pies entre la yerba española.

Mario está saliendo de la curva. Pichile viene detrás; traen pistolas. Pichile se la está acomodando, tiene los pantalones cortos como Rolandito para disimular. Ahorita vendrá Roni en su cacharrito azul. Debe estar saliendo del Distrito. La ametralladora en los muslos, cerca de las manos. Él también es del barrio, cómo el sargento.

Pichile me guiña. Mario es el jefe, tiene como veinte años y bigotes largos, y no quiere tratos con muchachos. Eso dice a cada rato. Rolandito está subiendo el farallón. Es de tierra amarilla con hoyitos por donde trepamos nosotros y los chivos de la viuda. Después sigue el barrio de los machos, lleno de callecitas retorcidas y zanjas apestosas; más allá, la loma de Tomás Repollo, la sabaneta, el cocal.

De noche el barrio de los machos es peligroso. Los carros patrulleros tienen miedo subir; dicen que es la «Sierra chiquita». En los cafés hay música, ron, marihuana, mujeres con la pasa planchada, y en diciembre los ñáñigos cazan muchachos para sus santos. Los ñáñigos blancos son los más peligrosos cuando salen de cacería.

Por la curva del Distrito viene asomando el cacharrito azul de Roni; viene despacio, sonando sus hierros. Mario y Pichile están subiendo el farallón; desde arriba del farallón uno mira y es como si estuviera sobre la chimenea de la planta. Roni saluda al guardia, pone cara de simpático como cuando balaceó a Felipe, se ríe acordándose.

La caseta del sereno está llena de hoyos de balas, se las tiran por la noche desde la loma de enfrente y desde el farallón; es para asustarlos, pero ellos apagan la luz y se esconden en el zanjón de los guayacones.

Ya empiezan los tiros. Sólo cantan las pistolas. El guardia tiene los ojos grandes. Se pone de pie, corre el cerrojo del springfield y va dando zancadas largas y con tusas. Se detiene en la portería. Mira el farallón donde siguen los tiros, pero no sale. Vuelve de la portería con las mismas zancadas confusas.

Los ojos del guardia son distintos. El bigotico blanco se le ha torcido. Ya el rifle no es un hierro manso, parece un animal negro abriendo una bola larga, una boca oscura, sin fondo, que mira a mi papá, mientras su dueño trata de comunicar con el teléfono. La olla está llena de bolas. Los muchachos van entrando en las casas y las puertas golpean al cerrarse. Los fogoneros se asoman y mi papá ya no tiene la cara de infeliz.

Roni viene con la mano en el vientre. Camina tambaleándose, la sangre sale por entre los dedos. El guardia tira el teléfono y dispara tres veces al aire. Roni cae junto a la cerca y sigue sujetándose el vientre, La mancha de sangre crece en el pulóver blanco y cruza hasta el pavimento.

Por la curva del Distrito aparece un yipi de la marina y detrás la mancha verdosa de una microonda; pero los hilos de la cerca se entrecruzan extrañamente, y las púas parecen soldaditos grises en línea, o estrellitas, y hace falta imaginar cómo ahorita, cuando Rolandito venía con las patillas amarillas y largas de comerse la plata del barbero.

Mi papá me llamó a la caseta y me dijo que fuera para la casa con mis hermanos y mi mamá, porque iban a venir muchos guardias a registrar las

casas, y a lo mejor había tiros. Por eso yo estoy aquí, encaramado en el techo, entre dos barriles de agua, viendo el hormigueo. Mi papá sigue en la caseta del sereno. Está en un rincón, como asustado. El cabo y otro guardia llegaron hace un ratito. Caminan de un lado para otro y hablan mucho.

Junto al cacharrito de Roni hay una microonda, en el puente azul, otra; tienen las puertas abiertas. Los guardias están afuera, con las ametralladoras en las manos. Van apareciendo más patrulleros por la curva del Distrito. Desde aquí la curvita no molesta; no es como ahorita cuando estaba en la caseta con mi papá y tenía que adivinar.

Después de la cerca, casi junto al Distrito Naval, hay un tanque blanco muy grande. Ahora no es tan grande como la primera vez que lo vi, entonces yo era más chiquito y lo llenaba de brujas que lo inflaban hasta el cielo, pero debe seguir igual. Al lado tiene una zanja con mosquitos hambrientos y guayacones donde cazamos Rolandito y yo.

El jamo es de tela metálica pero el asunto es de vista, hay que fijarse bien y agarrar los de colores; después se venden a medio o a real, según los colores, y a veces hasta a más si es una hembra preñada. Uno los va acorralando con el jamito, y cuando quedan sin agua, saltan igual que peloticas de yaqui, como asfixiándose dentro del aire. Hay que meterlos enseguida en la botella con agua.

En la calle Once vive una mujer gorda que los paga muy bien y todos los que llevamos. Tiene un barril para criarlos, y después los pasa a las jaulitas de cristal con los adornos y las maticas. Ellos deben agradecernos el cambio, por lo menos eso haría yo si fuera un guayacón apestoso de la zanja de la planta. Porque los colores en las jaulitas, con los bombillos y las maticas se multiplican y les dan otra manera.

Frenó una frente a la caseta. Están conversando con el cabo. Hay un soldado que habla por un micrófono. La calle Cristina está brillante. Hace dos días que echaron chapapote, ahora los pies se entierran en el petróleo y quema más que la tierra caliente, y hay que cruzarla aprisa y dando salticos.

Pichile vive en la cañada, cerca de la tienda de Pedro, casi frente a la calle A, bajando por un callejoncito donde sólo caminan los perros y los chivos; La microonda se quedó a la entrada del callejoncito. Ellos saben que es peligroso bajar; y que andan armados, y que han roto muchos chivatos en estos días,

esto también lo saben. Siguen pasando carros patrulleros por Cristina. Parece que han rodeado la cañada y el barrio de los machos.

En la calle A frenó un camión lleno de guardias. Traen rifles, ametralladoras y cascos. Se están desplazando como en las películas de guerra americanas. Yo creo que aprenden viendo películas. Ahora vienen despacio para la cañada.

Rolandito y yo tenemos ese negocio desde hace años, casi desde que me mudé. Yo no iba al principio por miedo de que el tanque blanco explotara, y las brujas me cogieran para hacer cocimiento; pero después que supe que tenía petróleo, se puso chiquitico como es ahora, que no puede compararse ni con una montaña.

El jamito es el mejor del barrio, aunque lo importante es eso de la vista, porque los de colores son pocos y se andan paseando entre los muatos, y si no hay vista se pasa uno la mañana entera y no agarra ni para las cuerúas y el prú, y es que los muatos tienen unas rayitas en la barriga que brillan cuando nadan de lado y lo complican todo; por eso yo voy con él, que no anda fallando.

Si no, prefiero hacerles mandados a las vecinas y a las comadres y darles puñaladas en el arroz y en la manteca; y no es que nunca haya ido solo, pero los mosquitos son largos y sin música; y no vale la pena salir con las guatacas encendidas; pero sobre todo por mis ojos que se engañan y no son así.

Están tirando desde la casa de Pichile. Suena a pistola. Los guardias se estrujan contra la tierra; yo no sé cómo no se fueron para el barrio de los machos, de ahí al cocal, a la sabaneta, y la cosa sería distinta.

Ya hace un mes que no cazamos, desde que se metió con esa gente y le dieron la pistola, es como si el negocio no le gustara y le quisiera dar de lado. Ahora están cantando muchos rifles y ametralladoras a la vez. Las pistolas calladitas. Los guardias de la planta se han tirado en el zanjón. Mi papá está entre ellos y no se le ve la cara que tiene.

Algunas balas le dieron al techo de la caseta del sereno, aquí en mis tanques han silbado. Yo sé que es verdad que el agua las enfría. En el muelle un marinero le tiró a un tiburón y no le hacía nada. Mi mamá está llamando, cree que estoy en el servicio. Cerré por dentro y salí por la ventana.

Los soldados vuelven a avanzar, aunque despacito, como con miedo, mirándose unos a otros mientras se arrastran. Eso también se ve en las películas americanas, pero aquéllos son «guapos y valientes» y no les importan las balas. Las paredes de la casa de Pichile deben ser un guayo.

Otra vez las pistolas. El guardia de alante se queda en el medio de la calle, no se esconde como los otros y deja los brazos en cruz. Ahora vuelven las ametralladoras y los rifles. Mis hermanos lloran y mi mamá me llama. Deben estar en el cuarto, parapetados detrás de los colchones y las almohadas. Dice mi papá que también sujetan las balas.

Rolandito sabe que el agua sujeta las balas porque vio al marinero en el muelle, debe estar dentro del aljibe del patio, entre los guayacones de colores; a lo mejor se echa algunos en los bolsillos y seguimos el negocio, pero hubiera sido mejor seguir igual y que hubiera agarrado para el barrio de los machos.

Un soldadito de plomo tira la pelotica negra. La explosión es como un latigazo. La puerta se cae sin golpes. El polvo sale despacito por el boquete. Suenan las ametralladoras. El guardiecita de plomo entra primero y ya no se ve. Llegan otros con las armas altas y la cara de Roni.

Yo quiero oír las pistolas, aunque sea una, pero la bulla es mucha, tanta, que no se puede; y sólo a veces cuando las ametralladoras se calman, siento su canto apagado, su gritico lejano, distinto. Yo sé que están ahí, en el agua, dentro del aljibe; me esfuerzo, en oír las, en adivinarlas, en no llorar. Mi mamá y mis hermanos si lloran y llaman.

Ya salen. Lo traen cuatro, es grande como Mario. No puedo verle los bigotes largos, pero es él... Mi mamá golpea la puerta del servicio; cree que estoy muerto. Voy a tener que hablarle aunque se lo diga a mi papá. El viejo sigue acostado en la zanja de los guayacones sin saber que se acabó, sí, porque hacen falta ojos para ese negocio, y ojos distintos a los míos.

Sacan a otro. Es más chiquito, de patillas rubias y largas, como él..., como Pichile.

Mi mamá me vio. Está diciendo «hijo», y otras cosas, y me quiere tapar de las balas, pero a mí no me importa. Voy a romper el jamito. No se pueden coger guayacones y andar con pistolas rompiendo chivatos. Mi mamá tiene las manos sudadas. Me sujeta fuerte. Habla mucho y yo hago que la oigo.

Dice que el agua no sujeta las balas, que matan a pesar del agua, pero yo sé que es mentira, y que es mentira la cara de infeliz de mi papá y que todo es mentira.

No quise mirar porque Rolandito está en el aljibe, nadando como un guayacón de color, respirando como ellos, tan igual que la mujer de la calle Once diera una peseta por meterlo en sus cochinas jaulas. Ya vieron el aljibe. Asomaron los ojos de las ametralladoras y se van; creen que sólo había dos, y no les han dado importancia a los guayacones. Los de colores no los han visto, porque para eso hacen falta ojos de colores como los de Rolandito. Dos ojos de esos que se ganan los medios tan sólo de mirar el agua sucia y apestosa de la zanja.

JUAN LEYVA GUERRA

Alejandra, Amanda

Alejandra, Amanda, sus nombres. Ese borde filoso de la cerca al que se asoman ellas, presentes y remotas, como el aire que alborota su pelo. Alejandra, Amanda, sin edades, sin tiempo, porque Alejandra para mí no tuvo edad. Yo sí era muy pequeño cuando empecé a fijarme en ella. No recuerdo cuándo la conocí, parece que la he visto desde que abrí los ojos. De lo que sí me acuerdo es de la tarde que estaba cazando lagartijas y sentí un ruido de gajos y volví la cabeza y ella estaba paseándose por la selva de al lado.

La casa de Alejandra, el bungalow verde y blanco, muy cuidado, envuelto por las matas que en la noche aromaban el aire. Enmarañado jardín lleno de tinajones, matas y enredaderas. Los muchachos del barrio le decíamos la selva o el bungalow de Juana.

Cuando la vi, tenía el tiraflechas entre mis manos. Vi a Alejandra entre aquella frondosidad, separando los gajos, agachándose, y al hacerlo mostraba la parte trasera de sus muslos. Aparecía y desaparecía detrás de las matas, con su pelo cayéndole en los hombros y en los brazos. Quedé paralizado. Hacía gestos raros, no sé si noté algo, parece que no me fijé en todo, porque ahora, a veces, recuerdo cosas que entonces no noté.

Lo que pasó aquella tarde me impresionó de tal manera, que durante muchos años me ha estado dando vueltas en la cabeza y aturdiéndome. Para poderla observar sin que me viera, me escondí detrás de una columna. Pero me vio, se acariciaba los muslos cuando me vio. Su mirada, entre las hojas,

chocó con la mía, y por primera vez la tierra se me fugó debajo de los pies; fue como si flotara.

Aturdido y confuso iba a entrar en mi casa cuando ella, con una mirada tímida y burlona, salió de atrás de las hojas, y acercándose a la cerca me llamó sonriendo:

—Ven. ¿Qué haces ahí?

El aire le alborotó el pelo. Le dije que cazando lagartijas, pero parece que lo dije aún deslumbrado, y ella se dio cuenta y le gustó.

—Ven, aquí las hay grandísimas. Ven, vamos a cazarlas juntos.

Eso dijo Alejandra. Me negué, estaba abochornado de que me hubiera descubierto espiándola, y yo era muy corto y encogido. Además, desde hacía tiempo sentía timidez por las mujeres. Pero Alejandra abrió la verja sonriendo, no sé si de mi confusión, o de su antojo, y lo hizo de una forma que no pude negarme.

Ya en el jardín, me agarró de la mano. Sentí que la cara me ardía y volví la cabeza buscando la huida, pero parece que adivinó mi intención, porque tirando con fuerza hacia ella, me apretó más la mano para impedir que me zafara, y de pronto, me apretó contra su cuerpo, tan fuerte que tuve que hacer un gran esfuerzo para no gritar. No sé qué cara yo habré puesto, porque Alejandra se reía como una loca, mirándome, haciéndome cosquillas y pellizcándome, y mientras me moría de vergüenza, parecía sentirse muy a gusto haciendo aquello. Volvió a estrecharme contra ella, a restregarse contra mí. Yo no podía aguantar más y me aguanté, temiendo el alboroto que formaría mi madre si nos veía así, si yo gritaba. Empecé a luchar para arrancarme de sus brazos, pero Alejandra era muy fuerte, y cuando me pasó la lengua por la oreja lancé un chillido. Y ella, como si no esperara otra cosa, me dejó y se volvió como si nada.

Cuando mi madre salió al portal, Alejandra le dijo que estábamos jugando, y, para mi sorpresa, pasamos el resto de la tarde jugando de verdad, metiéndonos en los tinajones, cazando lagartijas y mariposas con un azote verde que hizo Alejandra. Cazando mariposas, Alejandra era tremenda. Iban y venían, revoloteando, chocando con nosotros, pero así y todo se me escapaban, tenía que correrles atrás, pero a Alejandra le era fácil. A mí me parece que era porque se le acercaban; le iban al pelo.

Desde hacía muchos años Alejandra era vecina de mamá, y muy amigas. Casi diariamente Alejandra visitaba mi casa. Pero después de aquella tarde, a eso de las cinco, Alejandra siempre se aparecía en casa con una guanábana, diciendo que mi madre hacía muy rica la champola. Mamá hacía el refresco y nos quedábamos allí hasta que el marido de Alejandra regresaba del trabajo. A Segismundo mamá le tenía aprecio, y decía que si algún defecto tenía aquel hombre, era mimar mucho a Alejandra, y después, dirigiéndose a Alejandra: «Sólo él es capaz de entender tu cabecita de pájaro.» Y Alejandra reía.

Desde entonces, Alejandra me persiguió sin paz ni tregua hasta convertirse en mi verdugo. Diciendo que me quería como una loca, me hacía travesuras delante de la gente, me ponía en cada aprieto que casi me venían ganas de llorar y, desesperado, la agredía. Pero mi ingenua confusión parecía incitarla a perseguirme aún con más encono; ni ella conocía la clemencia ni yo sabía cómo desembarazarme de sus redes, porque las risas con que terminaban las reyertas —que ella sabía muy bien cómo provocar— parecía que la animaban a nuevas jugarretas. Y las vecinas acabaron por decir que se excedía en las bromas, y alguna, la más fea, opinó que se tomaba demasiadas libertades con un niño como yo. Mi madre, buenaza como siempre, decía que no podía esperarse otra cosa de una muchacha llena de mimos, y que Alejandra nunca había dejado de ser una muchacha.

Mi madre y Alejandra tenían más o menos la misma edad, pero en todo lo demás había entre ellas grandes diferencias. Mi madre era seria, callada y no tan linda como Alejandra, porque en Alejandra, más que hermosura, había un algo especial que la diferenciaba de todas las vecinas y amigas de mamá, un no sé qué en su rostro que brillaba. Ella era la alegría en las meriendas, la risa de aquellas tardes; pero, a veces, yo veía que sus ojos grandes y verdes se tornaban desesperados e inquietos, como preparando una imposición o una amenaza.

Me humillaba Alejandra, se burlaba de mí; pero después, cuando se iba, yo salía al portal para ver si la veía en el jardín, o me quedaba en algún rincón oscuro de mi casa, para soñar con sus ojos.

Un día, el vientre de Alejandra empezó a hincharse, y ya no nos visitaba tanto, y comenzó a cambiar, y todo fue cambiando con los años. Pasaron años y cosas con los años. Dejó de visitarnos. Casi sin darme cuenta me hice un

hombre, me casé, tuve hijos, pero nunca nos mudamos de esta casa cerquita de Alejandra, porque durante todos estos años, a ratos, me paraba en el portal, y volvía la tarde y Alejandra. Alejandra, que para todos menos para mí, ya tenía el pelo gris y las arrugas habían comenzado a devorarla. Ninguna cara de mujer ha retenido mi atención como la de Alejandra, porque desde su juventud hasta su vejez la seguí con mis ojos, y siempre fue Alejandra la de aquella tarde.

Por eso, cuando una mujer que ya era sólo arrugas y bolsas, con una melena deslucida, una mujer con la cintura ancha y piernas gordas y venosas y brazos de carnes colgantes, pasaba delante de mí: no era Alejandra. La miraba y la veía entre las matas, separando los gajos con sus manos, agachándose y dejando ver la parte posterior de sus muslos rosados y firmes. ¡Cuántas veces he cerrado los ojos para ver aquella tarde detenida en el tiempo! Porque han pasado años y años, cambiándolo todo, dejando huella en todo. Los años mataron a mi madre, mataron a Alejandra, hicieron emigrar a los vecinos, crecer a nuestros hijos, pintaron canas en mi pelo, arrugas en mi cara, pero siempre de año en año, durante años, entre años, Alejandra en la casa de al lado, mirándome desde entre las hojas. Cuántas veces, sentado solo, en un sillón de este portal, ha vuelto aquella tarde y he vuelto a ver las mariposas ir hacia el pelo de Alejandra. Y las matas en la noche siguen teniendo aroma y el jardín sigue lleno de tinajones, matas y enredaderas, y hay mariposas.

Cierro los ojos para irme a aquella tarde; siento ruidos de gajos. Asombrado, vuelvo la cabeza y abro los ojos y quedo pasmado, atónito, porque ella se está paseando por la selva de al lado. La veo, y el periódico me tiembla entre las manos. La veo, separando los gajos con sus manos, agachándose y, al hacerlo, se le marcan las formas de los muslos, porque ahora lleva unos apretados pantalones de lástex, color naranja. Aparece y desaparece detrás de las matas, su pelo rubio y lacio cayéndole en los hombros cubiertos por una fina pelusilla dorada; la piel fina y sana de las orejas; el rosa limpio de sus cachetes; su manera de caminar, de pararse con las piernas abiertas, de agacharse, de caerle la blusa sobre el cuerpo; hasta la misma forma de...

Para poderla observar bien, sin que me vea, me levanto del sillón y, temblando, me escondo detrás de la columna. Pero me ve. Sus ojos, los ojos de Alejandra, mirándome desde entre las hojas. Con el sol por testigo, su mirada clavada en la mía y la tierra que se me fuga debajo de los pies, y es como si flotara. Los ojos de Alejandra brillan desde entre las hojas de tal modo que me estremezco: once años..., el fuego subiéndome a la cara..., aquella tarde. Confuso, aturdido, voy a entrar en mi casa, cuando ella, Amanda, envolviéndome en una mirada tímida y burlona, sale detrás de las hojas y el aire le alborota el pelo. Y, acercándose a ese borde de la cerca donde se asoman ellas, me llama sonriendo. Ellas están ahí, mirando, asomadas al borde de la cerca. Alejandra, Amanda, mirándome con una sola cara, sin edad, sin tiempo.

MANUEL COFIÑO

Historia de Gavarte y los pájaros

Los sucedáneos del amor

De niño, Gavarte mataba pájaros, y también gatos. Pero los pájaros eran su debilidad. Y allá se iba, contra las murallas de la estación de trenes en Misceláneas, donde llegan y se despachan toda clase de paquetes postales. Se ingenió unas trampas, unos dobles tirapiedras, unas ondas, y sobre todo, unas especies de guillotinas muy crueles. Era una obsesión matar pájaros. Y mató muchos, tantos como los que ahora, de viejo, cuida con esmero y absoluta dedicación en esta, su casa, que se ha convertido en una inmensa pajarera. Pero, en el fondo, Gavarte no ama a los pájaros; casi podríamos decir que le son indiferentes. Y es precisamente esta indiferencia por los seres vivos lo que marca y define su extraña psicología.

Gavarte era pequeño y fuerte, de rostro duro y como cortado a hachazos, ojillos que siempre miraban hacia adelante; su físico era el reflejo de su carácter. Y él era un carácter ante todo; o sea, una nulidad. Carácter, personalidad, todo eso externo que nos muestra un hombre, es exactamente un enmascaramiento, que suele ocultar maravillas diversas, o ser el caparazón de un crustáceo vacío. Gavarte se cruzaba de brazos en las esquinas y estaba perfectamente bien allí, con el mentón ligeramente desafiante. La madre lo

hacía regresar a pescozones, y lo metía con caricias en la bañera. El padre era ferroviario, y él lo veía una vez por semana y recibía con saña sus reprimendas y golpes. Luego se iba a matar pájaros.

Tenía algunos amigos debiluchos y extraños que se encariñaban de una manera desconcertante con aquellos animalitos llenos de plumas y se resistían a degollarlos. Esto, a veces, exasperaba a Gavarte, y otras veces lo hacía ahinajarse de risa. Pero antes de dormir, el recuerdo de la actitud de sus amigos terminaba por sumirlo en una especie de perplejidad colérica; sentía entonces deseos de rugir o de hacer algunas buenas maldades. Y cuando la madre, una gallega robusta y sanguínea, se echaba sobre él y lo cubría de besos, Gavarte metía la cabeza bajo la almohada, con desagrado y sonrisas. Por esta época, Gavarte comenzaba a prepararse para el comercio, y era ya capaz de hacer complejas operaciones aritméticas en un instante. Estudiaba en el colegio Progreso y servía de noche como aprendiz de dependiente en la bodega de Acosta y Curazao. Pero de ahí pronto pasó a las tiendas de telas de la calle Muralla, y siguió matando pájaros.

En realidad, Gavarte mató pájaros hasta el momento en que esto comenzó a no ser práctico. Tendría entonces unos dieciocho años: el tiempo era oro y el oro no puede malgastarse.

Y aquí comienza la verdadera vida del hombrecito de los pájaros; comienza aquí, desde el momento en que cesa la matanza de las aves e inicia su propia matanza. Lo primero que hizo fue escoger para esposa una mujer inadecuada: frágil, manirrota, indecisa y sobre todo bondadosa. Una mujer que en verdad parecía un pájaro. Papá y mamá quedaron en los bajos y él tomó posesión de la planta alta. Se acostó con ella esa noche por placer y porque —Dios mío— había que hacerlo. Luego estableció un sistema que pasó a ser un hábito, un reflejo condicionado; el acto sexual era para los martes, jueves y sábados. Vivía estudiando el calendario y ponía extremo cuidado tanto en la profilaxis sexual como en las medidas anticonceptivas. Pero tuvo un hijo, y eso lo trastornó y creó un desorden indescriptible en su cabeza.

Se supone que a un hijo uno debe quererlo; al menos debe sentir algo por él. Algún lazo de afectividad debía unirlo a esta criatura.

Esa noche Gavarte se paseó incómodo por el balcón. La luna iluminaba un mundo que de pronto él sintió que no entendía. El padre y la madre parecían felices, y hasta su esposa, después de tantos dolores y lágrimas, tenía el rostro radiante, como si le hubiera ocurrido algo muy importante. La velada de ese día concluyó, y Gavarte tosió al encender el primer cigarro de su vida, luego de haber despedido con incredulidad penosa a los vecinos y amigos que habían ido a felicitarlo. Se acostó sin desvestirse y tuvo un sueño. En el sueño, él estaba rodeado de amigos, todos reunidos en el borde de una pendiente, entre flores y pájaros. Su esposa estaba tendida en la hierba, desnuda, como adormilada junto a un enorme canario que le picoteaba cariñosamente la cabeza. Los amigos brindaban y bailaban. De pronto descubrió que él tenía en la mano una pequeña jaula de mimbre vacía. Alguien gritaba con alegría: «Gavarte, mete ahí a tu hijo.» El padre y la madre regresaban de alguna parte cargados de flores, rejuvenecidos, tomados de las manos y dándose furtivos besos. Lentamente el sueño fue cayendo en una pesadilla; todos se querían, lloraban y se besaban, y él estaba aullando, sentía un dolor insoportable en el centro del pecho, como si el corazón se le dilatara.

Al despertar, estaba bañado en sudor. La madre vino corriendo a su cama con el rostro demudado. El niño se ahogaba, había que correr con él porque se moría. Esto fue para Gavarte como si saliera de la pesadilla para entrar en otra peor. Lo que hizo posteriormente jamás pudo recordarlo. Lo cierto fue que el niño no fue asistido a tiempo y murió ese mismo día. Ahora el duelo en la casa revestía para él las mismas características que el día festivo del alumbramiento, sólo que a la inversa.

Vinieron semanas y meses en que el duelo por la muerte del hijo llegó a convertirse en hábito y terminó por perder todo sentido. ¿Dónde estaba ese hijo? ¿Qué era? ¿Había existido alguna vez?

Por estos días, ¿qué aspecto mostraba Gavarte?

Estaba como atontado, tratando de mantenerse en equilibrio, como si le hubieran puesto en la cabeza una enorme piedra y él estuviera obligado a no dejarla caer. Su rostro duro se había tornado en una sustancia quebradiza, color ceniza. Sus ojos, más pequeños y hundidos que nunca, continuaban mirando hacia adelante, pero él daba la impresión de que sólo veía hacia los

lados; y esto era desagradable para los demás, aun cuando querían ver en ello el signo del dolor. Ciertamente sufría, sufría la locura del absurdo. Sus hombros habían caído un poco; se distraía con frecuencia mirando cualquier cosa. También se fumaba ahora, de la noche a la mañana, dos paquetes de cigarrillos y algunos tabacos. En su pelo comenzaron a aparecer las canas, y su frente se llenó de arrugas. En suma, parecía haber envejecido de golpe unos diez años; pero el verdadero envejecimiento se aceleró con los días, y hacia dentro. Estaba como esperando que ocurriese algo que lo hiciera ingresar de cualquier modo en el orden natural de este mundo. Por ese tiempo soñaba a menudo, y sus sueños siempre estaban relacionados con la extraña afectividad de la gente. Y veía pájaros muertos y degollados por todas partes, y pájaros queridos y mimados en brazos de los demás. Por otra parte, la ternura senil que le mostraban entonces sus padres, lo hacía sentirse todavía más desligado y miserable. Era algo agobiante. Se creía en deuda con todo el mundo, y al mismo tiempo ni sentía esa deuda ni la comprendía.

¿Por qué la gente tenía forzosamente que quererse?

Fumando acodado en el balcón, Gavarte pasaba las noches mirando a sus conciudadanos, mirando a los animales en celo. Y al amanecer salía nuevamente al balcón a ver los gorriones y las bandadas de totíes y palomas, con los puños apretados.

Esperaba, pero nada ocurría.

Gavarte seguía siendo Gavarte. Y él no quería dejar de ser él, y sin embargo, tampoco podía seguir siendo el mismo. Lo peor de todo era que ya ni siquiera podía matar pájaros.

Uno de esos días, al salir al balcón, vio un pichoncito de gorrión temblando en el alero. De cierta manera, podría decirse que ésa fue la primera vez que vio realmente a un pájaro. Se acercó con su antigua cautela de cazador y lo atrapó en su mano. En ese instante se produjo algo dentro del hueco de la mano que violentó su naturaleza hasta producirle miedo. Con el calor que recibía, el pajarito cesó de piar, buscó acomodo y entornó los ojos. Gavarte se sentía como metido en una de sus recientes pesadillas, ¿Qué diablos hacía él con un pájaro en la mano? Los pájaros se mataban; eran blancos móviles, y sólo en ese sentido eran excitantes. Pero él, Gavarte, estaba allí, dándole calor a un pajarraco. No podía matarlo, aunque en verdad

nada sentía por ese animalito; nada, excepto azoro. Abrió despacio la mano y el pichón saltó hacia el balcón vecino y desde allí intentó el ascenso. Entonces Gavarte sintió algo así como que el alma se le escapaba del cuerpo.

¿Qué podía esperar ahora del mundo cuando todo parecía estar patas arriba, incluso él?

El padre comenzó a quejarse de una vaga dolencia; tenía, además, continuos mareos y sus digestiones eran muy lentas. Los síntomas fueron reuniéndose hasta configurar un síndrome extraño; era como si padeciera la enfermedad de todas las enfermedades. Había sido siempre un hombre recio, de sana constitución; y ahora la enfermedad lo alocaba. Gritaba de noche; no quería morirse. Se aferraba a la almohada, con los ojos desorbitados, tratando de no caer en el abismo de la muerte que se abría bajo sus espaldas. Y Gavarte se asomaba a su lecho, entre el horrible desorden y el dolor de la madre y la esposa, y se quedaba mirándola, desconcertado. Allí estaba su padre, agonizante, llorando, como implorándole que lo salvara de algo atroz. Pero para Gavarte aquello era sencillamente incómodo, desagradable; nada más. Era como una de esas escenas cinematográficas que él había visto sin entender qué era realmente lo que estaba pasando, porque no las sentía.

De algún modo, esto era justamente lo que él había esperado que ocurriese.

La muerte de su padre sería conmovedora, tendría que serlo, ¡no podía dejar de serlo! Y sin embargo, Gavarte estaba de pie junto al lecho, mirando la curiosa crispadura de las manos paternas en el aire, las venas del cuello a punto de estallar, los ojos apremiantes fijos en él, y no sintió dolor ni pena por ese hombre. Los brazos cayeron al fin, las pupilas se apagaron, la boca quedó abierta con el último estertor. Gavarte necesitó entonces encender un cigarro, y eso fue todo. La escena familiar que siguió a ese drama se le confundió más tarde con la pesadilla de la noche, el nauseabundo olor de las flores y el amanecer en el cementerio de Colón.

No sabemos exactamente cuántos días o meses transcurrieron desde la muerte del padre hasta el momento en que Gavarte compró sus primeros pájaros; pero sabemos que una cosa estaba relacionada con la otra. Y esto fue consciente en él. Fue deliberado; lo determinó así: tenía que amar a los pájaros.

Aquí se inicia la etapa más oscura y misteriosa de la vida de Gavarte. No compró algunas jaulas y algunos pájaros para cuidar de ellos y aprender a amarlos, sino que comenzó a traer pájaros a la casa y ya no cesó de hacerlo. Casi todos los días traía una jaula nueva, un animal distinto. Con el tiempo, empezó a vender todos los objetos que consideró accesorios, para poder comprarlos y también a fin de tener más espacio disponible para las jaulas. Los muebles y trastos que no podían ser vendidos, fueron saliendo de los cuartos y amontonándose en el zaguán. Y llegaron más y más pájaros. La madre y la esposa no podían contradecirlo, entre otras cosas porque imaginaban que el dolor lo había trastornado y buscaba escapar del recuerdo. Se compadecían de él, y terminaron por seguirlo un poco en su locura. Ahora también ellas se ocupaban a su modo de los pájaros; y las aves en su gran diversidad lo llenaban todo. Cualquiera extraño al pasar por la calle podría creer que se trataba de una pajarería, y hubo hasta quien, en su ignorancia, se atrevió a indagar los precios y fue despedido con una negación brutal, ofensiva.

Hoy la casa muestra un aspecto raro, y el piar conjunto de los pájaros nos causa una alegre melancolía. Vemos el zaguán oscuro, lleno de muebles y toda clase de objetos arrumbados, como el de una casa en venta o en ruinas. Nos asomamos a la ventana y a veces no es difícil ver al viejito Gavarte entre las innumerables jaulas, cambiando aquí el agua, allá el alpiste o el plátano de los sinsontes. Parece haber llegado a amar realmente a sus pájaros, pero su mirada inmóvil, fija siempre hacia adelante, lo traiciona. Entonces los más viejos recuerdan los tirapiedras, las trampas y las degollinas; sacuden sus cabezas tan llenas de cosas y todo se les confunde. Sienten compasión y algo semejante al desconsuelo. Pero están muy viejos ya, y cada vez entienden menos las extrañezas y curiosidades de esta vida.

MIGUEL COLLAZO

Cayo Muerto

Navegábamos en un febrero lluvioso, muy cerca de un pequeño cayo al que los pescadores al referir alguna conversación sobre la mar, señalan casi siempre. En la popa del balandro de Pedro Guerra, un hombre ennegrecido por el sol desarma un «checo». El patrón inclinó su cabeza y en un susurro dijo: «¡Cayo Muerto!», y su índice se alargó hacia la mancha oscura de mangle, con una blanca línea de playa que se hundía en el agua. Luego volvió su rostro hacia la popa, donde el hombre desarmaba su fusil, y dijo en el mismo tono:

—¡Es Luis Jaco!

Jaco limpiaba su «checo» en la cubierta. Era un hombre bajo y fuerte, y muy atezado por el sol del Caribe. En cada uno de sus rasgos se podía buscar algo más de la historia que conocen todos los pescadores de Las Doce Leguas. Esa historia está vinculada a los turbios recuerdos de su padre, a una mujer que apareció desnuda una tarde de sol, allá en el sorribo de Cayo Anclita. A la noche que apresó a los infiltrados que penetraron amparados por la leyenda.

Ahora Luis Jaco, cada vez que alguien intenta preguntar algo, dice no recordar otra cosa que verse remando en un chalán hacia la costa.

Navegábamos azotados por un chubasco. Apenas habíamos dejado el fondeadero de la flota, y ya Luis Jaco engrasaba su fusil. Al cruzar el balandro la altura de Cayo Muerto, agarró los herrajes del arma y se puso de pie, bajó al camarote de proa y comenzó a observar el mar a través de una

claraboya. El viento remolinaba por la banda, de babor, y las nubes, bajas y grises, oscurecían más a Cayo Muerto. Se podía oír el rumor del viento en la arboladura del barco, mientras la lluvia penetraba acuchillándolo todo.

Es probable que capeando alguna tormenta como ésta, algún pescador creyera ver el cuerpo de una mujer arrastrado por la corriente; y que, con el transcurrir de los años, aquel relato se convirtiera en una leyenda. Lo cierto es que los pescadores dejaron de ir a Cayo Muerto y el lugar se fue volviendo solitario. La casa de madera del padre de Luis Jaco se tumbó de un lado y la mar penetró descarnando los horcones. Por entonces se rumoraba que un pescador, al voltejar cerca del cayo, observó una imagen desgarrada en el sorribo. Se decía que su barco se había negado a maniobrar, y que un viento brusco cortante, lo había tirado contra las piedras de un cabezo.

Ese pescador andaba en busca de cobos para carnada. No estaba inquieto, era lo que decía. Cómo iba a creer en cosas no vistas, ¡nada de eso!, que por estos lugares los pescadores son dados a las historias de muertos y aparecidos. Al salir del agua advirtió un lamento que la brisa traía. Era un susurro que llegaba hasta su barca y entraba con terrible fuerza en el corazón. En ese momento descubrió la imagen, que venía envuelta en una blanca vestimenta y parecía batir alas, mientras se desplazaba por el arenal. El viento que soplabá rumoraba en su albura. Después se movió hacia unos mangles que se adentran en el cayo y desapareció.

Por esos días una cuadrilla de pescadores entró en el cayo y registró todo el lugar. Era una mañana de sol, y si encontraron algo, más bien fueron los restos de haber sido habitado hacía muchos años. La choza se había tumbado hacia el Oriente y sus despojos eran roídos por la mar.

Dos días después, Luis Jaco se apareció en la costa de Santa Cruz del Sur. En toda su vida no había pasado más de tres o cuatro veces a la vista del caserío. Se sabía de su existencia apacible en Cayo Anclita; y los pescadores se extrañaron de que aquel hombre, al que todos apreciaban allá, en el cantil del golfo, ahora volviera al lugar que desde niño había abandonado.

Luis Jaco parecía un negro por el sol del Caribe. Llegó hasta el puesto fronterizo y dijo:

—He venido para hacerme miliciano.

El teniente lo miró extrañado y respondió:

—¿Miliciano?

—A eso he venido.

Después se paseó por el poblado. Antes de caer la tarde abordó el balandro y rumbeó hacia la cayería.

A la semana se vio nuevamente su vela en el horizonte. Los pescadores cuentan que pasó rozando a Cayo Muerto. En ese momento los rumores de apariciones eran más intensos.

—¡Carajo de visiones! —decía el teniente—. ¿Quién ha visto un miliciano con tales rumores?

Jaco fondeó el balandro en la rada del puerto pesquero, luego bajó a tierra y se dirigió al cementerio. De noche volvió al balandro y, remando en un chalán, salió hacia la mar.

Navegábamos en ese febrero ennegrecido y lluvioso. La costa había desaparecido. Luis Jaco se asomó por la escotilla, apartó el cuartel de popa y echó una mirada al exterior. La tarde estaba turbia y oscura, no había dejado de soplar. Al subir a cubierta observó la oscura superficie de Cayo Muerto a través de la lluvia que caía sobre el mar formando una neblina.

Era innegable que antes —mucho antes de desaparecer la lluvia y verse la superficie del cayo y esa sonrisa de Jaco, que contenía un gesto travieso—, su recuerdo había penetrado en Cayo Muerto con el crujir de la tormenta. En su memoria caminaba a través de los mangles, oía el ruido de la arena bajo sus pies y sentía en su rostro la brisa marina.

Aquella noche Jaco se encontró con otro chalán. Un oscuro bote de dos popas, disimulado en una oquedad por las ramas de un mangle. Jaco se asomó a la embarcación y pensó que nunca había visto nada igual. Dejó la playa y se adentró en el cayo, pero asaltado por las dudas regresó. Al volver oyó el crepitar de las armas.

Los que navegan por Las Doce Leguas, seguramente por haberlo oído en uno de los cayos, saben de la manera que Jaco observó a los infiltrados. Primero rastreó el miedo en sus rostros, el temblor de sus manos. Luego se acercó a la mujer que sollozaba. En la penumbra la mujer era imprecisa; vestida de blanco, gemía, tratando de ocultar su cara. Tal vez por eso Jaco tocó su ropa y sus brazos y el rostro de la mujer.

El teniente había penetrado por la otra ribera. Se notaba en su voz cierto temor, ante la idea de que los infiltrados hubieran podido escapar.

—¡Por poco la jodes! —exclamó el teniente.

En ese instante nadie sabía —no lo sabían ni los dos infiltrados ni el teniente ni la mujer— que Jaco había desfondado de chalanes en la playa. Para colmo, aquella mujer llegada de alguna parte, con sus cabellos metálicos, brillantes, resplandecientes bajo una luna de abril, seguía sollozando. A pesar de eso el teniente advirtió que la mujer tenía un duro rostro de ciudad, un rostro de mujer desencajado, pálido, y que estaba aterrada por la forma en que el pescador la miraba.

Para los pescadores de la cayería no hay nada de extraño en esa mirada de Luis Jaco. Es la misma de aquellos años en que descubría el mundo que lo rodeaba. Por entonces tenía la certeza de encontrarse a poco menos de una milla de la costa. Era muy pequeño para que ahora recuerde algo más de la tarde en que su padre se encontró con la mujer caminando por el sorribo.

La mujer no reparó en la presencia del padre de Luis Jaco. Llegaba algunos años después del ras de mar, cuando la vegetación renacía altanera. Durante esos años la cayería había permanecido desolada. Era como si la muerte misma morara en Las Doce Leguas.

Su padre, que conocía como nadie los laberintos de la cayería, poseía un rancho en Cayo Anclita, en el borde del cantil, donde conoció a su única mujer y el sabor amargo de la derrota.

Hacía algunos años que el huracán había arrasado con la cayería. Luis Jaco se salvó porque su padre lo amarró al empanetado del bote mientras su madre desaparecía en la corriente. Esa tarde recobró al hijo, que flotaba cerca del cantil. Pero las aguas no habían bajado y al regresar a Cayo Anclita no encontró su rancho. Entonces se dio a deambular por la cayería —después que el viento y la lluvia se apaciguaron—; y, ciertamente, fueron muchos los cuerpos desnudos que vio pasar arrastrados por la corriente.

El padre de Luis Jaco estaba bajo la sombra de un mangle al ver a la mujer. Venía por la playa del este, sin ropa alguna, y el sol de la tarde restallaba en la albura de su cuerpo.

El pescador abandonó la sombra y salió al sorribo, y ante aquella imagen, con una larga cabellera borneada por la brisa, pensó que debía estar soñando.

La mujer caminaba lentamente. Hundía sus pies en la arena y observaba el lugar como si estuviera fascinada por la vegetación marina.

De no haber transcurrido más de seis años, el hombre hubiera creído que aquella mujer recalaba en Cayo Anclita traída por la tormenta. Lo cierto es que en ese momento el padre de Luis Jaco se olvidó de la furia con que el viento arrastró las aguas del Caribe sobre la cayería. Y si en algo pensó esa vez, fue en que no tenía hembra desde que la Amelia desapareció; porque con un gesto travieso le indicó a la mujer dónde estaba la choza.

La mujer atravesó el patio arenoso, penetró en el cobertizo y se cubrió con una manta. De aquella mujer Luis Jaco recuerda unos ojos grandes y negros, y un pelo brumoso que brillaba intensamente con el relumbre del sol. Recuerda su caminar lento, afierado; y esa respiración, ahogada, tensa, aullante, en la oscuridad del rancho, que oía al despertarse por los crujidos del camastro.

Luis Jaco nunca supo el nombre de la mujer. Tampoco le oyó decir palabra alguna la tarde que apareció en la playa. Hasta ahora no ha elaborado ninguna explicación sobre las razones que animaron a su padre para abandonar Cayo Anclita y asentarse en ese otro cayo, cercano a Santa Cruz del Sur.

La recuerda sí, al salir del cobertizo. Recuerda su andar en la arena. Aquel sumergirse en el bajo fondo, y era —dijo— no como si fuera una mujer, sino un pez que penetrara en el agua.

Una tarde se vio una vela en el horizonte y la mujer reconoció algo en aquel velamen sucio. Dejó el cobertizo y fue a pararse justamente al borde del agua; y estuvo en el sorribo, con la mirada en la lejanía, hasta que la vela flameó asustada, al entrar el barco en el canal.

Padre no se movió del cobertizo. Estaba sentado sobre un tronco, y al penetrar el barco en el estero, se puso de pie y observó la maniobra.

El hombre que tripulaba el barco no hizo por ir a tierra. Fue la mujer la que entró en el agua y nadó hasta que sus manos se agarraron a la borda de la embarcación. Padre golpeó el cuartel que hacía de puerta; un golpe seco y duro, al ver que el marino la subía a cubierta.

Durante toda la noche el padre de Luis Jaco permaneció en el sorribo. Y cada vez que el niño se asomó al hueco de la puerta, se encontró en la playa,

aquella sombra larga de su cuerpo, más oscura que la noche.

Antes del amanecer, el hombre que patroneaba el barco bajó a tierra. Luis Jaco lo vio hablar con su padre entre los patabanes. No escuchaba sus palabras; pero veía sus manos en la penumbra. Era como si estuviese explicando algo; convenciendo, conformando una idea, una razón.

Luego su padre regresó al rancho y comenzó a recoger las cosas de algún valor, compradas en viajes furtivos a Santa Cruz, desde que el ras de mar arrasó la cayería.

—¡Nos vamos! —dijo; y esta vez el niño tampoco comprendió por qué su padre abandonaba aquel lugar. Dejaba su rancho de Cayo Anclita y todos aquellos recuerdos que solía rememorar. Por lo menos Luis Jaco había estado reflexionando sobre estas cosas en los días en que nos conocimos en el balandro de Pedro Guerra.

A la vista de Sienta Cruz su padre ocupó un cayo arenoso. Era carpintero de rivera y en unas semanas moldeó una baja casa de madera, partida por un alero de guano. A un lado del alero Luis Jaco recuerda al patrón y a la mujer sesteando sobre una tarima. Tampoco ha olvidado el sombrío rostro de su padre al otro lado, puerta adentro. Si hay otros recuerdos, están perdidos en los rumores de garlopas y el martillar sobre el maderamen de los barcos que venían hasta una especie de varadero construido por su padre. Padre volvía al oficio aprendido del abuelo en el cantil del golfo, antes que se dedicara a la pesca del carey.

En su memoria aparecen brumosos los días en que el patrón se iba en un chalán hasta el caserío de la costa. Entonces su padre atravesaba el cobertizo y penetraba en la otra parte de la casa —donde habitaba la mujer—; y volvía a escuchar aquellos rumores, aquel tenso crujir que lo despertara en Cayo Anclita.

Una tarde —el patrón no estaba en el cayo—, la mujer salió del cobertizo sin cubrir sus desnudeces; y Luis Jaco contempló la dimensión de su cuerpo. Aquella revelación fue sólo un instante, el tiempo que ella invirtió en mirar hacia la costa, antes de penetrar de nuevo en la habitación.

Al otro día el patrón regresó transformado por el rencor. Luis Jaco nunca lo había visto tan hostil como esa vez. La mujer andaba descalza por la orilla del mar; y su padre abandonó el cobertizo y fue hasta el sorribo y la apresó

por un brazo. Ella volvió el rostro en un brusco, desdeñoso ademán, y echó a correr hacia la casa. Y en la puerta estaba el patrón.

Antes del alba los pescadores vieron salir un chalán del cayo. Era Luis Jaco quien remaba con una tabla en un día lluvioso. Al llegar a la playa, bajo la lluvia exclamó: «¡Busquen al muerto! Mató a mi padre por una discusión de mujer.» Luego se reía y murmuraba que con un solo golpe de filo entró la muerte. «¡Vayan a buscarlo! A padre lo traigo yo en el chalán.»

Y retiró una manta que cubría la culata del chalán. Debajo estaba el cuerpo del careyero, sucio el pecho de sangre, aún caliente la herida de puñal bajo la negra camisa.

Al entrar los pescadores en el cayo encontraron una faca larga y brillante, hundida en la arena; garlopas y escofinas dispersas; gubias de calafatear bajo los mangles; y nasas y arpones a los que la mar envolvía; viejas boyas y pinchos de langostas y el cabo de una pipa pardaoscura. Evidencias de una fiera pelea en toda la longitud del cayo. También encontraron un madero enrojecido que no encuadraba en ninguna de las cuadernas del bote que se estaba construyendo. Y más allá, entre los mangles, en ese vaivén con que las olas forman la resaca, ennegrecido por el fango y el sargazo, estaba el patrón.

Al volver, uno de los pescadores dijo que al entrar en el cayo una mujer desnuda caminaba por la playa; y que al tratar de alcanzarla, penetró en el agua. Asegura que vio sus cabellos arrastrados por la corriente mar afuera.

ENRIQUE CIRULES

El polvo a la mitad

Una película de polvo lo había cubierto todo, desde el auto hasta nuestro pelo. Habíamos cerrado los cristales, pero el polvo cubría los asientos. No hablábamos, pero nos abrasaba las gargantas. Hacía rato que ni los animales ni los campos tenían color, sólo el polvo. Hacía rato también que el terraplén no se distinguía del resto del campo. El campo todo era un inmenso terraplén con una persistente nube de polvo que no acaba de ascender; se mantenía fija, larga, pegada al camino y a todo cuanto pasaba por el camino, que era todo lo que había allí, porque todo era igual, todo terraplén, y todo el terraplén era polvo. Lo otro era el sol. Un sol sin centro ni rayos, un sol esparcido, un sol sólo calor. Calor, aquel sol no poseía otro atributo. Todo, aparte del calor, pertenecía al polvo. Lo demás éramos nosotros. Intenté mirar la hora para saber el tiempo que nos faltaba de camino, y el tiempo que llevábamos por aquel terraplén. Pero la esfera del reloj estaba cubierta de polvo, y aunque se trataba de un polvo seco, no logré limpiarla. Nada me ayudaba a orientarme. El sol había desaparecido del cielo para reaparecer en todos lados, quemante. El aire había quedado fijo en medio del polvo, opaco. Delante del auto, quizás quince o veinte metros, el polvo cobraba forma, se hacía oscuro, compacto. La presencia que comenzaba a concretarse en la nube, avanzó. Detuve el auto.

—Siglos no pasaba nadie por aquí —dijo.

Fue una voz terrosa, árida. La forma, al avanzar, fue haciéndose humana. No cabía duda, era un hombre, polvudo, pero alejé mis vagas sospechas al

mirarme y mirar a mi mujer, teníamos su mismo aspecto. Entretanto él había montado y yo continué la marcha.

—Siglos llevaba esperando —dijo al rato.

La voz me inquietó. Fue otra vez terrosa, y otra vez árida y otra vez cansada y otra vez vieja, como chirrido de bisagras de una puerta cien años sin abrirse.

Miré a mi mujer, pero ella ni siquiera volvió la cabeza. Él regresó a su silencio. Las horas que siguieron me parecieron siglos. Entonces creí entender lo que el hombre había dicho. Siglos después el polvo volvió a hacerse compacto, pero en muchas direcciones. Sólo frente al auto era más claro. A los costados la nube bosquejaba estructuras, descubría formas. Formas de casuchas desvaídas, anaqueles polvorientos en polvorientas bodegas, perros trashumantes, escuela. Aquello era, o debía ser, o debía haber sido, un pueblo.

—Fray Benito.

Dijo la voz terrosa respondiéndome. Quise mirar atrás, mas no fue necesario. El hombre estaba ahora sobre el polvo, al lado del auto.

—Mire —señaló una iglesia estremecida—, ahí bautizaron a Batista, no queda nada, ni yo —dijo.

Se esfumó entre la nube, luego ésta se movió por primera vez, arremolinándose alrededor de la iglesia hasta taparla.

Arranqué sin esperar a ver más.

—Qué tipo raro —dije a mi mujer.

—¿Cuál tipo? —me preguntó.

—El que se quedó en aquel...

Pero no había pueblo. Sólo una nube fija, larga, pegada al camino.

—Creo que el polvo te volvió loco —me dijo.

Intenté responderle, pero no pude, porque la lengua se me fue deshaciendo mientras sentía un sabor árido en la boca, y una corriente terrosa en las venas.

JESÚS DÍAZ

El pirotécnico Li-Shiao

El edicto recién promulgado provocó comentarios de duda, de incredulidad, y hasta risas en algunos casos.

«Yo, Shen-Woung, emperador de Catay, declaro: Que todos los habitantes de la ciudad deben reunirse el domingo en la plazoleta del templo de Shin-Tan, desde donde partirá el pirotécnico Li-Shiao hacia la luna. Que todos debemos rendirle homenaje a quien los dioses han entregado el poder de ser el primer hombre que suba al cielo.»

El pueblo seguía el paso del pregonero que por calles y plazas comunicaba gustoso la decisión del mandarín; pero no todos los habitantes de la ciudad daban la debida importancia a aquel histórico acontecimiento; para los amigos de Li-Shiao no pasaba de ser una divertida broma.

—¿Cómo va a llegar ese idiota a la luna?

—¿Quién va a creer que los dioses han entregado algún poder a Li-Shiao?

—¡El mandarín debe estar loco!

—O Li-Shiao lo ha embromado.

Pero el humilde pirotécnico de la Calle de la Melancolía estaba decidido a cumplir sus planes; juntó varios cohetes de los más grandes que poseía y los llevó al patio donde los amarró a un desvencijado tonel. Cuidadosamente colocó el tonel dentro de un tosco artefacto que hacía las veces de catapulta de lanzamientos.

—Cohete de pruebas número seis —se dijo en voz baja, y prendió la mecha central, que fue comunicándole fuego a otras mechas más pequeñas, que, a su vez, hicieron estallar los cohetes. El proyectil salió disparado de repente a gran velocidad, y fue haciéndose cada vez más pequeño. El pirotécnico lo miraba alejarse lleno de alegría.

—Allá va, hacia la luna —murmuró, y continuó escudriñando el cielo, aun cuando el tonel no era más que un diminuto punto en el espacio azul. Poco a poco fue desapareciendo de su vista. Sus ojos, más pequeños aún a causa de la gran luminosidad del día, intentaron retener la imagen que se esfumaba en las alturas. Bajó la cabeza y dejó vagar la mirada. A poco creyó oír cómo el tonel se estrellaba con fenomenal estruendo contra los cráteres lunares.

—Hay que mandar a Li-Shiao a la luna como sea —gritó histérico el mandarín, mientras sus criados buscaban refugio tras las gruesas columnas del palacio. El mandarín se levantó del trono y dio unos pasos por el salón, golpeando fuertemente con ambos pies el lujoso enlosado, estrujando una y otra vez el fino pergamino que tenía en las manos. Cruzó los brazos a la espalda y se paseó buscando una solución.

—¡Que venga Yen-Set! —gritó.

Precedido por un golpe de gong, repetido insistentemente por el eco, hizo su entrada el ministro de Asuntos Interiores, que en señal de sumisión, se echó a los pies del monarca. Sin hacer caso de aquella ansiosa pleitesía, Shen-Woung le colocó delante de las narices el pergamino.

—¿Sabes lo que es?

—No sé leer —dijo el desconcertado ministro, mientras paseaba una mirada bovina sobre el pergamino.

—¡Idiota! ¡Es un ultimátum del emperador de la Manchuria!... ¡Escucha!

El mandarín carraspeó varias veces y comenzó a leer con voz engolada:

—«En la tarde de ayer un extraño artefacto cayó en las caballerizas del honorable emperador de la Manchuria, provocando la muerte de tres de sus mejores caballos, descendientes de los que un individuo, de raros ojos y blanca piel hubo obsequiado a uno de los ilustres antepasados de Su

Majestad, el emperador de Catay. El proyectil, de forma parecida a la de un tonel de vino, estalló al hacer contacto con la tierra, lanzando aros de metal y pedazos de madera que fueron los causantes de las pérdidas antes referidas. Ésta es la tercera vez en el curso de una semana que voladores chinos caen en territorio manchuriano; como no tenemos noticias de que sea Año Nuevo, no estamos en disposición de consentir estos actos y demandamos la rápida indemnización y el cese inmediato de dichos actos o Catay y la Manchuria se verán abocados a un conflicto armado. ¡Y no se anden confiando en las murallas! Le reitero la alta estima en que todos los manchurianos tenemos al emperador de Catay. Firmado: Luang-Pan, ministro encargado de Asuntos sin Ubicación...» ¡Comprendes, imbécil! ¡Tres caballos! ¡Esto es la ruina del Imperio de Catay!

Como era de esperarse, la fecha del lanzamiento fue adelantada para el viernes por la noche. El pequeño pirotécnico se quejó por todos los medios a su alcance. Alegó que los viernes no hay luna llena, que sería peligroso que lo lanzaran en cuarto menguante, porque como la luna es tan pequeña entonces, resultaría más difícil dar en el blanco. Pero el mandarín vetó su reparo, alegando a su vez que si no podía tener la luna entera, se conformara con un pedazo de ella, que el reino no podía seguir sosteniendo pérdidas económicas.

Pataleando y vaticinando un seguro fracaso, Li-Shiao fue llevado a la fuerza por los guardias a la plazoleta del templo de Shin-Tan, donde el pueblo y el mandarín esperaban impacientes. Cuando las antorchas de los guardias aparecieron por la bocacalle, la multitud rompió en vítores. El ministro de Asuntos Interiores se acercó al mandarín y le dijo al oído:

—¿Soltamos las palomas?

—No... Ni una moneda más de gastos.

Li-Shiao fue empujado a los pies del monarca.

—Su Majestad —dijo, en tanto hacía reverencias como si su columna vertebral estuviera accionada por un resorte—. Esto es una locura; me manda usted a una muerte segura. ¡Esperad al menos hasta el domingo!

El mandarín ordenó que le engancharan los cohetes a la espalda. Los soldados agarraron a Li-Shiao, que estaba hecho un puro temblor, y le ajustaron la cohetería encima.

—¡Fuego! —berreó el monarca.

Pero el pequeño pirotécnico, fuera de sus cabales, se echó a correr por la plaza, emitiendo gritos de terror que se confundían con los clamores de la multitud. Unas veces arrinconado por los soldados, otras por algunos de los circunstantes, que no querían perderse aquella diversión. Li-Shiao por fin fue acorralado. Cada vez se estrechaba más a su alrededor el anillo humano. Sin percatarse de lo que había a sus espaldas, bruscamente dio marcha atrás y revolvió una de las piras que ardían para iluminar la plaza. De ella se escapó una vigorosa llama que dio fuego a la cohetería que llevaba a cuestas. Li-Shiao fue expelido hacia arriba violentamente entre gritos delirantes, primero en línea recta, luego revoloteando por encima de las cabezas de los circunstantes. Finalmente, describiendo un arco ascendente, Li-Shiao cobró altura. El mandarín vio desaparecer la roja llama como un punto más en el estrellado cielo de Catay.

—¡Por todos los dioses! —se dijo—. ¡Ahora, vendrá otra protesta del emperador de la Manchuria!

Aun después de perderse la roja llama en la estratosfera, la multitud continuó aclamando al pequeño pirotécnico.

—¡Escribe cuando llegues! —gritó una anciana.

Y todas las voces corearon: «¡Li-Shiao! ¡Li-Shiao! ¡Li-Shiao!»

El mandarín se alejó calle abajo, seguido de su séquito, con la cabeza queriéndole estallar por tantos y tan explosivos problemas de Estado.

—¿Qué es eso que se acerca? —gritó el comandante observando el espacio sideral por la ventanilla de la nave.

El navegante dirigió la vista a la pantalla telescópica.

—¿Un chino? —repitió el comandante más extrañado aún.

—¡No entiendo, viene sin nave!

—¡Flota en el espacio!

—No, no flota; avanza como si hubiera sido impulsado...

—¡Qué raro!

—¡Cuidado! ¡Cuidado! Chocará con nosotros... ¡La red, la red!
¡Lancémosla! ¡Lancémosla!

Una gran red fue desplegada en el espacio de la punta a la cola de la nave, el pirotécnico quedó atrapado en ella. Rápidamente, como si fuera un barco pesquero, la nave recogió su presa y se la introdujo en el vientre.

No sin grandes trabajos, el pirotécnico fue extraído de entre las mallas de la red y sentado en una silla bajo la mirada curiosa de los cosmonautas. La rigidez de su cuerpo era absoluta; tenía los ojos bien abiertos. De ellos salía una mirada de terror, fija en un punto indeterminado.

Los cosmonautas lo acosaron a preguntas:

—¿De dónde vienes?

—¿En qué tipo de nave viajabas?

—¿A dónde te dirigías?

—¿Cómo te llamas?

Pero el pirotécnico permanecía mudo, pético, impasible.

—Debe ser un sobreviviente de alguna expedición espacial china destruida por una colisión. Seguramente sufre un shock espacial —pensó el comandante unos instantes antes de formular una orden.

—¡Colóquenles los convertidores de pensamientos!

Varios de los tripulantes ajustaron los electrodos en la cabeza del pirotécnico.

—¡Jefe! —exclamó el navegante asiendo al comandante por un brazo y conduciéndolo a cierta distancia de los demás tripulantes—. ¿Lo llevamos al planeta Elíptico?

—¡Qué remedio!

—Pero... ¿Y nuestros secretos militares?

—No podemos abandonar a un náufrago, ya veremos cómo nos las arreglamos... ¡Comiencen?

En las pantallas comenzaron a reflejarse los pensamientos del chino. Los cosmonautas vieron la plaza, el templo, el mandarín, vieron a Li-Shiao mientras hacía reverencias y era acosado por los guardias, por la gente. De repente, en la pantalla aparecieron unas palabras que subtitulaban las imágenes: «Se lo dije al mandarín, esto no dará resultado; hay que aguardar a la luna llena. Se lo dije al mandarín...»

—¿Comandante, en qué lugar de la tierra puede ocurrir esto hoy?

—En ninguno. ¡Miren, ahora se eleva!

La plaza volvió a verse en la pantalla; el comandante aventuró una hipótesis:

—¡Este hombre es un caso extraordinario! Empíricamente debe haber descubierto el modo de cruzar la barrera del tiempo. Ha salido del siglo catorce de la cronología cristiana hasta... —hizo una pausa— ¡aquí!

—¿Aquí?

Miradas enigmáticas convergieron sobre el comandante.

—¡No es posible!

—Debemos procurar que se reponga del shock, y nos cuente cómo lo ha hecho.

Los medios empleados por los cosmonautas para que Li-Shiao se recobrará del shock no dieron resultado. Por espacio de tres meses se esforzaron en echar abajo el infranqueable muro que representaba aquel pensamiento obsesivo: «Se lo dijo al mandarín...» Pero no tuvieron el menor éxito. Para conseguir que Li-Shiao resultara, más maniobrable, lo sentaron en posición de orante con los brazos formando una equis sobre el pecho y ambas palmas extendidas y aplastadas sobre el pecho a la altura de los hombros.

Aquella posición recordaba a los cosmonautas una figura asiática. Eran dueños de una memoria provista de un sinnúmero de registros, y después de algún tiempo pudieron desentrañar el dato preciso.

—¡Eso es! ¡Eso es! —dijo el comandante cierto día—. ¡Se parece a un yoga hindú!

Como último recurso, alguien propuso que se le sacara de nuevo al espacio para ver si reaccionaba. Y amarrado por medio de un cable a la cola de la nave, continuó viajando hacia el planeta Elíptico. Cada mañana se le entraba y era estudiado por la tripulación. Al no evidenciarse ni tan siquiera la más ligera mejoría, era devuelto al desguarecido espacio.

Fue en una de esas entradas y salidas, ya muy cerca del planeta Elíptico, que una misteriosa explosión hizo trizas la nave. El cable se quebró, y dando una serie de volteretas enormes que le parecieron durar una eternidad, Li-Shiao, acostumbrado a ser catapultado, una vez más náufrago en el espacio, fue atraído al seno de la elipse. Sin inmutarse, sin abandonar su posición yoga, elipsó suavemente.

Estaba sentado, coronando la montaña de ruinas en que se había convertido la nave. Atemorizados, los elipcianos que andaban por aquel lugar, se fueron aproximando poco a poco; algunos lo tocaban y se apartaban de él presurosos. Pero el pirotécnico seguía inmutable. Tampoco la experiencia que acababa de sufrir lo había hecho reaccionar.

—¡Miren! ¡Miren bien! —dijo uno que se atrevió a acercarse más que el resto—. ¡Sus ojos son elípticos!

—¿Elípticos?... ¡ A ver! —dijo otro de los elipcianos allí congregados metiendo las yemas de sus índices en los ojos rasgados del pirotécnico—. ¡Sí, sí, elípticos!

El pequeño grupo de elipcianos que lo rodeaba, se arrodilló ante él rindiéndole pleitesía. Apareció una parihuela y colocaron al pirotécnico, que no había abandonado su posición yoga, encima de ella. Así lo llevaron por los caminos. Viajaron incontables días. Mucha gente lo vio, se arrodilló ante él y lo adoró como a un dios. Lo coronaron rey de la elipse; pero el asiático no daba señales de vida.

Muy pronto sus adoradores se aburririeron de él.

—No puede ser rey, no habla.

—¿Qué hacemos?

—No sé.

—¿Continuamos la peregrinación?

—Estoy que no puedo con mi alma.

—Me lo llevaré a casa como trofeo.

—¡Muy bien! —corearon los elipcianos que transportaban la parihuela con el dios encima.

Pero muy pronto este elipciano también se aburría de él. Después de despedir al hombre encargado de alimentarlo con un biberón, vendió aquel dios venido a menos a un buen precio. El comprador, a su vez, volvió a venderlo, a mejor precio incluso, y así fue pasando de unas manos a otras hasta que cayó en las de un anticuario, que lo colocó en la vitrina de su humilde tienda. Allí pasó meses y meses en exhibición, mientras era alimentado con leche en biberón.

Más tarde fue comprado como adorno por una familia que también tuvo que deshacerse de él, ya que asustaba a los niños. Esta vez le cupo la desdicha de ir a parar a un basurero. Unos niños que jugaban allí no hicieron más que verlo y pensar que podían patearlo como a una pelota. Bien pronto se dieron cuenta de que Li-Shiao carecía de la facultad de rebotar, y desistieron de seguirlo pateando. Lo dejaron allí tirado. Un monje mendigante que se disponía a escarbar entre los desperdicios, lo descubrió y cargó con él convencido de que haría una buena estatua. Lo colocó en lo alto de un cerro y le anunció como un santo milagroso que podía curar a los enfermos. Cobraba veinte centavos elípticos por dejarlo ver, y se enriqueció. Poco a poco le construyeron un templo al que acudían cada año en peregrinación miles de tullidos, mancos, idiotas, paralíticos, dementes y cuanto ser enfermo existía sobre la elipse. Los peregrinos entonaban oraciones y prendían cirios en su nombre.

Desde el altar Li-Shiao los contemplaba inmutable en su posición yoga, con sus tripas consumidas por el hambre; veía a los tullidos bailar cuando eran curados, a los locos hablar con coherencia, a los ciegos discernir a la luz del día, pero persistía en su petrificación incondicional. Y cuenta la leyenda que en las noches de frío, cuando el hambre es más fuerte, se oye la voz del dios resonar entre las columnas del templo.

«Se lo dije al mandarín, esto no dará resultado...»

MANUEL HERRERA

Los mundos que amo

Varias personas me han preguntado a qué se debe mi obsesión por el Cosmos y cuál es la razón de mis pesquisas e inquietudes en todo cuanto se refiere a una posible huella de seres extraterrenales sobre la Tierra o a contactos con sus habitantes.

Algunos amigos, e incluso mis padres, me han reprochado una y otra vez el que haya dado crédito a ciertos rumores que me han llegado —a veces a través de artículos, revistas o libros especializados, y, en ocasiones, de labios de testigos oculares— acerca de avisoramiento de OVNIS (Objetos Voladores No Identificados), y he sido duramente atacada por mi convencimiento absoluto de que hemos sido, y estamos siendo observados por seres de otros mundos.

En realidad, las críticas no me han dolido tanto como el que muchas de esas personas, a las que quiero y estimo, permanezcan ciegas y sordas con respecto a la realidad de los sucesos que las rodean. Sólo dos de mis amigos se han acercado a mí para plantearme sus dudas y creencias con objetividad y seriedad.

Nunca antes pensé decir la verdad a nadie, no obstante haber hecho dos o tres —llamémoslas— confesiones veladas o encubiertas que, aunque no decían la verdad, al menos la dejaban entrever.

Pero hoy me he decidido, de una vez y por todas, a explicar el porqué de mi interés y mis convicciones. Sólo quiero rogarles a aquellos que me comprendan que nunca vuelvan a preguntarme sobre el asunto, porque no

diré más, ni agregaré algo nuevo que no aparezca en las breves líneas que leerán a continuación.

Todo lo que me está permitido decir se encuentra en este relato que, por supuesto —y no me engaño con respecto a ello— muchos tomarán como una simple narración de ciencia-ficción que expone un supuesto acontecimiento como si el mismo hubiese sido realidad. De todos modos, los que así piensen no dejarán de hallarle algún interés; interés que compartirán, si bien de modo diferente, aquellos que le den crédito, cosa que espero ocurrirá con quienes me conocen bien.

Los amigos que han visitado mi casa y a los cuales les he dicho parte de la verdad, podrán dar fe de algunas pruebas, como la de las señales que dibujé en el techo de mi casa y las curiosas estatuillas que guardo con sumo cuidado en el interior de una pequeña caja.

Quiero aclarar que, si bien en las siguientes páginas los lectores hallarán el recuento verídico y exacto de lo que me ocurrió la segunda semana de julio del año 1977, en él no aparecerán todos los hechos. Algunos de ellos porque se me pidió que no fueran revelados jamás, y otros porque, conociendo la escepticidad del lector medio, sé que no son ni serán publicables debido a la carga de credulidad que exigiría para que éstos fueran aceptados. Quedarán, por tanto, varias «lagunas» que permanecerán sin respuesta. Y hago la aclaración, porque en algunos párrafos se encontrarán descripciones detalladas y minuciosas, y en cambio, otras veces las explicaciones serán superficiales o faltarán del todo; circunstancia que quizás llame la atención de algunas personas suspicaces y observadoras.

Todo comenzó el martes de esa semana de julio.

Aunque, a decir verdad, hubo un acontecimiento anterior acaecido una quincena antes, a finales de junio, que fue el preludio de lo que ocurriría después. He aquí lo que sucedió.

Mi casa es una especie de «tierra de nadie», en la que cada habitación y miembro de la familia es un poco un mundo aparte, aunque las vidas de unos y otros están indisolublemente ligadas. Vista desde la calle, tiene el aspecto algo señorial y circunspecto de una casona rosada que parece exhalar un aire

apacible y un poco aburrido, debido tal vez al rosal del jardín que se levanta, virgen y desmañado, frente al portal. Este portal, amplio, fresco, incluso en las noches más calurosas de verano, es el sitio favorito de mis padres cuando, después de un día de trabajo, se sientan en él a conversar y a tomar el fresco de la noche. El resto de la casa no difiere mucho de otras viviendas.

La primera habitación, después de atravesar la puerta de la calle, es la sala. Seguidamente hay un pasillo largo que llega hasta el fondo y que desemboca en un patio de tamaño mediano, que tiene una parte cementada y otra de tierra donde crecen varios tipos de árboles.

El pasillo ya mencionado viene a ser la columna vertebral de la casa porque une los dormitorios y los baños con el resto de las habitaciones; el comedor, la cocina, una pequeña terraza y la escalera que sube al único dormitorio situado en la parte superior de la casa.

Quiero explicar en detalle la conexión que tiene la escalera y el susodicho dormitorio con el mío, porque esto es muy importante para comprender la primera parte del relato.

Cuando uno atraviesa la sala y comienza a caminar por el pasillo, la primera habitación que encuentra a la izquierda es mi cuarto. Exactamente frente a él, es decir, a la derecha del pasillo, hay una escalera estrecha e inclinada, algo difícil de subir para quienes no están habituados a hacerlo. La escalera conduce a un dormitorio al que llamamos sencillamente «el cuarto de arriba». Seis escalones separan a este último de la azotea, lugar que tiene —o tenía— diferentes usos, según la persona que la utiliza. Por ejemplo, mis hermanos, cuando eran pequeños, solían jugar en ella, cosa que mi padre permitía con cierta tolerancia, puesto que sus bordes están protegidos por un muro de mediana altura. Mi madre, en cambio, la aprovecha para colgar la ropa recién lavada, en el cordel que se extiende de lado a lado. El perro prefiere ladrarle a la gente que camina por la acera o a los ocasionales vehículos que transitan por la calle, mientras que el gato toma tibios baños de sol por las mañanas, a la vez que se asea con su áspera lengua. Yo, en cambio, he subido algunas veces a leer o a escribir, y —cosa que hago con mucha frecuencia— en las noches claras y despejadas, cuando no hay nubes en el cielo y la ausencia de la luna permite distinguir un mayor número de estrellas, paseo por aquel pedazo de terreno que me permite estar más cerca

de los mundos que amo. O me detengo en el centro de la azotea, con el rostro levantado hacia las estrellas y respiro profundamente dos o tres veces. Esta especie de ejercicio, realizado lejos de la luz artificial y de toda multitud o bullicio humanos, me da una agradable sensación de pureza física y espiritual.

Mi relato comienza, como les decía al principio, una calurosa noche de verano, a finales de junio de 1977. Mis padres conversaban en el portal y habíamos apagado las luces, como es usual. Yo les escuchaba, sentada sobre un pequeño muro que da al jardín, de espaldas a la calle.

A decir verdad, no recuerdo de qué se hablaba y aquella noche hubiera pasado como una más entre otras si no hubiese sucedido lo que sucedió después.

Recuerdo que mi madre iba a decir algo cuando, de pronto, mi padre le interrumpió para exclamar:

—¡Eh! ¡Miren eso!

Señalaba hacia el cielo, en dirección a la copa de unos árboles que crecían en la esquina de la casa. Me volví y pude ver lo que en aquel momento supuse fuera un descomunal meteorito. Era casi redondo, ligeramente achatado en sus extremos superior e inferior, y llevaba rumbo este-sureste.

En el instante en que lo vi, parecía seguir una trayectoria inclinada, de abajo hacia arriba, subiendo en diagonal. Al llegar a la altura de la copa del árbol, se deslizó horizontalmente y desapareció. Comentamos con brevedad el incidente y luego continuamos hablando de otra cosa. Yo misma lo hubiera olvidado de no haber sido por lo que ocurrió al otro día en la escuela.

Cursaba yo entonces el segundo año de mi carrera en la Universidad de La Habana. Aquel día era lunes y con frecuencia, antes de entrar al aula, comentábamos lo que habíamos hecho o visto durante el fin de semana. Como es lógico, el suceso del meteorito no podía dejar de ser mencionado. Además, me interesaba saber si alguien más lo había visto desde otro punto de la ciudad y a sus observaciones, agregar las mías. Pero nadie lo había visto y en este sentido quedé decepcionada. No obstante, cuando, al hacer por segunda vez la descripción de su ruta, moví mi dedo índice diagonalmente de abajo hacia arriba y, cambiando la dirección, lo dirigí luego sin alterar la velocidad —tal como lo hiciera el meteorito— en sentido horizontal, mi

mano quedó inmóvil en el aire y la sorpresa me paralizó. Alguien me dijo: «¿Y entonces, qué?» Y terminé mi relato sin comunicarle a nadie lo que acababa de descubrir: *aquello* no podía haber sido un meteorito, ni una estrella fugaz, ni ningún otro objeto proveniente de la naturaleza, porque éstos *no pueden describir trayectorias quebradas ni variar su rumbo*.

El secreto comenzó a asfixiarme. Le pregunté a mis padres, con mucha sutileza y aparentando cierta indiferencia, si recordaban el asunto. Sí, en efecto; más, no los detalles: ni el tamaño del objeto, ni su dirección, ni su rumbo. No me quedó más remedio que resignarme a ser la única persona que había visto y recordaba las circunstancias del suceso.

Así transcurrieron dos semanas, sin que nada alterara la rutina de la escuela, de los exámenes y mis lecturas regulares.

Había llegado el mes de julio y con él, las pruebas finales. En los intervalos que yo escogía para descansar y despejarme la mente, entre un examen y otro, le eché mano distraídamente a un ejemplar de la revista *América Latina*, que publica la editorial Progreso de la Unión Soviética. Era el número 3 del año 1975. En ella había un artículo de la investigadora María Reiche titulado «Los dibujos de Nazca».

Yo conocía la existencia de los enigmáticos dibujos que se extienden sobre el desierto de Nazca, en Perú. Decenas de figuras de pájaros, lagartos, peces y otros animales; objetos como tridentes; líneas quebradas y paralelas que corren en todas direcciones; y dibujos geométricos, cuyo significado se nos escapa y cuya edad se remonta a la época de las primeras civilizaciones americanas, son uno de los misterios más grandes de la arqueología del siglo xx. Ahora bien, lo verdaderamente extraordinario —como saben aquellos que han leído sobre esto— es que parecen haber sido creados por pueblos que conocían la aviación o, al menos, guiados e inducidos a hacerlos por quienes la conocían, puesto que dichos dibujos solamente pueden ser vistos desde el aire, a una gran altura. Es por ello que sólo fueron descubiertos por nuestra cultura en la segunda década de este siglo, cuando el avión permitió al hombre sobrevolar esa llanura peruana.

El artículo era detallado y las mediciones de los dibujos, al igual que la explicación de cómo habían sido trazados, minuciosas. Sin embargo, el por qué y para qué de su existencia quedaba sin respuesta alguna. Se mencionaba

tímidamente la posibilidad de un calendario astronómico, pero ¿para qué necesitaban esos pueblos primitivos —si en verdad lo eran— un calendario tan trabajoso y complicado que seguramente les habría llevado años de trabajo y esfuerzo? ¿No es más lógico pensar que quienes idearon los dibujos lo hicieron con el objeto de sacarles un provecho mayor y más directo?

Repasé una de las teorías que había leído en relación con ello y que, a pesar de ser la más lógica y la más simple, sigue siendo la más controvertida por todas las implicaciones que su aceptación traería. Dicha teoría plantea que quienes construyeron los dibujos de Nazca o —al menos— quienes dirigieron su construcción, eran capaces de volar a grandes alturas, siendo esos trazos una especie de señales o símbolos para orientarse desde el aire y poder rectificar las rutas de navegación aérea.

Personalmente, no creo que la mencionada teoría se encuentre reñida con la idea del calendario astronómico, aunque pienso que este último pudiera ser un objeto de utilidad secundaria, derivado del primero.

Estuve dos o tres días dándole vueltas y más vueltas a la cuestión. Ambos factores (el extraño «meteorito» y el artículo de Reiche) y un tercero que mencionaré enseguida, me impulsaron a hacer lo que —según la opinión de mis padres y hermanos y de dos o tres amigos a quienes se lo conté— era una locura: escribí, o por decirlo mejor, dibujé unas señales sobre la ancha azotea de mi casa. Claro está, que ni mis amigos o familiares conocían el verdadero motivo ni los hechos que me habían llevado a hacerlo, ni yo se lo dije. De todas formas, ello no habría modificado mucho la opinión que ya tenían de mí.

Antes de explicar qué fue lo que dibujé y cómo lo hice, debo referirme — y lo haré con brevedad— al último suceso que motivó la idea de los dibujos.

Un condiscípulo mío, el único con el cual podía yo hablar sobre el tema, me hizo una confesión de la cual no he dudado en ningún momento por varias razones. En primer lugar, porque lo conozco bien y dos de las cualidades que lo caracterizan son, precisamente, la seriedad y la sinceridad. Y en segundo lugar, porque su relato no le proporcionaba ningún provecho. Antes bien, podría haberle acarreado mi desconfianza, puesto que este tipo de confesiones generalmente producen una extrema hostilidad por parte del

oyente. Prueba de ello es el que no me haya decidido a decir la verdad de lo que sé, hasta hoy.

En uno de los recesos que se hacen entre los turnos de clase, el amigo de quien les hablo me llevó a un rincón aparte para decirme que el día anterior, entre las 7:00 y las 7:30 de la noche, al encontrarse caminando cerca de la bahía de La Habana, había visto en dirección al mar un objeto de forma ovalada y muy brillante que cruzó el cielo, paralelamente a la línea del horizonte. Una persona que estaba a pocos metros de él también lo vio y aunque según mi amigo no se conocían ni jamás se habían visto, no pudieron menos que intercambiar unas frases de asombro.

Comenzó entonces en mí una obsesión, producto de un proceso mental tan complicado que me sería imposible describir con palabras. La idea me perseguía día y noche, a todas horas y en todo lugar. Tenía que actuar. Sabía que estaban ahí, que los tenía casi al alcance de mi mano; pero si no hacía algo, perdería la oportunidad. Conocía —por haberlo leído en numerosos artículos y periódicos extranjeros de todos los continentes— que existían esos *raids* de OVNIS. Cuando ello ocurría, los OVNIS sobrevolaban durante cierto tiempo una ciudad o país determinado y luego desaparecían. La causa de estas súbitas apariciones y desapariciones me es tan desconocida como puede serlo para cualquier otro habitante de la Tierra. No obstante, yo sabía que esas incursiones repentinas o *raids* aéreos existían, y yo no podía permanecer indiferente a ellos.

El haber tenido noticias de que dos OVNIS habían sobrevolado la ciudad en un período de dos semanas (yo tenía ya la certeza de que el «meteorito» era un OVNI), me confirmó la idea de que varias decenas de ellos debían de estarlo haciendo. El cálculo de probabilidades mostraba que si, en una ciudad de dos millones de habitantes, una misma persona había tenido acceso al conocimiento de dicho fenómeno —por lo demás, tan raramente observable— en un espacio de tiempo tan corto, eso indicaba que dicho fenómeno se estaba produciendo por decenas.

Tenía que hacer algo, pero ¿qué?

Entonces mis ojos cayeron sobre la revista que hablaba sobre los dibujos de Nazca. Ella me dio la respuesta.

En mi casa me dieron por loca. Y de cierto modo, lo estaba. De acuerdo con los cánones mentales de los habitantes de este planeta, cualquiera que hubiese hecho lo que yo, tenía que estar *necesariamente* loco.

Hice caso omiso a la burla de mis hermanos y a los regaños de mis padres, y obré: dibujé las señales sobre el techo de mi casa.

Lo más difícil de todo fue buscar el modo de lograr un mensaje que fuese comprensible para seres de otros mundos; y ellos, en el caso de los OVNIS, llevaran personas en su interior, puesto que podían ser aparatos tele-dirigidos y no precisamente naves tripuladas.

Supuse que si era cierto que visitaban La Tierra desde tiempos tan remotos como los del antiguo imperio egipcio (si confiamos en lo descrito en el papiro Tullí, que data de hace más de 34 siglos), pensé que no sólo conocerían nuestra evolución histórico-social, sino los medios básicos de la comunicación humana. De todos estos medios, la clave Morse empleada en telegrafía me pareció la más acertada por su representación gráfica, basada en puntos y rayas. Escogí para ello dos señales en Morse. La primera es la que se utiliza normalmente al comienzo de las transmisiones y es una especie de aviso que significa «¡Atención!» o «¡Comienza la transmisión!» La segunda se utiliza para invitar a transmitir, es decir, cuando se espera la respuesta de una segunda persona. El mensaje resulta claro y comprensible si conocen las señales; por lo tanto, esta parte no necesita más aclaración.

Ahora me faltaba algo importante. Estaba invitando a alguien a que se comunicara conmigo, pero no aclaraba quién debía ser ese alguien. Tenía que hacer saber que la comunicación debería efectuarse entre un ser de este planeta y los habitantes de otro, lo cual hice finalmente del siguiente modo: dibujé dos círculos enormes, algo distantes entre sí. En el interior de uno de ellos, tracé los contornos de Europa y Asia, tal como se pueden ver en cualquier representación del globo terráqueo. Dentro del otro círculo dibujé un signo de interrogación, queriendo indicar con eso que desconocía con qué planeta iba a ponerme en contacto. Y lo hice pensando que es un símbolo internacional que debían conocer forzosamente, si es que pueden captar nuestras transmisiones vía satélite y nuestras imágenes de televisión o servicios de telefoto. Por último, uní ambos círculos mediante dos flechas dirigidas en sentido opuesto, lo cual era una reiteración de la idea de

comunicación entre ambos mundos. Sabía que si lograban interpretar el signo de interrogación, sin lugar a dudas, comprenderían el significado de las flechas, símbolo de indiscutible universalidad. Todo ello fue dibujado en color blanco sobre un fondo naranja vivo.

Para dar una idea del tamaño del dibujo, diré que la azotea mide alrededor de 26 x 10 metros. Solamente los puntos eran círculos blancos de 35 centímetros de radio; y el diámetro de la circunferencia que representaba a La Tierra sobrepasaba los 3 metros.

Me llevó cerca de seis horas terminarlo y resultó más o menos así:

A: Escalera que lleva directamente a la azotea.

B: Escalera que comunica el cuarto alto con el interior de la casa, en la planta baja.

Comprendí que el alcance de visibilidad del dibujo, desde una cierta altura, no podía ser mucha. A pesar de ello, confié en el brillo de la pintura y en la suerte para que *ellos* lo vieran.

Durante varios días esperé impaciente alguna prueba que me indicara que el mensaje había sido localizado. No sabía qué tipo de señal recibiría y pensaba que la comunicación podría efectuarse por carta, quizá por medio de una llamada telefónica o por alguna nota dejada en algún lugar. Suponía también que, de querer entrar en contacto conmigo, hallarían medios y formas quizás inimaginados por mí, pero del todo comprensibles. Sin embargo, me parecía más probable que dicha comunicación la llevarían a efecto empleando los medios más sencillos.

No obstante, no podía dejar de pensar que las probabilidades de que esto ocurriera fueran mínimas. ¿Qué podía interesarles yo? No era ningún genio científico. ¿Qué datos de interés podía aportarles? ¿Qué tipos de intercambio podían existir entre nosotros? No sabía entonces una cosa que aprendí después, y es que existe algo mucho más importante que todos los inventos y descubrimientos efectuados por el hombre desde que éste lo es: el propio hombre...

Por esa misma fecha, un gran amigo mío —a quien llamaré Carlos— me había regalado unas revistas que le fueron traídas de México por un primo suyo que era marino mercante y que hacía travesías regulares entre ese país y

Cuba. Dichas revistas pertenecían a una editorial mejicana que se dedicaba a la exposición, más que al análisis, de diferentes fenómenos que son investigados en muchos países: la telepatía, la telekinesis y otros por el estilo.

Las revistas que llegaron a mis manos estaban dedicadas al estudio de los OVNIS. Carlos, que sabía cuánto me interesaba el tema, me las regaló inmediatamente, gesto por el que nunca le estaré lo bastante agradecida.

Junto con los artículos escritos por afamados científicos e investigadores del fenómeno OVNI (arqueólogos, ingenieros, físicos, astrónomos e historiadores), se mezclaban otros testimonios de carácter más profano, provenientes de campesinos, profesores, obreros, estudiantes y pilotos de aviación, que habían sido testigos de avizoramientos de OVNIS en el aire o aterrizajes de los mismos; y algunos de ellos hasta aseguraban haber visto a sus tripulantes.

De todas las revistas —cinco, en total—, una me interesó particularmente. Un pintor había dibujado, sirviéndose de los testimonios de decenas de personas interrogadas, los tres tipos de seres que habían sido vistos en el interior o descendiendo de las naves.

Mentiría si les dijera que no tuve mis dudas con respecto a lo que narraban dichos testigos. Nadie que se enfrente a esto por primera vez puede dejar de hacerlo. Por ello, acogí dichos artículos con la disposición de ánimo que me pareció más acertada: asimilándolos con reserva. Me dije a mí misma que no tenía pruebas para creer que fueran ciertos, pero que, igualmente, tampoco disponía de la menor prueba en contra, que me asegurara que eran falsos.

De ese modo, habían transcurrido varios días sin que nada ocurriese.

Una noche, a mediados de julio, y después de haber leído poco más de media hora, como es mi costumbre antes de acostarme, apagué la luz y me dormí.

No sé exactamente cuánto tiempo habría pasado, pero creo que serían alrededor de las tres o las cuatro de la mañana cuando me desperté. Sentía un sueño terrible y los párpados me pesaban, pero no podía volver a dormirme.

Me senté sobre la cama, perpleja, preguntándome qué era lo que sucedía. Sabía que estaba ocurriendo algo extraño, pero el sueño no me dejaba pensar con claridad.

La habitación estaba a oscuras y sólo se escuchaba en ella el tictac del reloj... No. No era sólo el tic tac.

Un ruido inusual a esa hora de la madrugada se mezclaba con el del reloj colocado en la cabecera de mi cama. Era un tap-tap rítmico, parecido al de las gotas de agua cuando caen de un grifo que ha quedado medio abierto. «¡Eso mismo debe ser!», pensé. «Alguna llave del baño no ha sido bien cerrada y está goteando.» Y volví a acostarme.

Pero no. Aquel curioso sonido no era producido por el gotear del agua en el baño.

Volví a abrir los ojos. El ruido era seco, sordo, y se producía a intervalos regulares de aproximadamente tres segundos. Ahora estaba segura de que no provenía del baño, pero de momento no pude determinar su lugar de origen. Más bien, parecía provenir de toda la habitación.

Lo absurdo de la situación casi me enfureció. Me froté los ojos con rabia, queriendo arrancarme los restos del sueño que sentía acumulado en ellos, y me senté de nuevo en la cama.

De pronto comprendí que el ruido provenía de más arriba de mi cabeza. Casi por instinto, miré hacia el techo del cuarto. ¡La azotea! ¡El ruido venía de allí! ¿Estaría alguien caminando por allá arriba? «Pero no pueden ser pasos», pensé, «porque los pasos no son tan uniformes ni se producen a intervalos de tiempo tan grandes».

Tenía miedo. Me di cuenta de ello cuando me sorprendí a mí misma preguntándome si debía o no subir hasta allí. Al final venció mi curiosidad.

Comencé a vestirme en la oscuridad, procurando no tropezar con ningún mueble, mientras me estremecía de excitación. Despacio, abrí la puerta de mi cuarto y subí la escalera de puntillas. Las ventanas del cuarto alto estaban abiertas de par en par. Una ligera brisa que venía del mar, batía las pequeñas cortinas. Una breve ojeada me bastó para comprobar que todo estaba en orden en la habitación, y como no notara nada anormal, terminé de subir el último tramo de la escalera. Finalmente, me detuve junto a la puerta y presté atención. No se escuchaba nada. En medio del profundo silencio, sólo percibí el latir acelerado de mi propio corazón y el sordo zumbir de la sangre, que corría velozmente por mis oídos.

Con infinito cuidado, para no hacer el menor ruido, abrí la puerta de la azotea y salí al aire libre.

Allí, a mi derecha, y a unos diez metros encima de mi casa, flotaba inmóvil en el aire una nave majestuosa, blanca y redonda, en forma de lenteja, la cual tendría unos veinte metros de diámetro.

Debajo de ella, y parados tranquilamente sobre el techo de mi casa, como si no hubiesen hecho otra cosa desde que nacieron, tres personas de casi dos metros de estatura me contemplaban en silencio.

No sé cuánto tiempo estuve sin atreverme a hablar o a moverme. Pensé que habían transcurrido horas antes de que una de aquellas figuras se decidiera a obrar. Dio un paso hacia mí y enseguida se detuvo.

Comprendí al instante que no iban a tratar de forzar la situación, y que con ese gesto sólo preguntaban si me decidía o no ir a su encuentro. Era yo quien les había llamado y ellos se limitaban a responder. Lógicamente, el siguiente paso para el contacto común debía ser mío.

Me maravilló la sencillez y la amabilidad de aquel comportamiento, y eso disipó mis últimas dudas.

Atravesé la azotea temblando de emoción, y sólo al llegar a unos cinco pasos del pequeño grupo, me detuve. Eran dos hombres y una mujer, que cualquier terrestre hubiera identificado enseguida como tales. Sus rostros y cuerpos tenían una marcada similitud con las formas correspondientes a esos sexos en La Tierra.

No obstante, otros rasgos difíciles o imposibles de encontrar en un hombre o mujer de este planeta, los distinguía inmediatamente como a seres venidos de otros mundos.

Los hombres, cuyos cuerpos elásticos y bien proporcionados eran de una hermosura plástica, llevaban el largo cabello —un cabello de una blancura nivea que les llegaba a los hombros— peinado hacia atrás. Los ojos eran anchos y hermosos vistos a la tenue luz de la luna; aunque debo confesar que la primera vez que los vi bajo la luz de una estancia iluminada, me asusté: no estaba acostumbrada a ver ojos humanos de color rojo.

Tanto los hombres como la mujer llevaban trajes blancos y brillantes que se ceñían a sus cuerpos, y cinturones de metal gris, con extrañas incrustaciones y dibujos. Los tres usaban botas que les subían hasta más

arriba de los tobillos, unidas con cierres de cremallera a sus respectivos trajes. Dichas botas estaban hechas de un material elástico y que crujía como el papel.

La mujer, a diferencia de los hombres, tenía el cabello negro, que llevaba semirrecogido en un complicado peinado. Unas finas cintillas blancas y azules lo recogían y enhebraban, formando bucles y rizos que caían con suaves ondulaciones sobre la espalda y los hombros, lo cual le semejaba vagamente a un tocado griego.

Yo los miraba sin saber qué hacer. ¿Sonreiría? ¿Les tendería la mano? ¿Me inclinaría? ¿Qué era lo que debía hacer? Jamás me había visto en una situación semejante. Con desesperación repasaba mentalmente cuanto libro de ciencia-ficción había leído; pero ninguno me dio la respuesta. Al parecer, los escritores habían olvidado lo principal. ¿Qué hacer cuando uno se encuentra cara a cara con seres que no son de este mundo?

Felizmente, ellos mismos me dieron la respuesta.

La mujer fue la primera. Se adelantó dos pasos y, poniéndose la mano sobre el pecho, habló:

—Yo soy Neda.

Hablaba con dificultad el español, con un acento algo parecido al italiano.

—Yo me llamo Erk.

—Y yo soy Mgosh.

Me decidí:

—Daína —susurré.

Luego suspiré aliviada y sentí como si me hubiesen quitado un enorme peso de encima.

—Tú nos llamaste, ¿no es cierto? —preguntó Neda.

—S-sí —musité—. Perdonen, pero me siento confundida. Yo..., ahora que estoy frente a ustedes, comprendo que nunca pensé que esto pudiera ocurrir en realidad.

Casi al instante de haber pronunciado estas palabras, me arrepentí. ¡Qué forma más absurda de entablar conversación con inteligencias extraterrestres! De haberme podido tragar las palabras, lo hubiera hecho.

Neda me sonrió:

—No te inquietes —me dijo—. A todos les pasa lo mismo.

—¿A todos?

—Sí. A los demás terrestres con los cuales hemos entrado en contacto.

A pesar de la dificultad con que parecían hablar el español, lo hacían con bastante claridad. Desdichadamente, tenía tantas cosas de qué hablar y tantas preguntas que hacerles que olvidé muchas, y una de ellas fue, precisamente, cómo habían aprendido el español.

Me parecía increíble estar allí, frente a ellos. Me preguntaba una y otra vez cómo era posible que hubiesen hecho caso de —y en aquel momento comprendí que lo era— mi infantil mensaje.

—Nosotros respondemos cualquier intento de comunicación, siempre y cuando éste llegue a nosotros y no represente peligro alguno.

Me sobresalté. ¿Por qué Neda me decía aquello si yo no le había preguntado nada? ¿Acaso...?

—Sí, lo somos. Pero no tienes por qué preocuparte. Estamos acostumbrados a percibir todo tipo de pensamientos y los tuyos son muy..., —vaciló—, amables. ¿Se dice así?

Sonreí.

—¿Cómo se te ocurrió hacer esos dibujos para comunicarte con nosotros? —preguntó Mgosh.

Se lo expliqué pensando que les extrañaría, pero no parecieron muy sorprendidos.

—Lo que has hecho, si bien es cierto que no es muy común, no constituye algo único.

—¿Es que alguien más ha utilizado el mismo método?

—Siete personas, en un período de cien años.

En este punto de la conversación comencé a sentirme inquieta. Hacía varios minutos que conversábamos, y si alguien sentía las voces, podía despertarse y salir a ver qué era lo que sucedía.

—No hay ningún problema —dijo Erk—. Nadie va a despertarse ahora.

—¿Por qué están tan seguros?

—Nosotros no los dejamos.

Los miré sin comprender.

—Utilizamos medios artificiales para impedir que se despierten.1`

—Pero...

—No es peligroso —se apresuró a responder Neda—, Nunca empleamos ningún mecanismo o aparato que pueda resultar peligroso para el hombre.

Me tranquilicé.

—¿No quisieras subir a la nave? —me preguntó Neda de pronto.

—¿Yo?

—Es sólo si lo deseas. Podríamos hablar con más comodidad en ella.

¿Que si lo deseaba? ¡Con toda el alma!

No respondí porque estaba segura que ya sabían lo que pensaba. Sólo esperaba a que me indicaran el modo de llegar a la nave que, sin dar señales de vida, permanecía inmóvil en el aire.

—Ven con nosotros —dijo Neda.

Me tomó de la mano y me condujo hasta situarse conmigo debajo del vehículo aéreo.

—No te asustes —me advirtió Mgosh—. Vamos a subir en un rayo antigravitatorio.

Antes de imaginarme con claridad lo que podía significar aquello, sentí que una fuerza me arrebatava del piso y por un momento tuve la sensación de que caía en el vacío. Apreté los puños para no gritar de sorpresa.

De pronto, me vi inundada de luz. Debajo quedaba el vacío.

Neda tiró con suavidad de mi mano para hacerme salir de la zona antigravitacional. Cuando sentí que tocaba de nuevo el suelo firme, respiré aliviada.

La abertura se cerró automáticamente y sólo entonces miré a mi alrededor. ¡Estaba en el interior de la nave!

La estancia se hallaba profusamente iluminada, pero no pude distinguir fuente alguna que produjese la claridad. La luz parecía flotar en el mismo ambiente. Erk sólo me dijo, respondiendo a mi pregunta, que eso se lograba ionizando las moléculas del aire en un ambiente cerrado, lo cual producía el efecto fotoeléctrico causante de aquella luz difusa.

Fui conducida a través de un pasillo hasta una estancia mucho más amplia que la anterior. Era, a juzgar por algo que parecía una pizarra electrónica que ocupaba el centro de la habitación, la cabina de mando de la nave.

Inclinada sobre los controles y de espaldas a nosotros, una mujer de cabellos azulados parecía estudiar un fino papel lleno de infinidad de signos.

No se volvió ni hizo ademán alguno, aunque estoy segura que debió escuchar el sonido de nuestros pasos al atravesar el salón.

Sin detenernos, pasamos a otra habitación. En el centro, una mesa de apenas cincuenta centímetros de altura, custodiada por seis sillas, presidía con sencillez el claro ambiente del recinto.

A pesar de la agradable temperatura en el interior de la nave, sentía una molesta sequedad en la boca y unos apremiantes deseos de beber algo.

—Yo también tengo sed —dijo Erk.

Contrariamente a lo que se esperara en una situación así, Erk no apretó ningún botón ni llamó a robot alguno para que trajera la bebida. Él mismo se levantó de su asiento y regresó momentos después, trayendo una bandeja con cuatro vasijas llenas de un líquido rojo, cuyo sabor era una mezcla de naranja con mango.

—No solemos llevar robots en las naves —explicó Mgosh—. El «sueño» de muchos escritores terrestres no pasa de ser eso: un sueño. Los robots sólo son realmente necesarios en la producción industrial y como máquinas de cálculo o almacenamiento de conocimientos. Eso que ustedes llaman «robot doméstico» es un rasgo de mentalidad feudal llevado a una época de cierto desarrollo tecnológico...

En ese instante, la mujer de cabellos azulados penetró en la habitación. Inmediatamente todos se pusieron de pie, gesto que me apresuré a imitar aunque desconocía la causa. La mujer se acercó a mí y se presentó:

—Yo soy Onel.

Dije mi nombre y sólo entonces, todos, incluyendo a Onel, se sentaron. Luego me enteré que una de las normas básicas de la cortesía en el planeta de mis anfitriones, Toliuh, consiste en permanecer de pie mientras dos personas se presentan. Además, supe también que estas presentaciones no se realizan jamás por medio de un intermediario común, como ocurre entre nosotros. Según ellos, es más lógico que sea así, puesto que si dos personas desean conocerse, son ellas quienes deben hablarse; argumento que me parece completamente plausible.

—En doce minutos estaremos allá —dijo Onel, dirigiéndose por un momento a sus compañeros—. He preferido mantener la velocidad media de vuelo para terminar de fotorradiar los cuadrangulares 3 y 5 del planeta.

—¿Allá? —me sobresalté—. ¿Pero estamos moviéndonos? ¿A dónde vamos?

Onel me miró, abriendo los ojos con expresión de sorpresa. Luego se volvió de nuevo a los demás.

—¿No se lo dijeron?

—No hemos tenido tiempo —respondió Mgosh. Y dirigiéndose a mí, explicó:

—Tenemos que ir a Sudamérica. Es un viaje corto y apenas nos demoraremos una hora en ir y regresar.

¿Sudamérica? Me sentí agitada. Si a la nave le ocurría algo, ¿cómo iba a regresar a Cuba? ¿Qué iba a hacer yo sola en Sudamérica?

—Si eso te asusta tanto, es mejor que regresemos —dijo Neda—. Creímos que te gustaría conocer Tiahuanaco, pero por lo visto no hemos sabido interpretar bien tus registros mentales.

—¿Tiahuanaco? —me sentí agitada, más ahora, debido a la ansiedad que me provocó la invitación—. Pero... ¡Eso está a miles de kilómetros de La Habana!

—A unos 4 600 kilómetros —aclaró Neda.

—¿Y vamos a llegar allí en doce minutos?

—Si te parece podemos ir más rápido, pero necesitábamos tomar unas fotos térmicas, y para ello se requiere como mínimo una velocidad de 6 kms/seg. De ir más rápido, el fotomecanismo no funcionaría.

—No es necesario que regresemos —repuse con más calma.

Sin embargo, algo me intrigaba y pregunté sin poder contenerme:

—¿Qué clase de motor utiliza la nave? ¿El combustible es sintético o natural?

—Hace siglos que dejamos de utilizar motores para impulsar nuestras naves.

Me quedé estupefacta. Esperaba cualquier respuesta menos ésa.

—¿Quieren decirme que estamos viajando en una nave que no tiene motor?

—Exactamente.

Para ser sincera, debo confesar que mi primer pensamiento fue que se burlaban de mí. Dudaba mucho que una nave o cualquier otro vehículo

podiese desplazarse sin motor. Además, no percibía el menor movimiento que me indicase que la nave se movía.

—Es natural que no lo creas, pero eso no tiene importancia. Cuando aterricemos en Tiahuanaco dejarás de dudar.

—Perdonen, pero..., me niego a pensar que estemos viajando a 6 kms/seg y que no haya sentido siquiera el momento en que la nave comenzó a desplazarse. ¿Cómo es que no he sentido los efectos de la aceleración? Cualquiera les diría que es imposible viajar sin sentir los efectos de la aceleración.

—...En vehículos con motor —me interrumpió Neda—. ¿Existe en La Tierra algún transporte que no utilice motor de cualquier clase o fuente de energía que no sea la electricidad, carbón, luz solar, vapor, uranio, petróleo o cualquiera de sus derivados, e inclusive, agua?

Traté de recordar.

—Creo que no —repuse después de un instante de duda.

—Puedes estar segura de ello —afirmó Neda—. Precisamente, el hecho de que no utilicemos un mecanismo que forme un cuerpo aparte de la nave o de nosotros mismos, es decir, un motor, impide que se produzca, el efecto causado por la aceleración.

—No entiendo nada —confesé con franqueza.

—Mira, en los vehículos que tú conoces, el motor es el mecanismo encargado de impulsar todo el sistema. Cuando dicho sistema se desplaza, arrastra consigo todo cuanto lleva en su interior. Los objetos, las personas y los animales que parten de una velocidad cero, comienzan a desplazarse también, producto del impulso externo. Los organismos vivos experimentan una sensación de brusca aceleración que no se reduce hasta que sus cuerpos adquieren la misma velocidad que lleva el vehículo que los transporta. Y fíjate que digo «reduce», porque a veces esta sensación no desaparece del todo.

Neda guardó silencio un instante, aparentemente para comprobar si yo podía seguir sus ideas. Luego prosiguió:

—¿Cómo lograr entonces que el efecto de la aceleración, producido por un agente impulsor externo sobre un organismo u objeto determinado, se reduzca a cero? Aquí está el eje de la cuestión. Si se logra que *todas y cada*

una de las moléculas de un cuerpo cualesquiera sean capaces de comenzar a desplazarse a la misma vez y con igual velocidad, pero sin la intervención de agente alguno que provenga del exterior, entonces la aceleración desaparecerá.

—¡Pero eso es imposible!

—¿Sabes lo que es un campo magnético? —me preguntó de pronto Erk.

—Vagamente —respondí avergonzada, sintiéndome cada vez más ignorante frente a aquellos seres—. Es..., algo así como el lugar del espacio sobre el cual ejerce su influencia un imán. ¿No es así?

—Exacto —asintió Neda para mi asombro—. Ahora bien, el campo magnético de todo imán, o mejor dicho, el campo creado por cualquier polo magnético, se extiende casi infinitamente en el espacio, sólo que su intensidad disminuye a medida que aumenta la distancia a la fuente que lo origina. No voy a entrar en detalles técnicos precisos. Sólo te diré que el vasto espacio del Cosmos se encuentra cruzado en todas direcciones por las líneas de fuerza de los campos magnéticos de los astros más diverso: estrellas, planetas, satélites, y algunos grandes asteroides. Utilizando medios que aún son imposibles de comunicar a los habitantes de mundos como el tuyo, aún no unificados, podemos crear, partiendo de esos campos, o para ser más exactos, de esas líneas de fuerza que abundan en el espacio y cuya intensidad puede variar de acuerdo con que la zona del espacio esté más o menos poblada de astros, pequeñas «zonas de interacción» como nosotros les llamamos, que originan enormes campos de fuerza artificiales, resultantes de los producidos por la naturaleza y que hacen que todas las moléculas que se encuentran en la «zona de interacción» se impulsen a la misma vez, en una misma dirección y con igual velocidad, sin desorganizarse. Ello anula la masa inercial de los cuerpos y, por ende, el desagradable efecto de la aceleración. Además, si invertimos el proceso que nos lleva a este movimiento, podemos detener la marcha del vehículo y, en general, de todo objeto que se encuentra en la zona, sin que se produzcan los catastróficos efectos de aplastamiento que pueden ser fatales para los organismos vivos durante el frenaje a grandes velocidades. En estos casos, la ventaja se produce porque, viajando a velocidades casi lumínicas de 250 kms/seg, o incluso mayores, el frenaje es instantáneo y no se nota en lo absoluto.

Como si esperara sus últimas palabras, la blanca luminosidad de la estancia se oscureció ligeramente tomando una coloración rojiza. El efecto duró apenas un segundo.

—Hemos llegado —dijo Mgosh, poniéndose de pie.

Pensé entonces que, lógicamente, ese cambio de luces momentáneo servía de señal para indicar un frenaje que era imposible de percibir por los medios normales de inercia. Sin embargo, una vez más me equivoqué.

La misma Neda captó mi pensamiento y me dijo mientras caminábamos hacia la salida:

—El efecto de obnubilación momentánea es debido a un fenómeno natural que se produce entre el cambio de dirección en las líneas de fuerza del campo y el efecto fotoeléctrico de las moléculas ionizadas del aire. Es inevitable, pero afortunadamente no tenemos por qué desear que cese, ya que nos provee de un medio automático para indicarnos que el frenaje se ha efectuado.

La pequeña abertura cuadrada se abrió a nuestros pies. Esta vez, y venciendo el temor que me producía el detenerme sobre un lugar en el que sólo había aire, avancé hacia el orificio por el que Onel y Mgosh ya habían desaparecido. Apenas dejé de tocar la superficie sólida de la nave, me sentí caer. Aunque comprendí que no caía libremente, sino que una fuerza exterior regulaba mi descenso, no pude evitar que mi pulso se acelerara.

En cuanto sentí que tocaba nuevamente terreno firme, avancé unos pasos, pero tuve que detenerme casi enseguida para que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad. A medida que mi vista se adaptaba a la falta de luz en aquella región, sentí que mi respiración comenzaba a alterarse como consecuencia de la falta de oxígeno. Estábamos a una altitud de 4 000 metros sobre el nivel del mar, aproximadamente. Mi pulso se aceleró con rapidez y algo semejante a un ligero vahído nubló mi conciencia. Me sentí sostenida por unos brazos. Confusamente percibí que una voz me ordenaba tragar una píldora y respirar con fuerza. Obedecí y, casi al instante, todo el malestar desapareció. Noté que volvía a respirar con suavidad y mis pulsaciones se redujeron.

—¿Estás bien?

Neda y Erk me miraban solícitos.

—Sí. ¿Y esa pastilla...? —comencé a preguntar.

Ambos ignoraron mi pregunta y sólo recibí como respuesta un «vamos», indicándome con ello que debía seguirlos. No insistí y fue éste uno de los secretos cuyo conocimiento me negaron los habitantes de Toliuh.

Mientras tanto, Onel y Mgosh se habían alejado considerablemente de nosotros y de la nave, que había quedado suspendida a unos veinte metros del suelo.

—¿No quedó nadie cuidando la nave? —pregunté intranquila.

—No hace falta —aseguró Mgosh—. No hay más seres vivientes que nosotros, por lo menos en quince kilómetros a la redonda.

Avanzábamos despacio por el pedregoso y polvoriento terreno. La noche era en extremo fría y yo sólo llevaba encima unos pantalones de mezclilla y un fresco pulóver de verano. El crudo frío me hacía castañetear los dientes. Mgosh, al notarlo, se despojó de un blanco y afelpado chaleco de mangas largas, que llevaba sobre los hombros, y me lo dio.

Al parecer estaban acostumbrados a temperaturas como aquélla. Me puse el chaleco enseguida y cerré completamente la cremallera. Resultaba tan grande colocado sobre mi cuerpo, que tuve que hacer varios dobleces a las mangas para poder sacar las manos por ellas.

Caminábamos con lentitud hacia las ruinas de la legendaria Tiahuanaco, llamada por los relatos indígenas «Ciudad de los Dioses», porque —según algunas leyendas que ya eran antiguas en la época de los incas— en aquel lugar habían descendido «los dioses bajados del cielo». Era ésa la razón por la que toda la región del lago Titicaca, cercano al cual se levanta Tiahuanaco, era considerada sagrada.

Recordaba haber leído que cuando los incas trataron de conquistar la región del lago, Tiahuanaco era ya un lugar rodeado de misterios y leyendas y sus ruinas se alzaban mudas y silenciosas, guardando secretos que se remontaban a la noche de los tiempos. Según un cronista español de la época de la conquista, Fernández de Oviedo, Tiahuanaco había sido identificada como la capital de los gigantes que habían precedido a los incas... En este punto, mis pensamientos se interrumpieron. Sin detener la marcha, levanté la vista y miré a los seres que caminaban a mi lado. A pesar del frío, sentí que la frente se me perlaba de sudor y fue sólo entonces cuando me pregunté por qué estábamos en Tiahuanaco y qué diablos habíamos ido a hacer allí.

—Simplemente, hemos venido a visitar las ruinas que construyeron nuestros antecesores y a culminar las últimas investigaciones que estamos realizando en la zona desde hace unas decenas de años.

La respuesta de Erk me produjo una impresión indescriptible. Por un lado, me emocionó el pensar que uno de los más grandes enigmas arqueológicos de mi mundo había dejado de serlo para mí, gracias a unas simples palabras pronunciadas por un habitante de otro mundo. No obstante, algo me golpeó más que la revelación de aquel misterio, y fue la excesiva tranquilidad con que Mgosh reveló el secreto. ¿Cómo era posible que fueran tan confiados? No debían ser tan sinceros con cualquier habitante de mi mundo. Si eran capaces de decir algo que, a mí juicio, hubiese sido mejor mantener en secreto, probablemente serían capaces de confiarle su propia nave a hombres de mentalidad retrograda, cuya moral no estaría aún al nivel del más insignificante habitante de Toliuh. El sólo pensamiento de que esto pudiera ocurrir, terminó por sublevarme. Tenía que explicárselo de alguna forma, y respirando con agitación, les increpé:

—¿Por qué confían tanto en mí? ¿No saben que están hablando con un ser de un planeta desunido? Probablemente no tenga ni la centésima parte de los conocimientos que posee cualquiera de ustedes, y no sólo responden a mi llamada, sino que me invitan a viajar en su nave, me traen aquí, y encima de todo eso me confiesan algo que ningún hombre de mi planeta debe saber.

Neda y Erk detuvieron sus pasos y se volvieron. También lo hicieron Onel y Mgosh, a quienes casi habíamos alcanzado.

—No hay ningún peligro. Y no tienes por qué inquietarte —dijo Neda, tratando de tranquilizarme.

—¿¡Que no hay ningún peligro!?! —protesté amargamente—. ¡Entonces ustedes no conocen La Tierra!

—La conocemos mucho mejor de lo que te imaginas —afirmó Onel avanzando hacia mí—. Te hemos dicho quiénes somos y por qué estamos aquí por dos sencillas razones. La primera es porque sabemos perfectamente quién eres y todo cuanto piensas. Tenemos la certeza de que si te lo pidiéramos, serías incapaz de contar lo que has visto u oído esta noche, pero no hay razón para prohibirte semejante cosa. Puedes contarlo todo, excepto la disposición de los objetos en la nave o la descripción minuciosa de su

interior, y la tarea que luego te confiaremos. Estamos seguros de que la mayoría de los congéneres no te creerán, y si algunos lo hicieran, eso no podría perjudicarnos en lo más mínimo.

»En segundo lugar, te diremos algo que muchas personas de tu mundo no han acabado de comprender o aceptar, simplemente porque ello no conviene a sus intereses egoístas. Hace unos instantes pensabas que no entendías el motivo por el cual seres provenientes de otro mundo habían respondido a tu llamada, siendo tú una simple terrestre. Sabemos que muchos científicos de tu mundo no creen que, de existir inteligencias extraterrestres que visiten el planeta, a éstas pueda interesarles el contacto con sus «insignificantes», como dicen ellos, habitantes.

»Escucha bien esto y no lo olvides jamás: *ningún hombre es insignificante*. Quien así piense, no posee una mentalidad verdaderamente científica, o humana.

»El ser humano es un universo —prosiguió ahora, como si olvidara mi presencia—. Sobre él gravitan todas las fuerzas cósmicas y éstas influyen en su naturaleza con la misma intensidad con que influye la sociedad en su desarrollo como individuo y como ser social, sólo que de diferente modo y en otros aspectos.

»Sin embargo, el hombre es portador de la mayor fuerza universal: la inteligencia. Ustedes comienzan a intuir su importancia y muchos creen que saben manejarla y que la usan debidamente, pero están equivocados. Existe un estado más allá de lo que ustedes llaman inteligencia desarrollada. Los hombres de La Tierra aún duermen. Su verdadero intelecto permanece aletargado y sólo en contados casos en la historia del planeta ha entreabierto sus ojos. Lo que ustedes llaman genio, telepatía, percepción extrasensorial y telekinesis, son estados primarios de una superinteligencia. Son sólo el comienzo de ese despertar.

»Los científicos terrestres han postulado el hecho de que el sabio más genial sólo llega a utilizar una fracción pequeñísima de su cerebro, y muchos se preguntan si las otras partes que permanecen inactivas no serán un almacén oculto de energías mentales increíbles. Están en lo cierto. El hombre terrestre está ahora en el camino de descubrir, su verdadera inteligencia. Y quizás dentro de varios siglos, cuando lo logre, podrá entrar en contacto

directo con los habitantes de otros mundos. No hablo de encuentros sin trascendencia como el nuestro, que la humanidad, en su conjunto, ignora. Me refiero a la unión que engendraría el contacto franco y abierto entre dos civilizaciones.

—Pero si esas energías que el ser humano guarda son tan potentes, ¿cómo es que no las hemos descubierto antes? —pregunté—. ¿Por qué no se han manifestado ellas solas?

—Has entendido mal —prosiguió Onel—. El hombre posee la facultad de desarrollar esas energías, del mismo modo que un niño sano y normal está apto para hablar desde el momento en que nace. Más, si el desarrollo de dicha facultad no se orienta o se dirige hacia ese fin, ésta no se da a conocer.

»Pero hay otra cosa. Existe un factor mucho más importante para que se produzca el despliegue de esta verdadera inteligencia del hombre, y es que se necesita una base material de gran desarrollo que La Tierra no posee aún en su conjunto. Es cierto que hay zonas sobre el planeta que ya encaminan sus pasos hacia ese tipo de organización socioeconómica, surgida entre ustedes hace apenas medio siglo; pero también es cierto que la humanidad dividida no podrá lograr esto jamás. Es necesaria la ayuda y la cooperación de todas las personas que viven en el mundo. Cuando el hombre pueda pensar con tranquilidad, sin que su mente tenga como trasfondo el peligro de las guerras, el hambre o las enfermedades, entonces podrá despertar.

Los rayos del sol comenzaban a deslizarse entre los intersticios de las antiguas ruinas. A mi izquierda, un inmenso monolito de piedra —el primero de una larga fila— desplazaba su sombra sobre el árido suelo. A unas decenas de pasos frente a mi, la famosa mole de la Puerta del Sol se erguía solitaria y maciza. Una ancha grieta atravesaba diagonalmente el lado derecho del dintel.

Neda y Erk, que han estado trabajando entre las ruinas a varios metros de nosotros, se irguieron del lugar donde permanecieran agachados y se dirigieron a nuestro encuentro. Pude notar que una especie de bolsitas de color verde claro colgaban de sus cinturones. No me fue posible averiguar qué llevaban en ellas, pero presumo que quizás fuesen muestras de tierra o rocas. Sin embargo, no puedo asegurar nada.

Comprendí por sus miradas que desde el lugar donde trabajaban habían escuchado o, mejor dicho, telepaticado nuestra conversación.

La aurora en la región avanzaba con rapidez. Los contornos de las ruinas, que ya podían distinguirse con claridad, se dejaban ver cada vez con mayor detalle. Giré en torno a mí, maravillada. Hacia mi derecha se levantaba el Acapana, la enorme pirámide de piedra escalonada cuya altura no sobrepasa ninguna otra construcción del lugar. Me acerqué a ella apresuradamente, para aprovechar los pocos minutos que me quedaban. A mi espalda, los cuatro extraterrestres sostenían una muda conversación telepática.

Recorrí los doscientos y tantos metros de uno de los costados de la pirámide, rozando con las yemas de mis dedos su milenario muro.

Aún hoy, si cierro los ojos y dejo mi mano relajada, puedo sentir el áspero roce de su rugosa superficie que en tiempos remotos fuera lisa y pulida, pero que hoy está agrietada y llena de hendiduras.

Una ancha avenida me condujo hasta un sitio que lo mismo hubiera podido ser un santuario que un observatorio astronómico. Era un lugar ancho y espacioso, construido a la intemperie. Penetré en él por una enorme puerta, después de subir los escalones de piedra rojiza que conducían a ella, y me detuve en el umbral. Un ancho muro, con unas curiosas cabecitas incrustadas en él, rodeaba la superficie de un limpio y bien conservado patio central. Caminé sobre el muro hasta una escalera que descendía directamente al patio, el cual era, según pude comprobar, una especie de ancha plazuela rodeada por dicho muro.

En aquel momento, llamó mi atención el perfecto estado de conservación en que parecía hallarse el lugar, y la limpieza y regularidad de la construcción en sus muros y terrenos, ya que contrastaban agudamente con el resto de los monumentos. Semanas más tarde, mientras hojeaba en mi casa un libro sobre Tiahuanaco, pude comprenderlo.

El Kalassasaya, nombre que le dan los arqueólogos a todo este complejo arquitectónico que acabo de describir, es el único monumento de Tiahuanaco que ha sido totalmente restaurado. Recuerdo la impresión que me produjeron las fotografías impresas en el libro cuando pude reconocer, casi de inmediato, el enigmático lugar donde estuviera por tan breve tiempo.

No pude permanecer mucho rato contemplándolo. Una llamada lejana me hizo volver a la realidad. Subí apresuradamente los escalones y, al doblar por un ángulo del muro, vi de pronto una gigantesca figura que, de un salto, se plantó en medio de la puerta cerrándome el paso. El corazón me dio un vuelco y creo que hasta grité. El mismo gigante pareció sobresaltarse al escuchar mi grito. Todo ello ocurrió en unos segundos. Un momento después, volví a respirar con alivio. ¡Era Erk!

Durante el viaje, llegué a dejar de mirarlos como a algo monstruoso o ajeno a los cánones de mi mundo, porque comprendí que ellos también eran capaces de amar y de sufrir tanto, o quizá con mayor intensidad de lo que puede hacerlo uno de nosotros. Debido a eso, terminé por acostumbrarme a su insólito físico... A pesar de esto, sólo diez minutos habían bastado para borrarlo todo. De repente había visto ante mí a un ser de dos metros de estatura, de cabellos blancos y ojos rojos, que semejaba un monumento más entre las enormes construcciones que le rodeaban. Por un instante, había vuelto a ver a aquellos seres con ojos terrestres. La súbita aparición provocó en mí el miedo primitivo y ancestral. Afortunadamente debió comprender lo que había ocurrido: enseguida se apartó dos pasos del umbral de la puerta y, como todo un caballero, sonrió inclinando la cabeza, a la vez que me indicaba que pasara delante de él. Terminé por tranquilizarme ante tan inesperado y agradable gesto. Bajé los escalones casi corriendo y nos reunimos con el resto del grupo.

—En el Santuario —dijo Erk, respondiendo a la muda pregunta que se leía en los ojos de sus compañeros.

No pude dejar de interrogarme acerca de la respuesta de Erk. ¿El Santuario? ¿Así llamaban a uno de los monumentos que sus antecesores construyeron? No comprendía por qué seres que habían logrado llegar a otro mundo tenían la necesidad de construir santuarios.

—Es muy largo de explicar —dijo en voz alta Neda, que, como siempre, permanecía atenta a mis pensamientos.

Subimos a la nave que resplandecía en el aire como una nube luminosa. El viaje de regreso fue algo más lento, quizás porque Neda deseaba explicarme el sentido de la respuesta de Erk y la misión para la cual, según ya habían dejado entrever, se me había escogido.

Como recordará el lector que haya estado siguiendo con atención este breve relato, lo único que Onel me prohibió fue revelar cuál era esa misión y la descripción detallada del interior del vehículo aéreo. Es por ello que, en cuanto a esta última, sólo encontrarán aquí la breve referencia que ya apareció al principio de la narración. Con respecto a la primera, y para mí más importante, sólo puedo decir que su total ejecución vencerá en un plazo no menor de nueve años, o sea, que terminará en 1986, cuando el cometa Halley se acerque nuevamente a nuestro planeta.

En cuanto a Kalassasaya —o el santuario, como ellos le llaman—, la explicación de Neda fue corta y fragmentada, pues no disponíamos de mucho tiempo.

Según me explicó, hace más de doce mil años, tres naves de forma ovalada, semejantes a la que nos transportaba en aquellos momentos, aterrizaron entre esas mismas montañas y tres parejas bajaron de ellas.

En aquellos tiempos, una tribu de hombres-cobre —así es como llaman a nuestros indios— habitaba en las montañas de la región y pudieron presenciar el descenso de las naves, suceso que los atemorizó en extremo. El temor se convirtió en terror supersticioso cuando vieron a los seres que salieron de su interior. A juzgar por los acontecimientos posteriores, el hecho de que éstos tuviesen manos de cuatro dedos y ojos rojos no les asustó tanto como su increíble estatura. Y como es lógico, explicó Neda, los hombres-cobre no pudieron hallar una mejor explicación a la presencia de tan extraordinarios visitantes y los llamaron dioses. Habían bajado del cielo en el interior de grandes «huevos de cóndor», y tenían estatura de gigantes: ¿qué otra cosa podían ser sino dioses?

Los astronautas provenientes de Toliuh fueron los constructores de Tiahuanaco. El transporte y la colocación de los inmensos monolitos que conforman la mayor parte de los monumentos, no fue tarea difícil: la telekinesis y la concentración mental trabajaron con mucha mayor eficacia, y así culminó en menos tiempo del previsto una tarea que hubiese debido llevarles decenas de años de esfuerzo, si sólo se hubieran valido de la energía muscular.

Por qué construyeron Tiahuanaco es algo que Neda nunca me explicó. Tampoco dijo por qué sus antepasados descendieron sobre La Tierra en aquel

preciso lugar perdido en las montañas. De las muchas hipótesis que me he formulado, sólo dos parecen aceptables: o bien llevaban la misión de realizar la medición, observación y estudio del ambiente terrestre en aquella región, o quizás tenían la tarea de mezclarse con las razas autóctonas del lugar para efectuar experimentos de tipo genético. Sin embargo, ambas suposiciones han sido ideadas al basarme en los datos suministrados por Neda, la cual puede haber omitido muchas cosas que me estaban vedadas saber.

El Kalassasaya, en sus orígenes, era una especie de estación-observatorio. Allí se recibían y transmitían mensajes por medio de equipos de los que, como es lógico, nuestros arqueólogos no han encontrado ni encontrarán trazas, puesto que los habitantes de Toliuh partieron con ellos rumbo a su planeta natal.

Los enormes menhires megalíticos que hoy se observan alrededor de Kalassasaya, no son más que los restos de una gigantesca red de soportes que servían de sostén a un radiotelescopio. En las cercanías de Kalassasaya, según me confesó Neda, existen aún las huellas del lugar en que se instaló un enorme telescopio cuyas piezas, trasladadas con todo cuidado desde las naves, debieron montar y ajustar los propios astronautas.

Mediante la fertilización natural y artificial, los hombres y mujeres de Toliuh se unieron con los nativos y dieron lugar a mestizos. Como es de esperarse, las huellas de estos apareamientos han desaparecido con el transcurso de los siglos. Entre los indios de la región del lago Titicaca, sólo quedan algunas leyendas como recuerdo de los hechos.

Parece ser que más tarde, cuando los astronautas se marcharon llevándose consigo todos sus aparatos e instrumentos, el rústico centro de comunicaciones vio transformada su arquitectura original por los hombres-cobre que invadieron el lugar.

Los indígenas, siguiendo los dictados de un recién comenzado culto a «los dioses bajados del cielo», convirtieron el observatorio —en el que vieron a los dioses contemplar con insistencia las estrellas y hablar frente a extraños «ídolos parlantes» (que no eran otra cosa que radios e intercomunicadores)— en un santuario sagrado.

Imitando lo que ellos pensaron que debían ser rezos o ritos religiosos, los hombres-cobre se ponían de cuclillas y remedaban los gestos de los

astronautas, como éstos cuando conectaban sus aparatos y orientaban las antenas para obtener una comunicación más clara. Luego seguían todo un ritual de palabras confusas que se repetían con insistencia monótona, tal como habían visto hacer a los dioses al pedir la clave de comunicación interespacial o al redactar los largos informes en un idioma que les resultaba incomprensible. Además, comenzaron a esculpir las paredes, marcos y dinteles con curiosos bajorrelieves, en los que trataban de representar a los fundadores de la ciudad. Incluso llegaron a tallar gigantescas figuras humanas, supuestas imágenes de los «hombres-pájaros», nombre con el que luego bautizaron a sus dioses.

Pero todo esto fue un proceso que comenzó después que los astronautas abandonaron la región.

Las tres parejas que construyeron Tiahuanaco no se alejaron de aquel sitio enseguida.

Durante algunos años permanecieron en las cercanías del lugar para proseguir las investigaciones. De ese modo, pudieron observar el comportamiento de la pequeña comunidad primitiva.

Virak-Ochj, el jefe de los astronautas, regresó varias veces con el fin de estudiar los hábitos y las costumbres de esos hombres que vivían en la más completa ignorancia.

Virak-Ochj les tomó un gran cariño y les enseñó diversas cuestiones que les fueron muy útiles, tales como el medio de obtener el pan utilizando una planta de la región, y los secretos de la agricultura, la cerámica y la alfarería.

Finalmente los visitantes debieron dejar La Tierra, a la cual prometieron volver, debido a la insistencia de los nativos que se mostraban renuentes a creer en una marcha definitiva de sus dioses.

En esta parte del relato interrumpí a Neda para preguntar acerca de su lugar de origen.

—Toliuh —me respondió.

—No me refiero al nombre de tu planeta —insistí—. Eso ya lo sé. Lo que quiero saber es cuál es la estrella, el sistema solar, o como quieras llamarle, en torno al cual gira Toliuh. El nombre que le damos nosotros, por supuesto. No haría nada con saber cómo le llaman ustedes.

—Ésa es una de las cosas a las que no podré contestar. —Y prosiguió—: Pero te diré que nuestro planeta gira a menos de 6 parsecs de distancia de tu mundo.

—¿Seis parsecs? Eso es...

—A menos de 20 años-luz de La Tierra.

En aquel instante, la iluminación se oscureció ligeramente. Mgosh se acercó a nosotros y comprendí que mi estancia en la nave había tocado a su fin.

La idea de la separación me golpeó con toda claridad. Hubiera deseado pedirles que me dejaran continuar el viaje con ellos, pero sabía que cualquier ruego sería inútil, por eso me dirigí a la salida sin pronunciar palabra.

Un momento antes de descender, recordé algo y me volví. Al parecer, no fueron capaces de captar mi pensamiento porque Erk me preguntó:

—¿Qué es lo que quieres?

—Sólo un recuerdo. Algo que me asegure cada vez que lo contemple que esto sucedió en realidad, que no fue un sueño.

—Es comprensible lo que pides, pero no podemos complacerte —contestó el propio Erk—. En primer lugar, no es la última vez que verás a un habitante de Toliuh. Claro, no podemos asegurarte que vuelvas a vernos precisamente a nosotros, pero tendrás, quizás una o dos veces más, que hablar o ver a alguien de nuestro mundo. Recuerda que tu misión... (Lo que dijo a continuación, por las razones que anteriormente expuse, resulta imposible de reproducir en este relato y por ello pido excusas al lector.)

—...En segundo lugar —prosiguió—, no nos está permitido, bajo ningún concepto, entregar materiales u objetos provenientes de nuestra civilización a los habitantes de mundos... —se detuvo un segundo, como apenado por tener que pronunciar la palabra—, semi-civilizados. No debemos, por tanto, darte objeto alguno que nos pertenezca.

—Pero creo que bien podríamos ofrecerle algo de su propiedad —interrumpió Neda.

Se volvieron para mirarle.

—¿Qué Quieres decir? —inquirió Onel.

—Esos pequeños objetos arqueológicos que debemos devolver a La Tierra, ¿no podrían servir?

—¿Te refieres a la cerámica de Teotihuacán?

—Sí.

—¡Pero debemos reintegrarlos a su lugar de origen! No podemos esparcirlos por todo el planeta.

—No vamos a esparcir nada. Simplemente le entregamos dos o tres objetos que pertenecen a su mundo a un habitante de él. ¿Qué hay de peligroso en ello?

Onel comenzó a decir algo en un idioma incomprensible. Súbitamente se detuvo y me miró. Luego prosiguió discutiendo en español.

Comprendí que había tenido el privilegio de escuchar la lengua natal de los habitantes de otro mundo. Sin embargo, todo parece indicar que les estaba prohibido hablar en su idioma delante de extraños, aunque no acierto a explicarme la razón. Quizás teman que puedan descifrar su lenguaje en caso de que fuese grabado, o algo semejante. Pero esta hipótesis no me satisface del todo. Tal vez algún lector pueda encontrar una explicación más consistente y lógica a tan curioso comportamiento. De ser así, le agradecería que me lo hiciera saber.

Mientras yo me hacía esas conjeturas, Neda desapareció por uno de los pasillos de la nave, para regresar, en sólo unos segundos, con un puñado de fragmentos de vasijas y algunas figurillas, que representaban cabezas de hombres y animales, los cuales depositó con cuidado en el hueco de mi mano.

Apretándolas con fuerza como si fuesen joyas —porque en efecto, para mí eran mucho más valiosas que todos los diamantes del mundo—, salí de la nave una vez más, valiéndome del rayo antigravitatorio que ya no me causó ninguna sensación desagradable.

Hubiese querido abrazarlos, mas no me atreví. Ellos se limitaron a apretarme los hombros y los brazos. Creo que estaban tan emocionados como yo. Luego volvieron a la nave, de la cual habían descendido para despedirse.

La luz del sol hacía palidecer el cielo de La Habana. No obstante, la oscuridad continuaba siendo más intensa que la que dejara minutos atrás en Tiahuanaco.

De pie sobre la casa, con mi pequeño puñado de joyas megalíticas entre las manos, vi perderse la brillante nave ovalada, sucesora de los gigantes «huevos de cóndor» que una vez, hace miles de años, descendieran sobre mi

mundo, dejando en él tan leves huellas de su presencia, que ni los más avanzados arqueólogos las han podido descubrir.

DAÍNA CHAVIANO DÍAZ

Notas al final

Si fuese esto un simple cuento debería, por razones literarias, terminar mi relato aquí. Pero como ya he advertido, esto no es una mera narración fantástica, sino el epílogo de una experiencia personal. Es por ello que, antes de concluir, quiero exponer con brevedad dos o tres cuestiones que pudieran resultar de cierto interés.

En primer lugar, y algunos lectores ya lo habrán notado, no he hecho alusión ninguna a los baños e inspecciones de desinfección a que deben someterse los astronautas o personas que penetren en una nave espacial. La razón por la cual omití este detalle es muy sencilla: dicha operación no existía a bordo de la nave proveniente de Toliuh. Desconozco si ello se debe a la completa inmunidad de esos seres contra todo tipo de virus terrestres, debido a los muchos años que llevan visitando nuestro planeta (recuérdese la época en que construyeron Tiahuanaco). Tal vez, por el contrario —y eso no me asombraría en lo absoluto—, sean capaces de desinfectar a cualquier ser viviente que penetre en la nave sin necesidad de utilizar aparatos o equipos visibles. ¿Cómo lo harían en caso de que dicha hipótesis fuera cierta? Lo ignoro por completo.

En segundo lugar, quiero hacer referencia a mis pesquisas por tratar de averiguar el posible lugar de residencia de los visitantes interplanetarios.

He logrado localizar a la mayor parte de las estrellas que se encuentran en un radio menor de 6 parsecs (19½ años-luz) de La Tierra.

No voy a mencionarlas todas, pero quizás varios datos de algunas de ellas sean muy significativos y útiles para quienes estén interesados en situar la morada de los gigantes extraterrestres.

Entre estos astros se encuentran las estrellas 61 de la constelación del Cisne y la 70 de Ofiuco. Ambas son dobles, anaranjadas, y creo haber leído en algún lugar que algunos astrónomos piensan que alrededor de dichos astros podrían existir mundos habitados. Desdichadamente, no he podido recordar qué razones daban para ello.

A sólo 9 años-luz de La Tierra, hay otro sistema binario de estrellas integrado por el gigante azul Sirio y una pequeña enana, a la que a veces se le llama Cachorro. Quizá en derredor a ellos se mueva Toliuh.

Asimismo, he encontrado datos de suma importancia con respecto a una estrella que dista de nosotros 12 años-luz: La tau de la Ballena. El lector interesado podrá consultarlos con más amplitud en el libro *Los Tesoros del Firmamento*, de F. Ziguél. En dicha obra, su autor afirma que existen grandes motivos para pensar que alrededor de este astro giren planetas; pero no sólo eso. Debido a la semejanza que ofrece con respecto a nuestro Sol, se ha llegado a suponer que esos planetas pueden estar poblados. Dicha sospecha fue tan fuerte, que durante muchos meses numerosos radiotelescopios intentaron captar señales provenientes de esos mundos; más, sólo obtuvieron silencio.

Hay otros cuerpos ígneos comprendidos en este radio de 6 parsecs. La epsilon de Eridano, según palabras textuales del libro citado, «es notable por ser una de las dos estrellas del hemisferio boreal, en cuyo alrededor puede ser que giren planetas poblados». El autor añade que esta estrella, al igual que la tau de la Ballena, se encuentra bajo una observación constante.

La brillante Proción, de la constelación del Can Menor; la enana Lalande 21 185, de la Osa Mayor; el astro azul de la constelación del Águila, Altair, que se acerca constantemente hacia nosotros a una velocidad de 23 kms/seg; el sistema triple de la constelación del Centauro, compuesto por tres estrellas. Todos estos astros, y algunos más que no menciono, se encuentran en la zona en que, según Neda, se halla su sistema planetario de origen.

Cualquiera de ellos, incluso el más insignificante, pudiera ser la cuna de la tremenda civilización que hace más de doce mil años viajaba ya por el

espacio, hacia otros mundos.

Existen otros detalles que, aunque pequeños, no dejan de arrojar alguna luz sobre el oscuro velo que envuelve a los enigmáticos visitantes. Por ejemplo, si bien es cierto que cuando aterrizaron en la región del lago Titicaca, hace doce mil años, los astronautas llevaban consigo un jefe, ello no ocurrió con la nave que me visitó. En esta última, era evidente que cada miembro de la tripulación respondía por sí mismo y era responsable de su propio comportamiento.

Otra circunstancia interesante es la semejanza del nombre de aquel jefe con el del famoso y legendario personaje de las leyendas preincaicas, Viracocha.

Este último, según los viejos relatos, era un misterioso ser de ojos azules, cabellos claros y piel blanca, que aparece como el benefactor de los indios. Se me ha ocurrido pensar que ambos son la misma persona y que la leyenda es producto de la fértil imaginación indígena, que trató de recoger un acontecimiento de carácter inexplicable para los nativos, transformándolo en algo sobrenatural.

Volviendo al tema principal, debo decir que, a pesar de mis desvelos por tratar de sacar conclusiones y de inducir hechos, muchos de los gestos y actos de tan fascinantes seres continúan siendo un misterio para mí, y creo que seguirán siéndolo hasta el fin de mis días.

Ciertamente, estamos todavía muy lejos de emerger como planeta civilizado, al menos, tal y como lo entienden los habitantes de Toliuh. Las mentes terrestres aún duermen y sólo una mínima porción de nuestro cerebro trabaja utilizando muy pocos de sus insospechados recursos.

Uno de los puntos a que menos referencia he hecho pero que, sin embargo, resulta para mí uno de los más importantes, es el que guarda relación con la moral y el comportamiento de estos seres.

Pude descubrir que los habitantes de Toliuh, aunque trataban de controlar el caudal de emociones que los invadía, se hallaban continuamente agitados por toda una gama de sentimientos diversos.

Me es del todo imposible explicar de modo objetivo cómo llegué a dicha conclusión, ya que ésta es resultado de la observación de gestos, miradas,

conversaciones y otros detalles aún más difíciles de describir con simples palabras.

Es algo parecido a lo que nos sucede cuando, al estar junto a una persona con la cual no hemos cruzado palabras o gestos, hemos «sentido» su estado de ánimo o hemos podido percibir, casi por instinto, todo cuanto pasaba por su mente.

Puedo asegurarles que esos seres son capaces de sentir con más intensidad que nosotros. Posiblemente, sean capaces de amar con un sentido mucho más completo y absoluto del amor que los terrestres. Y es probable que posean una variedad de sensaciones y sentimientos que nosotros no hemos experimentado nunca y cuya existencia, incluso, desconocemos.

Pero no hay que asombrarse por ello. Es lógico que así sea. Los sentimientos que caracterizan al hombre, o mejor dicho, que lo hacen más humano, se agudizan en él según se aleja del estado animal. En un grado de humanización elevada, los hombres llegan a «intelectualizar» sus sentimientos haciéndolos formar parte de la razón y no sólo del instinto, como ocurre entre los animales. Es por ello que pueden prolongarse y sentirse con mayor intensidad a medida que el hombre se perfecciona.

Mientras escribo estas líneas, tengo a mi lado los fragmentos de las vasijas y estatuillas, obsequio de los hermosos gigantes, y que conservo como el mayor de mis tesoros. Ellos me recuerdan constantemente que más allá de la atmósfera que respiro, en un mundo no muy lejano, viven los habitantes de Toliuh.

Quizás a algunos lectores les haya asombrado el hecho de que haya llamado *hermosos* a esos seres de cabellos blancos y ojos rojos. Podría ofrecerles un sencillo argumento: ¿Qué saben de hermosura si no los han visto?

Sin embargo, mi verdadera respuesta no será simple. Una de las cosas que aprendí a su lado, fue que la belleza es universal y que no necesariamente ha de estar ligada a un patrón físico o estético.

La belleza en el ser humano radica en la perfección de sus ideales y en la plasticidad de las formas que deben adaptarse a las exigencias de la misión para la que vive. Si el hombre posee ideales limpios y elevados, el alcance de su hermosura no se limitará a su cuerpo, porque cuando percibamos la belleza

no es la simple forma lo importante, sino la esencia, la atmósfera que emana de todo su ser cuando vive. Y entiéndase por vivir: crear, amar, luchar.

Esos gigantes, sin duda alguna, son de una hermosura cósmica que al hombre de La Tierra le falta mucho por alcanzar.

Es mi deber advertirles a todos los terrestres, aunque muchos no les den crédito a mis palabras, que a pesar de nuestras insistentes llamadas al Cosmos, sólo el silencio que proviene de los astros lejanos llegará a nosotros. En vano nuestros radiotelescopios procurarán captar señales de inteligencias extraterrestres provenientes del espacio exterior. En vano nuestra civilización tratará de entrar en contacto con los seres que tripulan las naves que entran y salen constantemente de la atmósfera que nos circunda. Ellas no responderán. Sólo lo harán el día que seamos capaces de terminar definitivamente con la barbarie que existe sobre La Tierra, y cuando se produzca el despertar de la verdadera inteligencia del hombre, que haga a nuestro planeta digno de ser su hermano.

DAÍNA CHAVIANO DÍAZ

Ficheros de autores

ALEJO CARPENTIER (1940). Autor de las novelas *Ecué-Yamba-O* (1933); *El reino de este mundo* (1949); *El acoso* (1958); *El siglo de las luces* (1962), así como el ensayo histórico *La música en Cuba* (1946) y de una compilación de textos ensayísticos: *Tientos y diferencias* (1966). Entre sus novelas recientes se cuentan: *El recurso del método* y *Concierto barroco*. Actualmente es consejero cultural de Cuba en Francia. Es la más brillante figura de la novelística cubana.

FÉLIX PITA RODRÍGUEZ (1909). Viajó mucho al extranjero. Vivió diez años en París. Fue escritor radial en Cuba. Autor de los libros *San Abul de Montecallado* (1945); *Esta larga tarea de aprender a morir* (1960); *Cuentos completos* (1963) y de los poemarios *Las crónicas* (1961) y *El Tarot de la poesía*. Así como de los textos ensayísticos *Literatura comprometida* (1956) y *Carlos Enríques* (1957). Ha viajado también a Viet Nam y plasmado sus vivencias en versos y crónicas de fuerte pulso literario.

DORA ALONSO (1910). Narradora. Entre sus obras se destacan: *Tierra inerte*, premio novela «Casa de las Américas»; *Once caballos*, *El cochero azul*. Trabaja en el Instituto Cubano de Radio y Televisión.

JOSÉ LEZAMA LIMA (1910-1976). Poeta, narrador, ensayista. Dirigió varias revistas literarias. Publicó numerosos libros de poesía y prosa.

JOSÉ M. CARBALLIDO REY (1913). Narrador y escritor para la televisión. Obra publicada: *El gallo pinto y otros cuentos*, *Crónicas del Peladero*. Es vicepresidente de la Sección de Cine, Radio y Televisión de la UNEAC.

ONELIO JORGE CARDOSO (1914). En 1945 recibió el premio nacional «Hernández Catá» por su cuento *Los carboneros*, y se dio a conocer inmediatamente con sus libros *Taita, diga usted cómo* (México); *El cuentero* (Universidad Central de Las Villas); *Cuentos completos* (Ediciones R); *Abrir y cerrar los ojos* y *El hilo y la cuerda*. Ha escrito magistrales reportajes sobre la gente del campo cubano (*Gente de pueblo*) y cuentos para niños. Actualmente es Presidente de la Sección de Literatura de la UNEAC.

SAMUEL FEIJÓO (1914). Poeta y pintor. Como ensayista ha realizado abundante labor. Entre sus libros de ensayos se destacan *Azar de lecturas* y *Sobre los movimientos de una poesía cubana*. En poesía sobresale su libro *El girasol sediento*, *Ser fiel*, *Cuerda menor*. Autor de la novela *Juan*

Quinquín en Pueblo Mocho. En 1975 obtuvo el premio de cuento «UNEAC» por su libro *Cuentacuentos*. Es Director de la revista Signos.

JUAN ANGEL CARDI (1914). Escribe cuentos de humor y novelas policíacas. En 1969 recibió el premio de cuento en el «Concurso 26 de Julio» de las FAR por su libro *Relates de Pueblo Viejo*. Es premio internacional «Aleko», de Bulgaria».

ELISEO DIEGO (1920). Luego de aparecer sus primeros poemas en revistas, publicó sus prosas poéticas con el título de *En las oscuras manos del olvido* y *Divertimientos*, que fueron seguidos por los cuadernos de poesía: *El oscuro esplendor*, *Muestrario del mundo o libro de las maravillas de Boloña*, *Versiones* y *Noticias de la quimera*. Trabaja en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

SERGIO HERNÁNDEZ RIVERA (1920). Poeta y cuentista. Ha publicado cinco libros de poesía. Trabaja en el ICAP. Entre sus publicaciones: *Compadecido bosque* y *Revolución es también eso*.

GUILLERMO PRIETO (1922). Narrador. Ha publicado *Acquaria*. Trabaja como Asesor en el Grupo de Teatro «Rita Montaner».

GUSTAVO EGUREN (1925), Novelista y cuentista. Entre sus obras se encuentran los siguientes títulos: *La Robla*, *Algo para la palidez* y *una ventana para el regreso*, *En la cal de las paredes* y *Los lagartos no comen queso*. Trabaja en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

ANGEL ARANGO (1926). Ha publicado los siguientes libros: *A dónde van los cefalomios*, *El planeta negro*, *Robotomaquia*, *El fin del caos llega quietamente*. Trabaja en el Instituto de Aeronáutica Civil.

CÉSAR LEANTE (1928). Trabajó en el periodismo, la radio y es autor del reportaje *Con las milicias*. Ha escrito las novelas: *El perseguido* (1964), *Padres e hijos* (1967) y *Muelle de Caballería*; así como el libro de cuentos *La rueda y la serpiente* y *Los guerrilleros negros*, premio «UNEAC» de novela. Es asesor literario del Ministerio de Cultura.

IMELDO ÁLVAREZ (1928). Narrador y crítico. Ha publicado: *La sonrisa y la otra cabeza* (premio de cuento del concurso «UNEAC», 1970); *Al final de un camino* (cuento, 1979); *Noveletas cubanas del siglo XIX* (vol. I y II), por la colección Biblioteca Básica de Literatura Cubana; *Cuentos de amor* (colección Saeta, 1979) y *La novela cubana en el siglo XX* (Colección Panorama, 1979). Trabaja en la Editorial Letras Cubanas, del Ministerio de Cultura.

JOSÉ MARTÍNEZ MATOS (1930). Poeta y cuentista. Ha publicado: *La sonrisa del pueblo pequeño*, *La llanura*, *Días de futuro*, *Los oficios* y *Juracán*. Tiene en prensa un libro de cuentos fantásticos.

ANTONIO BENÍTEZ ROJO (1931). Ha trabajado en distintos oficios y permaneció durante años en la «Casa del Teatro». Autor de los libros de cuentos *Tute de Reyes*, primer premio «Casa de las Américas» (1967), *El escudo de hojas secas*, premio de cuento del concurso «UNEAC». y *Heroica*. Y de la novela *El mar de las lentejas*. Director de la Editorial de la Casa de las Américas.

NOEL NAVARRO (1931). Autor de las novelas: *Los días de nuestra angustia* (1962), premio «Ediciones R»; *Los caminos de la noche* (1967); *El plano inclinado* (1968) y *Zona de silencio* y *La huella del pulgar*, premio novela «UNEAC» 1970 y premio cuento «Casa de las Américas» (1972), respectivamente. Trabaja en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba.

JUAN LEYVA GUERRA (1935). Narrador. Ha publicado *El soldadito rubio*, premio «UNEAC» de cuento, en 1973. Vive en Santiago de Cuba.

MANUEL COFIÑO (1936). Cursó estudios de Filosofía y Letras. En 1969 ganó el premio «26 de Julio» por su libro de cuentos *Tiempos de cambio*, y en 1971 fue premiado en el concurso «Casa de las Américas con su novela *La última mujer y el próximo combate*. Es Asesor del Ministerio de Cultura.

MIGUEL COLLAZO (1936). Cuentista y novelista. Obra publicada: *El libro fantástico de Oaj*, *El viaje*, *Onoloria* y *El Arco de Edén*. Trabaja en el Museo Nacional.

ENRIQUE CIRULES (1938). Narrador. Ha publicado *Los perseguidos* y *Conversación con el último norteamericano*. Trabaja en Nuevitas.

JESÚS DÍAZ (1942). Ha sido profesor de Filosofía, en la Universidad de La Habana. Autor del libro de cuentos *Los años duros*, premio «Casa de las Américas» en 1966. Actualmente es guionista y director de documentales del ICAIC.

MANUEL HERRERA (1943). «El pirotécnico Li-Shiao» forma parte de su libro inédito, titulado *El planeta Elíptico*. Es Director de Cine.

DAÍNA CHAVIANO (1957). Estudia Licenciatura en Lengua Inglesa, en la Universidad de La Habana. El cuento que aparece en esta selección, pertenece al libro *Los mundos que amo*, premio de ciencia ficción del Concurso David 1979.

AL LECTOR

La Editorial le quedaría muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, Calle G No. 505, El Vedado, Ciudad de La Habana.

En este volumen, cuya selección, prólogo y notas estuvieron a cargo de José Martínez Matos, se han incluido narraciones de más de una veintena de autores, que aunque en su mayoría no son escritores del llamado género fantástico, en algún momento se han sentido tentados a incursionar en él.

La fantasía, que se manifiesta desde las primeras etapas del hombre primitivo, es dirigida por el hombre moderno hacia la conquista de otros mundos, la llegada

de otras civilizaciones a la tierra o a la conquista del tiempo como una manera de escapar a la destrucción de su identidad personal. Estos cuentos han sido ordenados de manera cronológica y no temática, como se acostumbra hacer, pero todos ellos son una muestra fidedigna de que, tanto la ciencia-ficción como lo fantástico puro, no son más que proyecciones de la eterna sed de conocimientos y de poder del ser humano.

Los autores representados en esta antología son: Alejo Carpentier, Félix Pita Rodríguez, Dora Alonso, José Lezama Lima, José M. Carballido Rey, Onelio Jorge Cardoso, Samuel Feijóo, Juan Ángel Cardí, Eliseo Diego, Sergio Hernández Rivera, Guillermo Prieto, Gustavo Eguren, Ángel Arango, César Leante, Imeldo Álvarez, José Martínez Matos, Antonio Benítez Rojo, Noel Navarro, Juan Leyva Guerra, Manuel Cofiño, Miguel Collazo, Enrique Cirules, Jesús Díaz, Manuel Herrera y Daina Chaviano.